



DANIEL FLORENCIO
O'LEARY

Edecán del Libertador

(Biografía)

Alfonso Rumazo
González



Ediciones de la Presidencia de la República

Hugo Rafael Chávez Frías
**Presidente de la República Bolivariana
de Venezuela**

Héctor Rodríguez Castro
**Ministro del Poder Popular
del Despacho de la Presidencia**

Kissy Rodríguez Ortega
Directora General de Gestión Comunicacional

Darío Di Zacomu Capriles
Director de Archivos y Publicaciones

Gladys Ortega Dávila
Jefa de la División de Publicaciones

© Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia

O'Leary, Edecán del Libertador

Ediciones de la Presidencia de la República

Caracas – Venezuela, 2008

Depósito Legal: 1f5332008920639

ISBN: 978-980-03-0382-5

Página web: www.venezuela.gob.ve

Foto de Portada: Martín Tovar y Tovar. París 1876 Óleo / Tela

Diagramación: Julio Añón

Corrección de Textos: Lupe Rumazo, Ing. Solange Alzamora Rumazo

Dedico esta obra a mis alumnos de
la Universidad Central de Venezuela.

PRELIMINAR (DE LA PRIMERA EDICIÓN)

Ninguna biografía de Daniel Florencio O'Leary se ha publicado antes de ahora, a pesar de que este célebre irlandés consta en la historia de la independencia americana con extraordinario relieve. Se enroló un día en el cuerpo de voluntarios por obra de aventura —tenía quince años— y llegó por riguroso ascenso y méritos, al grado de general en el ejército y al rango de diplomático en misiones muy complejas. Pero, sobre todo, valiéndose de su empleo de edecán de Simón Bolívar, escribió la vida de éste al par que la historia de aquella magna guerra en una obra que, añadidos los tomos de los documentos por él salvados, fue editada en treinta y dos volúmenes varios años después de su muerte. Gracias a él, testigo presencial de los sucesos y secretario a la vez del Libertador en muchas ocasiones, conócese la auténtica verdad de lo que fue aquel grande hombre, de lo que produjo y realizó, y de cómo se cebaron en él la envidia y la ingratitud. Su lealtad, irrevocable y nobilísima, le llevó a la determinación de no publicar esas “Memorias y documentos” en vida; prefirió sacrificar la aureola propia del escritor a caer en el yerro de disfrazar las verdades, ya que la mayoría de los actores hallábanse vivos. Amó más la veracidad que la fama. Hoy reposan sus restos en el Panteón Nacional de Caracas, muy cerca de los de Bolívar, para ejemplo de las generaciones.

Esta biografía integra la Trilogía Bolivariana, sumada a las dos biografías que publiqué antes: “Simón Bolívar” y “Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador”. Estudiados los tres personajes: el genio, la mujer por él amada y el edecán; puestos en luz sus nexos y englobado el conjunto en el gran drama de la independencia, salta la elocuente armonía de ese grupo que perdurará trino y uno en la Historia.

EL AUTOR

Caracas, mayo de 1956

Primera Parte
LA AVENTURA

Tuve la fortuna, desde el comienzo de mi carrera, de merecer de Simón Bolívar la amistad y la confianza que de ella nace; amistad y confianza recíprocas que duraron mientras vivió, hasta que, destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas, vi bajar sus restos mortales a humilde fosa en la Catedral de Santa Marta.

DANIEL FLORENCIO O'LEARY.

Memorias. T. I, Advertencia.

Pocas veces obra el destino con tan exacta precisión y tan inapelable imperio sobre una vida como actuó sobre la del irlandés Daniel Florencio O'Leary en la primera mitad del siglo XIX. Arráncale del lar nativo a los quince años y le echa en la selva tropical para que comience a cumplir su vocación; pronto le muestra la seducción de la gloria, arrebatándole de un incentivo a otro en ascenso constante. Cuando cae sobre él el torpe golpear del dolor, acicatéale y muestra el soberano ejemplo de Simón Bolívar, el hombre genial a cuyo lado debe caminar inseparablemente. Al saberle ya maduro, pujante, sométele a una doble, a una triple prueba de fuego, entre 1828 y 1829, hasta que le deja en soledad, por muerte del Libertador. Entonces comienza la segunda parte de esa existencia, aquella en que, ya cumplida la magna obra de la independencia americana, han de emplearse los días de casi veinticinco años en narrar lo visto y en acopiar centenares de documentos probatorios. Terminado el gigante empeño, que ni siquiera es posible publicar porque revela verdades hirvientes, deletéreas, el destino da traidoramente el zarpazo y corta aquella vida a los cincuenta y dos años. Ya no era necesaria dentro de los márgenes de la grandeza.

Nada hay en la trayectoria de O'Leary que no venga sometido a ruta fija, de paralelas de ferrocarril. Y, sin embargo, de esa aparente esclavitud donde los titubeos son sólo matices del gran cuadro, ¡cuántos actos soberbios y magníficos, dignos de la inmortalidad! Sobre todo aquel abrir del broche de sus acciones, muy mozo aún, con un noble gesto de lealtad, cerrando el hermoso círculo vital con otro gesto de lealtad a sí mismo, para hacer honor cabal y ejemplar a su empleo de primer edecán del Libertador. Para el edecán primero no había secretos ni limitación de órdenes, puesto que en la batalla debía de atravesar por entre las balas para llevar el mensaje urgentísimo, determinante, a los jefes, y en la paz tenía que hacer de diplomático o de capitán de habilidosa intriga. Requería ese puesto de tan calificado honor, excepcional caballerosidad, inteligencia capaz de comprender e interpretar a un genio, suma de audacia dentro de bien cuidada pulcritud, acervo de conocimientos como para alternar con un jefe, hondo analista de los clásicos y, sobre todo, aquella astucia sabia, fría y vehemente a la vez, sin la cual el hombre nunca llega a rector de sí mismo.

Si hubiera de condensarse en la cifra de pocos términos la vida del célebre hijo de Cork, habría que expresar que, puesto junto a Bolívar, ascendió por merecimiento celosamente filtrado hasta las dignidades eminentes de general en lo militar y de plenipotenciario en lo diplomático, habiendo alcanzado el ápice de ser herido en batalla, y que, luego de muerto el grande hombre, cumplió brillantemente el encargo de éste de que escribiese esa vida prodigiosa para entregarla a las generaciones. En tres gruesos volúmenes consta aquella narración palpitante y monumental del testigo de los sucesos; y para cifrar los asertos con el irrompible hilo de platino, sobreañadió veintinueve volúmenes de documentos, salvando así los hechos y los papeles irremplazables de la muerte o de la tergiversación, que es peor. Ese irlandés yace ahora, muy junto al Libertador, en el Panteón Nacional de Caracas.

II

La vida del hombre es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo, y, para ello, tener que descubrir el plan mismo, el proyecto mismo de su ser.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Goethe desde dentro*: 37.

Allí donde la isla de Irlanda, por el sur, se hunde ya casi en el océano Atlántico, hay una preciosa bahía, muy ancha y pintoresca, llamada bahía de Cork. Sin embargo, el poblado de las orillas se llama Queenstown, pues la ciudad de Cork asoma sólo a diecisiete kilómetros de navegar aguas arriba por el río Lee. Asentada plácidamente sobre las dos orillas y sobre una pequeña isla central, ya que las aguas se dividen en aquella parte en dos potentes brazos, no revela sino mansedumbre y ensueño.

Acaba de comenzar el siglo XIX; pero en este condado, al igual que en el resto de Irlanda, no han hecho aún su impacto las radicales innovaciones de la revolución liberal. Obra, en cambio, pausada y firmemente, de castillo en castillo, de campo en campo, de casa en casa, la antigua hechura de la Edad Media, fuerte en su imperio de tradiciones e invulnerable en la férula de las creencias. Cork, de sólo unos setenta mil habitantes entonces, está construida en buena parte en piedra, exhibiendo así los muros un gris oscuro que se hermana bondadoso con el verde de los muchos árboles que llenan el espacio entre morada y morada, a modo de guardianes. Las calles, mal trazadas, poco rectas e irregulares en anchura, parece que caminaran todas no hacia plazas ni parques, casi inexistentes, sino hacia el río, porque en las aguas está la vida, el movimiento, la irrevocable sed de horizontes lejanos. La mayoría de las gentes, al ir hacia las aguas, detiéndense a admirar el vaivén de las barcas pesqueras cuya vela, recortada en ala

de mariposa, juega con el viento y avanza, avanza. Los mejores edificios dejan bajar la gradería hasta la propia corriente, a pesar de que se han defendido de ella con vigorosos muros. Una sonrisa anda fugaz de ventana a ventana, venida del campo amable, que parece cuidadosamente peinado por la mano del hombre; no queda en los contornos ningún oteruelo que no exhiba su destino a la nutrición de los ganados o su robusta cría de forraje; el humo de las chimeneas vaga lentamente, antes de extinguirse; los tres o cuatro puentes se sustentan en arcos de un hipotético templo donde viviera de rodillas la santa agua.

En coches de dos ruedas viajan las damas; los asnos llegan de los campos para entregar al comprador los frutos de las cosechas. Charlan los agricultores con los pescadores de la caballa azul, los empaquetadores de mantequilla con los trabajadores de las fábricas de tejidos, y las mujeres elegantes, provistas de sombrilla y de faldas anchísimas que van hasta el suelo, con los hombres cuyos dos únicos temas son la religión y la política. Porque no hay irlandés que no sostenga la libertad de su isla contra la autoridad despótica de la vecina Inglaterra, y que no esté dispuesto a la vez a cualesquiera empresas heroicas, fanáticas, tenaces, en defensa de la religión católica, frente a la protestante oficial de Londres. Ahí, en ese doble punto, es donde toma capacidad de grandeza la pasión que encierra toda esta gente primitivamente celta, evangelizada por San Patricio hace siglos, y mezclada en parte con sangre de daneses, de quienes tomaron el amor del mar, la habilidad del comercio y cierto sentido expansionista, que les hace sentirse dichosos en la aventura. Por bajo la exterioridad frígida propia de una raza blanquísima, con cabellera rubia y ojos azules, arde la feliz impureza del arrebató, que se trueca fácilmente en el odio.

Muchos hogares de esta Cork señorial, tan diferente del puerto de Queenstown, traen tradición de nobleza por la sangre, que en aquellos tiempos cuenta mucho. Así, los O'Connell, cuya voluntariosa personalidad se ha vuelto batalladora, ciclópea, desde que el régimen inglés eliminó, un año hace ya (1801), el antiguo parlamento irlandés, imponiendo el Acta de Unión, que incorporaba totalmente Irlanda a

Inglaterra. Así los O'Leary, íntimos amigos de los O'Connell, en cuyo escudo de armas hay un símbolo elocuentísimo: un barco de tres palos, a bandera desplegada, un hercúleo león y una leyenda que reza: Fuerte es el Rey del Mar. O'Leary quiere decir rey del mar. Así los Burke, familia de escritores. Todos, de mucho orgullo; todos, de auténtica e irrevocable caballerosidad; todos, inflexibles en sus creencias; todos, de una elegante distinción.

Aquel día de septiembre de 1802 nació en el hogar de Jeremías O'Leary y Carolina Burke un niño, al que pusieron Daniel Florencio.¹ No fue el primogénito, pues hay constancia de seis hermanos más: Arthur, médico, que murió en 1829; Anne Mary y Julia, solteras, muertas en 1836 y 1828, respectivamente; Catherine, que sobrevivió al general, el cual le dejó en el testamento una pensión de 25 pesos; Jerome, muerto a los veintiún años (1820), y Florencio, sobre el cual se sabe muy poco.²

Cuando Daniel Florencio empezó a darse alguna cuenta consciente de lo que oía, a los cinco o seis años, en las charlas hogareñas, en la comidilla del barrio y entre los demás niños, ya su alma había entrado de lleno en la llamarada de lo legendario y heroico. Ese corazón, cuando esté impregnado de voz de altura, no podrá jamás satisfacerse sino con la aspiración de subir y subir, puesto que nació sobrecargado de dones: el de la inteligencia, el de la astucia, el de la perspicacia, el de la tenacidad. Muy pronto le llegó, además, la ambición.

¹ *El Southern and Cork Commercial Chronicle* de 21 de agosto de 1834, decía: "El viernes, el general O'Leary, quien se ha distinguido tanto en la guerra de la independencia de Sur América regresó para una corta visita a su ciudad nativa, después de una ausencia de diecisiete años... Tiene el grado de general, aunque, apenas se podrá creer, no tiene sino treinta y dos años. El general nació en esa ciudad en el año 1802" (Cita de Nicolás E. Navarro, arzobispo, en el prólogo de las *Memorias de O'Leary*. Caracas, 1952). Además en carta al general Carlos Soubllette desde Londres, el 26 de septiembre, le dice O'Leary: "Lo que de positivo he sacado de mi excursión a Irlanda es... un año y meses de juventud. Para aclarar esto le diré que por mi fe de bautismo que se publicó ahora en Cork tengo treinta y dos años, cuando yo me creía con un año y seis meses más". [Cf. CARBONELL, DIEGO. *General O'Leary íntimo*: 346).

² De Catherine le habla O'Leary a su esposa, en carta de Roma de 12 de febrero de 1853 (Cf. CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 297). De Florencio no hay otra referencia que un retrato, donde aparece muy joven (Colección de las hermanas Cantillo O'Leary en Bogotá). Acerca de la familia O'Leary, cf. *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, Vol. XVI, N° 50: 50-61 (estudio de Eileen Patricia O'Connell, en Dublín, 1956).

Todas las gentes hablan entonces de los dos sucesos magnos, que traen colmados los días y las noches: el vasto movimiento de insurrección de Irlanda contra Inglaterra, y el dominio, despótico, espectacular, y al parecer invencible, de Napoleón sobre Europa. Ambos huelen a guerra, a saña, a un vaho humano de desafío a la muerte. Todo niño ama lo heroico y se deslumbra con las figuras colosales. A los oídos de Daniel Florencio llegan casi con obsesión tres nombres de descomunal magnitud: O’Connell, Bonaparte, Wellington. A lo que se junta, también mágicamente, la narración de las hazañas en el mar, en miserables barquitos de vela, que es lo único de que disponen los hombres por esos tiempos, de las personas de su propia familia, y de los parientes. “O’Leary” significa rey del mar. En la casa hay retratos, recuerdos, de los varones que desafiaron las olas o que sucumbieron bajo su batir omnipotente; en la comida, el padre cuenta cuanto sabe, aunque en eso nunca tuvo él su parte. La madre, Carolina Burke, pone lo suyo al exhibir ostentosamente el nombre de uno de su familia, Edmundo Burke. ¡Cuánto de bueno trazó en los doce volúmenes de sus obras; qué gran orador; qué inmenso político; qué acertado en su habilidad en el trato a los Estados Unidos —que no se tomó en cuenta— para que no se independizasen; qué firme defensor de los derechos de Irlanda y qué arraigado su odio contra la Revolución Francesa! Jeremías, el padre, trae entonces a cuento, para equilibrar los alardes de su esposa, la memoria de otro de la familia, el capuchino Arthur O’Leary, escritor asimismo, pero sobre temas de religión, eminente predicador. Por ambas ramas había, pues, personalidades constituidas en grandeza, luchadoras, sabias en el arte de escribir.

Napoleón, con ese tino genial tan suyo, acaba de dar un salto colosal, de París a Lisboa, y se apodera de Portugal. Ya allí, retrocede y se toma a España. Los reyes portugueses huyen a América; los de Madrid no comprenden el destino suyo y son llevados prisioneros. ¿Qué es aquéllo de América? Por vez primera, quizá, oye el niño ese nombre, un nombre de tierras muy lejanas a donde no alcanzan el poder y la audacia de Bonaparte. En la casa —culto, rico— le explican

con detenimiento aquello que es el Nuevo Mundo. Poco comprende; lo demás se le pierde y alumbra vagamente en los mirajes de la fantasía.

Napoleón triunfa, esclaviza, reta a todos; quiso apoderarse de las Islas Británicas, de Irlanda, de Cork; se le considera enemigo de la religión católica, lo más santo para los irlandeses. Como no lograrse su intento, a causa del mar que estaba de por medio, donde los barcos a sus órdenes habían sido derrotados en Trafalgar, quiere ahora sitiar a los ingleses, cerrándoles todas las costas de Europa; que para eso invade a Portugal y España. Inglaterra, al igual que en Trafalgar, exhibe el bronce de su irreductibilidad y manda un poderoso ejército a combatir contra los franceses; luchan, alcanzan las primeras victorias. ¡Así, Napoleón no es invencible! ¿Y quién lo ha derrotado? Primero Nelson, un inglés, en el océano; ahora, un irlandés, un hijo de la capital Dublín: el general Arturo Wellesley posee el título del más glorioso general de la tierra, ya que el otro, Nelson, pereció en el combate. Y Wellesley, ¿por qué pelea? En defensa de la libertad, es decir, por aquello mismo porque combate, y subleva muchedumbres, y pronuncia discursos, y pone en fiebre los ambientes irlandeses O'Connell. Es este también un grande hombre; merecería llamarse general. Quiere que su patria, Irlanda, posea el derecho de gobernarse a sí misma, de salvar su fe contra la fe protestante de la monarquía que preside el rey Jorge II; exige un parlamento para Dublín, capaz de dar leyes propias y de resolver los problemas de esa comunidad católica.

O'Connell no habla sino de libertad, en público y en privado. Es su palabra grandilocuente y apasionada cuando en sus giras políticas viene de visita a casa de los O'Leary, sus grandes amigos, o cuando estos van a la de él, en el vecino condado de Kerry o en la propia capital de la isla. Entonces, salta algo de suma trascendencia: Daniel Florencio desecha los juegos con Morgan, un niño casi de su misma edad, hijo del gran caudillo, para oír ininterrumpidamente cuanto sale de labios de aquel austero y tenaz abogado, a quien le interesa más la suerte de su patria que su profesión. Cuando le oye que Londres ha prometido ya solemnemente respetar a los católicos irlan-

deses, salvándolos de los impuestos destinados a sostener entidades protestantes, halla en su alma infantil el arrebató de un cruzado en pro de su religión. La madre considera, muy equivocadamente, que su niño se volverá sacerdote. Cuando las multitudes, movidas por el sortilegio de la convicción, se desbordan en calles y patios para enarbolar lo que llaman sus derechos y su tradición, echando el alma afuera sin temor y poniendo el cuerpo en trance de morir gloriosamente, el pequeño se agiganta espiritualmente y se considera jefe de grandes huestes valerosas. El padre ve que su hijo se hará militar, aunque le gustaría más que siguiese la carrera eclesiástica. Nadie influyó tan determinadamente en el futuro edecán de Bolívar como O'Connell; lo llevaba dentro, le tomó íntegra la ideología, de ese ejemplo arrancó aquella sed de propia grandeza, que logró satisfacer tan plenamente. O'Connell fue para él lo que Simón Rodríguez y Ustáriz para Bolívar, lo que Aristóteles para Alejandro Magno, lo que Séneca para el primer Nerón, aquel Nerón magnánimo y valeroso, anterior al Nerón cruel. Quizá más que todos estos ejemplos, porque Daniel Florencio desconoció entonces los contrastes: todo era a sus ojos aventura, empeño colosal, un permanente despertar de idealismos que le obsedían y alentaban. Nada de rutinario ni de sutilezas prácticas; sólo el arrobó ante lo desmesurado, el sueño hecho carne, las ignotas armonías de las marchas triunfales puestas al oído, diáfanas, vibrantes.

Y, además, guerra en todo sentido y en todas partes: de Napoleón, y contra él; de Irlanda contra Inglaterra; y la diaria de los hombres del mar, que se pelean sin consternación ni falla contra el oleaje y la tormenta, matando peces con la misma tranquilidad con que los otros matan hombres. El espíritu del niño adquiere temple; le nacen alas.

Un fino observador hubiese dado con el fondo de la tendencia verdadera de esta alma pueril, al advertir la calidad de sus juegos. “¡A los ocho años, yo ya era capitán!”, confiesa un día en Roma.³ Capitán de barco, capitán de milicias, capitán de empresa, lo que fuese; pro-hombre de todos modos, regidor esforzado, jefe valeroso y corazón

³Carta a su esposa Soledad, el 30 de enero de 1853.

dueño de su destino. Los compañeros de estudio, o hijos de vecinos, le sirven a manera de tropa o de tripulación, y, según va creciendo, grábasele más nítidamente en el alma, con chispa de oro, el afán de nombre y celebridad, a tal punto que se le hace carne y llamarada. Es un hijo de los tiempos en que la fama, la gloria y la fortuna tientan a los hombres más que la virtud, el trabajo o la empresa económica. Opera en las conciencias el “siglo de las luces”, inconforme con el pasado, iconoclasta, descubridor de rutas y rebelde.

Dentro de la muy esmerada educación que toma, como corresponde a los bien nacidos, según las hidalgas tradiciones, le martillean en el cerebro nuevos sucesos de alto imperio espiritual. Napoleón es excomulgado por el Papa Pío VII, y el soberbio general encarcela al Pontífice; a poco de eso, emprende la invasión de Rusia, donde las indomables tropas de Wagram sucumben, agobiadas de frío y lodo. También en España le derrota, en la encarnizada acción de Vitoria, el irlandés Wellesley, duque de Wellington; quien, además, en unión de varias potencias coaligadas, da el golpe de gracia al corso en la batalla de Waterloo, condenándolo al destierro. ¡Qué magnas páginas de la historia; qué brillante correr de las fuerzas anímicas, en arranques que opacan los actos de los siglos precedentes! Daniel Florencio, al que enseñaron a odiar a Bonaparte, por anticatólico y por enemigo de Inglaterra, se siente deslumbrado, sin embargo. La garra de la gloria cayó sobre el niño desde muy temprano, y lo tiene atrapado. Le parece magnífico ser derrotado por todo un continente. Y más hermoso todavía aquello de que la victoria se encarne en un hombre de Irlanda, en un Wellington, cuya talla carece ya de medida.

El propio O'Connell parece menor ante sus ojos inteligentes, inquisidores y fríos exteriormente, a pesar de que un suceso grave pone en peligro la vida del gran líder. Un teniente de navío, de la camarilla protestante —como la califica la prensa irlandesa—, desafía a duelo al abogado O'Connell; éste acepta el reto. En política, hay que jugarse la vida. No trae consecuencias el lance, pero el Gobierno británico queda notificado de que la actitud resistente de Irlanda carece de temperancia y timideces.

Ya está diestro el estudiante en latines y geografía, matemáticas, historia y lecturas, cuando advierte que empieza a dibujarse muy lejos, tímidamente primero, a luces opacas, y luego agigantándose poco a poco, la figura de otro héroe, a quien llaman Bolívar, a secas. Sublevó a las gentes de las colonias españolas en América, y sostiene una guerra que ya dura varios años. Ni han logrado aplastarlo, ni él ha podido triunfar. Restituido en el trono, sólo un poco más de un año se tomó el rey de España, Fernando VII, un hombre de la misma edad que el revolucionario Bolívar, para preparar una expedición punitiva de diez mil soldados aguerridos, con los cuales piensa restablecer el sometimiento americano en las regiones de Venezuela y Nueva Granada, que es donde corre la sangre hasta el desbordamiento; sobre todo en Venezuela, que ha implantado algo terrible, la “guerra a muerte”, o sea fusilamiento de prisioneros, arrasamiento de poblaciones, represalias contra los civiles. En eso están, en esa guerra a muerte, cruel, despiadada, de hombres. Y, por contraposición, andan en Europa los delegados argentinos Rivadavia y Belgrano en busca de un rey para el Río de la Plata, Chile y el Perú; también allá se han hecho la guerra, y con éxito en la parte rioplatense.

El Congreso de Viena, integrado por las potencias que aplastaron a Napoleón, ha premiado munificentemente a Inglaterra, concediéndole soberanía en muchos lugares del globo, hasta el punto que “ya no se puede disparar un cañonazo en ningún mar sin permiso del Gobierno inglés”. Ha ordenado, además, los poderíos imperiales y reales dentro de un equilibrio que les permitirá vivir en paz durante cierto tiempo. Pero no resolvió un problema capital: el de los hombres licenciados de los grandes ejércitos. Padecen miseria, se mueren de hambre, sobre todo en Inglaterra. Comenzaron la ruta militar, oponiéndose a la insurrección de los norteamericanos; siguieron contra Napoleón; ahora, yacen en el abandono, la espada enmohecida y los arcabuces tomados de orín. Varones de empresa, medio desalmados, sueñan con el estallido de nuevos conflictos para tener en qué ocuparse. ¿Y América?

Daniel Florencio ha entrado de lleno en los quince años, equivalentes entonces a la terminación de los más importantes cursos. Réstale elegir una carrera, de entre las tres o cuatro únicas en esos tiempos. Está indeciso, como todo mozo de tan corta edad, muy a pesar del temperamento nervioso que en él predomina, muy poco aconsejado a la duda. Los europeos, dirigentes y pueblo, se han dividido en dos grandes corrientes: la de los absolutistas, propiciadores fanáticos del retorno a la vida anterior a la Revolución Francesa, y la de los liberales, que creen en el fuego de la devoradora hoguera libertaria. En las cortes, que forman la Santa Alianza, y luego la coexistente Cuádruple Alianza, rigen los principios absolutos: Londres, Madrid, Moscú, Viena, lo proclaman. En el pueblo hay una aptitud y un desenvolvimiento ante las nuevas doctrinas que difunden, para hacer su séquito, los ideales de igualdad, fraternidad y libertad, como si hubiesen descubierto una trinidad pagana, racionalista. Los estudiantes —todo estudiante con algo de fibra y vuelo— se prenden al último señuelo: es una ley de la edad; Daniel Florencio lo hace, decidiéndose en calidad de prosélito por la ideología liberadora; pero lo hace a medias, porque en su mente no cabe el renunciamiento a los principios católicos que le han imbuido. Aparece así con el sello de liberal católico, o sea que toma de lo primero únicamente el ímpetu fogoso que abre horizontes y derruye monarquías, para construir repúblicas, dejando intacto lo segundo. Más tarde se le aclararán conceptos.

Ese modo de pensar, contrario en mucha parte a lo recibido en el hogar, en la educación; diferente de lo sostenido por los más encumbrados irlandeses, todos enemigos acérrimos de la Revolución de 1789, debió de causarle serios contratiempos. Y todo disgusto serio conduce a la emancipación. Por de pronto, ya opera un germen muy activo en su espíritu: la sed de fama, por obra de la hora en que le tocó nacer y por propio impulso heredado de la historia de mar que hay en su tierra. Sed que descubre y muestra a los veintiocho años, en estos consejos relativos a su primer hijo varón:

Enséñale desde muy temprano a amar la gloria, pues no hay nada como hacer ruido en este mundo; que mi hijo sea un insigne guerrero que con el tiempo sea el ídolo de los pueblos.⁴

Las noticias de América indican, para la zona de Venezuela y de Chile, los dos únicos puntos donde se lucha, sucesivos fracasos en la primera, con un Bolívar, sin embargo, invencible, que se engrandece y agiganta, mientras en la otra el general San Martín ha abierto una campaña de éxitos, una vez atravesada la mole de los Andes. En el resto de esas colonias, España ha vuelto a dominar, casi extinguida la fogata de las primeras insurrecciones, con la única excepción del Río de la Plata, donde las pampas interminables e incontrolables constituyen la mejor defensa de esa República, ya firmemente establecida.

El que Bolívar, ya triunfante, ya aplastado; unas veces en tierra neogranadina –donde se mantiene el fuego sagrado, con estupenda firmeza–, otras en la propia; ya junto al mar, en las costas, o expatriado y fugitivo en las lejanas Jamaica y Haití, interviniese con tan agresiva y tenaz resistencia contra la oposición que le presentaba el destino, ha hecho crecer extraordinariamente su figura en el Viejo Mundo. “Toda la Europa estaba llena de los hechos y proezas de Bolívar”⁵. A tal punto que, considerada a largo plazo la lucha independentista de Irlanda y aplastado ya el poderío napoleónico, el nombre que echaba su oculta fuerza a todos los ámbitos era el jefe de la revolución americana. La distancia lo mostraba descomunal e irreductible; las publicaciones españolas pintábanle cruel, bárbaro, cubierto de crímenes; dábanle por hundido en el vencimiento mes tras mes, sin que esa derrota final se produjese nunca.

Pronto llegó a tal encumbramiento su fama, que el propio O’Connell, electrizado ante esa lejana grandeza, trocóse en su admi-

⁴ Carta de 31 de marzo de 1830, a su esposa (CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 236).

⁵ NEMOURS GODRÉ, L. *Biografía del Libertador de Irlanda*, citada por NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O’Leary en Europa* (Prólogo).

rador.⁶ Esta circunstancia, que obedeció sin duda a largo proceso, debió de influir decisivamente en las inquietudes de Daniel Florencio, en cuya imaginación aleteaba ya un claro espíritu de aventura.

Un día, el emisario de Venezuela en Londres, López Méndez, hace saber que su patria necesita voluntarios y abre una campaña para conseguirlos. Acuden, esperanzados, muchos de esos hombres que con la terminación de la lucha antinapoleónica han quedado en la inopia; otros se constituyen en empresarios —el coronel Henry Wilson, el coronel Elsom—; y una parte corresponde a aquellos en quienes alumbra la fe en el ideal y urge el acicate de la gloria. España se impacienta y mueve los hilos diplomáticos, para impedir el reclutamiento; aduce la circunstancia de integrar la Santa Alianza, que tanto contacto tiene con la alianza de las cuatro potencias de Europa. Y el príncipe regente de Inglaterra, futuro rey Jorge IV, prohíbe a los súbditos británicos tomar parte en las disputas entre el rey de España y las personas que ejerciesen o pretendiesen ejercer el gobierno en ciertas provincias o partes de provincias en América.⁷ El regente prohíbe, pero deja hacer; Inglaterra hállase muy interesada en la independencia de América Hispana desde hace largo tiempo, por interés de su comercio y por ahogar definitivamente el poderío español, ya tan desmedrado. De modo que los organizadores de la empresa van de un punto a otro, invitan, aleccionan, convencen. Los que se dirigen a Irlanda logran numerosos prosélitos —habrá un cuerpo irlandés—; con los de Inglaterra se formará la “Legión Británica”.

Salta entonces en Daniel Florencio ese chispazo único que suele enardecer ciertas vidas, echándolas al derrotero de su destino. Y se alista entre los voluntarios destinados a la América. No tiene sino quince años, quizá no consulta con otra persona que con uno de los ídolos, O'Connell; tal vez no informa a sus padres sino a la hora de la partida, de modo de no enredarse en obstáculos. Es ya invierno — el invierno inolvidable para él de 1817—, y las velas del barco salen de

⁶ NEMOURS GODRÉ, L. *Op. cit.*

⁷ Proclama del 27 de noviembre de 1817.

entre la bruma de Queenstown con el pecho inflado y las varas en alto, rumbo a Londres. Allí están los demás expedicionarios, los jefes, los distribuidores de oficios y grados, los que plantan ante los ojos la doble cara del futuro inmediato: aventura, con el dolor que requiere y en tierras ignotas, por un lado; por el otro el premio para el riesgo: la gloria, acompañada de fortuna. Cuando a fines de enero del nuevo año –1818– se leván anclas, rumbo a las bocas del inmenso río que les aguarda, el Orinoco, el corazón de Daniel Florencio no se estremece de tristeza; no le obsede el adiós, porque a su edad no rige todavía la tiranía de las grandes angustias. Además, al llegar exhibirá su flamante uniforme de los Húsares Rojos –rojo intenso, para piel blanca, cabellos de oro y ojos clarísimos– y, además, la insignia del grado de alférez. Ni por su apellido, ni por la pulcra y valiosa educación recibida, ni por la propia gallardía mesurada y fina de sus maneras –las de un caballero inglés, dirá más tarde Bolívar, al elogiarlo– iba a entrar en las milicias como soldado raso. Manda sobre él y el contingente inicial el coronel Elsom; buena parte de cada velero, veterano en la lucha con las olas y los huracanes, va llena de armas, municiones y hasta arneses para las cabalgaduras. La navegación del *The Prince* dura cincuenta días de monótono retorcimiento: felizmente no dieron con los barcos de guerra españoles, ni con la tempestad; es decir, que no dieron con la muerte. Hasta que tras una ancha bocanada de vaho hirviente nacido en la selva, se abren las fauces del nuevo río, el Orinoco, ya en América.⁸

III

El hombre que no puede admirar nada y que de ordinario no se maravilla de nada ni se prosterna en muda admiración, es como unos anteojos sin ojos detrás.

CARLYLE. *Sartor Resartus*. T. I, X.

⁸ El mozo aventurero llevaba consigo “cartas de recomendación, unos pocos libros y un diccionario castellano”. Cf. *The Historical and Archaeological Journal*, 1916.

En el mes de marzo de 1818 llegué yo a Angostura con el grado de alférez de los Húsares Rojos, cuerpo que mandaba el coronel Elsom, y que hacía parte de la expedición formada en Londres por el coronel Wilson... Desde mi llegada comencé a reunir datos y documentos que tuviesen relación con la guerra de Independencia y con la vida del hombre extraordinario que la dirigía. Reuní-los al principio con el objeto de transmitir a mis padres y a mis amigos en Irlanda las impresiones de mi viaje a regiones para ellos y para mí desconocidas.⁹

Esa Venezuela, por cuya libertad se está combatiendo desde hace ocho años, es un territorio de más de novecientos mil kilómetros cuadrados. Por el Norte se baña anchamente, a todo lo largo, en el mar Caribe, y por el Sur se hunde en la maraña de las selvas amazónicas. Hacia el medio, para partirla en dos, de occidente a oriente, yace el tronco gigante del Orinoco, río de cien brazos, estampado al suelo; su linfa, clara y cantarina cuando se alza por el monte camino de las nubes, vuélvese abajo fango que viaja en remolino para purificarse en la sal del mar.

En este Orinoco lodoso y grande, de corteza de juncos, serpientes, lagartos y mosquitos, se clava, en la margen derecha, hacia mitad de camino entre la frontera neogranadina y el océano, un pueblo sencillo y pequeño, al que llaman Angostura. Angosto se ve, en efecto, en aquella parte el río, y los hombres del poblado pueden atravesar la corriente con facilidad, en balsas y modestas embarcaciones, para negociar con los agricultores y ganaderos que viven de la tierra, al otro lado; que los de Angostura no se ocupan principalmente sino de la pesca y de atrapar al toro salvaje o al potro cerril. Apenas si hay

⁹ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. I, 1952: 3, 489.

en ese hacinamiento de viviendas, al pie de un montículo calvo, unos cinco mil habitantes, que se han vuelto mas de seis mil con los soldados patriotas que llegaron allá hace apenas nueve meses, una vez desalojados de allí y expulsados al mar los dos mil españoles que lo ocupaban y defendían. Dejaron numerosos edificios bien construidos, una catedral, una fortaleza, emplazamiento para cañones y muchos hijos ilegítimos.

El calor asfixiante, la picadura de los mosquitos y el desconocimiento del idioma desconciertan a los recién llegados a pesar de que se les atiende con máxima solicitud, se les aplaude al desembarco y se les mima. Los negritos abren desmesuradamente los ojos al ver los uniformes de color de purificada sangre, y los perros ladran furiosamente cuando se abre la marcha de los hombres rubios por las estrechas calles, hacia la plaza. Parecen horas de día de fiesta. Hasta las campanas de la catedral hablan con su recia voz.

Poco después de nuestra llegada recibimos órdenes de seguir al cuartel general, que a la sazón se hallaba en los llanos de Apure. Remontamos el Orinoco, pero quiso la suerte que llegásemos cuando, terminada la infructuosa campaña de los primeros meses de aquel año, volvían a San Fernando los dispersos y fugitivos de las batallas que se habían librado.¹⁰

Bolívar, en efecto, en uno de esos arrebatos fantásticos suyos, en que se lanzaba en irrupción gigante sobre el enemigo, a modo de embestida colosal, había ido esta vez con casi todas sus fuerzas de Sur a Norte, desde el río Apure hasta cerca de Caracas; pero le derrotaron y hubo de retornar al pueblecillo de San Fernando, a orillas de ese tributario del Orinoco, no sin haber estado antes en garras de la muerte, en la sorpresa con que le cayeron los españoles en Rincón

¹⁰ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 489.

de los Toros, un pedazo de llano con unos cuantos árboles; se salvó envolviéndose en las sombras de la noche. Ese era el estado de la guerra encontrado por el primer contingente británico: una colosal derrota de los republicanos, guerrillas en el Oriente y el Occidente del territorio venezolano, prepotencia realista casi total en la Nueva Granada y total en Centroamérica, Méjico, el Ecuador y el Perú. ¡Una inmensa nube negra de desesperanza para el espíritu!

El alférez O'Leary carece de imaginación poética, de modo que al contacto con el vigor de la exuberancia tropical junto al agua, o en presencia del misterio del vasto llano, no vibra su espíritu, y así no guarda ni una sola palabra emocionada para sus relatos. No piensa sino en conocer a Bolívar, el héroe en cuya búsqueda ha venido desde el Viejo Mundo. Pero Bolívar acababa de salir hacia Angostura, porque este hombre, al saberse derrotado, se erguía hasta tal encumbramiento, que ya ponía en marcha, en seguida, otro golpe magno.

Hubiera podido presumirse que en los seis meses siguientes – período de lluvias torrenciales– nada sucedería distinto de la adaptación de los reclutas al nuevo ambiente y nuevas formas de guerra. Recibidos los recién llegados por el general Páez muy ceremoniosamente, ordena éste la formación de todos sus contingentes y les pasa revista, colocando a los ingleses en el sitio de honor, a la derecha de la línea. “Los vistosos uniformes hacían contraste con los harapos y casi desnudez de los rudos y valerosos llaneros”. Y a la derecha de Páez está el coronel Henry Wilson, frío, calculador, falso.

La figura de Páez impresiona al joven irlandés; la analiza, la estudia meticulosamente; alcanza a lo íntimo, a la mente, al corazón, a la conciencia, hasta que traza al cabo de los años esta magnífica silueta:

Tendría entonces treinta años. Era de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso,

que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos que no carecían de viveza; nariz recta de anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda. Su cutis claro indicaba salud, y habría sido muy blanco sin los efectos del sol [...] En presencia de personas a quienes él suponía instruidas era callado y hasta tímido, pero con sus inferiores era locuaz, adicto a la chocarrería [...] La menor contradicción o emoción le producían fuertes convulsiones que le privaban de sentido por el momento, y eran seguidas de debilidad física y moral.

Y por lo que hace al otro aspecto, al del soldado, expresa:

Enteramente iliterato, ignoraba la teoría de la profesión [militar] que tanto había practicado y desconocía hasta los más sencillos términos técnicos del arte [...] Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardides, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos, era tanto más temible cuanto menor la fuerza que mandaba. Mil hombres le habrían embarazado.

Ahora, el hombre:

Sin método, sin conocimiento, sin valor moral, era nulo en política. Inconstante en sus amistades, prodigaba, sin embargo, su confianza al favorito del momento, y se dejaba guiar por sus consejos cuando no chocaban directamente con sus intereses. Sin ser cruel, no economizaba la sangre [...] Su am-

bición era desmedida. Ambicionaba el poder, pero el poder absoluto, el poder del capricho y del abuso. Esta ambición y la codicia eran sus pasiones dominantes.¹¹

Y poder fue lo que le ofreció a Páez el coronel Wilson, pocos días después de la revista de las tropas, habiéndose llegado a convenir, entre todos los presentes en una comida especial, que se le proclamara capitán general. Era la traición a Bolívar, jefe de las tropas revolucionarias y presidente titular de Venezuela. “Aprovechábanse este extranjero intrigante y otros ingleses beodos y arbitrarios, del descontento general a consecuencia de la última campaña desgraciada, y de la natural inclinación de hombres incultos a elevar al primer puesto a uno de los suyos. Muchos jefes del Apure, y pocos extraños al territorio, como el venezolano Justo Briceño y el granadino José Concha, se encontraron en el plan; se firmó un acta, se leyó por bando a las tropas en gran parada, y Páez y Wilson se dieron recíprocas comidas”.¹²

Acto seguido, Wilson parte para Angostura, fija la mente en el propósito de socavar allí mismo, en la sede del gobierno, la autoridad del Libertador. Este, informado de todo, apresa al audaz inglés y escribe a Páez, con palabras exactas, a fin de que el llanero sepa a que atenerse:

A pesar de que el coronel ha procurado descargarse de mil modos, y hacer concebir que no ha tenido la parte principal, aparece que debe ser juzgado en consejo de guerra, conforme a nuestras ordenanzas. La disciplina militar, los principios sociales y el honor nacional y el del gobierno de la

¹¹ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 491.

¹² LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. T. II: 223.

República, reclaman imperiosamente un ejemplar castigo [...] haciendo entrar a todos en su deber.¹³

El intrigante, contra quien no se decretó pena de muerte sólo habida consideración de que se requería en Londres gran confianza para que viajase más contingentes y mayor armamento, fue expulsado luego de cuatro meses de prisión. Llegado a Inglaterra, publicó dos extensas cartas, una en el *Courier* y otra en el *Diario de Dublín*, contra Bolívar, los patriotas y Venezuela.¹⁴

El ánimo recto y noble del alférez O'Leary sublévase desde lo profundo y toma una determinación firme: “Pedí mi separación del cuerpo en que servía y licencia para volver a Angostura; conseguíla con alguna dificultad, y para hacer el viaje tuve que vender la mayor parte de mi equipaje”. Así, con gallardo acto de lealtad, inicia este mozo, casi niño, pues no ha llegado aún a los dieciséis años, el cumplimiento de su destino. Ya en Angostura el jefe del Estado Mayor, general Soubllette, accede a la “súplica” de que se le destine a un batallón criollo, por la necesidad de aprender castellano, y entra así a uno de los cuerpos de reclutas que adiestraba el general Anzoátegui, quedándose en la población por más de medio año.

Quizá por aquel tiempo en que la Venezuela republicana reducíase al Orinoco, a parte de los llanos interminables y a algunos puntillos en Oriente del territorio, el general Soubllette hallábase en Angostura con toda o con la mayor parte de su familia, pues el padre de ese hogar había fallecido cinco años atrás. Eran la madre, tres hermanas, muy bellas, y un hermano. Isabel, la mayor, iba ya en el umbral del matrimonio, pues se casó ese mismo año con Juan Bautista Dalla Costa. Antonio, el hermano, también entró en el matrimonio, en esa

¹³ El general José Antonio Páez, en su *Autobiografía* (Nueva York, T. I, 1946: 169) explica así el incidente: “En el mes de agosto de 1818 las tropas que guarneían a San Fernando, por medio de un acta, me nombraron general en jefe. Sin perder tiempo me embarqué para San Fernando, de donde había salido la idea, según consta en las actas [...] Impuesto yo de que el coronel Wilson había tomado parte activa en la formación del acta, dispuse que saliera para Angostura a presentarse al general Bolívar, a fin de que lo destinase a otro punto”.

¹⁴ *Correo del Orinoco* (Angostura), N° 29 (12 de mayo de 1819). Al dar la noticia hace referencia al *Morning Chronicle* de 16 y 19 de enero de ese mismo año.

misma población, con Luisa Heres. Quedaban en libertad de corazón sólo dos, de quienes dice la historia que nacieron con la superioridad del talento y de la hermosura: Concepción, de dieciocho años, y Soledad, de doce. Soledad se casará con O'Leary dos lustros más tarde, mostrándose hasta en esto el destino con su gobierno exacto sobre la vida del irlandés: encontró de lleno al hombre magno que buscaba, a la mujer que sería su único amor, y la misión que debía cumplir.

Debió de entrar, a poco de llegado, y cuando ya podía darse a entender en castellano, en la vida social de esa población, donde había refugiada una parte de las cultas familias de Caracas, fugitivas de su ciudad natal desde la derrota y el éxodo dramático de 1814.¹⁵ Mozo acostumbrado a la vida social, bien adentrado ya, además, en la inquietud intelectual¹⁶, pudo tomar desde entonces el pulso al mundo culto, en cuyo centro tratará de vivir, ya en el cumplimiento de las misiones diplomáticas que han de encomendársele, ya en el lapso apacible posterior a la guerra. Probablemente en el hogar y en la educación le inculcaran este principio que luego presentaba a su hijo como norma irrevocable: “Dile que busque por compañeros hombres de honor, y que huya como de una víbora de la baja sociedad”. Su alma es aristócrata, su temple rígido; dentro de aquel éxito natural de las maneras elegantes y de la palabra comedida, alienta un sincero desdén por cuanto carezca de distinción; de modo que cuando advierta las impurezas de la doblez o la piel oscura de lo rastrero, se sublevará hasta el encono. Ese caballerito juvenil que va aparentemente tímido por las calles tiene en muy poco la humildad y la mansedumbre.

“Conocí entonces al Libertador [...] Me recibió con benevolencia y aprobó mi conducta”. Aquí, en este momento de invisible pero extraordinaria potencialidad, empieza la primera mitad de la vida

¹⁵ BLANCO LEDESMA, ADÁN. *Habilllas, tópicos y semblanzas*. Caracas, 1952: 23. “María Leandra Cabrera, nacida en 1827, refería que su madre le hablaba de un jovencito que había venido de fuera a servir en el ejército libertador que militaba en Angostura; que era muy simpático, vestía de rojo y sus compañeros lo llamaban ‘el niño Daniel’, y aunque medio tímido, las muchachas de aquel tiempo estaban muy prendadas de él”.

¹⁶ *El Diario de Avisos* publicó el 15 de abril de 1854 una nota necrológica por la muerte de O'Leary, y dice: “[...] y apenas contaba en ese tiempo veinte años, bien empleados en los estudios académicos”. (Caracas, 15 de abril de 1854).

grande de O'Leary; esa mitad mezclada de observación y de admiración, de servicios y de merecimientos, durante la cual habrá de recoger, sin ahogarse, la corriente gigante de la emancipación, viviendo el dolor y el éxito junto al genio, para luego llevar eso, tan pormenorizadamente palpado, tan auténtico, tan real, al libro donde beberán las generaciones. El “conocí al Libertador” de ese día sólo significaba “hoy empecé a conocerlo y necesitaré muchos años para saber exactamente quién es él”.

A partir de este encuentro, el irlandés irá paso a paso contándonos la vida suya en medio de los sucesos, la vida de los sucesos en él y todo ese anchísimo conjunto donde van a discurrir personas y hechos de la más diversa índole. Con esta característica capital: hablará con entera franqueza, sin reticencias ni circunloquios, con verdad desnuda y verbo suelto. A tanto llega la austera precisión de su relato que ni siquiera permitirá que se lo dé a conocer del mundo sino ocho años después de su muerte, cuando ya nadie de los ofendidos pueda faltar al respeto debido a su cadáver.¹⁷

Bolívar acababa de cumplir los treinta y cinco años. “Tenía la frente alta [...], los ojos negros, vivos y penetrantes [...]; la nariz recta y perfecta [...], la boca fea y los labios algo gruesos [...], los dientes blancos, bellísimos, el pelo negro, fino y crespo; las patillas y bigotes rubios [...], el pecho angosto, el cuerpo delgado; las manos y los pies habría envidiado una mujer”. La impresión inicial, física, externa. Luego vendrá el borbollón del alma hacia la superficie, en mareas, en claroscuros, a la hora de la calma o en el instante del estallido. Sólo esta frase para dar un indicio: “Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible; pero terrible cuando irritado. El cambio era increíble”. Exactamente como si fuese una encarnación del trópico, donde la paz y el rugido de las tempestades no se someten al período de las estaciones sino al ir y venir de los vientos, al capricho de las nubes, al sudor intenso de las regiones ardientes o al deshielo voluntarioso y desigual en la cabeza blanca de los volcanes.

¹⁷ En el testamento de O'Leary (1852) se lee: “Encomiendo la custodia de todos estos papeles a mis hijos Simón y Carlos: les prohíbo que los publiquen o lean a nadie antes del año 1860”. La disposición fue respetada.

Corre escaso lapso, en el cual ve O'Leary cómo en diferentes puntos las tropas regulares caen de sorpresa, aprehenden a los jóvenes y les hacen ingresar a filas, de modo de ir formando cuerpos para la próxima campaña. Ese sistema no lo había sospechado siquiera; pero en América se hace la guerra así, por medio de levas; sistema tomado de la Europa que él, a causa de su juventud, no había alcanzado a captar. Asimismo, corre de boca en boca que el Libertador prepara ya los planes para una gigantesca ofensiva que habrá de realizarse el año siguiente, muy lejos de allí, en una zona que aún no ha sido dada a conocer. Al efecto, siguen llegando armas y municiones de Inglaterra, con algunos oficiales menores y voluntarios de tropa. Las armas, pólvora y plomo, se pagan con tabaco y cueros de res.

El gran día es el sábado de cada semana, pues circula el periódico *Correo del Orinoco*—desde junio de ese año 1818—; un periódico de cuatro páginas, en medio de las soledades de aquellas regiones, salta y brilla como una clarinada de la civilización. Informa del curso de la guerra; discute, combate, aclara; habla de la vida comercial, detalla sucesos del Viejo Mundo, publica tal cual aviso. Como la inmensa mayoría de las gentes, incluido el ejército, son analfabetos, fórmanse corrillos en las calles, en el hogar, en los cuarteles, para escuchar su texto desde el primero hasta el último renglón. Esa será la comidilla hasta el sábado siguiente; y el domingo, después de la misa, no se hablará sino de la voz de tan cortas pero tan elocuentes páginas, encomendadas a los doctores Zea y Roscio, letradísimos, maestros del idioma; José Luis Ramos y el impresor, único también—¡ojalá que no falte nunca!—, Andrés Roderick; solo él sabe yuxtaponer los tipos de las cajas en la imprenta; sólo él maneja la prensa. Aparte de los documentos de guerra, quizá lo más significativo en tan valiosas hojas son las cartas interceptadas al enemigo, o las comunicaciones oficiales de los jefes españoles a su Gobierno en España. Con qué menosprecio y con qué forma insultativa se trata allí a los revolucionarios americanos.

A muy poco de llegado, encuentra el irlandés que el jefe de los ejércitos realistas, el eminente y valeroso general Morillo, dirigiéndose

al Secretario de Estado del Rey, define con exactitud a los venezolanos; circunstancia que le pone en antecedentes, para el hecho de saber lo que realmente significa esa lucha inmensa, en pleno desarrollo. Esto lo da a conocer el precioso semanario (número 2 del 4 de julio); y nada más importante que saber con precisión entre qué gentes se está. De ahí que la voz del enemigo tome excepcional autoridad:

Cada provincia, señor Excelentísimo, en América, pide distinto modo de conducirla. Lo que es bueno para el Reino de Santa Fe no surte efecto en Venezuela, a pesar de que son confinantes. En el primero hay pocos negros y pardos; en la segunda son contados los blancos que han quedado. El habitante de Santa Fe ha mostrado ser cobarde y tímido, cuando el otro es arrestado y sanguinario. En el virreinato han escrito mucho, y los doctores han querido arreglarlo a su modo. En Caracas al instante desenvainaron las espadas [...] Quizá no hubieran presentado una obstinada resistencia los habitantes de este virreinato, si no hubiese venezolanos. Cartagena se resistió hasta lo imposible, por los venezolanos. En la derecha del Magdalena se han dado ya varias batallas a tropas organizadas por venezolanos [...]. En su terreno son unas fieras resueltas, y que si llegan a ser bien mandadas darán que hacer por largo tiempo y costará mucha sangre y muchos tesoros su reducción.

El semanario anota, al pie de este documento:

Con cuatrocientos de esos cobardes del virreinato vino el general Bolívar desde Ocaña

hasta Caracas, batiéndose diariamente y destruyendo repetidas veces fuerzas muy superiores. Pero los santafereños mismos responderán bien pronto en el campo de batalla a esta imputación.

Esa es la gente con quien va a convivir el joven hijo de Cork.

El 5 de julio fue un día de excepcionalísimo brillo, en el que el interés patriótico de los angostureños y del ejército republicano se dieron a esa armoniosa expansión exterior donde el nervio espiritual vibra y relampaguea, puesto que exhibe la razón de ser de una lucha terrible, sangrienta.

[...] Se celebró con las solemnidades acostumbradas la fiesta del aniversario de la declaración de la independencia absoluta y proclamación de la república de Venezuela. Una salva de artillería anunció al amanecer este glorioso día. Todas las autoridades civiles y militares asistieron en gran ceremonia a la catedral a dar gracias al Autor supremo de la libertad humana por habernos concedido recobrar el don más precioso de sus manos. Toda la guarnición se puso sobre las armas; el fuerte y los buques del puerto tremolaron el pabellón de gala, y durante el Te Deum hicieron una salva de cien cañonazos la Plaza y la Marina. Hubo por la noche iluminación, baile y regocijos.¹⁸

Al ver la sinceridad y la vibrante emoción con que las gentes realizaban esta fiesta, que la sentían de veras, que les hacía derramar

¹⁸ *Correo del Orinoco*, N° 2: 2-3.

lágrimas al pensar en el duro sacrificio, en el inmenso duelo –ya había muerto una quinta parte de los habitantes del país– y en el titánico esfuerzo que aún faltaba, quizá O’Leary, contagiado de estremecimiento, pensó por vez primera que había nacido para él una segunda patria, a la que iba a consagrar su vida; patria de intenso sufrir, tan rebelde e invencible como la suya. En la catedral debió de orar largamente, hondamente, puesta en alto aquella juvenil inconsciencia que no permitía ver aún la gran soledad que comenzaba para él, sin padres ni parientes cerca, desposeído de amigos, puesto ante costumbres extrañas y paisaje exótico. El choque entre la finura de su hogar y la semibárbara audacia de los llaneros, el frío recato de las mujeres de su país y el despreocupado fuego sensual de las guayanesas; hasta el desordenado ímpetu de las aguas del gran río, todo empezó a forjar, en virtud de choques íntimos, una nueva personalidad en que la firme trayectoria de la niñez iba a enriquecerse de lo nuevo, superponiéndose contrastes y adelantándose, por lo mismo, un inquieto fuego interior capaz de adaptarse exitosamente a cualquiera circunstancia. Incógnitas, peligros, esperanzas, ilusiones, fe y decisión: he aquí lo que actuaba en ese almarío todavía sobrecargado de ciertas timideces.

IV

Y dijo el general Bolívar: ¡Solamente sol abrasador como el mismo fuego, viento, polvo, carbón, carne de toro flaco, sin pan ni sal, y por complemento agua sucia! Si no me deserto es porque no sé para dónde ir.

Autobiografía del general José Antonio Páez: 183.

Por aquellos días arribó a Angostura, orgulloso con sus barcos de vela, el almirante de la revolución, Luis Brión, hijo de Curaçao. Al servicio de los libres en virtud de aquel generoso propósito de tantos por cooperar en la independencia, movía sus buques por los mares

desde hacía dos años, contrapesando así la hegemonía de la escuadra española. Operaba de guerrero, de comerciante, de corso, y esta vez traía un tesoro inmenso: “ocho mil fusiles, quinientos quintales de pólvora, mil de plomo, un tren completo de artillería, máquinas, instrumentos y cuanto es preciso para hacer la guerra, como jamás se ha hecho en Venezuela; también la brigada de artillería y la mayor parte de las tropas inglesas”. El recio temple de los soldados de ocho años de lucha debió de exultarse hasta el delirio: si había sobrado heroísmo, faltó siempre el armamento indispensable para atacar con éxito. A partir de hoy, la faz de la sangrienta empresa cambiaba sustancialmente.

Muchos días toma la tarea de distribuir el precioso don, conseguido en Inglaterra mediante créditos. Cada contingente recibe lo suyo en el lugar donde combate, y en el que se pone mayor cuidado es aquel que ha de formarse en los llanos de Casanare, al pie de la cordillera de los Andes, con contingentes neogranadinos, pues la próxima gran campaña, según lo ha resuelto el Libertador, no ha de hacerse en territorio venezolano, sino en la Nueva Granada, que para ese gigante salto son las armas y pertrechos recibidos. Quedará así el general Morillo puesto en grave alternativa, o ha de acudir a la zona de peligro, dejando desguarnecida Venezuela, donde había tan potentes fuerzas republicanas, o ha de seguir en tierra venezolana, abandonando a su suerte la Nueva Granada. Quizá nunca Bolívar había calculado acción más eficaz contra el enemigo. Morillo optó por lo segundo, en una hora de obnubilación que le fue fatal.

El coronel Francisco de Paula Santander, neogranadino, hijo de la villa de Rosario de Cúcuta, es nombrado para que se responsabilice de la ingente tarea preliminar en los llanos de Casanare; se le asciende al grado de general de brigada. O'Leary conoció entonces a Santander, y aquello fue trascendente para los años próximos, cuando los sucesos truequen la amistad de los dos en odio acendrado. O'Leary está en el proceso de descubrir y saber novedades todos los días, y ninguna más importante que la de iniciar acercamiento con los jefes de fama.

[...] Era Santander de regular estatura (veintiséis años), un tanto corpulento, lo que le quitaba a su porte la gracia y dignidad en sus movimientos... Su rostro grave revelaba energía y resolución, pero cierto descuido en el vestir le hacía deslucir los atractivos de su persona, a lo que también contribuían sus modales bruscos y su poca franqueza. Tenía talento, alguna instrucción y mucha aplicación a los negocios; en los trabajos de bufete era infatigable, pero gustaba poco del movimiento y ejercicio de la vida militar [...] Decíase desde aquella época que veía con malos ojos a Bolívar y la autoridad que ejercía.¹⁹

E iba Santander hacia su destino, con los mil fusiles que habíale entregado el Libertador, junto con una vibrante proclama dirigida a los neogranadinos, cuando Páez ordenó detenerlo y apresarlo, al interceptar una carta del viajero a su amigo el coronel Fortul. Decía allí: “Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los neogranadinos para libertar nuestra patria y para abatir el orgullo de esos malandrines follones venezolanos”.²⁰ Al cabo de diez días de encierro, pudo el general continuar viaje; pero no olvidará el episodio. También estas rivalidades entre jefes eran una novedad para el irlandés, en ese cúmulo de sorpresas que suele ser el período de aprendizaje.

Expide el Libertador órdenes de acosamiento en todos los puntos, para despistar al enemigo; ha decidido proceder muy en firme, eliminando del todo hasta la posibilidad de desconocimiento de su autoridad suprema. Convoca, para eso, un Congreso que ha de reunirse en Angostura; y mientras se efectúan las elecciones o designaciones de los delegados —“no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo entero reconozca nuestra inde-

¹⁹ O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 479.

²⁰ PÁEZ, JOSÉ ANTONIO. *Op. cit.* T. I: 171.

pendencia; necesitamos aún más ser libres, bajo los auspicios de leyes liberales emanadas de la fuente más sagrada que es la voluntad del pueblo”²¹— despacha los contingentes de avanzada, rumbo a los Andes. Parte, así, hacia la población de San Fernando, en Occidente, la brigada de infantería del general Anzoátegui, en la cual va de edecán Daniel Florencio O’Leary, ascendido a capitán. Ese día de octubre de 1818 empieza para el hijo de Cork —un imberbe!— la vasta trayectoria de oficial del ejército republicano en América.

Anzoátegui, su jefe, hijo de Barcelona, y de veintinueve años entonces, era hombre de extraordinario valor e intrepidez, “que le granjearon la estimación de Bolívar y de sus compañeros, a pesar de su carácter áspero y desapacible. Estaba siempre de mal humor; en todo y por todo hallaba faltas. Si la marcha era corta o larga, el tiempo húmedo o seco, el camino suave o escabroso, siempre tenía de uno u otro modo iguales motivos de queja”.²² Con tal jefe, el edecán debió de sufrir extraordinariamente, y quizá en más de una ocasión se arrepintió sinceramente de haberse lanzado a tan difícil aventura. Contra él, obligado a estarse a toda hora junto al general, debieron de estrellarse el descontento y la rabia; él debió de recibir —él, un joven culto, delicado— las palabras groseras y los actos violentos. De manera que poco a poco, como si dieran golpes de cincel sobre su alma, fue endureciéndose y adquiriendo una fortaleza indispensable en la vida de campaña. Moldeado con energía y dolor, tomará pronto la madurez espiritual que vuelve al hombre valioso.

En aquellos seis meses subsiguientes a su salida de Angostura, acumúlense sucesos que se truecan para él en la más compleja y completa de las lecciones, a tal punto que, cuando más tarde se pongan en sus manos misiones de responsabilidad, llevará ya un acervo rebozante de experiencia.

Un mes interminable duró la navegación, aguas arriba del Orinoco, y luego aguas arriba del Apure, su afluente. Vahos de calor llegaban del llano, y con ellos insuflábanse las velas que iban empujando,

²¹ Mensaje de Bolívar al Consejo de Estado en Angostura, 1º de octubre de 1818.

²² O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 558.

para ocuparse de las frágiles embarcaciones. El soberbio verde de las orillas contrastaba con la palidez que se veía a distancia, donde alzábanse de cuando en cuando grandes polvaredas, a causa de las carreteras despavoridas del ganado cerril y de los caballos, tras los cuales se lanzaban los contingentes militares especiales de bando y bando, para cazar alimento y enlazar potros con destino a la caballería. La vastísima pampa, interferida por arrugas, daba la impresión de sufrir sed; el propio caudal de los ríos había mermado considerablemente, y sobre las hojas de los árboles no daba un sol benigno, sino un llamear quemante, cobrizo.

Al fin llegaron al pueblo de San Fernando, para ocuparse durante casi dos meses en la ardua labor de militarizar a los reclutas, ejercitándolos en la disciplina, la obediencia y la fortaleza, a fin de que presentasen sus armas gallardamente a la llegada del general en jefe, cuyos vastos planes de ataque sobre la costa cumanesa y proximidades han fracasado.

Júntanse un día, en pleno llano, las divisiones de Anzoátegui y de Páez, que no andaba lejos, y reciben a Bolívar, con quien marchan al Sur, hasta el pueblo de San Juan de Payara, donde el general pasa revista a sus fuerzas. Son algo más de cinco mil hombres, en parte uniformados a la inglesa (ese uniforme es sólo para los grandes acontecimientos), y más de la mitad a caballo. Muchos han venido de Oriente, magníficamente adiestrados por el general Sedeño y su oficialidad. Ni discursos, ni proclamas: sólo el toque misterioso por cuya virtud el soldado vuélvese fuerte, desafiante, con la presencia y la autoridad de un comandante extraordinario. Y algo más: las órdenes para marchar inmediatamente en busca del enemigo, que se acerca procedente del norte; el movimiento tenía que ser general, envolvente, como si tomase el vértigo de un paso decisivo.

Pero llega en volandas un correo que trae la noticia de que se aproximan a Angostura barcos cargados de voluntarios ingleses. Además, los diputados para el Congreso sólo esperan al Libertador para

instalarse en sesiones. Abandona así Bolívar su plan de campaña inmediata, suspendiéndolo momentáneamente; confía el mando a Páez y sale rumbo a la ciudad-eje de sus actividades de entonces.

Ya va, aguas abajo, dejándose llevar de la corriente en una flechera. Ha tendido una hamaca, para balancearse. En tanto que el calor acosa, dicta a su secretario dos documentos trascendentes: el discurso que habrá de pronunciar al abrir las sesiones del Congreso, y el proyecto de constitución que ha de someter a las discusiones de los legisladores.

Sobre las aguas del majestuoso Orinoco, o bien a sus márgenes, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba [...] Las márgenes del caudaloso río presentaban aquí y allá al pasajero las ruinas esparcidas de poblaciones desoladas y pruebas evidentes de la devastación de Boves.

Atrás, donde han quedado los ejércitos, aparece Morillo, que avanza hacia San Fernando, impetuosamente; aguarda un combate y ha tomado precauciones, para trocarlo en triunfo. Mas el astuto Páez obra a lo grande, sin siquiera haber oído lo que hizo el zar frente a Napoleón en Moscú, e incendia el pueblo cuya defensa era difícil; el español, que contaba con ese punto de apoyo, pesa la magnitud del acto heroico de esos llaneros que ahora van fugitivos en busca de nuevos lares, pero no se detiene. Al Sur, siempre al Sur, es su orden. Antes, en plena pampa, bajo el inaplacable sol tropical, pasa revista a sus contingentes, que son mas de seis mil; una cuarta parte, a caballo. Páez vigila muy de cerca esos movimientos, y la noche misma de la gran parada, toma unos cuantos caballos salvajes y, atándoles cueros secos a la cola, suéltalos por el llano. Así, primitivamente, deja a pie a los hombres de Morillo, cuyos caballos se desbandan despavoridos. O'Leary abre los ojos hasta la desorbitación y ve como los dos gran-

des maestros de la guerra en los llanos vienen a ser la audacia y la astucia, sin que el padecimiento sea tomado en cuenta nunca.

No había posibilidad ni de lucha, ni de descanso. Los españoles acosaban enérgicamente, poseedores de fuerza mayor, que acababa de forzar el paso del Arauca, en una maniobra militar certera. Cabía sólo una retirada paciente y hábil que culmina en un acto sagacísimo de Páez: envía su infantería a un isla, en el Orinoco, a doscientos kilómetros al Sur, para ponerla a salvo; a los emigrados de San Fernando y otros pueblos —son miles de infelices— también los aleja, situándolos cerca de los infantes, mientras la caballería hace de muralla pacífica, no actuante, para un caso de emergencia, delante de la masa peregrina; y él, con sólo ochocientos a caballo, tomados de entre los mejores, acosa al enemigo siempre parcialmente, sin aceptar combate, sorprendiendo avanzadas, matando grupos enviados en busca de ganado, destruyendo poco a poco, como si quisiese desmoronar. Sigue Morillo en marchas que dejan exánime la infantería; los escuadrones de a caballo no logran dar caza a los patriotas; hasta que pierde la paciencia y decide repasar el Arauca y retirarse un poco al norte del río, seguido siempre por los llaneros, cuyos caballos frescos no podían ser alcanzados por los otros. El 8 de marzo, con un ejército exánime, llegaron los realistas al pueblo de Achaguas, el antiguo feudo de Páez. Allí había pasto en abundancia para las bestias, y caña, plátano, yuca, maíz, para el hombre. Quedaba aún un lapso de casi tres meses de período sin lluvias (verano, en el trópico), tiempo suficiente para descansar; vendría luego el invierno, a cuyo término se desatará una gran ofensiva sobre la Guayana, destinado lo más recio del ataque, a la propia ciudad de Angostura. Para un descanso y una vigilancia más armoniosos, disemina poco a poco sus fuerzas, cincuenta leguas a la redonda.

El 10 de marzo —dos días después del arribo de Morillo a Achaguas— preséntase sorpresivamente el Libertador en la confluencia del Arauca y el Orinoco; avanza por el Arauca y se encuentra al día siguiente con toda la infantería, cuyos hombres aclaman al general y le expresan la fiebre que sufren por combatir. O’Leary, ante esta escena, también anhela ya, quizá, tomar un gajo de gloria; y más se exulta su

alma cuando ve que Bolívar ha llegado con un contingente de 450 voluntarios ingleses, mandados por el mayor Mackintosh. Son gentes de su patria, aventureros y ambiciosos como él; no hablan castellano; rubios, en medio del trópico, parecen seres en extremo extraños. Destinados a la división del general Anzoátegui, que está presente, cuentan ya con un amigo e intérprete: O'Leary, el juvenil edecán. Estos ingleses habían llegado a Angostura en el preciso momento en que en la iglesia catedral se cantaba el *Te Deum*, al día siguiente de la instalación del Congreso, mezclándose en el espacio, en airosa sinfonía, la campana de los barcos y la campana del templo.²³ “El valor de estos extranjeros en los campos de batalla, a donde se les condujo poco después, mereció no pocos aplausos, como que en más de una ocasión inclinó la balanza de la victoria en favor de la causa que venían a sostener”.²⁴

Arriba el Libertador con el título de Presidente de la República, dado por el Congreso; trae facultades omnímodas, y durante la campaña el gobierno general del Estado se hallará a cargo del vicepresidente de la República, el eminente neogranadino Francisco Antonio Zea.

Ordena la marcha inmediata; incorpora a la caballería, que descansaba; preséntase el general Páez, y van todos, juntos ya, de hatillo en hatillo, rumbo a Achaguas, donde reposa Morillo. Ímpetu y vehemencia ha traído Bolívar, y quiere una acción decisiva, que le deje la vía franca hacia el futuro. Aquí, un nuevo menester para O'Leary: actuar con el general Anzoátegui y sus tropas, para recoger bongos y piraguas a fin de pasar el Aragua, y luego mulas destinadas a la conducción del parque²⁵. De paso, prodúcese un choque en La Gamarra, con contingentes españoles de vanguardia, donde se prueba que el elemento realista posee preparación y veteranía. Más adelante, ya a cinco kilómetros del campo, Morillo es provocado directamente, a

²³ *Correo del Orinoco*, N° 20, T. II: 4.

²⁴ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 528.

²⁵ LECUNA, VICENTE. *Op. cit.* T. II: 274.

campo raso, durante treinta y seis horas, sin éxito, porque el jefe hispano espera la llegada de las fuerzas que ha ordenado concentrarse. Y cuando sale, ya dispuesto a la batalla, Bolívar retrocede, pues considera sus contingentes en inferioridad; vuelve de ese modo a pasar el ancho río. Sitúanse, por estas marchas y contramarchas, el uno frente al otro, río de por medio, a sólo kilómetro y medio de distancia. O'Leary continúa aprendiendo el gravísimo juego de la guerra, y no comprende cómo el llanero Páez, con sólo 150 jinetes, atraviesa la corriente y reta al enemigo, que ha acampado con todo su poderío. Menos comprende que se hubiese producido, no lejos de allí, en la sabana de Las Queseras del Medio, el triunfo de esos 150 hombres desalmados; sólo acierta a deslumbrarse cuando sabe que la caballería enemiga, la derrotada, era también de llaneros venezolanos. El secreto del suceso había sido el famoso “vuelvan caras” de Páez, forma de lucha que sólo él dominaba; atacaba con su caballería violentamente, retrocedía luego, como en derrota, y daba entonces la orden de volverse —“¡vuelvan caras!”— con mayor coraje. Por la sorpresa, lográbase la victoria. (2 de abril de 1819).

En seguida de eso, tras corto descanso, no vienen sino marchas y escaramuzas, hasta que Morillo toma decididamente hacia el Norte, para precaverse del invierno en la población de Calabozo. El Libertador continúa hacia Occidente, de hatillo en hatillo, defendiéndose con los miles que le siguen, del sol, de la sed, del polvo. Detrás de las tropas marcha pausadamente el ganado. O'Leary narra así lo que era padecimiento suyo y padecimiento de todos:

Agobiadas por el calor, sin un arbusto siquiera que les diera sombra durante la jornada, ni una gota de agua que refrescara sus labios, y hora tras hora engañadas por las ilusiones ópticas tan frecuentes en esos parajes, las tropas llegaban tarde al vivac, donde les esperaba una escasa ración de carne flaca y sin sal. Allí dormían al aire libre, expuestas a la intemperie de un clima insalubre; empero

ni una queja se oía a aquel valeroso y abnegado ejército, a quien animaba la constancia y el ejemplo del general en jefe. La vida de éste era la misma del soldado, y hasta su vestido era casi el mismo: chaqueta de franela, pantalones de lienzo, botas altas y la gorra ordinaria de paño del artillero, componían su traje [...] Los que le acompañábamos podemos dar testimonio de su incomparable actividad y de sus desvelos no sólo por la suerte de la República, sino por la del último de los soldados.

Si duro había sido el aprendizaje junto al mal humor de Anzoátegui, en los llanos, mucho más lo era para O'Leary esta experiencia de ahora, sólo posible en los cuerpos jóvenes que integraban el ejército patriota. Los que sufrían más que los otros en ese fondo de soledad y de simple reto a la resistencia, eran los europeos. ¡Qué contraste y qué infinita distancia entre este mundo y el otro, en paz o en guerra! Entre los ingleses se contaba O'Leary. “Aconteció un día que la gorra del general en jefe cayese en el río Arauca y fuese arrastrada por la corriente en medio de los estrepitosos “¡hurras!” de los ingleses, que tenían la preocupación de ver en ella signo de mal agüero y causa de las recientes penalidades”. ¡Ida la gorra, ido el mal agüero!

Todos arriban al pueblecillo de Mantecal, menos Páez y sus hombres, que han recibido orden de quedarse para detener y vigilar a Morillo, en espera de nuevas determinaciones. Tampoco llegan los desertores –que son muchísimos–, cuya fe no alcanzaba a prosternarse ante la soberana imagen de la gloria. ¡Y en qué condiciones iban a los dos meses de marchas!

Todo el ejército está desnudo, y habiendo empezado ya las aguas cuando vamos a obrar, sufriremos muchas pérdidas por las enfermedades y deserciones, si no se da al

soldado algún alivio. La columna inglesa necesita muy particularmente de zapatos, sin los cuales no puede hacer una marcha.²⁶

El contraste empezaba a producirse: ahora era la lluvia el enemigo, no el sol, ni el polvo. Seguía el calor, y aún más sofocante, pero bajo torrentes de presión diluvial a veces, o en la mortificante persistencia de una llovizna que amasaba más delicuescentemente el barro de las vías. Esa mañana, en una choza en ruinas, habíanse reunido los jefes del ejército, convocados por Bolívar, para decidir la invasión a la Nueva Granada.

No había una mesa en aquella choza, ni más asiento que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de la América.

O’Leary, al anotar estos hermosísimos detalles, de tan fúlgido brillo en la historia, debió de sentirse desconcertado por el soberbio contraste entre la magnitud de la empresa y la modestia del lugar donde se tomaban las determinaciones capitales.

Al cabo de tres días de descanso, durante los cuales partieron emisarios en todas direcciones para informar al Congreso en Angostura, al vicepresidente Zea y a los diferentes generales en toda Venezuela del vasto plan acordado, O’Leary escribe: “La víspera de la marcha del ejército, desertó el escuadrón de Húsares”. Era este escuadrón uno de los mejores, integrado por llaneros del Apure. Y añade:

Durante la marcha del Mantecal a Guasdalito [siete días, bajo lluvia y sobre fango] se trató de corromper la fidelidad de algunos

²⁶ Carta de Bolívar al vicepresidente Zea el 9 de mayo de 1819.

oficiales de influencia en el cuerpo llanero. El objeto era deponer al Presidente, alegando para ello la mala suerte que parecía acompañarle en todos sus proyectos y la temeridad del que ahora pretendía llevar a cabo; presentando, en voz baja, a Páez como el hombre predestinado para la elevada posición de general en jefe.

Ni la deserción del escuadrón ni la conjura produjeron desánimo. Páez aguarda en Guasdualito para recibir instrucciones verbales: debería partir con sus contingentes, rumbo a Cúcuta, para atacar por esa parte, mientras el Libertador caía sobre otra. Páez acató la orden, pero no la cumplió.

Y prosiguieron las marchas. ¿Quién iba a sospechar la absurda locura de que un ejército, con todas sus armas, incluidos unos pocos cañones, complejo por las mujeres y amantes de los soldados y seguido por manadas de ganado, marchase en la estación lluviosa, intento que no se había producido nunca?

Arroyos que apenas tenían agua en el verano —anota nerviosamente el edecán O'Leary, desconcertado como muchos—, ahora inundaban las sabanas; riachuelos que poco antes no contenían agua suficiente para apagar la sed del viajero, se habían convertido, desbordando su cauce, en ríos navegables. Para pasarlos era necesario construir botes de cuero, ya con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, ya para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar. Durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no

había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada; pero ni aun de ella se servía para cubrirse, tanto era su empeño de proteger el fusil y sus municiones.

Arribaron, al fin, a Tame, pueblecillo convertido en cuartel general de Santander. ¡Qué extraordinaria alegría al abrazarse los que llegaban con los que esperaban! Era ese sacudimiento de la fusión de fuerzas, cuando unen las aguas dos torrentes. Además algo nuevo estaba reservado para esos valientes, andariegos de ya más de setecientos kilómetros: un poco de sal y algunos plátanos, para añadir a la ración diaria, y un descanso de cuatro días.

Un esfuerzo más, de varias jornadas, y ya están los integrantes de ese pequeño ejército de tres mil hombres al pie de la cordillera, triturados por el frío andino. Las mujeres retan en la valentía a los hombres. Pero hay un coronel inglés, Jaime Rook, jefe de la Legión Británica en la división del general Anzoátegui, cuya voz de confianza y optimismo supera a la de los más esforzados. O'Leary le veía “contento con todos y con todo”, y la única vez que le halló vehementemente impetuoso fue cuando se trabó en discusión con el médico del ejército, doctor Foley, inglés así mismo, sobre cuál de las dos ciudades, Caracas o Bogotá, era superior; y ninguno de los dos conocía ninguna de esas capitales. Ese coronel Rook y los ingleses vuélvense el asombro de los propios llaneros: de Europa a esta naturaleza hostil y cruel había demasiada distancia; sin embargo, impertérritos seguían la marcha, con la rígida serenidad con que se cumple con un deber, a pesar de que en ellos no hervía el fulgor del patriotismo.

Por tres rutas era posible atravesar la cordillera. Según los datos que se tenían, en dos de ellas había, del lado de Nueva Granada, tropas realistas al acecho; en la otra —la de Pisba— no, por ser intransitable en todo tiempo, y más, hasta lo imposible, en período lluvioso. Ordena en consecuencia el Libertador que continúe la ardua marcha por Pisba, ¡por la vía inaccesible!

Comenzó la ascensión. O'Leary, actor y testigo, narra con elocuencia:

Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos.

Los pocos caballos que habían sobrevivido hasta entonces, perecieron en la primera jornada; quedaron unas pocas mulas, ninguna de las cuales terminó su viaje: rodaban al abismo. El ganado, para reserva de alimento, se había quedado tan atrás, que no se podía contar con él; y las tropas hubieron de satisfacerse con la ración de carne y arracacha (apio) que recibieron para cuatro días. Santander, a la vanguardia, desalojó a trescientos españoles apostados en el caserío de Paya, quitóles los víveres, mató a unos cuantos e inyectó, así, optimismo en los desalmados expedicionarios.

Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente al suyo (¡y era el suyo!) [...] El agua fría, a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellos la diarrea [...] El efecto del aire frío y penetrante fue fatal para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados, y así logro salvarse a un coronel de caballería.

Aquí aparece el soberbio episodio, extraído de las reconditeces de la hazaña por el juvenil sentido de observación del irlandés:

Durante la marcha de este día me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado, abrumado de fatiga, y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría; contestóme que la mujer de un soldado del batallón *Rifles* estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno. El 6 llegó la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja, en la Nueva Granada [y con ella, O'Leary]. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas.

¡La Legión Británica, que iba en retraso de cuatro días, perdió la cuarta parte de sus hombres! Con esa legión iba el general Soublatte, jefe de Estado Mayor, emparentado con Bolívar y hombre con quien tendrá mucho que ver en el futuro Daniel Florencio O'Leary, al casarse con la hermana suya, Soledad Soublatte. O'Leary lo describe así, en los días del paso de los Andes:

Tenía veintinueve años de edad; era alto y un tanto delgado, de modales cultos y agradable presencia; poseía el don de expresarse con facilidad, y si su reserva le hacía a veces aparecer como orgulloso, desaparecía esta impresión a poco que se le trataba más a fondo.

Difícil era sacarle una respuesta inmediata y directa, por fácil que pareciese a su interlocutor. Era diligente y metódico en el desempeño de los negocios a su cargo; sus órdenes e instrucciones eran claras y precisas.

Alguna vez el Libertador le acusó de falta de audacia; pero confiaba en él plenamente.

Nadie creía lo que veía. Por Pisba no había pasado nunca ser humano en invierno, ¡y ahora acababa de hacerlo todo un ejército! Los realistas no salían de su desconcierto cuando empezó a circular en los pueblos neogranadinos una proclama de Bolívar que decía:

Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare, a las órdenes del general Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela. De más remotos climas, una legión británica ha dejado la patria de la gloria por adquirirse el renombre de salvadores de la América. En vuestro seno, neogranadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras.²⁷

Los españoles tenían en la Nueva Granada, en aquel julio de 1819, una fuerza total de 11.000 hombres, diseminados en varios lugares: zona de Tunja —a cien kilómetros de ese pueblecillo de Socha—, zona de Cartagena, zona de Bogotá, zona de Popayán y zona de Quito, puntos muy distantes entre sí. Lo capital hallábase en Tunja,

²⁷ BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras completas*, compilación de Vicente Lecuna. T. III: 698.

regido por el comandante en jefe, general Barreiro. Así, los recién llegados, exánimes todavía, enfermos, desprovistos de las armas y el parque, que dejaron tirados en la áspera ruta, ven ante sí un ejército potente de más de tres mil soldados, cuyo vigor parece el más desafiante de los retos. El contraste acrecentó el ímpetu del Libertador, forzándole a realizar milagros, el mayor de los cuales era aprovechar la sorpresa, robándole tiempo al tiempo, para que Barreiro no tuviese manera de congregarse mayores contingentes.

A los cuatro días —¡sólo cuatro!—, cuando no contaban aun con caballería, ni había llegado la Legión Británica ni se disponía sino de poco parque y mientras los hospitales improvisados estaban repletos, ordena Bolívar —para demostrar fortaleza e impulso— el primer ataque, en Gámeza, a 40 kilómetros de Socha, donde se lucha durante ocho horas, sin acción decisiva, hasta que caen las sombras de la noche. ¡La primera batalla de su vida para O’Leary! En su calidad de edecán, en pleno combate, obedece órdenes de su general, yendo de un punto a otro de la lucha con desafiante velocidad para entregar instrucciones a los comandantes de los cuerpos: ¡que avancen, que calen la bayoneta, que contraataquen, que retrocedan, que se hagan matar antes que derrotarse! El edecán no toma en cuenta ni las balas que se cruzan ni el peligro de verse arrollado; en un estupendo mensaje vivo de toque de corneta o de voz que grita imperiosamente, va a donde debe ir y cumple la consigna a riesgo de la vida. Esa batalla de Gámeza duró más de lo previsto, y el edecán mostró la bruñida conciencia del que no tiembla. Esa noche, el general Barreiro, en el villorrio de Belencito, cerca de Sogamoso, ordenó que los 34 prisioneros que habían tomado fuesen atados espalda contra espalda, de dos en dos, para luego alancearlos más certeramente.

¡Con qué entusiasmo correspondían los campesinos a las exigencias del ejército libertador!

Los patriotas fugitivos que se habían ocultado en rincones remotos del país [Morillo había vuelto a dominar en todo el territorio neogranadino después de hacía tres años,

imponiéndose a sangre y fuego, a nombre del rey], salían ahora a presentarse y ofrecer sus servicios. Los independientes, dondequiera que se mostraban, eran recibidos por los campesinos con los brazos abiertos: el país estaba decididamente en favor de la causa que defendía y proclamaba Bolívar. Entregaron cuanto hacía falta: caballos, mulas, víveres, hombres para cubrir las bajas en los batallones, vestidos. El patriotismo es tal que de muchas leguas de distancia vienen los principales ciudadanos a ofrecer sus personas y propiedades para el servicio del ejército.²⁸

A los catorce días de Gámeza se da otra batalla, mucho más importante, en momentos en que los patriotas acaban de pasar el río Sogamoso, rumbo a la ciudad de Tunja. La segunda experiencia de sangre para el irlandés. Hacia mediodía de aquel 25 de julio se presentaron sorpresivamente las fuerzas españolas, y fueron recibidas a pie firme. Como la vanguardia regida por el general Santander, cediese terreno, lo mismo que otros dos batallones, echa el Libertador sobre el enemigo la valentía de la serenidad británica, que reconquista posiciones en recios choques. Pero también los ingleses, en cuyo sector opera el edecán O'Leary, comienzan a retroceder; su jefe, el coronel Rooke, yace herido; O'Leary también ha sido herido, al igual de los coroneles Sandes y Briceño. El momento es gravísimo; ya casi se aproximan las urgencias del crepúsculo. Entonces Bolívar, con ese su don de descubrir el golpe certero, llama al coronel Rondón, jefe de la caballería llanera, y le grita: “¡Coronel, salve usted la patria!”. Allí, en ese punto magnífico, comenzó la victoria.

Aquella recia acción del Pantano de Vargas fue el bautismo de sangre del capitán O'Leary. No hay gravedad en la herida; se curará

²⁸ Oficio de Bolívar a Páez el 14 de julio de 1819.

en pocos días. En algo mas de un año de vida en América, ¡con qué rapidez ha ido adquiriendo personalidad y despertando en sí una iluminada trayectoria! El horizonte de bonanza de su patria se ha trocado en sacrificio, dolor y heroísmo, aun antes de que tan juvenil existencia llegase a los diecisiete años. Tal vez en la severidad del hospital paupérrimo a donde fue llevado debió de conversar largamente con el médico Foley, inglés, sobre la tierra lejana, sobre las enseñanzas y ejemplos de O'Connell y sobre la salud del coronel Rooke, a quien Foley acababa de amputar el brazo herido de un arcabuzazo. En aquellos tiempos no había anestesia ni podía calmarse el dolor con analgésicos; actuaba la cuchilla del cirujano sobre carne viva y a plenitud de padecimiento del herido. Rooke, al ver su brazo amputado, tomólo valerosamente con la mano que le quedaba y, lanzándolo al aire despreciativamente, gritó: “¡Viva la patria!”. A los tres días, falleció desangrado. En calidad de ayudante de campo del príncipe de Orange, había actuado, años atrás, en la batalla de Waterloo, contr a Napoleón.²⁹

O'Leary, herido, no pudo tomar parte en la batalla decisiva de doce días más tarde, ni en la ocupación triunfal de la ciudad de Tunja por Bolívar antes del choque final. Esa batalla, en el campo de Boyacá, el 7 de agosto, fue de tres mil hombres contra tres mil, y de nuevo tomaron la parte más dura y brillante Anzoátegui y Santander. Este atestiguaba más tarde: “El general Bolívar, presente en todos los puntos de acción, dio las ordenes precisas para hacer brillar el valor de las tropas y el esfuerzo de los jefes y oficiales”. Al final de la jornada, el jefe de los españoles, general Barreiro, su oficialidad y 1.600 soldados habían caído prisioneros. La Nueva Granada quedó ese día libre para siempre. La gloriosa marcha de las tropas venezolanas desde el ardiente Orinoco y los padecimientos crudelísimos al atravesar los Andes, habían logrado su galardón extraordinario. O'Leary, entusiasmado, no escribe sino este sencillísimo comentario:

Del boletín del II copio estas palabras: El ejército libertador ha llegado al término que

²⁹ HENAO Y ARRUBLA. *Historia de Colombia*. Bogotá, 7ª ed., 1952: 481.

se propuso al emprender esta campaña. A los setenta y cinco días de marcha desde el pueblo de Mantecal, entró S. E. en la capital del Nuevo Reino [...] Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de un modo infalible la de toda la América del Sur.

Copia, como se copian las grandes verdades, con cálida fe.

En Irlanda hay fiebre por la independencia americana. El hombre magno, a cuya iluminación debe O'Leary hallarse en la Nueva Granada ahora, concita entusiasmos allá, en Dublín, donde pronunciar el nombre de O'Connell equivale a decir Irlanda entera y liberación cabal, y llega en su fervor a escribir a Bolívar esta carta extraordinaria, que ha quedado como ejemplo de cómo un grande es capaz de exultarse ante otro grande:

Dublín, marzo, 2 de 1819. Excelentísimo señor: Un extranjero y desconocido se toma la libertad de haceros una súplica: me anima a ello mi respeto por vuestro alto carácter y mi adhesión a la santa causa de la libertad e independencia nacional que vuestros talentos, valor y virtudes han sostenido tan gloriosamente.

Siempre he tenido simpatía por esta noble causa. Ahora que poseo un hijo capaz de llevar una espada en su defensa, os lo envío, ilustrado señor, para que, admirando e imitando vuestro ejemplo, sirva bajo vuestras órdenes y contribuya así con sus fuerzas, débiles pero entusiastas, al buen éxito de las armas de una juventud que ha dado ya renombre a la república de Colombia.

Unidos a semejantes sentimientos de amor a la libertad, otros dos poderosos mo-

tivos me inducen al presente paso. El primero es: que penetrado en vuestro amor por la causa de la libertad, quiero daros una gran prueba de mi persuasión de ser fundada la admiración de vuestra fama en grandes y remotas regiones. El segundo es: que mi hijo puede ser capaz de propender al afecto y benévolas relaciones entre los libres hijos de Colombia y los valientes pero infelices nativos de Irlanda. Animado de tales sentimientos, mi hijo os presenta sus servicios. Dignáos aceptarlos, guiado por el mismo espíritu con que los ofrece.— O’Connell.³⁰

No viajó a Colombia este hijo del líder irlandés. En cambio, organizáronse contingentes de voluntarios, regidos por el afamado general John d’Evereux, de cuya partida daba noticia el *Morning Chronicle* en julio de ese año, exagerando la cifra quizá involuntariamente. Antes de zarpar, hubo en Dublín una fiesta militar hermosa: La señora del consejero O’Connell, recibiendo del general d’Evereux la bandera, habló al coronel Aylmer y a sus oficiales de la siguiente manera:

Caballeros, tengo el honor de presentar a ustedes este pabellón, y estoy segura de que no será menos amado de ustedes por recibirlo de manos de una irlandesa que admira y ama las emociones de valor y sentimientos de libertad que os conducen lejos de vuestra tierra natal. Que el suceso y la gloria acompañen vuestros pasos y que la paz y la felicidad coronen vuestros esfuerzos. Esta será, caballeros, mi sincera deprecación.³¹

³⁰ Simón Bolívar. *Síntesis panorámica*, recopilación de Félix R. Fragachán: 192. Además, NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O’Leary en Europa*. Caracas, 1939: Prólogo.

³¹ *Correo del Orinoco*, N° 40.

Esos hombres partieron de Liverpool y llegaron a la isla de Margarita, en barcos del almirante Brión, quien los condujo luego a la zona próxima a Santa Marta, en la Nueva Granada, para que iniciaran el desborde de sus sentimientos en el campo de batalla.

Mientras el general Anzoátegui iba en persecución del virrey español Sámano, que huyó hacia el Caribe sin ser alcanzado, el capitán O'Leary se cura quizá de su herida en Bogotá, volviéndose testigo deslumbrado de aquel mágico poder de estadista que había en el Libertador. Aquí se organiza la administración; allí se movilizan tropas en varias direcciones para evitar sorpresas; en un punto concédense perdones a españoles y neogranadinos realistas con una generosidad ancha y franca; en otro, se forjan fondos para la prosecución de la lucha.

Si hubiera de fijarse, para ponerla en relieve especialísimo, alguna característica de las muchas de Bolívar, habría que señalar esa de la perpetua acción, como si estuviese destinado a moverse sin pausa ni reposo. Nunca se detuvo; jamás cesó en su apasionado vértigo constructivo. Así, a los cuarenta días de llegado, retorna a Venezuela, rumbo hacia Angostura, donde habrá de cumplir uno de sus magnos anhelos: la creación de Colombia.

Al llegar a Socorro, en la Nueva Granada todavía, ordenó al general Anzoátegui y sus hombres que partiesen para Pamplona, ciudad clavada en lo alto de la cordillera, desde donde había que vigilar la frontera neogranadina-venezolana, pues ya se sabía que el general Morillo, alarmado con la derrota hispana en Boyacá, había mandado a su segundo, el general La Torre, para una sorpresiva acometida. Aquella orden, dada el 6 de octubre, llegó a Bogotá después del 10, es decir, después de que en esa ciudad acababa de producirse un tremendo drama, que O'Leary, a juzgar por su relato, parece haberlo visto.

Antes de partir, había el Libertador encargado del gobierno al general Santander, bajo cuya custodia y responsabilidad quedaron los prisioneros de la batalla de Boyacá: el general Barreiro y treinta y ocho oficiales. Su canje, propuesto al virrey por medio de tres frailes, podía

salvar a estos desventurados, lealísimos y valerosos servidores de su rey. No los salvó, sin embargo, porque Santander no tuvo aquella paciencia que suele mezclarse con la magnanimidad en las lides de la guerra. Considerándolos peligrosos, puesto que ardía el espíritu de insurrección en los realistas españoles y criollos, ordenó su fusilamiento, que fue cumplido al mediodía en la plaza principal, como si con ello quisiera ejemplarizarse. Haciéndoles arrodillarse uno después de otro, descargó un pelotón sobre ellos, acribillándolos por la espalda.

El general Santander, a caballo y rodeado de su estado mayor, presenció la sangrienta escena desde la puerta del palacio. Después de la descarga que puso fin a la existencia de Barreiro, dirigió algunas palabras impropias de la ocasión al populacho, y precedido de algunos músicos paseó por las calles principales de la capital, entonando el coro de una canción alusiva al acto que acababa de cumplirse.³²

Además, para que la tragedia asumiese la mancha suma, es fusilado también un infeliz español, de apellido Malpica, cuya imprudente frase de “Atrás viene quien las endereza” (Morillo), dicha en voz alta, quizá por embriaguez, le significa la muerte inmediata. Al informarle a Bolívar, pedíale Santander una justificación documental —“es menester que su contestación me cubra para todo tiempo”—, que recibió en generosa carta. Quizá desde esos días empezó a nacer en el ánimo de O’Leary una secreta prevención contra el general Santander, en mezcla de desconcierto y de instinto que no se mostró durante nueve años y que estalló al fin con esa saña de tenaz agresividad que descubrió el Libertador en el irlandés desde el principio.

³² O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. I: 585.

Anzoátegui y sus tropas partieron rumbo a Pamplona; cuando arribaron ya Bolívar había salido hacia Venezuela, obsesionado por la urgencia de convertir en acto jurídico, fijado por el Congreso en Angostura, su creación de Colombia.

Muy triste fue para Anzoátegui no ver por última vez a su general; ya le acechaba la muerte, traidoramente, para segar temprano, demasiado temprano, tan valiosa existencia. A los pocos días de llegado cae víctima de enfermedad y fallece cuando apenas había alcanzado los treinta años. El valeroso hijo de Barcelona, en Venezuela, no logró siquiera recibir la postrera carta a él dirigida por el Libertador, donde le pedía que cuidase mucho de la guardia —la militar personal de Bolívar—, anunciándole, a la vez, sus grandes planes:

[...] Con esa guardia, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos a libertar Quito, y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas, y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas.

Los ocho días de duelo del ejército fueron guardados con más sincero dolor, sin duda, por O'Leary, el juvenil edecán que se quedaba sin jefe y entregado por entero a lo que mandase la suerte. Su nuevo comandante, provisionalmente, fue el coronel Salom a partir de ese luctuoso 15 de noviembre de 1819.

Y lo fue sólo durante aquel lapso en el cual el Libertador llegó hasta Angostura y volvió de ella —tres meses—, al cabo de los cuales, en la población fronteriza de San Cristóbal, entre Venezuela y Nueva Granada, cuando Salom recibió la orden de trasladarse a Popayán para emprender la campaña de Pasto, el irlandés fue llamado por Bolívar y nombrado su edecán. ¡Qué espléndido ascenso a los dieciocho años! Era como si se cumpliesen de golpe sus mayores anhelos y como si se realizara el milagro, para él magno, de caer directamente en el piélagos de la grandeza, para navegar en él sin cesar día y noche. En cumplimiento de su vehemente vocación no perderá detalle de la

personalidad y los actos del grande hombre. Si toda muerte redime a alguien, la de Anzoátegui habíale favorecido a él, llevándole de un salto al lugar mejor, entre todos, para la ejecución del doble propósito: volverse héroe, conquistando fama y fortuna, y recopilar lo necesario para escribir más tarde la vida de Bolívar.

Más alegre y vigoroso que nunca llegó éste de Angostura: traía dentro del alma inmensas fuentes de optimismo. Habíase creado a Colombia, jurídicamente, por acto legislativo (el 17 de diciembre); habíase designado a Cúcuta por capital (el Libertador aspiraba a que se la llamase Las Casas, en honor del apóstol de los indios), cuyo puerto grande sería Maracaibo; se había aplastado, con sabiduría, tino y magnanimidad, la última conspiración de los jefes subalternos, cuya audacia logró hasta la destitución del doctor Zea, presidente del Congreso, poco antes del arribo del Libertador. Y como si faltase algo más a aquellas glorias, acababa de llegar la más fausta de las noticias: en España, las tropas destinadas por el rey para reconquistar los territorios insurrectos en América, acababan de sublevarse, negándose a partir e imponiéndole al monarca la vigencia de la Constitución liberal de 1812, desconocida arbitrariamente por él. Así, el propio ejército español cooperó en la independencia americana, olvidándose y abandonando a sus compañeros, que luchaban con una valentía y una lealtad de muy alta consistencia; y así, estos contingentes sacrificados perdieron la esperanza de ser auxiliados, cayendo por lo mismo en su espíritu una intensa desilusión. Boyacá, la primera gran batalla decisiva, rendía pródigos frutos aún antes de lo que se esperaba. Razón tuvo Santander en Bogotá para reunir a las autoridades de lo civil, militar y eclesiástico, para hacer aprobar de ellas la creación de Colombia sin esperar la llegada del Libertador, que arribó a la capital neogranadina cuando comenzaba marzo.

De nuevo presencié allí O'Leary, igual que a raíz de Boyacá, cómo el pueblo hervía en las calles para vitorear delirantemente al gran general. En los oídos de todos resonaban las palabras de la última proclama suya:

[...] la intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado. ¡Viva el Dios de Colombia!

A los quince días, expedidas numerosísimas disposiciones militares, políticas y administrativas, viaja el Libertador a Cúcuta, a la futura capital, para descansar algo, quizá para soñar más anchamente. “Era el primer reposo que se permitía desde hacía muchos años”, escribe su nuevo edecán.³³

Y de aquí, de Cúcuta, toma O'Leary estos detalles de la vida íntima de Bolívar:

Se levantaba a las seis de la mañana, se vestía y empleaba en el tocador apenas el tiempo necesario para el aseo de su persona. De su cuarto de dormir, que le servía también de escritorio, pasaba a las caballerizas a ver los caballos, que hacía cuidar con esmero.

El caballo, el vehículo más veloz y el arma más poderosa de entonces, fue parte principalísima, por lo mismo, de las preocupaciones del general en jefe.

[...] vuelto a su cuarto, leía hasta las nueve, hora en que se servía el almuerzo. Acabado éste, recibía los informes del ministro de la guerra, de su secretario privado y del jefe del estado mayor; oíalos paseándose en el cuarto o sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa o le llamaba la atención.

³³ O'LEARY, DANIEL. FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 32.

Viene, a renglón seguido, el primor de la anécdota que solo quien lo ve puede ofrecer a la posteridad:

Sus decisiones eran a veces excéntricas; citaré entre otras las siguientes, que me dictó a mí. Una señora, de edad algo avanzada, se casó con un oficial inglés; el oficial murió; pero la señora, que era en extremo avara, continuó haciendo representaciones [pidiendo dinero]. El Libertador me dictó esta contestación: “Negado; ya murió el niño por quien éramos compadres...”. Un cura cuyas opiniones habían sido siempre hostiles a la causa de la independencia, solicitó cierto favor. “Pídaselo al rey”, fue la respuesta. Cierta médico, que se aprovechó de la anarquía en que quedó Bogotá entre la fuga de Sámano y la llegada de Bolívar para saquear algunos almacenes, solicitó el nombramiento de médico en el estado mayor: “Conténtese usted con lo que ha robado”,

se escribió al margen de su petición. Por estos detalles adviértese que el edecán era para el Libertador, además, un secretario. O’Leary, tan sólidamente instruido, debió de ser de excepcional valía por ese aspecto, “... luego llamaba a un edecán de su confianza y le dictaba las cartas de mayor importancia”. Después de la comida, el general paseaba a caballo, con un edecán. Por la noche, de las nueve a las doce, leía acostado en su hamaca. “Sus autores favoritos en aquel tiempo eran Montesquieu y Rousseau... Además, escribía frecuentemente artículos para los periódicos; era su estilo severo y muy sarcástico”.

O’Leary hace aquí —el único— una hermosa revelación: “Solía divertirse en los ratos desocupados, si es que los tuvo aun en los meses que permaneció en Cúcuta, en hacer composiciones poéticas”. Más tarde, el propio O’Leary actuará de gran periodista, mordaz y agresivo cuando haya de combatir reciamente a Santander y el santanderismo.

Sorprende que, hasta en América, los ingleses y los irlandeses voluntarios en los ejércitos de la libertad hubiesen de operar separados. Quizá Bolívar, hondo conocedor de Europa, dio a este detalle la significación profunda que tenía y no mezcló esos dos grupos, tan diferentes como antagónicos, a pesar de que en el ejército, a causa de que ambos hablaban inglés, pasaban por similares. Y llegó día en que el acierto de mantenerlos alejados sirvió extraordinariamente cuando los irlandeses perdieron la moral. Actuantes bajo las órdenes del coronel Montilla en la zona de Río Hacha, cerca de Santa Marta (costa neogranadina del Caribe), echan a torrentes ese su fanatismo de bravos guerreros; pero obra en ellos más, mucho más, el tradicional sentido irlandés de la economía, llevado hasta la avaricia. Y cuando advierten que no se les paga cumplidamente —porque no hay dinero suficiente—, suponen que Montilla oculta las sumas: sublévanse airados, saquean la población y exigen que se les traslade a una isla británica. Ni el restablecimiento enérgico de la disciplina, ni las explicaciones lograron amainar el vehemente incendio. Hubo así de trasladárseles a Jamaica, cesando en consecuencia buena parte de la colaboración de los hijos de Irlanda. Golpe moral rudo para O'Leary; más que duro, causante de rubor y vergüenza. ¿Por qué se habían portado como mercenarios...?

V

El mejor profeta es aquel que mejor calcula.

EURÍPIDES. *Fragmenta*.

Un día de julio de ese año llega de improviso a San Cristóbal un teniente coronel español —José María Herrera— con el propósito de entrevistarse con el Libertador, para quien traía una carta del general La Torre. Proponía éste un armisticio de un mes, hasta tanto llegase un plan de paz más amplio, originario del propio general Morillo. Acude inmediatamente Bolívar a aquella población y fija hábilmente

su punto de vista: habrá negociaciones, pero de poder a poder, de nación a nación: hasta tanto, acéptase el mes de tregua. Y cuando es recibido el pliego de Morillo, responde el Libertador por escrito: “El armisticio solicitado por V.E. no puede ser concedido en su totalidad sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación”. Esa cesación de fuegos, tan insistentemente solicitada por los realistas, revelaba debilidad suya y presencia de graves problemas: cabía por ende, sacar de la angustia la mejor ventaja; sin presionar, que por allí hubiese saltado la peligrosísima desesperación, sino mostrando que se era generoso. Dando tiempo al tiempo, y encomendadas las negociaciones pacifistas a los oficiales Urdaneta y Briceño Méndez, viaja Bolívar a Cartagena para agitar la guerra allá y tomar disposiciones tendientes al único objeto de envergadura pendiente: el ataque final contra Morillo. El edecán O’Leary empezaba a recibir lecciones de alta diplomacia, que más tarde le servirían extraordinariamente cuando se le encomienden misiones trascendentes. Iba con él en estos viajes el otro edecán, mucho más antiguo: el coronel Diego Ibarra, que había luchado bravamente en Boyacá, junto a Santander, y que traía una historia militar brillante de ya siete años. Ibarra y O’Leary, amigos entre quienes el nexa era la sinceridad más pura, aparecen émulos en un solo punto: la lealtad a su jefe.

De regreso a Cúcuta, casi dos meses más tarde, salió a recibirles el general Sucre. O’Leary no lo conocía. Era, sin embargo, el comandante de una de las dos divisiones del ejército principal, llamado guardia colombiana, compuesto de varios batallones. El otro comandante era el general Urdaneta. Sucre, nacido en Cumaná, no tenía sino veinticinco años; comandaba a mozos de dieciocho y veinte que llamaban a Bolívar cariñosamente “El Viejo”, quien había traspuesto ya los treinta y siete.

Al verle venir, yo, que no le conocía, pregunté al Libertador quién era el mal jinete que se nos acercaba. “Es —respondióme— uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de

Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará”.

Quizá con ninguno de los altos oficiales de la libertad se entendió mejor nunca O'Leary que con Sucre; volviéronse íntimos casi desde aquel mismo tiempo en que se encontraron por vez primera. Y si los dos temperamentos, disímiles, forzábales de cuando en cuando a reñirse, en aquella forma elegante y discreta donde campean la ironía y el buen humor, llegaron lejos en la comprensión y hasta en la generosidad. Su verdadero punto de discordancia fueron los amoríos, puesto que el uno –Sucre– mostraba celos del otro, bien por hallarse lejos de la mujer disputada, bien al advertir una mayor inclinación de las damas hacia el extranjero por exótico. Alguna vez esos celos viéronse noblemente compensados por la generosidad; lo dice este elocuentísimo mensaje:

Quilca, 15 de octubre de 1823.– Querido O'Leary: Agradezco mucho la cartica de usted del día 4. Usted me prueba su amistad y sus recuerdos, y creo que los míos hacia usted están justificados, usted sabe que hasta la dama le cedí en alguna ocasión, ofendiendo aun mi amor propio, cuando aparecí ante la gente arruinado y derrotado. Escríbame usted todo lo que ocurra por esas tierras y cuente que lo ama grandemente su cordial amigo, Sucre.³⁴

Acordada la apertura de negociaciones entre los dos bandos, tendientes a un armisticio firme, partió el Libertador con sus edeca-

³⁴ *Papeles de Sucre.*

nes, estado mayor y tropas rumbo a Trujillo. Requerían las discusiones un respetable respaldo de fuerza. En el camino —aquí, de nuevo, la valía del testigo presencial, O’Leary, para el sabor de la anécdota reveladora del carácter de Bolívar—, se encontraron con una comitiva de monjes que venían, en espléndidas mulas, a felicitar al Libertador. El principal de ellos pronunció en el encuentro el discurso que traía preparado, donde constaban estas palabras: “No habrá sacrificio que la comunidad no esté dispuesta a hacer por Colombia y su Libertador”. Óyelo Bolívar y responde rápidamente:

El más grato servicio que podéis hacernos ahora, reverendos padres, es someteros a la privación temporal de esas buenas mulas en que habéis venido; hemos hecho una larga jornada y nuestros caballos están tan cansados como nosotros.

Los monjes se desmontaron y cedieron las mulas.³⁵

En el proceso de las negociaciones del armisticio se cruzaron numerosas comunicaciones entre los dos jefes. Mas hubo un incidente que, de no ser por O’Leary, que nos lo dejó relatado, habríase perdido en aquella parte en que el Libertador desató su vehementísima elocuencia. Fue que llegó al campo patriota, como enviado especial, el teniente coronel español Pita, quien en la comida insinuó que Bolívar se retirase con su tropas a Cúcuta para facilitar así el proceso pacifista.

Diga usted al general Morillo de mi parte — contestó el Libertador irritado— que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta; dígame usted también que cuando fugitivo de mi patria, mientras él la estaba oprimiendo a la cabeza de un ejército numeroso, envanecido con sus triunfos, yo, acompañado por unos pocos proscritos, no temí

³⁵ O’LEARY, DANIEL. FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 46.

buscarle; y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré sino disputando el terreno palmo a palmo; y, por último, que hacerme semejante proposición ahora que cuento con un ejército más disciplinado y numeroso que el suyo es un insulto que yo devuelvo con desprecio.

Morillo advirtió a tiempo el temple de su émulo y prosiguió en los trámites del cese de fuegos; hallábase en extremo interesado, además, en su personal retorno a España, donde el rey ahora encontrábase sujeto a las disposiciones liberales de la Constitución de Cádiz. Esas normas, tan propicias a la independencia de los americanos, habían quebrantado gravemente su autoridad, privada, además, de toda suerte de auxilio militar para la prosecución de la guerra. Morillo, en cinco años de cruentísimo encono, carecía ya de la casi totalidad de los diez mil hombres que recibiera para la estrangulación de la revuelta; los independientes fueron más potentes, en su primitivismo bélico, que la ciencia estratégica y táctica de la vieja Europa.

E iba adelante el buen propósito, que incluía la nobilísima determinación de regularizar la guerra, enmarcándola en las normas de civilización y prostituyendo el fusilamiento de prisioneros, cuando Páez, el bravo Páez, a cuyo cargo hallábase la Legión Británica, hubo de habérselas con una sublevación de esos valerosos hijos de Inglaterra. Era octubre de ese año. Querían, como los irlandeses, abandonar el territorio por cuya liberación habían venido a luchar. Proyectaron, secretamente, el asesinato de los jefes, para luego partir rumbo al Orinoco, y, a manera de señal de ataque, presentaron serio reclamo a causa de la mala comida. La asonada de los quinientos, estallada por sorpresa, no podía amedrentar a Páez, que no contaba en aquel momento sino con ochenta criollos. Armarse, lanzarse sobre los sublevados, atacarlos con firmeza, todo fue uno, hasta que el orden quedó restablecido. Entonces el general, enardecido, procedió

al castigo ejemplar: los culpables, puestos en fila, son obligados a numerarse, y todo aquel a quien toca el cargo de cabecilla del motín da valerosamente un paso al frente. Ya están a la vista, separados de los demás, los jefes. Viene entonces la orden trágica: “Que sean decapitados en presencia de todos”. Los ochenta criollos proceden, a la vez que vigilan a los otros para impedir la reacción contraria; ésta se produce. Páez en persona atraviesa con su espada al primero que se le pone delante. Cuando se ha cumplido el drama, todos se marchan a sus cuarteles en el aterrorizado pueblo de Achaguas, y Páez da su última orden: “... y quien se muestre triste, también será decapitado”. O’Leary, súbdito inglés, no sólo padeció en mitad del alma esta segunda defección de sus compatriotas, sino que pudo ver, por las cartas que dictaba el Libertador, que en adelante ya no se admitirían voluntarios ni ingleses ni irlandeses. De no haber sido por los muchos oficiales y soldados que se cubrieron de gloria en varias acciones, el nombre británico hubiese caído en el número de los poco gratos en aquellos tiempos de tan dura brega.

De la misma manera como Bolívar había avanzado hasta Trujillo, en actitud hostil, Morillo, abandonando Caracas, entró resueltamente en las poblaciones del occidente –San Carlos, Barquisimeto–, dictó numerosas disposiciones y cerró el camino a los patriotas.

El edecán O’Leary fue el encargado de llevar los pliegos relativos al armisticio para entregarlos en persona a Morillo. Era la primera misión semidiplomática del irlandés, en cuyo porte caballeroso, inteligencia, tacto y lealtad confiaba el Libertador ya plenamente. Cumple O’Leary el honroso cometido, y cuando va a partir de regreso, le presenta Morillo un llanero con varias heridas. Este bravo, en una refriega de avanzada, había sido herido y, apoyándose en el cadáver de su caballo, seguía luchando a pesar de que su lanza se había hecho pedazos. O’Leary le llevó desde esa población de Carache. El Libertador, exaltado de emoción, no sólo ante el heroísmo de su compatriota, sino ante la nobleza de Morillo, ordenó que se le remitiesen en canje ocho prisioneros españoles.

Los tratados de tregua por seis meses y de regularización de la guerra fueron firmados a fines de noviembre de ese 1820. Allí quedó constante, por vez primera en documento público, y con el énfasis que correspondía a tan solemne acto, que Bolívar era el presidente de la República de Colombia y que la guerra que se suspendía era entre España y Colombia. Fue ese el triunfo moral, documental, que buscaba el Libertador; y lo alcanzó, firmado de puño y letra del general Morillo, “conde de Cartagena, teniente general de los ejércitos españoles y teniente general en jefe del ejército expedicionario de Costa Firme”.

Ratificados los tratados, quiso Morillo conocer a Bolívar. Concertada la impresionante entrevista, fue O’Leary el encargado de anunciarle a Morillo que el Libertador estaba ya en camino y que no tardaría en llegar a la población de Santa Ana, punto escogido, por intermedio, para el suceso.

Al aproximarse las dos comitivas [cuenta el propio O’Leary], quiso Morillo saber quién era Bolívar. Al señalárselo, exclamó: “¡Cómo! ¿Aquel hombre pequeño de levita azul, con gorro de campaña y montado en una mula?”. Al reconocerse los dos generales, echaron ambos en el acto pie a tierra y se dieron un estrecho y cordial abrazo. Después de este saludo se dirigieron a la mejor casa del pueblo, donde el general Morillo había hecho preparar un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped [...] El general Morillo propuso la erección de un monumento en el sitio en que había abrazado a su rival. Esta idea generosa fue acogida por Bolívar con placer. La noche puso fin a los regocijos del día, pero no separó a los gene-

rales rivales. Bajo un mismo techo y un mismo cuarto durmieron profundamente Bolívar y Morillo, desquitándose tal vez de las muchas noches de vela que mutuamente se habían dado.³⁶

Esta suerte de escenas, que O'Leary jamás las hubiera sospechado, a pesar de su íntimo culto a la grandeza desde su lejana Cork, fueron, con otras, las que le hicieron escribir un día: "Defenderé su memoria y me suscribiré con gusto a la opinión pública que le ha designado como un grande hombre".³⁷

El Libertador, sus edecanes y el general Sucre, jefe del estado mayor, partieron hacia Bogotá, a donde llegaron con el grato saboreo de la noticia de haberse ausentado Morillo a España: Quedaba de jefe de las tropas realistas el general La Torre, militar inferior. Ese había sido el primer éxito del armisticio: que desapareciese el gran militar, pues al otro sería más fácil aplastar. Los demás beneficios, sabiamente calculados, irían presentándose paulatinamente. Bolívar ya prepara la campaña del sur con celo y visión, porque advierte que el final de la lucha en Venezuela se aproxima. El enemigo va a ser acosado de Popayán hacia Lima. Para eso, para abrir la ruta nueva, encomienda a Sucre el comando de las tropas que moran en la zona neogranadina del Cauca, donde el general patriota Valdés no ha logrado los buenos sucesos que de él se esperaban. Y Sucre parte, portador, por vez primera, de una responsabilidad total sobre sí. Bolívar empezaba a hacer valer los merecimientos del gran cumanés, como se lo había anunciado a O'Leary. Comenzaba el nuevo año. Y allá lejos, a orillas del Guayas, la ciudad de Guayaquil, por propia iniciativa, habíase declarado independiente de España; serviría, así, de hermoso y firme punto de apoyo para la liberación del sur. Sólo que Guayaquil, con una Junta de Gobierno propia, manteníase al margen, sin decidirse ni por Colombia ni por Perú, donde el general San Martín iba ya, con Arenales, rumbo a Lima, de triunfo en triunfo.

³⁶ O'LEARY, DANIEL. FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 59.

³⁷ Carta de O'Leary a Soubllette, desde Kingston, 17 de noviembre de 1831.

También el Libertador se encaminaba hacia el sur cuando arribaron a Venezuela dos emisarios del rey de España, dispuestos a ampliar el armisticio y negociar la paz. Suceso tan trascendente impidió el viaje del general y sus edecanes, resolviéndose, en cambio, que fuese Sucre quien partiera a Guayaquil, mientras Bolívar tomaba rumbo a Venezuela, luego de nombrar a los patriotas Revenga y Echeverría para que viajasen a Madrid a acordarse con el Gobierno monárquico, a nombre de la República de Colombia. Quería proseguir la guerra, pues los seis meses de tregua pasarían rápidamente. Sucre se dirigió a Guayaquil por mar desde el puerto de Buenaventura, con setecientos hombres y mil fusiles. Uno y otro punto –el viaje de Bolívar a Venezuela y el del cumanés al sur– tomaría trascendencia especial bien pronto para el edecán O'Leary, cuyo destino anuncia bifurcación. Ese encumbramiento y esa responsabilidad especial de Sucre afectarán directamente al irlandés, y muy pronto.

Segunda Parte EL MILITAR

I

Como militar, O'Leary no carece de valor ni de conocimientos para un mando en jefe.

BOLÍVAR. *Diario de Bucaramanga.*

Bien cabría expresar aquí que, durante este lapso de ya varios meses, como antes y como durante tantos años después, el propósito fundamental de O'Leary de ir compilando datos y documentos para escribir un día la vida y la obra del Libertador y la historia de la gran guerra emancipadora, cumplíase religiosamente con una prolijidad y un celo que sólo son posibles en un espíritu de extraordinaria constancia. A tanto llegaba la anotación de los sucesos y la observación de los personajes, que las fechas, los lugares, el detalle elocuente, la línea de las siluetas, han sido comprobados casi en la totalidad de los casos. Si alguna vez tuvo yerros al copiar papeles, o al señalar días y años, la correspondiente compulsión ha demostrado que lo importante y trascendente, lo capital y determinante, quedaron siempre en su punto y a salvo. Y lo que más sorprende es su capacidad para la captación de conjunto. Narra, además, con una claridad magnífica, sin que haya ocasión a ambigüedades ni situaciones falsas; rompe las apariencias y va directamente al fondo de los problemas, iluminado por una limpieza mental que carece de obstáculos y tropiezos.

Ya en Venezuela de nuevo, advierte cómo el Libertador, forzado por la falta de víveres y dinero para las tropas, en sometimiento a esa quietud propia de una tregua, toma una determinación vigorosa: notificar al general español La Torre que, de acuerdo con uno de los puntos del convenio, la cesación de hostilidades quedaría rota al correr de treinta días, reduciéndose así su duración total en menos de cinco meses. Sólo la movilidad, sólo la guerra, podían salvar al ejército

republicano, en tanto se desarrollaban –sin éxito– las conferencias en pro de la paz en España. Urgía luchar de nuevo no sólo por aquella circunstancia del mantenimiento de las tropas, sino porque era más firme alcanzar por las armas aquello que las conversaciones diplomáticas podían diferir por largo tiempo.

Y O’Leary presencia, por vez primera, un despliegue estratégico que no se halla sino en los grandes generales de la historia. Las tropas patriotas, en efecto, asumen una marcha pausada, regular e irrevocable, hacia el punto de convergencia, desde el occidente, el norte y el sur, en una sincronización que parecería imposible sobre territorios carentes de vías en buena parte y excesivamente extensos como para que hubiese una intercomunicación constante y oportuna. Los edecanes y secretarios mueven órdenes y correspondencia en todas direcciones, por vías regulares o por postas, habida cuenta de que es mucho lo que se extravía y pierde. El gran cerebro dirigente prevé, además, los combates que han de librarse en muchos puntos para que no se interrumpa el gran avance general. Pero ha tendido, como hábil general, un lazo admirable, en que quizá Morillo no hubiese caído: el ejército de Oriente irá derechamente rumbo a Caracas, con ánimo de entrar en ella. Así, La Torre se verá cogido entre dos fuegos, y de la determinación que tomare dependerá su suerte. Bolívar sabe por anticipado que marchará el español rumbo al desierto y que se perderá.

En un principio, el lugar de cita para la irrupción magna era la población de San Carlos, mientras el general Bermúdez abría marcha hacia Caracas. Mas, los movimientos desacertados y lentos de La Torre, señalaron que podía encaminarse a un sitio más próximo de la capital, y se fijó en las llanuras próximas a la ciudad de Valencia, a pesar de que Bolívar, en mucho, obraba por intuición, ante la carencia de noticias de los pasos dados por el enemigo; quizá su único punto exacto de referencia eran las comunicaciones que se interceptaban.

Bermúdez tomó Caracas. La Torre, nervioso, movilizó parte de sus tropas en esa dirección, cayendo en la trampa tendida por el Libertador y debilitando, por ende, sus efectivos, ante la inminencia

del gran choque. Pero, ese éxito no fue duradero: el general español Morales recuperó la capital, evacuada por Bermúdez, que llevaba menos efectivos y no podía resistir. Quedaba en pie otro lazo: las tropas del general Urdaneta, procedentes del Norte, se hicieron presentes casi sorpresivamente. La Torre, desconcertado, envió poderoso contingente para tratar de detenerlo, en vísperas de la gran batalla. Segundo error, que minó como corrosivo potente las fuerzas realistas, para quienes se precipitaba ya el desenlace.

Por aquellos días el edecán O'Leary, que tramitó los papeles correspondientes, debió de sorprenderse de cómo Bolívar llegaba en su generosidad y desprendimiento hasta el punto de rechazar sus sueldos de Presidente de la República, y la asignación excepcional de 25.000 pesos acordada para los generales en jefe, con las expropiaciones posteriores a Boyacá. Para el edecán, de suyo tan cuidadoso del dinero y tan mesurado –“... La prodigalidad y la mezquindad son extremos opuestos y ambos vicios”¹– debieron de ser ejemplos edificantes, que no trató de imitar.

Asimismo, por esos días, preocupado ya el Libertador, y mucho, con la falta de sincero entendimiento entre neogranadinos y venezolanos –cuestión delicadísima en que habrá de intervenir más tarde O'Leary– sugirió que se crease un departamento nuevo, que hiciese de intermedio entre las dos secciones poco fraternas, englobando en él territorios que tomaban desde Trujillo, Coro y Maracaibo e iban hasta Cartagena; la capital sería Cúcuta, sede de la Presidencia de la República. Los legisladores de entonces, no comprendieron lo profundo de tan salvadora idea, y la abandonaron sin considerarla. Ese mismo año, el Libertador exclamará, precisamente en Cúcuta: “¡Están doblando por Colombia!”.

Y llegó el día de la gran batalla, en el campo ancho, alfombrado de delicada verdura, en Carabobo, a unos kilómetros de la ciudad de Valencia. Era una concentración magnífica de juventud y de bizarros generales, jóvenes también, expertos y bravos hasta cualesquiera heroísmos.

¹ Carta de O'Leary a su esposa. CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 236.

No duró el choque sino media hora, en una especie de vértigo. Bolívar le ordenó a Páez que flanquease al enemigo por su ala derecha, a pesar de lo escarpado del terreno. Páez cumplió el encargo a fidelidad; los británicos cargaron a la bayoneta, como si luchasen, enconados, contra el propio Bonaparte; la división de Sedeño apoyó a Páez; hubo avances y retrocesos, en un área muy extensa de batalla. Los edecanes, en reto a las balas, iban de un punto a otro llevando órdenes perentorias; O'Leary, desde el amanecer de ese día, hasta la noche, no se paró un momento; ni el otro edecán, Ibarra, que fue quien llevó a Plaza, jefe de la tercera división, la orden de ataque en el momento en que comenzaba el desbande de los españoles. Y el sol, majestuoso espectador de los sucesos, erguía en el cenit relampagueante, cuando las cornetas patriotas pregonaban triunfo y ordenaban persecución. Eran las doce de aquel inolvidable 24 de junio, en que quedó libertada Venezuela para siempre, con una sola batalla decisiva, culminación y desenlace de trescientas anteriores. O'Leary acaba de tomar parte en uno de los hechos más gloriosos de la guerra de emancipación, y quizá en aquella fecha consideró que su aventura en América había tenido un objetivo altísimo que hubiese aplaudido O'Connell en persona.

Más de tres mil hombres perdió La Torre, entre muertos, prisioneros y dispersos; logró salvar algo más de dos mil, en Puerto Cabello. Aquella misma noche los republicanos tomaron a Valencia, donde se rindieron, quizá, honores, a los dos grandes muertos de aquella jornada: el general Sedeño y el general Plaza. Ambos habían presentado su trágico fin, según este detalle narrado por O'Leary:

En la mañana del día de la batalla almorzó el Libertador en lo alto de Buenavista. La conversación rodó sobre el éxito probable de la batalla que iba a librarse. Sedeño y Plaza no tomaban parte en la animada discusión, y habiéndolo observado uno de los camaradas, le preguntó a Sedeño el motivo de su silencio. “Estaba pensando, respondió, que

bonito muerto haría Plaza”. “Y yo, dijo Plaza, estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará a usted a su fin”.

Muchos, muchos años después, el general Páez, que fue ascendido a general en jefe en el propio campo de batalla, visitó esa tierra en unión del general Falcón y otras personas. Le habían pedido al extraordinario llanero que explicase el desarrollo de la batalla, y Páez iba señalando: “Aquí Farriar, aquí Sandes; allá Torres, Figueredo, Rondón, Briceño, Carvajal, Infante, en estos lugares”. Y Páez avanzaba, erguida, pero temblorosa, la cabeza, orgulloso en su caballo, como en los días de la guerra. “Allá el español García, con el *Valencey*; en aquel punto Montero con el batallón *Infante*. Morales y Colón, nerviosos, iban de un punto a otro, en aquella dirección”. Caminaba Páez, con sus acompañantes, sin desmontarse; le relampagueaban los ojos. De pronto se detuvo y gritó: “¡Y aquí el Libertador!”. Y se le fueron las lágrimas.

En esa batalla perdió Páez su guardaespaldas más valeroso y más fiel. Le llamaban El Negro Primero. En plena acción, llegó cabizbajo, en un caballo que iba paso a paso, hasta junto a su jefe, que le increpó por qué no peleaba. “¿Ya no hay enemigos?”, le gritó. “Mi general, repuso el negro, vengo a avisarle que estoy muerto”. Y cayeron, casi juntos, jinete y caballo.

Mariño quedó en el comando en Valencia, y el Libertador, Páez, sus edecanes y algunos oficiales, siguieron rumbo a Caracas. “Casi rayó en delirio el entusiasmo de los habitantes de la ciudad. Aunque entrada la noche, un gentío inmenso de todas clases invadió su casa ansioso de verle, y no fue sino después de media noche cuando pudo escapar de la grande ovación, para entregarse al descanso de que tanto había menester”. ¡Retornaba a su ciudad natal a los siete años! Para O'Leary, era la primera visión de esa ciudad, con amplias huellas todavía del terremoto de hacía nueve años. Su sorpresa mayor debió ser que casi todos los moradores llevaban duelo por alguien, desapa-

recido en esos once años de despiadada lucha. Una ciudad valerosa, heroica, titánica e invencible; de sus habitantes, quizá una tercera parte, o más, había sido sacrificada en aras de la libertad. No había en su entraña, junto al duelo, sino pobreza, austeridad.² El resultado militar de Carabobo, en que quedó libre Venezuela, como con Boyacá cesó la esclavitud de la Nueva Granada, dos años antes, puede condensarse así: “El ejército español de Venezuela, de 10.000 combatientes, quedó reducido a 3.000 refugiados en Puerto Cabello”.³ Había desaparecido el ejército más poderoso de España en América, con excepción del de Perú. Y casi en seguida, como si se hubiese producido contagio, se independizaron los países centroamericanos y México (septiembre), lo mismo que Panamá (noviembre), que se declaró incorporado a Colombia. Además, Cartagena y Cumaná se libertaron también, sumándose a ese magno canto de victoria que discurría ya por el continente.

No sólo conoció entonces O’Leary a Caracas y trabó más íntima amistad con el general Soublette y su familia –Soublette quedó encargado de la administración en la ciudad–, sino que fue con el Libertador a descansar unos días en la hacienda de éste, en San Mateo, donde el grande hombre había tenido algo de su infancia y su luna de miel. Allí, además, se había luchado durante un mes contra Boves, en 1814. De los mil esclavos que tenía la hacienda, “sólo halló tres, e inmediatamente les dio la libertad”.⁴

La despedida de Caracas, el día primero de agosto de aquel tan glorioso 1821, fue para largo, muy largo lapso. El Libertador retornará seis años más tarde, sin O’Leary, de quien estará distanciado. Y O’Leary no volverá a Caracas sino tres años después de muerto Bolívar. El destino va jugando así con las personas, arbitrariamente.

En Cúcuta, casi junto al lindero de Venezuela y Nueva Granada, pero del lado de ésta, librábase otra guerra, de carácter mental y sentimental. Hacia ella iba el Libertador. Desde hacía tres meses,

² LECUNA, VICENTE. *Op. cit.* T. III: 54, calcula una pérdida de las dos terceras partes.

³ LECUNA, VICENTE. *Bolívar y el arte militar*. Nueva York, 1955: 143.

⁴ O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 94.

en efecto, abrió allí sesiones el Congreso, en obediencia a mandato del inicial Congreso de Angostura de 1819. Allí estaba el asiento del gobierno de Colombia, hasta tanto se fundase la ciudad especial, en esas proximidades, que sería la verdadera y definitiva capital del gran país –se llamaría Ciudad Bolívar, según pensamiento de los legisladores de Angostura–; y allí ya “los enemigos de Bolívar, dice O’Leary, se empeñaban con crueles calumnias en manchar su reputación y en rebajar, aunque sin conseguirlo, la merecida estima en que el pueblo le tenía”. El propio Bolívar, en carta de saludo al Congreso, por su instalación, había desenmascarado a tales enemigos, con esta frase quemante: “Estoy cansado de oírme llamar tirano”.⁵

A su paso por la ciudad de Trujillo, determina enviar a su edecán Ibarra a Chile y el Perú, con mensajes para San Martín, Cochrane y O’Higgins, anunciándoles que se dispone a la campaña del Sur, y que irá hasta el Perú. Ya desde entonces, con una anticipación de tres años, estará convencido de que las solas fuerzas actuantes en el Perú con San Martín no bastarían para la independencia de ese país. A San Martín le decía:

Mi primer pensamiento en el Campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E., el Perú y su ejército libertador. Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú; pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de América no se atreverán ni a mirarlo.

En carta adicional le ofrecía llevar por Panamá 4.000 hombres, por Buenaventura, 4.000, y de Guayaquil, directamente, 3.000; sólo pedía los barcos de transporte indispensables y los fusiles para dos o tres mil de esos hombres. Al almirante Cochrane, que con tan encendido brillo ha cooperado en la campaña de San Martín, en el Perú, in-

⁵ Mensaje del 24 de junio de 1821.

vítale a llevar sus barcos a Panamá para el transporte de las tropas colombianas. Y a O'Higgins, en Chile, pídele cooperación, a fin de que alcance éxito el auxilio a San Martín.⁶ En estos nexos tendrá mucho que ver más tarde el edecán O'Leary, actuante ya de diplomático.

Cuando arribaron el Libertador y acompañantes a la ciudad de Cúcuta, ya se había expedido la nueva Constitución y hecho los nombramientos de Presidente de Colombia en la persona de Bolívar (50 votos contra 7) y de vicepresidente en la del general Francisco de Paula Santander, en oposición al general Antonio Nariño (38 votos contra 19). Un Presidente venezolano y un vicepresidente neogranadino; he ahí el espíritu compensatorio que, al tratar de invertirse con el tiempo, creará agudísimos problemas, en los cuales habrá de actuar el irlandés.

Podía el Libertador hacer objeciones a la nueva Constitución. No las hizo; era inútil. Cuando quedó sancionada con su firma, las campanas del templo fueron echadas a vuelo, y O'Leary le oyó decir a Bolívar: “¡Están doblando por Colombia!”. Colombia, en efecto, había sido dividida en siete departamentos, contrariando así, ciega-mente, una tradición de tres siglos; se habían suprimido las vicepresidencias regionales, una de las cuales le correspondía a Venezuela, reemplazándolas con intendencias. Y, por sobre unas cuantas determinaciones teóricas de elevadísimo encumbramiento, ajenas por completo a un país de población escasa y diseminada en territorio inmenso, sin vías de comunicación, sometido a toda suerte de climas, habíase determinado el traslado de la capital de la nación a Santa Fe de Bogotá. Con esto, forjábese de hecho el resentimiento de los venezolanos, pueblo que había sobrellevado la carga más dura en la guerra y que había padecido como ninguno en todo el continente. Todo eso, y mucho más, junto, hizo brotar de labios de Bolívar la amarguísima frase. En realidad, comenzó en Cúcuta, ese año, el desmoronamiento de Colombia; la totalidad de la destrucción quedará cumplida antes de nueve años.

⁶ Trujillo, 23 y 24 de agosto de 1821.

Apenas el Congreso concedió al Libertador las facultades que requería para la prosecución de la guerra, partió rumbo a Bogotá, con el alma enferma, pero dispuesta a luchar. Un día esa constitución podría ser reformada... Sí, llegará ese día; pero en vez de la reforma aparecerán los puñales asesinos contra el padre de la patria. Otro suceso tenía, así mismo, contristado el espíritu de Bolívar: la muerte del almirante Brión, en su propia tierra, Curaçao. Sin él no hubiese sido posible aquel éxito del dominio del Orinoco y el transporte de armas desde Inglaterra; sus barcos corsarios forzaron las puertas de la libertad, según la brillante palabra de Martí.

Algo más de un mes permaneció O'Leary en Bogotá, junto a Bolívar, mientras se tomaban las determinaciones conducentes a la liberación de la zona que es hoy Ecuador. Sucre recibió la orden de abrir fuegos, de Guayaquil hacia Quito, pues Bolívar iría, rumbo a Popayán, con tropas que llevarían sobre sí el arduo problema de dominar a Pasto, el reducto más realista de la Nueva Granada, tan enconadamente fanático como Coro, en Venezuela. Quiso tomar la ruta de la mar, pero esas aguas hallábanse vigiladas por barcos de guerra españoles, imposibilitándose así el transporte de soldados en buques. Si dura, muy dura, era la tarea que le aguardaba a Sucre, mayor quizá era la otra, equivalente a atravesar una inmensa zona sembrada de lanzas y odio.

“El obispo de Popayán —revela O'Leary— español de nacimiento y bribón por instinto, había abandonado su rebaño al entrar las tropas colombianas en su diócesis, y fijado su residencia en Pasto, donde fulminaba anatemas contra el gobierno de Colombia, excitando con sus discursos y su ejemplo las pasiones del pueblo”. Y por lo que hace al pueblo: “Todos, sin excepción, eran allí hostiles a la causa colombiana, y estaban resueltos a sacrificar sus tesoros y su sangre en defensa del rey y la religión”.

Quince días después de haber abandonado a Bogotá, llegaron Bolívar y oficiales acompañantes a la ciudad de Cali, donde festejaron, con la austeridad propia de tiempos de lucha, la llegada del nuevo año 1822. Estaba pendiente un punto capital: el problema de Guayaquil independizado, que, aunque había pertenecido a la presidencia de Quito, y por lo mismo quedaba de hecho incorporado a Colombia, negábase a renunciar a un supuesto derecho de libre incorporación, bien a Colombia, bien al Perú. La Junta de Gobierno de esa ciudad era partidaria del Perú, y el general San Martín había enviado oportunamente dos representantes suyos, para que actuasen en favor de la anexión. La ciudadanía y el pueblo hallábanse divididos, no siendo pequeño el partido procolombiano.

Desde Cali, el Libertador cortó por lo sano, con esta perentoria notificación a José Joaquín de Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno:

[...] Exijo el inmediato reconocimiento de la República de Colombia. Usted sabe, amigo, que una ciudad con un río no puede formar una nación; que tal absurdo sería un señalamiento de un campo de batalla para dos Estados belicosos que lo rodean [...] Me he determinado a no entrar en Guayaquil sino después de ver tremolar la bandera de Colombia. El general Sucre comunicará a usted las órdenes que tiene [...]⁷

Antes que finalizase enero, ya estaban el Libertador y contingentes en Popayán, dispuestos a la marcha sobre Pasto. Calcula Bolívar la magnitud de la empresa; advierte que las tropas con que cuenta no bastan para perforar la muralla del Sur; el vicepresidente le ha comunicado que no se halla en posibilidad de enviar auxilios ni en tropas ni en dinero; las deserciones han aumentado extraordinariamente, en coincidencia con viruelas y enfermedades diversas en los batallones

⁷ Cali, 2 de enero de 1822.

—en los hospitales de Cali y Caloto hay más de mil enfermos—; ignorante, además, a causa de las distancias, de la suerte de Sucre en Guayaquil, toma una determinación, confiar a su edecán una alta misión, de cuyo éxito dependerá en mucho la campaña. Era la primera vez que el irlandés, de veinte años apenas, recibía de Bolívar una muestra máxima de confianza. Ese día el corazón de O'Leary debió de latir con la misma intensidad que en Carabobo. Dentro de su vida, aparentemente aventurera, estaban ya tejiéndose coronas de gloria. Por espacio de cuatro meses estará lejos del genio. ¿Sabrá corresponder a lo que de él se esperaba?

He aquí la orden oficial, o sea el acta de confianza:

Popayán, 13 de febrero de 1822. Al edecán, capitán Daniel F. O'Leary. Marchará usted inmediatamente al puerto de San Buenaventura, allí se embarcará en cualquier buque que encuentre para Panamá, donde entregará las comunicaciones que lleva a los señores coroneles Fábrega y Carreño, o al jefe que mande las fuerzas militares de Colombia en el istmo, a los que instruirá de palabra del plan de operaciones en la campaña de Quito, que tenga relación con la expedición que debe salir de Panamá para Esmeraldas o Guayaquil, según instrucciones que usted lleva por escrito y las que usted ha recibido de mi boca misma [...] Usted no ahorrará medio para que, por ningún caso, deje de verificarse esta expedición en la oportunidad y tiempo que prescribo; pues usted está impuesto de mis designios, y no debe permitir que, por ningún caso, se frustre esta importante operación [...] Autorizo plena y suficientemente a usted para que en el puerto de San Buenaventura solicite, tome y flete los

buques necesarios para transportar, de Panamá a las Esmeraldas o Guayaquil, mil hombres.⁸

Cumplidas esas órdenes, O'Leary arribaría a Guayaquil y se pondría al servicio de Sucre, su amigo, en el mismo empleo de edecán. No que hubiese un descenso en la carrera militar del irlandés, pues de edecán de un general en jefe pasaba al lado de otro general en jefe, sino que se producía un caso importante donde se hacían valer merecimientos, pues ahora sería el intérprete del pensamiento del Libertador, para asesorar en ese punto a Sucre, volviéndose una especie de portador de las palabras del genio ante Sucre, el otro joven digno de confianza total del rector de la guerra.

O'Leary arribó a Panamá, según lo previsto, y allí “se encontró con su compatriota el coronel Burdett O'Connor, natural de Cork, en Irlanda, que en 1818 vino a Colombia y se puso a las órdenes de Bolívar, y que después de la campaña decisiva de Ayacucho fue a formar un hogar en Tarija, allá en la República de Bolivia”.⁹ Y gracias al relato de O'Connor conócense los detalles de la permanencia del irlandés en Panamá y de sus actividades,

Estábamos en Panamá cuando llegó a la isla de Taboga el transporte español *San Fernando*, recientemente tomado por la escuadra del almirante Cochrane al servicio de Chile. Este buque, con un capitán norteamericano, vino a Panamá para llevar a la campaña del Sur el batallón *Alto Magdalena*, que mandaba el teniente coronel Hermógenes Maza, y trajo la condecoración de la

⁸ *Obras completas de Bolívar*. T. I: 629.

⁹ CARBONELL, DIEGO. *El general O'Leary, íntimo*. 1937: 37.

Orden del Libertador,¹⁰ para el coronel Daniel Florencio O'Leary, primer edecán de Bolívar.¹¹

A O'Leary le enviaban una condecoración ordenada en Bogotá, a raíz de la batalla de Boyacá, para los que integraban el ejército libertador; eso carecía de trascendencia; el honor constaba en el decreto respectivo, y aquello bastaba. Lo que importaba era cumplir la misión de la mejor manera, y sin duda la presencia del compatriota O'Connor sirvió eficazmente para que no se demorase la expedición.

“Pasamos algunos días juntos en mi alojamiento —cuenta el coronel irlandés—¹² hablando siempre de nuestra lejana patria, nuestra inolvidable y querida Irlanda”. O'Connor tenía el cargo de jefe del Estado Mayor del departamento de Panamá. Juntos hicieron, un día, una excursión en un bote, y estuvieron a punto de perecer, porque les dispararon desde otro bote. Les creyeron españoles, a la distancia. La excursión obedecía a la necesidad de dar órdenes en diferentes puntos para el aprovisionamiento del barco, que debía partir con las tropas rumbo a Guayaquil.

El barco que zarpó con las tropas fue ese mismo *San Fernando*, tomado por Cochrane a los españoles. Viajaron 800 hombres —el batallón *Magdalena*— comandados por los coroneles Maza y Córdoba. Apenas si se habían tomado escasísimas semanas para los preparativos, pues en marzo ya estaban las fuerzas navegando rumbo al Guayas. Buena parte iba enferma de paludismo u otras dolencias; pero O'Leary había cumplido lealmente lo ordenado por el Libertador. En el futuro, le confiará misiones mucho mayores. Cabe recordar aquí la impresión que dejó el irlandés, tan joven todavía, ante su compatriota el coronel O'Connor: “Muy instruido, muy valiente, muy leal y distinguido”.

¹⁰ No era “Orden del Libertador” sino “Cruz de Boyacá”.

¹¹ Cita de *Independencia americana*, hecha por CARBONELL.

¹² También referencia a *Independencia americana*. Madrid: 63.

II

Casi todo lo grande ha sido llevado a cabo por la juventud.

DISRAELI. *Coningsby*. III, 1.

Por fuerza del empleo de edecán, la vida de O'Leary ha venido hasta hoy —y seguirá así por largo lapso, hasta 1830— íntimamente unida, ligada, a la trayectoria de sus jefes militares y a los acontecimientos en que todos tomaban parte. De ahí que al hablar del edecán, es fuerza tomar el trazo, el impulso y los hechos de los otros; de Bolívar especialmente. Entre el edecán y el jefe hay tal fusión de vida y sucesos, que se confunden armoniosamente, puesto que de la una parte brotaba la confianza, y de la otra la lealtad y el merecimiento. Y mientras más unido aparece O'Leary al Libertador, mejor se destaca su valía, porque equivale a fraguarse en el genio. Amén de que así, en una comunión perfecta, surge con mayor acierto aquella tarea magnífica del irlandés de ir acopiando datos, documentos, observaciones y críticas, con destino a su único ideal vital, escribir un día la historia del grande hombre de Caracas y de la guerra de emancipación.

Lo que asombra e impulsa a la admiración es que un extranjero, tan ajeno a las lides de estas tierras tropicales, y tan joven, mostrara ya a los veinte años sagacidad y mesura tales que pudieran hacerse dignas del especialísimo aprecio de Bolívar, aun por sobre otros de más años y obligados, éstos, a servir con total entrega en tratándose de la libertad de la propia patria. O'Leary a los veinte años parece de cuarenta: sereno, severo, estricto, lleva sus propias responsabilidades hasta un punto de suma estrictez. Renuncia voluntariamente a aquellas veleidades propias de los cortos años —no ha quedado huella de ninguna aventura suya, por leve que fuese en las consecuencias— y se entrega a su vocación, que conoció a tiempo, con un afán de cultivo y poda sorprendentes. Va pasando por la historia de la contienda emancipadora con una figura clara, desprovista de quiebras y bajezas. Si alguna vez, más tarde, ha de caer en errores o ha de dar pábulo a pasiones, nunca se le hallará ingrato ni rastrero.

Y aquello que más le caracteriza es una persistencia de personalidad, en los rasgos esenciales, que hace que se le reconozca idéntico a sí mismo, sin capital mutación, ya en los años mozos, ya en la madurez –no llegó a viejo, por desgracia– como si le impeliese un propósito firmísimo de no cambiar, para así proseguir la marcha sobre seguro. Nada confió al azar, como no fuese el ardor férvido a la hora del combate; amaba la armonía del cálculo, la sagaz previsión. De haberse consagrado a las ciencias, hubiérase inmortalizado como investigador analista, que no como creador. Nada hay en él de auténticamente original, pues su temperamento y talentos no nacieron con esa característica; en cambio, cuánta riqueza en el don interpretativo, en la meticulosidad, en ese penetrar luminoso que no pierde nunca la visión de conjunto. Servidor esforzado de una causa noble, como era aquélla de pelear en pro de la libertad, poseía a la vez el saber indispensable, sin el cual no hubiese dado en magno historiador y consistente escritor. Amén de que, por sobre todo, urgía vivificante ese valor, tan raro, de amar la verdad y de decirla, a sabiendas de que por ello podían caer sobre su memoria toda suerte de denuestos y condenas.

Esto revela cómo en su alma había recio temple, capaz de cualesquiera muestras de denodada valentía, y cómo su corazón, por eso mismo de saber desnudar la verdad, estaba lejos de las magnanimidades del perdón y del olvido. Fuerte y hábil, careció de muchas virtudes menores; se creó no pocas resistencias; mas, su trayectoria personal y su obra extraordinaria salváronse, pues ni a sí mismo se hubiese perdonado el no llegar a la meta. Firme, tenaz, implacable a veces –“Hoy pasó el reynoso (Santander) por junto a mí, pero triste y cabizbajo; no hay duda que este traidor me tiene un miedo grande”–;¹³ se cuida, sin embargo, demasiado para ocultar sus verdaderos sentimientos o para no disonar. “No posee el don de saber electrizar, y no es susceptible él mismo de entusiasmo”, decía de él el general Lacroix, que tan de cerca lo conoció;¹⁴ su pasión iba por dentro, casi

¹³ Carta a su esposa desde Ocaña el 6 de abril de 1828.

¹⁴ NAVARRO, NICOLÁS E. “Páginas de L. Pérou de Lacroix”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* (Caracas), (1936).

secretamente, condensada en un propósito que supo llenar plenamente. Para esos fines, no requería ni la brillante audacia de un general Córdoba, ni el desasosegado ímpetu de un general Miller. Iba a lo suyo, con firmeza, como si marchara sobre las paralelas de un ferrocarril, libre de desviaciones. Y quizá por eso, empleó la mejor dosis de sus talentos en el arte de callar y de desorientar, que el mismo Lacroix calificaba así: “mucha perspicacia, muchísima astucia”. Con frecuencia le llamaron falso; al astuto, a quien no se entrega fácilmente, a aquel que no se deja desorientar, suele llamársele así. No lo es, al fondo, sino calculador, previsivo. Desconfiado, además, O’Leary desconfiaba de casi todos, con la excepción del Libertador, a quien había entregado ciegamente, con fanatismo noble y digno. A tanto iba en esa debilidad de no creer en los demás, que su propia esposa hubo de sufrir advertencias como esta: “Te vuelvo a prohibir admitas visitas por ningún pretexto. Tampoco me gusta que salgas; no me parece bien que lo hagas en mi ausencia”.¹⁵ Y en otra carta (15 de marzo de 1830):

Ya sé que has salido mucho desde mi venida. No creía que encontrarías tanta diversión estando yo ausente. Hasta me persuadías que no irías ni donde Concha, y ciertamente que yo lo habría celebrado.

Todas esas virtudes y no virtudes aparecen en O’Leary desde el comienzo. Y fueron, sin duda, ocasión para que se cruzaran de palabras, de cuando en cuando, con Sucre: “... Sucre se fue ayer, después de haber tenido conmigo mil disputas, como siempre...”¹⁶

Cuando llegó O’Leary con las tropas procedentes de Panamá a Guayaquil, ya Sucre iba muy lejos, rumbo a Quito. Y Bolívar había dado en Bomboná, cerca de Pasto, una de las batallas más difíciles y costosas de toda la guerra (7 de abril). Exactamente, la víspera, el 6,

¹⁵ Carta a la esposa, 19 de marzo de 1830.

¹⁶ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 227.

había partido de Cuenca, al Sur de Ecuador, el ejército del general Sucre con más de 2.000 hombres, dejando a Guayaquil todavía en una situación de ciudad neutral, ni colombiana ni peruana, pero libertada del régimen español definitivamente.

Mientras Bolívar trataba de conseguir la capitulación de Pasto, Sucre daba la brillante batalla de Riobamba, donde la caballería realista quedó destrozada. Era ésta una culminación anticipada, a la que vendría luego en Quito. Sucre, desde que comenzó sus actividades en Guayaquil, apenas llegado procedente de la Nueva Granada, había tenido de todo: sublevaciones, combates, una derrota, retiradas, triunfos, un armisticio de noventa días; una suma, en fin, de sucesos que, poco a poco, habían abierto la ancha brecha por donde sus tropas vencedoras marchaban ya invencibles, camino del golpe decisivo.

En él iban, faldeando la cordillera de los Andes, cuando en la ciudad de Latacunga les alcanzaron Córdoba, O'Leary y las tropas venidas de Panamá. No eran todos los 800 hombres, sino apenas más de 200, escogidos de entre los más veteranos. Unos 400 habían quedado entre Cuenca y Guayaquil, ya por enfermedad, ya por requerimientos del servicio; aparte de que dos compañías habían recibido orden de marchar, a dominar una insurrección en la zona de Guaranda—entre Guayaquil y Riobamba—. Esa acción le fue encomendada al coronel Maza.

O'Leary quedó incorporado como edecán de Sucre, y junto a él hizo esa ruta, por tierras frías, que va rumbo al volcán Pichincha, pasando por el pie del volcán Cotopaxi. Era un serpentear humano, en presencia de aquellos gigantes blancos de la cordillera, cuya punta de lanza rompe al amanecer el inmenso velo de la noche para que entre el día a los campos y ciudades. De Latacunga hacia el Norte hay que ascender hasta la puna, tomar contacto con la tierra negra, la paja raquílica y los frailejones, y ver cómo el firmamento se hace infinito a la redonda, en un azul traslúcido clarísimo. Esa presencia de la luz total, sólo fue posible por momentos, pues en mayo llueve en aquellas zonas torrencialmente, despiadadamente, trocando la tierra negra en inmensos lodazales. El rayo se desarraja sobre las cumbres como a

suelo propio; hace de cada cabeza de viajero o animal una antena, para dar sobre ella. Y los soldados, ateridos y rotas las sienas por el dolor de cabeza, debieron de ver cómo los ganados semisalvajes de la región clavaban los cuernos contra el limo, a la hora de la tormenta, para salvarse así de las descargas eléctricas. Hacia la derecha se yergue el armonioso Cotopaxi, a casi seis mil metros de altura. Por sus faldas pasaron los heroicos viajeros de la liberación y entraron en una serie de valles cortos, hasta situarse al Oriente de Quito. Los españoles estaban encastillados en la ciudad.

Queda Quito exactamente en las faldas del volcán Pichincha; se recuesta en ellas. El ejército de Sucre —a cuyo lado va el edecán O’Leary— se sitúa, en marcha valerosa y desafiante, al sur de la ciudad; pero no se le acepta el combate que ofrece. Determina, entonces, tomar aquella falda de Pichincha por lo alto, como si fuese sobre la frente misma de la población, cuyo rostro y cuerpo dormían pacíficamente ese 23 de mayo, y caminar por ahí, trabajosamente, para ponerse al Norte y crear así una barrera entre los ejércitos españoles encastillados allí y los que atajaban, en Pasto —mucho más al Norte— el avance del Libertador. Toda la noche se pasaron en ascender, muy en silencio, y a oscuras, la escarpada cresta, donde no había caminos, sino peligros.

A las ocho de la mañana, bajo ese sol radioso que sólo es posible contemplar con tan fúlgida luz en la zona de la línea equinoccial, ya estaban las tropas en la cabecera del poblado; se las veía desde las calles. El primer cañonazo retumbó en el espacio a eso de las nueve, y comenzó la batalla así: arriba, sin poder mover la caballería a causa de la empinadísima pendiente, los republicanos; abajo, tratando de subir o de flanquear, los realistas, cuya artillería actuaba desde el frente, montada sobre un montículo que se llama Panecillo, donde los incas adoraron al sol. Tres horas duró la recia brega. En un momento de desesperación, los de arriba optaron por arrancar del suelo grandes piedras, para echarlas a rodar. En sus retumbantes tumbos arrastraban hombres y sembraban el pánico. Los edecanes tuvieron que llevar las órdenes de un punto a otro a pie, corriendo, pistola o

sable en mano por si fueran atacados; y O'Leary exhibió tal valentía y actuó con tal eficacia, que fue ascendido a teniente coronel. En esa batalla memorable, por la cual quedó libertada toda la zona de Ecuador –par, por lo mismo, de las de Carabobo y Boyacá– el batallón *Trujillo*, del Perú, dirigido por el coronel Santa Cruz, estuvo a punto de poner en peligro la victoria: “Agotadas sus municiones y abandonado por su comandante refugiado en una quebrada, retrocedió en desorden y los enemigos ganaron terreno”.¹⁷ El batallón *Piura*, peruano también, dirigido por el comandante Villa, argentino, desertó del campo de batalla. Era que en las fuerzas de Sucre había no sólo colombianos, sino además peruanos, argentinos, chilenos y hasta uruguayos, a causa del canje que se hizo, en acuerdo con San Martín, para que el *Numancia*, colombiano, de mil plazas, no saliese de Lima.

Terminada la batalla y encastillados los españoles, con su general Aymerich, en el Panecillo, despacha Sucre al edecán O'Leary como parlamentario de rendición: “Pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte del Panecillo, y la defensa que permitía aún la ciudad, e intimé verbalmente al general Aymerich por medio del edecán O'Leary, para que se rindiese”.¹⁸ Aymerich aceptó la capitulación, que fue convenida para el día siguiente. Y ese día 25 de mayo, al otro día de la batalla, la ciudad se entregó al generoso delirio de la victoria. Quito había sido profundamente republicana. “Los quiteños estuvieron en constante comunicación con Sucre durante su marcha, suministrándole víveres, caballos y todo lo necesario para mantener el ejército y asegurar la victoria”.¹⁹ Y el acto primero de los representantes de la antigua capital de los shiris fue declarar su incorporación a Colombia; era el grande, el definitivo homenaje de gratitud que habían encontrado en su alma para con el Libertador, que llegaría pronto, del Norte.

En efecto, Bolívar tomó a Pasto pocos días después de la batalla de Pichincha, y en ruta hacia Quito fue recibido en la ciudad de

¹⁷ LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. T. III: 175.

¹⁸ Parte dado por Sucre sobre la batalla.

¹⁹ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 141.

Ibarra por su otro edecán, el coronel Diego Ibarra –que no había marchado al Sur con las comunicaciones que recibiera del Libertador para San Martín y O’Higgins, por circunstancias de carácter trascendente– y prosiguió el viaje, en lo que se convirtió en recorrido triunfal, seguido de la caballería de Sucre y una columna al mando de Córdoba. Las gentes en el camino habían preparado arcos con flores, y todo era desbordamiento patriótico de encumbradísima sinceridad.

El 16 de junio entró en Quito; esa misma noche conoció a Manuela Sáenz, mujer extraordinaria a quien amará hasta el fin de su vida; y quizá uno de los primeros actos de su autoridad, como presidente de la República de Colombia, fue refrendar uno a uno todos los actos de Sucre. Por lo mismo, O’Leary en esa ocasión debió de ser felicitado por el genio, por haberse hecho acreedor al ascenso militar, como lo fueron todos cuantos se distinguieron en la memorable acción, incluido Santa Cruz, que, de su escondite en la quebrada, salió para rehacer sus filas, con evidente valentía.

Quedaba en pie, complejo, difícil, el problema de Guayaquil. Y al cabo de unos cuantos días, consagrados a la organización de la administración pública y a tomar algún descanso, salió Bolívar rumbo a Guayaquil, apenas comenzado julio. Arribó al puerto el día 11, casi a tiempo que desembarcaban las tropas que había enviado, al mando del general Salom. Su estado de ánimo constaba en la comunicación que había dirigido al gobierno de Bogotá:

[...] El protector del Perú pretende mezclarse en los negocios internos de Colombia; afirma que Guayaquil no debe quedar independiente sino que debe decidirse por uno de los dos Estados; y le ofrece a Guayaquil que el Perú mirará como interés propio la independencia de Guayaquil [...] Debo hacer presente que si en último término nos creemos autorizados para emplear la fuerza en contener al Perú en sus límites, en hacer vol-

ver a entrar a Guayaquil en los de Colombia, es mi opinión que debemos emplear esta fuerza lo más prontamente posible [...]²⁰

Llegó, vio y venció, como César; Guayaquil quedó incorporado a Colombia y, para refrendación de firmeza, tomó el mando civil y militar de la provincia. O'Leary se había quedado en Quito, pues continuaba de edecán de Sucre; pero seguía el curso de los sucesos con aquella su avidez de historiador que va acopiando documentos.

Bolívar y San Martín se entrevistaron en Guayaquil dos semanas más tarde. O'Leary no conoció nunca personalmente a San Martín, y, sin duda, lo deploró. Hubiese deseado tomar una impresión directa del personaje, como logró hacerlo con los demás. “De San Martín –declara– hablo tan sólo por lo que he oído decir a las personas que le conocían”. San Martín había declarado la independencia del Perú, al tomar a Lima, hacía ya un año. En sus planes, restaba sólo la captura de Guayaquil, para anexarlo al Perú. Cuando llegó a la entrevista, ya era tarde; Guayaquil había vuelto al virreynato de la Nueva Granada, al que pertenecía en el momento de la iniciación de la guerra libertaria. La conferencia “secreta, sin testigos”, duró media hora el primer día y cuatro horas el segundo. Cuando San Martín se reembarcó, dijo a sus edecanes: “¿Han visto ustedes cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano?”.²¹ Llegado a Lima, presentó la renuncia de su cargo y se retiró a la vida privada para siempre. Quedaba así solucionado el conflicto de Guayaquil, pero a la vez erguía, gigante, el problema del Perú, donde había una independencia declarada oficialmente y un ejército español omnipotente, acuartelado en la zona cordillerana, dispuesto a irrumpir sobre Lima y las costas tan pronto como lo decidiese. San Martín se había retirado del poder y del mando militar, sin haber resuelto la liberación de las tierras incas, sino a medias. Y era evidente –tesis de Bolívar– que mientras hubiese en América del Sur un solo punto de apoyo para las tropas realistas, el

²⁰ El Trapiche, 1º de junio.

²¹ Relación de Rufino Guido, citada por LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada...* T. III: 199.

peligro de caer nuevamente en el coloniaje subsistía para todos los demás puntos.

O'Leary, a pesar de las numerosas investigaciones que realizó en largos años, nunca supo lo que trataron los dos grandes generales en su secreta conferencia; y como él no lo narrara, fue necesario aguardar a que en este siglo XX —entre 1911 y 1916— aparecieran los documentos respectivos para que se descifrase el misterio.

Y mientras el Libertador visitaba, apoteósicamente recibido, las zonas de Cuenca y Loja, saltó a su espalda, en Pasto, la insurrección realista, en octubre de ese año. El oficial Benito Boves, sobrino del sanguinario Boves, que con los llaneros cubrió de luto a Venezuela, habíase evadido de la prisión de Quito, en la derrota de Pichincha, logrando a poco trecho sublevar los ánimos de los habitantes de Pasto, con la connivencia del gobernador Zambrano, dejado allí por Bolívar y en aprovechamiento de la ineptitud del coronel Antonio Obando. La sublevación buscaba el restablecimiento de las autoridades monárquicas.

A poco de eso, llegó Bolívar a Quito y encomendó al general Sucre la campaña contra los insurrectos. Debido a esta circunstancia, O'Leary pudo conocer personalmente aquella región, pues partió con su jefe, en calidad de edecán, y participó en las varias acciones militares que se desarrollaron, hasta que el día de la Navidad entró el ejército republicano a Pasto, ahogada la revuelta con habilidad y energía. En el choque final, en la ciudad,

[...] La imagen del apóstol Santiago, patrón de España, que lo es también de Pasto — narra O'Leary— fue colocada frente al templo; la imagen del santo caballero fue derribada en la última carga y pisoteada, mientras yacía por tierra, por sus devotos que huían, prorrumpiendo en blasfemas acusaciones contra el que había sido objeto de su culto, y enrostrándole ahora el bajo e innoble crimen de ingratitud.

Boves logró fugarse, por el Marañón, hacia el Brasil. Esa Navidad, día de paz y de inocencia, cuán dura debió ser para todos, en aquella región montañosa y gélida de la Nueva Granada. El Libertador en persona llegó a ella ocho días más tarde —3 de enero de 1823— y dictó una serie de disposiciones enérgicas, encaminadas a impedir posteriores actos de insurrección. Quedaron, para gobernar la zona y proceder a reclutamientos, el general Salom y el coronel Juan José Flores; los demás retornaron a Quito. Un mes más tarde, Bolívar, ya en Guayaquil, sabe que los ejércitos peruanos, al mando del general Alvarado, al que había confiado San Martín la terminación de la guerra y en quien tenía total confianza, acababan de ser destrozados por los españoles. En el Perú había consternación, espanto; el Gobierno, presidido por el general La Mar, fue reemplazado, por presión militar, ascendiendo a la presidencia José de la Riva Agüero. La previsión del Libertador, a raíz de Carabobo, empezaba a tomar cumplimiento exacto.

Prepara en seguida, casi afiebradamente, las tropas que ha de despachar al Perú, con o sin anuencia de ese Gobierno; temía que cediese a la presión realista. De modo que cuando llegó a Guayaquil un emisario diplomático de Riva Agüero, con barcos de transporte, en la seguridad de que Bolívar auxiliaría a ese país, el convenio hubo de firmarse sin dilación y partieron, en consecuencia, los primeros tres mil hombres colombianos, rumbo a El Callao, comandados por los generales Valdés y Lara. Veinte días más tarde salió el segundo contingente, y después otros, hasta completar seis mil. Y para que los planes bélicos fuesen preparados en el Perú, dándoles a los valerosos colombianos el sitio de relieve que les correspondía, asegurados su pago, reemplazos y acuartelamiento, envió, en ese mismo abril, al general Sucre a Lima, con el carácter provisional de ministro plenipotenciario. Así, O'Leary quedóse sin jefe para sus normales servicios de edecán y pasó, de hecho, por segunda vez, a edecán del Libertador.

Mientras Sucre navegaba hacia El Callao, se cruzaron en alta mar los emisarios peruanos que venían a Guayaquil para solicitarle al Libertador que fuese en persona a dirigir la guerra. Aceptó éste; sólo tenía que aguardar la autorización legal del Congreso colombiano.

Quizá hubiese partido aun sin ella, de no haberse interpuesto una nueva sublevación de los pastusos, comandados esta vez por el mestizo Agustín Agualongo y por Estanislao Merchancano. Derrotaron al coronel Flores, e informados de que Quito había quedado poco menos que indefenso a causa del envío de contingentes al Perú, avanzaron hasta apoderarse de la ciudad de Ibarra. Agualongo era indio sagaz y de singular bravura, dice O'Leary; había ofrecido a sus soldados el saqueo de Quito y un degüello general de sus moradores. Y esos soldados, tozudos, fanáticos, iban alumbrados por una doble enseña, Dios y el rey, a quienes querían servir aun a costa de la vida. Heroicos a su manera, tenaces y cargados de odio, sentíanse cruzados de un ideal que, por viejo, parecíales incommovible.

No fue problema para Bolívar improvisar tropas; era el “hombre de las dificultades”. Ya con ellas, avanzó hacia el objetivo – O'Leary iba allí–, pero demostró, con habilidad suma, que no se hallaba en posibilidades de luchar; exhibióse débil, pusilánime, como si sólo le alentara la esperanza de cerrar el camino hacia Quito. Agualongo cayó en la estratagema y permitió que sus hombres se divirtiesen en Ibarra, sin otra precaución que la de vigilar con gruesas patrullas, los alrededores.

Ahí, sobre el flanco derecho de los audaces pastusos, aparecieron de pronto los ejércitos de Bolívar, a mediodía, para el reto. La primera avanzada, numerosa, con que chocaron fue alanceada con vibrante impulso, tal que el propio Libertador, en persona, desenvainó su espada y acometió. Acudieron los pastusos; trabóse la batalla; todo fue veloz, casi fulminante. Los revoltosos, expulsados de la ciudad, huyeron hacia el Norte. O'Leary ascendió un peldaño más en sus éxitos. Su buena estrella, por presentársele las ocasiones, seguía a la par con su propósito de servicios relevantes. Iba a llegar este mozo a los veintíun años con una aureola que hubiese envidiado cualquiera de sus compatriotas; su juventud había sido ya extraordinariamente fecunda. Ahora le aguardaban las responsabilidades de una importantísima misión de carácter diplomático, sin dejar de ser edecán del Libertador, y manteniendo todavía su grado de teniente coronel.

III

No está en manos de nosotros los mortales mandar en el éxito; pero podemos hacer más: merecerlo.

ADDISON. *Cato*. I, 1.

Al retornar a Quito —el Quito de la batalla de Pichincha, el de Manuelita Sáenz, el de la novia de Sucre, Mariana Carcelén, marquesa de Solanda— se encuentran los triunfadores con una nueva delegación, enviada esta vez por el Congreso del Perú, e integrada por dos de sus miembros, los diputados José Joaquín Olmedo —el ex presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil cuando la incorporación de esta ciudad a Colombia, y futuro cantor de Junín— y José Sánchez Carrión, para “reiterarle al Libertador los ardientes deseos de que su presencia vaya a poner un fin pronto y glorioso a los males de la guerra en el Perú”.²² Los diputados hicieron a Bolívar, en el documento oficial de presentación de credenciales, esta pintura del Perú de ese momento:

Los enemigos han ocupado la capital de la República. La devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engréido y sanguinario Canterac; todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y cenizas. Enormes contribuciones, el saqueo de ricos almacenes y de los santos templos, una ciega y rigurosa conspiración de la juventud peruana han librado a la opulenta Lima de la suerte que han sufrido tantos pueblos inermes y pacíficos por donde han pasado los tártaros del occidente.

²² Discurso de Olmedo al Libertador.

Bolívar sólo aguardó la llegada del permiso legal del Congreso de Colombia, y el 7 de agosto se embarcó hacia el Perú en unión de los diputados, de su edecán O'Leary y otros oficiales.

Entre tanto, el general Salom cumplía en Pasto las órdenes de Bolívar: “Destruir los facciosos, expulsar a Guayaquil con sus familias a los irreductibles, fusilar a cuantos presenten resistencia, dejar en la ciudad sólo las familias mártires de la libertad y construir en Túquerres, cerca de Pasto, una casa fuerte para la guarnición”.²³ Estas enseñanzas, de carácter drástico, hicieron conciencia en O'Leary. Cuando más tarde haya de escribir los consejos para la educación de su hijo estampará lo siguiente: “Dile que no sea nunca ni cruel ni sanguinario, pero si el bien público lo requiere, que no ahorre tampoco la sangre”.²⁴

Para el irlandés iba a presentarse un nuevo escenario, muy diferente del colombiano. El Perú, como principalísimo virreinato durante los tres siglos de colonización española, llevaba en la propia entraña un apego recio a todo lo hispano. Así, la lucha allá tenía que desarrollarse moviéndola en contra no sólo del pueblo, como sucedió al principio en Venezuela, sino sobre todo contra los aristócratas y los ricos, casi ninguno de los cuales quería perder la situación de ventaja tan vieja como prepotente. De no haber habido en el Perú una inmensa masa de indios, la independencia allí hubiérase realizado con dificultades mucho mayores. El indio no advirtió diferencia entre los esclavizadores de la colonia y los hombres de la libertad; para él, todos eran blancos, enemigos suyos, sus despojadores. Y las leyes en su favor expedidas con insistencia iluminada por Bolívar sólo vinieron a convertirse en bien al cabo de muchísimos años después de la muerte del genio, y en bien muy relativo, fragmentario.

Al desembarcar en El Callao el 2 de septiembre hallaron que Lima había vuelto a poder de los republicanos debido a que el resto de los contingentes peruanos, a la llegada de las fuerzas de Colombia,

²³ LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada...* T. III: 264.

²⁴ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 237.

habían iniciado un ataque por el sur del país contra los realistas. Era jefe el general Santa Cruz, que al final no tuvo mejor éxito que su antecesor, el general Alvarado. Entre los dos, sucesores ambos del general San Martín y cumplidores de sus planes militares, lo único que habían logrado había sido dejarle al Perú sin la inmensa fuerza que hubiese servido, bien conducida, para una rápida eliminación del enemigo. A poco de la llegada de Bolívar ya no se podía contar con esas importantísimas tropas. Santa Cruz, en el momento de su total derrota, llegó a gritar el raro, sorprendente “¡Sálvese quien pueda!”. Fue en el sitio llamado El Desaguadero. Sucre, con parte de las tropas colombianas, había partido también al sur, para reforzar y proteger la campaña de Santa Cruz. Este no aceptó oportunamente tal ayuda, ¡y cuando la requirió ya era tarde!

Tan grave como la situación militar era la política. El presidente Riva Agüero, en pugna con el Congreso, habíase encastillado en la ciudad de Trujillo, donde estaba resuelto a resistir por la fuerza, como si su autoridad personal, vanidosa sobre todo, correspondiese a cosa intangible. Riva Agüero, marqués, nadaba entre las dos corrientes: la de los patriotas y la de los españoles; no trepidará en fraguar golpe bajo. Poco antes de la llegada de Bolívar, invitó a San Martín a trasladarse de Argentina al Perú, con el recóndito propósito de situar frente a frente a los dos grandes hombres; ya la política se encargaría —pensaba él— de lanzar el uno contra el otro. San Martín no cayó en la vil celada y se negó a viajar. El Congreso no sólo desautorizó en todo a Riva Agüero, sino que lo destituyó de la presidencia, designando en su reemplazo a otro marqués, Torre Tagle. Más aún: Riva Agüero, al ser declarado traidor a la patria por los congresistas, notificó su resistencia armada en dicha ciudad de Trujillo. Riva Agüero había entrado en comunicación con los españoles para celebrar con ellos un armisticio pocos días antes del desembarco de Bolívar. El proyectado armisticio llevaba una cláusula secreta, por la cual el propio Gobierno peruano se comprometería, con la ayuda de los españoles, a expulsar del Perú a Bolívar, a Sucre ¡a todas las tropas auxiliares! El peligro era de guerra civil en la tierra inca, donde los mestizos eran casi todo el

ejército realista, de la misma manera como lo que quedaba de fuerza republicana era también de mestizos. No había allí conciencia de patria, tal como no la hubo en Venezuela hasta el día de la imposición de la “guerra a muerte”.

El presidente Torre Tagle, los ministros, las autoridades y mucho pueblo recibieron a Bolívar y acompañantes.

Entró en Lima aquella misma tarde –dice O’Leary, que iba en el cortejo– en medio de las más entusiastas aclamaciones de toda la población, que le llevó en triunfo hasta la casa que se le había destinado.

O’Leary era testigo, una vez más, en ciento, de ese fervor popular que solía inspirar y desatar el glorioso héroe. Y el edecán participaba en aquel entusiasmo, haciéndose también objeto de la admiración y aplauso de las multitudes. Era él algo así como parte integrante del espíritu y de la acción del gran general; a su lado había padecido las mismas fatigas y angustias que él; en su compañía había desafiado idénticos peligros, luchando contra las inclemencias del tiempo, la incomprensión de los hombres y hasta contra el riesgo de muerte a la hora de la batalla. El edecán debió de entrar en Lima orgulloso y gallardo en su caballo. Su juventud y su diferencia de los demás en los rasgos de extranjero debieron de llamar excepcionalmente la atención, en sentido admirativo.

En esos tiempos, de curiosas vanidades, aquellas apariencias contaban mucho.

Esos éxitos aparentes y espectaculares sólo equivalían a muestra multitudinaria de angustia y desesperación que quizá en las horas tranquilas explicó, examinándolos y desmenuzándolos, el Libertador a su edecán y oficiales. Un peligro de guerra civil, la disolución de un gran ejército, un pueblo sin fe, un gobierno de ambigua conciencia, unas arcas exhaustas, no eran para tranquilizar ni al optimista de mayores arrestos. La lucha iba a ser aquí mucho más compleja, aunque menos ardua en lo militar. En efecto, ¿quién podría resistir el ímpetu de las

tropas colombianas, endurecidas de alma y cuerpo en doce años de lucha, veteranas de cien, trescientos combates, retadoras empedernidas de los peligros y de la muerte? Para ellas, vencer habíase vuelto costumbre. Cuando sus infantes calaban la bayoneta y los llaneros empuñaban la lanza, ya nada podía situárseles delante, que todo era arrollado vertiginosamente. Y si la desproporción entre los combatientes era grande, saltaba el “¡Vuelvan caras!” y cualquier debilidad hacíase triunfo.

Una semana más tarde se sirvió un gran banquete en honor de Bolívar y sus oficiales. A él asistió el general O'Higgins, libertador de Chile. Había perdido el poder en su patria y deseaba servir a las órdenes del gran caraqueño. Sus servicios no pudieron ser utilizados a causa de la amistad y negociaciones con Chile; y fue precisamente la ausencia de O'Higgins lo que impidió en su patria una cooperación que hubiese sido altamente significativa para el Perú en aquellas circunstancias. Al otro día el Congreso entregó a Bolívar la suprema autoridad militar, y cuando se presentó éste a la sesión especial a que se le invitó, dijo con solemnidad —y lo cumplió— estas palabras categóricas: “¡Yo ofrezco la victoria!”. O'Leary, como edecán, debió de estar presente en tan memorable instante, en el que quedó comprometido el nombre del Libertador, precisamente cuando todos consideraban casi todo perdido.

Así terminó esta importante sesión —narra O'Leary— y el Libertador volvió a su casa en compañía de Torre Tagle, quien sin duda debió comprender durante esta ceremonia su poco valimiento; pero si no tuvo bastante penetración para captarlo, sí debió maliciar la opinión que de él se formó Bolívar.

No se quedará largo tiempo en el poder; pretenderá traicionar, en una prosecución ciega de las huellas de Riva Agüero.

Mientras se tomaban las precauciones y medidas tendientes a dominar la actitud subversiva de Riva Agüero en Trujillo, contra el

cual iría pronto un ejército, el Libertador determinó enviar a Chile un agente diplomático, con el doble objetivo de conseguir tropas y alcanzar un empréstito de dos millones de pesos. La pobreza era tanta que entre los comerciantes había logrado, para lo más urgente, un préstamo de trescientos mil pesos, en Lima, con su firma personal como garantía. El enviado extraordinario fue el coronel Juan Salazar, que partió ese mismo mes de septiembre a su destino; habrá de enfrentarse con el general Ramón Freire, presidente dictatorial de esa República. Y dio el Libertador tanta trascendencia a esta misión, que el mes siguiente envió a su propio edecán, O'Leary, en comisión de servicio, para que obrara a las órdenes del diplomático y coronel Salazar. El secretario de Bolívar, José Gabriel Pérez, le presentó al viajero, ante Salazar, con estas palabras elocuentes:

Señor ministro: Impuesto el teniente coronel Daniel Florencio O'Leary, edecán de S. E. el Libertador, del estado de esta República y de lo que S. E. desea que V.S. haga de preferencia en Chile, sobre auxilios pecuniarios y de tropa, sobre remisión de víveres y fusiles y demás objetos que se le piden, puede V.S. darle crédito a lo que le informe sobre estas materias, pudiendo V.S. tener de él la mayor confianza. S. E. se promete que este edecán será a V.S. muy útil para la adquisición y remisión de cuanto se le pide.²⁵

Iba así O'Leary como portador de la total confianza de Bolívar y como eficaz ejecutor de consignas que había recibido. Eso, a quien tiene tan cortos años y a quien no era, al menos, hijo de América, fue muy honroso.

²⁵ LECUNA, VICENTE. *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*. Caracas, T. I, 1954: 128. (Obra póstuma).

Llevaba el edecán instrucciones escritas:

Usted se trasladará a Chile con el importante objeto de hacer conocer, por relaciones las más claras, exactas y detalladas, al señor coronel Salazar la verdadera posición militar del Perú; el estado de sus recursos pecuniarios, de víveres, bagajes, caballos y movilidad del ejército, y el estado de la moral de la parte libre del norte [...] Es de la primera importancia la negociación de los cuatro millones de pesos que ha ido a solicitar, los cuales son tan indispensables que si no se consiguen es preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, porque está agotado completamente, porque no tiene crédito, porque no tiene medios de subsistencia [...] Usted debe persuadir al Gobierno de Chile que interponga sus buenos oficios con el de Buenos Aires, a fin de que mande una expedición de 2.000 hombres para libertar las provincias del Alto Perú, ocupadas por los españoles. Usted tomará el mayor interés en persuadir al Gobierno de Chile a que se esfuercen por tener en el mejor pie posible sus fuerzas navales para conservar las comunicaciones marítimas. En fin, usted, por cuantos medios le suscriban su patriotismo y luces, se esforzará en persuadir al Gobierno de Chile a que haga cuanto esté de su parte por concurrir a terminar una fecha cuya prolongación, [...]²⁶

²⁶ Instrucciones en Lima el 23 de octubre de 1823.

Por estas instrucciones, tan concretas, se advierte que O'Leary no iba únicamente como auxiliar del ministro Salazar, sino que se le había confiado a él, personalmente, la misión de convencer al Gobierno chileno de uno y otro puntos allí especificados. Actuaría, por tanto, como diplomático verdadero; eran las atribuciones que le daba el pliego. Su jerarquía moral empinábase así mucho y adquiriría esa trascendente aureola que habrá de servir más tarde para otra misión igualmente diplomática, pero en extremo difícil.

O'Leary partió de Lima el 26 de octubre, al día siguiente del arribo de Sucre a esa capital. Y cuando llegó a Santiago de Chile se encontró con el más absurdo de los “impases”. La cancillería chilena, al reconocer al coronel Salazar como enviado diplomático del Gobierno de Lima, había aceptado también, coexistentemente, al plenipotenciario del Gobierno peruano de Trujillo, o sea al representante de Riva Agüero. Empezaba a tender la trampa y decía desenfadadamente en su comunicación:

El Gobierno de Chile prescinde de toda cuestión sobre la legitimidad de cualquiera de los dos Gobiernos independientes que existen hoy en la parte libre del Perú, y así como reconoce a Iturregui por enviado del Gobierno que le autorizó y diputó cerca del Supremo Director de Chile, a V.S. [a Salazar] le reconoce como enviado del Gobierno y autoridades que le han autorizado y diputado cerca de este Estado [...] El Gobierno de Chile adopta mantenerse neutral en las desavenencias interiores que agitan al Perú.²⁷

¡Cuánta falta hacia O'Higgins!

Esa dualidad absurda del Gobierno chileno, en la cual había sido abandonado el criterio jurídico totalmente, para dar paso a un

²⁷ LECUNA, VICENTE. *Relaciones...* T. I: 147.

sentido de ambigüedad y de adaptación contrarios por entero a las normas que regulan la vida diplomática, toda vez que un agente diplomático sólo puede serlo del Gobierno de una nación y no de una fracción de un país, daba por terminada en realidad la misión de Salazar y O'Leary. Era ese el verdadero significado de la nota chilena. El propio Salazar le decía al secretario del Libertador:

[...] Ellas [las notas] en verdad requerían una protesta en forma y mi retiro de esta República [...] Sin embargo, voy a agitar la obsecución del empréstito sin comprometer mi carácter.

A renglón seguido anotaba:

Estoy firmemente persuadido que el Gobierno ha de insistir en la desdolorosa negativa que ha hecho de mi reconocimiento, y que es imposible llenar mis instrucciones en ninguno de sus puntos. Así es preciso que S. E. pierda toda esperanza sobre el empréstito, porque en el Congreso se ha tratado reservadamente de imponer en un banco el remanente, que se calcula en un millón nominal, con el designio de que reeditúe treinta o cuarenta por ciento anualmente. También me consta que algunos extranjeros han escrito a Londres reclamando la retención de dicha existencia, para reintegrarse en parte de las ingentes sumas que este Gobierno les debe.

Y no sólo eso:

Chile no tiene los recursos que se cree, y aun si los tuviera, la causa del Perú es nada popular. El sur de esta República está amenazado en el día por el enemigo de Chiloé, por un

lado, y por los indios bárbaros, por el otro. El Gobierno es poco respetado en el norte; a Coquimbo se ha pedido tropa y esta provincia ha negado. El Congreso está dividido en partidos. El comercio está arruinado.²⁸

Por tanto, “ni las circunstancias del país ni sus recursos actuales permiten siquiera ofrecer la esperanza de que se preste a la más pequeña cooperación”. O’Leary, al final, salió exitoso en estos asertos, al parecer excesivamente audaces en aquel momento. Los tres propósitos: conseguir ayuda militar, alcanzar un empréstito de dos millones de pesos y colocar cuatrocientos mil pesos vendiendo libranzas del empréstito del Perú en Inglaterra iban camino del fracaso.

O’Leary, arrogante, pundonoroso, llegó a Chile dispuesto a triunfar, a fin de ganar terreno. Es ambicioso y su juventud le permite toda suerte de esfuerzos. Inteligentemente preparado para cualesquiera tareas –para la diplomática en forma excepcional, aunque lleva en contra suya cierto apasionamiento que no siempre logra dominar–, quiere un feliz resultado de sus gestiones. Y lo primero con que se encuentra es esa incapacidad manifiesta del Gobierno chileno para ofrecer cooperación. Pero no quedaba aquello ahí; que algo más serio palpitaba en la intimidad y sólo pudo hacerse patente siete meses más tarde, en una carta de desahogo. O’Leary y el ministro plenipotenciario Salazar no se entendían. En esas condiciones, hasta por ese aspecto había fundamento de desastre.

[...] He dicho que el señor Salazar es el hombre más inepto para el desempeño de la comisión que su Gobierno le ha encargado. Cualquiera que sea el sucesor de Salazar confirmará lo que digo. No es la hombría de bien que constituye a un agente diplomático. Desgraciadamente, el primer paso de Salazar

²⁸ Primera carta de O’Leary desde Santiago de Chile, dirigida al Secretario del Libertador, el 25 de noviembre de 1823.

fue chocar con el Gobierno, y de allí resulta el entorpecimiento de todas sus pretensiones. Además no sabe distinguir entre orgullo e insolencia, entre moderación y bajeza. Le falta ese sigilo tan necesario a un hombre público. Nadie le cree. Se ha entregado a la dirección de Luna Pizarro, un clérigo que durmiendo, despierto, siempre y eternamente está intrigando [...] A pesar de todo, yo siempre conservo buena armonía con él.

El edecán, evidentemente, hacía violencia para tolerar a este jefe; quizá le ayudó en mucho la disciplina militar, por ser Salazar un coronel.

El hombre culto –cultura intelectual– aparece desde el primer momento. Busca libros, buenos libros, para enviárselos de regalo al Libertador. El mejor regalo, aquel quizá único digno de un grande hombre que estaba trazando los derroteros de un continente. “Envío a V.E. Vattel y Burlamaqui sobre el *Derecho de Gentes* y la *Vida de Bernadotte*”. “Compré para V.E. las obras de Voltaire, de Locke, de Robertson y otros libros”. El edecán empleaba sus horas libres en lecturas, dominaba buena parte de los clásicos; conocía las literaturas europeas, según puede verse en las cartas a su esposa, a Soublotte y a numerosos amigos. Quizá en esta cultura, lo mismo que en la lealtad, halló el Libertador la base para la confianza y aprecio que tuvo para el irlandés, casi indeficientemente. Y cuando el edecán se equivocó, Bolívar hubo de perdonarle, en una mezcla nobilísima de comprensión y de generosidad.

A los diez días de llegado ya piensa en regresarse. Al advertir lo inútil de la misión, le habla al Libertador con franqueza: “Yo pensaba irme esta semana. El director es un cero que nada puede hacer; el Congreso le tiene atadas las manos”. Y a Sucre le anuncia lo mismo: “Yo regresaré a Lima unos días después”. No pudo hacerlo. Habíase presentado un suceso grave e imprevisto, inexplicable además. La

división militar ofrecida por Chile partió rumbo a Arica casi en coincidencia con el viaje de O'Leary a Chile (O'Leary iba a conseguir que fuese despachada, pues se ignoraba todavía en Lima su embarque). Una vez en el puerto de Arica, el coronel Benavente, su comandante, se negó a cooperar con el general Santa Cruz. Había recibido instrucciones de inteligenciarse con el comando procedente del Libertador. En vez de encontrar este comando, halló una orden de éste de seguir viaje hacia el norte, hasta El Callao, pues habían sido cambiados los planes militares primitivos. El coronel Benavente, que se disponía a abrir operaciones al sur del Perú, negóse a proseguir el viaje, como se le había ordenado de parte de Bolívar, y se regresó con las tropas a los puertos chilenos de Coquimbo y Valparaíso.

Saberlo O'Leary y dirigirse inmediatamente por escrito al jefe del Estado, general Ramón Freire, todo fue uno:

Dígnese V.E. echar una mirada sobre el estado deplorable del Perú al separarse de él la expedición. El enemigo en marcha contra su capital. Destrozado por un hijo desnaturalizado. Un extranjero venal dando la vela para bloquear sus puertos. Los piratas destruyendo su comercio. Abandonado por su mejor aliado, Chile [...] Permítame, pues, V.E. suplicarle a nombre del Libertador que ordene inmediatamente vuelva la expedición al punto de la costa del Perú que crea V.E. conveniente.

La expedición no volvió más. O'Leary movió a cuantos pudo; aun al almirante Blanco. Y cuando vio que sus esfuerzos eran vanos en punto tan capital, reaccionó enérgicamente y pidió, en nota del 24 de enero de 1824, su pasaporte de regreso. Ya no era tolerable una situación tan desairada en un ambiente donde no se conseguirá otra cosa que promesas vagas. La rabia se apoderó de su espíritu; una

secreta rabia, esa misma que en un momento de intemperancia le había hecho escribir: “pocas veces un jefe tan imbécil ha sido tan idolatrado como O’Higgins”.²⁹ Y después de expresarle categóricamente al gobernante chileno su sorpresa: “Yo no soy capaz de creerlo, que este Gobierno ha resuelto que la división no salga segunda vez a su destino”, desfogó todo su despecho en una carta al coronel Tomás de Heres:

En caso de suspender todo auxilio este Gobierno, me embarcaré en el primer buque, dando maldiciones mil a todo el mundo que lleve el nombre de chileno.

Y Bolívar, que presionaba desde Pativilca al propio presidente de Chile:

Yo no dudo que V.E. ponga un particular esmero en auxiliar al Perú. Con 3.000 chilenos y los refuerzos que yo espero de Colombia, el Perú quedará libre el año 24. ¡Yo lo ofrezco a V.E. y a la América entera!

El presidente Freire ya se había anticipado con la negativa categórica: “Hacer reembarcar a la división chilena para que regrese inmediatamente al Perú me ha parecido imprudencia por el estado de desorganización e inamovilidad en que viene”. Chile no quería auxiliar al Perú. El Libertador tendría, una vez más, que tomar entre las manos el destino de todo un pueblo, hacer milagros y forjar la victoria sin auxilios, ¡hasta contra toda esperanza!

Allá en el Perú ya el problema político creado por la vanidosa tozudez de Riva Agüero había quedado resuelto. El coronel La Fuente, uno de sus oficiales, le había apresado al conocer en detalle los planes de traición del ex presidente, y éste con otras personalidades rebeldes fueron a dar a Guayaquil en calidad de proscritos. Fue un caso en que la justicia se hizo pronto y por mano salida de entre

²⁹ Carta a Bolívar, el 3 de diciembre de 1823.

las propias filas, mientras que el Libertador se disponía a una acción militar contra el rebelde. El marqués, que tan gallardamente pudo haber entrado en las páginas sagradas de la Historia, grabó su nombre en las oscuras del error y la traición.

En los momentos en que el Libertador presionaba sobre O'Leary partía de Lima, para entrevistarse con el virrey La Serna, el ministro de guerra del presidente Torre Tagle, general Berindoaga. Buscaba Bolívar un armisticio de seis meses, quizá no informado todavía de que el rey Fernando VII había recobrado ya su absolutismo, con eliminación de las normas constitucionales y liberales allá impuestas hacía tres años, y trataba con el armisticio de lograr un lapso de espera de todo en todo benéfico, muy parecido a aquel de que se sirvió para organizar el éxito de Carabobo en 1821. Esa misión de Berindoaga procedía de la misma fuente traidora que causó los extravíos de Riva Agüero. También Torre Tagle trataba de entrar en arreglos con los españoles, para juntos expulsar a Bolívar y sus tropas colombianas. Y la carta comprometedora la llevaba Berindoaga para entregársela al general español Canterac. Continuaba la mala suerte para el Perú. Si se redimía de un traidor, aparecía otro, a tiempo que los chilenos se negaban a cooperar, quedándose así el Perú, en su desgracia, con un solo amigo: Colombia, y con un solo hombre, hombre auténtico: Bolívar. Pero aun Bolívar, el irremplazable, hallábase enfermo de gravedad, en Pativilca; se temía por su vida. ¡Suma de oscuridad en el horizonte por donde se mirase! Comentaban tales realidades, a solas, una tarde el diplomático colombiano Joaquín Mosquera y el Libertador; veían lo sombrío del futuro. Y cuando Mosquera le preguntó a Bolívar qué pensaba hacer, “¡Triunfar!”, le respondió el grande hombre.

IV

El hombre fuerte crea los acontecimientos
y el débil soporta lo que el destino le impone.

ALFRED DE VIGNY. *Journal d'un poète.*

O'Leary recibió su pasaporte del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile para abandonar ese país. Mas no lo abandonó porque la nota de esa Cancillería le solicitaba que suspendiese el viaje “para allanar cualquiera ocurrencia subalterna sobre que es probable haya necesidad de explicaciones o de adquirir noticias”.

Hubo momento en que se pensó, en medio de aquella angustia suprema que ahogaba los más potentes anhelos de Bolívar, en pedirle a O'Higgins que se encargase de representar al Perú ante el Gobierno chileno, en la esperanza de que a él se le atendería. Tan importante era el concurso chileno; ¡valían tanto los tres mil hombres! O'Higgins se excusó de aceptar la comisión. El Gobierno chileno no advertía que, al sobrevivir el dominio español en el Perú, manteníase el peligro de una reconquista de Chile.

Los males del Perú no habían cesado en esa multiplicidad en que iban presentándose sucesivamente, como si hubieran aguardado para conspirar todos contra la República. Un día O'Leary recibió copias de las comunicaciones enviadas por Bolívar y por su secretario Pérez al Gobierno chileno. Pedían uno o dos buques de guerra y unos 500 hombres de caballería. ¿Qué significaba ese cambio en las peticiones? ¿Qué había sucedido? Algo imprevisto, grave en extremo: el regimiento *Río de la Plata*, el *Número II* de la división de los Andes, todos argentinos, más la artillería peruana que guarnecían El Callao, se sublevaron y entregaron la plaza a los españoles. Lima quedaba sin puerto. El mal trato que recibía la guarnición por parte del Gobierno de Torre Tagle —se les retenía arbitrariamente el pago— fue el pretexto para esta otra incalificable traición. Lima fue evacuada, pues los españoles no tardarían en atacarla al momento de acudir a tomar posesión de El Callao. En esas circunstancias lo que se requería eran barcos de guerra contra El Callao y caballería para dominar la situación en tierra.

Lo que no supo O'Leary en seguida, sino más tarde, fue que el congreso peruano, la víspera de evacuar a Lima, nombró a Bolívar dictador del Perú, en los precisos momentos en que, descubierta la traición de Torre Tagle y Berindoaga, por una carta interceptada,

Torre Tagle era destituido, ordenándose su prisión. No fue apresado; refugióse en El Callao, donde le recibieron los españoles. Berindoaga, sometido a juicio, fue ahorcado dos años más tarde. O'Leary, en sus *Memorias*,³⁰ define así a Torre Tagle:

Amaba el mando, no porque fuese ambicioso, sino por ostentación; si cometió abusos fue por incapacidad de hacer buen uso del poder. Bajo los virreyes, fue pródigo y disoluto; bajo San Martín, patriota; con Monteagudo, oligarca; intrigante con Guido y con San Donás traidor.³¹

Con Torre Tagle y Berindoaga se pasaron al enemigo más de trescientos, incluidos nobles, los principales funcionarios del Estado, altos oficiales y oficiales subalternos. La nueva capital del gobierno, presidido por el dictador Bolívar, quedó establecida en Trujillo, provisionalmente. Y en cuanto a tropas, no quedaban en pie en el Perú, sino las fuerzas colombianas y “algunos restos de las tropas de Riva Agüero sometidas a Bolívar en las provincias del Norte”. O sea, que sin el Libertador y los colombianos, el Perú habría vuelto íntegro a poder de los españoles en esos comienzos de 1824, o antes, sin mayor esfuerzo.

Los chilenos andaban ocupadísimos con la acción realista desde las islas Chiloé, frente a la costa de Chile. O'Leary le notifica al secretario Pérez: “Hasta terminada la campaña de Chiloé, no cuente con nada; no tengo esperanza de que manden la caballería”. Continúa ineficaz la misión. Salazar aparece eclipsado; cualesquiera actividades corresponden, ya por entero, al edecán. Su talento dominador y hábil ha ganado una batalla de carácter personal; el último, se quedará solo, eliminado ya el otro. Pero le preocupa obsesionalmente su prestigio, al advertir la inutilidad de sus actividades en Santiago. Por suerte,

³⁰ Tomo II: 243.

³¹ San Donás era el título del marquesado de José de Berindoaga, ahorcado en Lima el 15 de abril de 1826. Véase *El proceso de Berindoaga*, por I. A. EGUIGUREN, vocal de la Corte Suprema de Justicia del Perú, Buenos Aires, 1953.

una carta del secretario le dice qué piensan de él en el cuartel general de Bolívar: “Soy vano –contesta al coronel Pérez– y no podría menos que lisonjearme la aprobación con que ustedes y el Libertador tuvieron la bondad de marcar mi conducta aquí. Ojalá que siempre merezca la estimación de los buenos”. En esa amargura de no haber logrado nada provechoso, al menos el aplauso de sus superiores. Un aplauso valioso envanece a quienquiera; mucho más al edecán, una de cuyas debilidades es una recóndita vanidad que se mostrará completa, desnuda, en los famosos consejos para su hijo: “Debe ser afable y bondadoso en la prosperidad, pero que en la desgracia sea orgulloso y soberbio e inflexible”.

En la historia rige el imperio de los contrastes, brotando el equilibrio de una ley no escrita que podría llamarse de las compensaciones. En el Perú hizo acto de presencia con un suceso imprevisto, pero de tal magnitud, que toda esa serie de contratiempos y amarguras, ante las cuales se mostró tan firme e invulnerable el Libertador, halló su contrapeso. Y vino a presentarse en coincidencia con la traición de Torre Tagle, cuando todos, hasta el imperturbable Sucre, aconsejaban a Bolívar que abandonase al Perú a su suerte y retornase a Colombia con las tropas, pues en la tierra inca, el sentimiento pro-español arreciaba de nuevo con excepcional reciedumbre presionante.

Obraba con tropas muy caudalosas en la zona del Alto Perú, mientras en el resto del país actuaban los generales Canterac y Valdés, con más ejército que Olañeta. Juntos todos, casi hubiesen alcanzado el doble de los elementos de que disponían los republicanos. Pero Canterac y Valdés –lo mismo que el virrey La Serna– profesaban principios constitucionales; eran de pensamiento liberal, de aquel que había sido abatido por Fernando VII hacía poco. En contraste, Olañeta, realista obsesionado y servil, aplaudía el absolutismo monárquico y recriminaba a los otros generales por sus sentimientos tolerantes. Los ataques de parte y parte arreciaron, y hubo momento en que aparecieron publicaciones de los unos contra los otros, en términos agresivos, que el virrey no logró dominar. Determinó entonces, con ceguera política y evidente obnubilación militar, que el general

Valdés partiese con tropas a someter a Olañeta. Dividía así sus fuerzas, cuando el enemigo, Bolívar, disponíase al ataque. Subestimó a los patriotas, en muy mala hora para él, y precipitó los acontecimientos. Una vez más sin calcularlo, la monarquía daba pasos de cooperación con los independientes, cumpliéndose al pie de la letra la verdad de que quien mucho ayudó a la libertad de América, por inepticia y miopía, fue la propia España.

La insurrección de Olañeta, con la consiguiente marcha de Valdés en contra suya, sólo fueron conocidas tarde en el ejército libertador, a causa de las precauciones con que se procedía, como por las grandes distancias. Un día de junio —dos meses después— O’Leary recibió una comunicación “reservadísima” del secretario Pérez. Tenía que ayudar a un emisario especial de Bolívar, cuya misión consistía en hacer llegar a manos de Olañeta, en el Alto Perú, unos pliegos cerrados. A O’Leary se le responsabilizaba, no sólo del éxito de la misión, sino del informe de los resultados.

Esos pliegos debían de contener el aplauso a Olañeta por su acción, invitándole a continuar en el esfuerzo para eliminar la presencia del virrey y de Canterac en el Perú. Bolívar sostuvo ante sus tropas la tesis de que Olañeta se había sublevado por patriotismo; sabía sacar partido de los sucesos, con excepcional habilidad.

Mientras todo esto llevaba su desenvolvimiento natural y pausado, las tropas libertadoras, en mitad de ese mes de junio, ascendieron la cordillera de los Andes y la tramontaron, dispuestas a batirse con el enemigo, conducidas por Bolívar y Sucre. O’Leary lo supo con bastante retardo y, por ignorarlo, quejándose de que no recibía correspondencia. Por esos días cumplía la comisión de realizar algunas compras con unos 25.000 pesos que le había entregado el ex ministro en Chile, señor José de Larrea y Loredó: vestuarios, fusiles, pólvora, plomo. Y escribía, cada vez más desesperado, preguntando hasta cuándo iba a durar su destierro. Hervíale la sangre, esa su sangre dinámica, que hubiera querido emplearse en el cumplimiento de acciones difíciles, audaces.

Hubo un momento en que parecía que los 400 hombres de caballería solicitados a Chile y los dos barcos de guerra estaban a punto de partir. Sólo faltaba dinero. O'Leary entregó doce mil pesos al efecto. Ni los auxilios partieron ni el dinero fue devuelto. El edecán escribió:

Estoy tan cansado de estar aquí, que es muy probable tomaré sobre mí la responsabilidad de irme al cuartel general sin órdenes algunas. El perro hambriento revienta a veces su cadena.

Pero su rabia y despecho crecieron de punto, al ser informado de la brillante victoria de Bolívar en Junín, donde quedó destrozada la caballería española. Como militar y como servidor de la causa republicana, exultó hasta el delirio. Ese primer triunfo en el Perú, al cabo de tanta angustia y dominado tanto gravísimo obstáculo, equivalía al más soberbio de los éxitos; no ante el Perú, sino ante el mundo americano. Aquella gigante jornada, donde el Libertador actuó tan directamente, que salió herido en una mano, probó que los bravos de Colombia también derrotaban a los ejércitos realistas del Perú, tenidos en el último tiempo como invencibles: Mas, como hombre integrante de las fuerzas patriotas, O'Leary se sintió herido por aquel éxito: “Quizá en el día mi nombre se leería entre los de los héroes de Junín”, escribió al coronel Pérez. Sus antecedentes en Carabobo, en Ibarra, en el Pantano de Vargas, en Pichincha, permitíanle forjarse la ilusión de que en Junín, junto a Bolívar, soberbio en su caballo, en una acción que se realizó exclusivamente entre caballerías, sin que se disparase un tiro –perforación de lanzas y cortes de sables, en una fantástica embriaguez de sangre–, hubiera alcanzado lauros brillantes para su trayectoria personal. La ocasión habíase perdido, sin haber logrado nada de cuanto buscaba. En Chile –lo reveló en esa ocasión– se aseguraba que Bolívar no atacaría nunca a Canterac; primero, porque tenía miedo –frase textual–, y segundo “porque su único objeto era defender a Colombia y sacar las entrañas del Perú”.

A poco de Junín, el Congreso de Bogotá, por iniciativa del vicepresidente Santander, dio a Bolívar una puñalada política. Suspendió la vigencia de un decreto de hacía tres años, con lo cual el Libertador perdía ahora, de hecho, el mando supremo del ejército en el Perú, el derecho de aumentarlo, etc. En Bogotá se advertía ya el éxito final de la guerra, y se apresuraban los hombres pequeños a desplazar políticamente a quien había alcanzado la magna victoria, para dejarlo en el papel simple de general retirado. Bolívar recibió la noticia en momentos en que, encomendado el mando del ejército, mientras durase el período de las lluvias, al general Sucre, descendía de la cordillera para ocuparse con la recaptura de Lima y el asedio a El Callao. Quería, a la vez, crear abundantes tropas, tanto para prevenir contingencias, en el caso de que Sucre fuese derrotado en la zona andina, como para acosar a los españoles por dos puntos distantes. El momento era en extremo grave, porque el general Valdés había logrado derrotar al sublevado Olañeta, en el alto Perú y avanzaba ya con sus batallones a unirse con Canterac. Las dos potencias militares juntas, involucraban peligro muy serio contra los republicanos.

El final de todo eso fue sencillo y sublime: Bolívar creó el nuevo ejército y se apoderó de Lima, en tanto que Sucre alcanzaba la victoria final en Ayacucho, el 9 de diciembre de ese año de 1824. Santander, por estos sucesos, se quedó –lo dice O’Leary– sin el ascenso a general en jefe, que buscaba ahincadamente. “Es buen chasco, le escribía Santander al Libertador, salir de vicepresidente, a que me manden tantos generales que no sirven para mandarme”: Ayacucho, un choque brillante de menos de seis mil patriotas –inmensa mayoría colombiana, una fracción peruana y unos pocos argentinos con escasísimos chilenos– contra más de nueve mil realistas (en su mayoría peruanos), cerró el sangrante capítulo de catorce años de guerra de independencia en América. Las cifras de víctimas rebasaron el número de seiscientos mil en aquel lapso.

Un mes antes de Ayacucho, el ministro de relaciones exteriores del Libertador determinó cancelar los servicios diplomáticos del co-

ronel Salazar. O'Leary recibe la orden de hacerse cargo de todas las pertenencias de la legación, a la vez que deberá cumplir varias misiones: compra de armas, ropas, víveres y hasta de una fragata, si el gobierno de Chile accediese a venderla. Casi cuatro meses durarán estas actividades diplomáticas del edecán, ya sin superior sobre sí en la ciudad, es decir, como un diplomático auténtico, jefe de misión.

En ese lapso, nada de validez hubo de producirse. Chile insistió, de palabra, en sus propósitos de envío de auxilios, que entraron a la categoría de ofertas sin sentido, apenas se produjo Ayacucho; tuvo ocasión el edecán de hacer, en uno de los periódicos, la defensa de Bolívar, que fue atacado; realizó parte de las compras. Y, ya entrado el nuevo año de 1825, solicitó del canciller chileno su pasaporte para retornar al Perú. Tuvo entonces la alegría de encontrar en la nota remisoría del canciller F. A. Pinto este elogio:

El ministro infrascrito queda plenamente satisfecho de la buena conducta que el señor Edecán ha observado en Chile en el período que ha permanecido en esta República, de su loable patriotismo, y de las activas y eficaces diligencias que ha practicado para el exacto desempeño de la importante comisión que le confió S. E. el Libertador.³²

La última petición de O'Leary a ese gobierno, fue una dotación de ocho piezas de artillería, con destino al de El Callao. Petición; nada más.

Logró otra satisfacción el edecán antes de partir. El procurador nacional Pedro González Alamos presentó al Congreso de Chile, a mediados de enero, una comunicación o mensaje, donde constan frases así:

¿En qué compromiso no ha quedado Chile por la deserción escandalosa de sus armas, que entraron al Perú con tanta gloria? ¡Qué

³² LECUNA, VICENTE. *Relaciones...* T. II: 52.

figura hará Chile en la historia general durante este ignominioso período de dos años! Después de haber ofrecido nuestra escuadra al Libertador con mil protestas y seguridades para el día siguiente a su aviso, transcurrió un año pudriéndose en nuestro puerto. Este suceso, agregado al retroceso inoportuno de la expedición, mientras el Libertador se hallaba acantonado en un rincón del Perú sin recursos de ningún género, ha sido una hostilidad directa que se ha hecho a su persona y a la causa. Y el jefe de esa expedición desertora se halla de Ministro de Estado, y su segundo de gobernador de Coquimbo.³³

Este documento era una justificación indirecta para O'Leary, pues la acusación revelaba, más que las propias gestiones del edecán, el auténtico procedimiento del gobierno de Chile.

Al finalizar febrero, se encontró en Lima con que el Libertador, en cumplimiento de uno de sus más acariciados anhelos, había convocado a las Repúblicas americanas para que se congregasen, por medio de representantes plenipotenciarios, en el istmo de Panamá, a fin de formar una Asociación. Asimismo, la carta de invitación propiciaba el funcionamiento en Panamá de una Asamblea permanente que sirviese de consulta y consejo en los conflictos americanos y de intérprete en el cumplimiento de los tratados públicos. O'Leary, adentrado ya en los secretos diplomáticos, debió de estudiar este capítulo con especial atención, pues se calculaba que en el lapso de menos de dos años podría reunirse aquel congreso anfictionico. Y no es aventurado suponer que O'Leary hubiera sido designado entre los representantes de Colombia, de no haberse interpuesto otra misión de alta diplomacia que le confió el Libertador en vísperas de la reunión de Panamá.

³³ LECUNA, VICENTE. *Relaciones...* T. II: 61-62.

Desde este febrero de 1825 hasta la mitad del año siguiente, O'Leary va junto al Libertador, primero en ese recorrido triunfal de diez meses, donde la gloria cayó radiante sobre las sienas de Bolívar en toda suerte de homenajes; luego en la apoteosis de Potosí y en el afiebrado vértigo de La Magdalena, donde el amor y la dicha juntábanse con ímpetus de tanta elocuencia como la redacción de la Constitución para Bolivia. Testigo presencial de aquellas exultaciones y grandezas, el edecán continúa celoso compilador de documentos y observaciones para la obra que escribirá.

Dos o tres hechos importantes habíanse producido, asimismo, poco antes del arribo del edecán a la capital peruana: la negativa de la guarnición de El Callao a rendirse, a pesar de la derrota hispana en Ayacucho —el general realista Rodil contaba con 2.700 hombres para esa resistencia tenaz, absurda—; el asesinato del coronel Bernardo Monteagudo, hecho que consideró el Libertador como parte de una vasta conspiración contra él, de origen español y fraguada en El Callao; y la instalación del nuevo congreso peruano, al año justo de habersele dado a Bolívar el título de dictador. Este congreso, al escuchar que el Libertador devolvía el poder dictatorial, envió una comisión de su seno, cuyas fueron estas palabras:

No permita el cielo que habiéndose cubierto de gloria el Congreso peruano en el 10 del pasado febrero, con sólo el decreto de la dictadura, pase hoy por la debilidad de aceptar la dimisión de un poder, al que sin ejemplo debemos leyes, patria, libertad, existencia.³⁴

El Libertador cedió. Un extranjero, jefe de otra nación aparecía así en pleno régimen de paz, de presidente de ese país, con esta atribución decretada por el congreso: “El Libertador queda, bajo de este título, encargado del supremo mando político y militar de la república, hasta la reunión del Congreso de 1826”. Por añadidura, se le concedió al presidente de Colombia, en su carácter de presidente del Perú, la fa-

³⁴ Palabras del Diputado señor Pedemonte.

cultad de postergar la reunión del siguiente congreso, “si así lo exigieren la libertad interior y exterior de la república”. Bolívar hará uso equivocadamente de esta autorización.³⁵

En aquellas semanas, O’Leary participó, como edecán, de los honores sumos que su jefe recibía. “De todas partes llegaban tributos de admiración a su genio y a sus grandes virtudes, y hasta sus enemigos suspendieron sus ataques y calumnias”. Colombia, al negarle la renuncia que había presentado, eliminó la ley que le había quitado poderes; hizo acuñar medallas y ordenó que se le pagasen sus sueldos atrasados –ciento cincuenta mil pesos– que Bolívar no cobró nunca. Caracas ordenó una estatua ecuestre para la plaza que quedaba frente a la casa natal. El Perú dio a la ciudad Trujillo el nombre de Bolívar y destinó un millón de pesos para su persona y otro millón para los oficiales y tropa colombianos; decretó la erección de una estatua ecuestre en Lima y mandó acuñar medallas.³⁶ A Sucre se le ascendió a mariscal; asignáronle doscientos mil pesos; y el propio Libertador, de su puño y letra, escribió una síntesis biográfica del noble hijo de Cumaná, para testimoniarle así su profunda amistad.

Los homenajes de naciones y de individuos –exclama O’Leary, a quien le constó–, de la elocuencia y la poesía; las alabanzas de los patriotas y de los sabios; los espléndidos presentes que se le ofrecieron, nada alcanzó a deslumbrarle al Libertador. Creía no merecer tanta admiración por lo que había hecho; tal era su anhelo de hacer mucho más.

O’Leary conoció entonces a Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar. Llegó de Bogotá, a donde había arribado procedente de Europa. Lo había llamado su discípulo. La escena del abrazo entre maestro y alumno fue admirable; la presenció el edecán:

³⁵ LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada...* T. III: 481, dice: “Autorización inaudita e impropia, origen de los errores cometidos por Bolívar en 1826”.

³⁶ El millón destinado a él, Bolívar lo aceptó para Caracas, pero no fue pagado.

Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad no había logrado corromper.

Rodríguez tenía cincuenta y cinco años; el Libertador, cuarenta y dos, y el edecán, veintitrés. Para el afamado maestro tuvo O'Leary especialísima deferencia. Varón culto, el irlandés inclinábase reverente allí donde encontraba merecimientos, y en tales casos, impelido por una gran sinceridad, no regateaba elogios.

Rodríguez —dice— era hombre de carácter muy excéntrico; no solamente instruido, sino sabio, tenía el conocimiento perfecto del mundo que sólo se adquiere con el constante trato de los hombres. Visitó a Inglaterra y se dedicó allí al estudio del sistema de educación de Lancaster, que se propuso adelantar y que en efecto mejoró. Llevaba ahora al Perú el fruto de sus observaciones y experiencias, que ofreció al Libertador, quien lo aceptó como el regalo más valioso y oportuno que pudiera hacerse en momentos en que, habiendo cesado las hostilidades, podía él prestar su atención a su proyecto favorito de educar al pueblo.

Delegado el poder en el general La Mar y los ministros Sánchez Carrión y Unanue, partió el Libertador a las provincias del sur del

Perú, acompañado de su maestro, de varios oficiales y de sus edecanes. Iba a ser una gira brillante, fecundísima, apoteósica, de casi diez meses.

V

De ciento que pueden soportar la adversidad, apenas hay uno que pueda sobrellevar la prosperidad.

CARLYLE. *Goethe's Works*.

La minuciosidad de O'Leary en este recorrido llega al extremo de señalar la ruta día por día, como para que quedara constancia expresa de todos los pueblos que el presidente-dictador visitaba. De Lima a Arequipa, su primer objetivo importante, estuvo en veintiocho puntos –veintiocho jornadas–, siguiendo la costa estéril peruana, donde cada población significa oasis, de paz e ilusiones. En esa gigantesca mancha arenosa, de un gris claro monótono e hirviente, los pueblecillos resaltan con su verdura, al dar salida por ellos a los ríos que bajan de la cordillera, y esa marca de sonrisa vuelve allí más amable la vida.

Sorprende el estallido constante de un grito de esperanza de los infelices indios en todo el trayecto. Lo vio el edecán, lo palpó. “Los indios se señalaban más que todos por su entusiasmo en estas festividades, vestidos con los ricos y vistosos trajes que, según tradición, usaban sus antepasados”. La lógica del indio debió de ser clara, exacta: si se les había combatido a los españoles, los esclavizadores y usurpadores de los indios, era de esperarse que los triunfadores usasen ahora de justicia plena para con el antiguo dueño de la tierra americana. De ahí su entusiasmo, quizá hasta su delirio en el momento de la embriaguez.

Durante veinticinco días, Arequipa recibió los bienes de la paz traducidos en decretos; que para eso era principalmente el recorrido,

para hacer recio tejido administrativo, fundamentado en nuevos derroteros legales, ya que había nacido la nueva fórmula de la república, equivalente, con exactitud, a soberanía popular, igualdad de derechos, libertad de iniciativa. Organizado lo económico, quedaron fundadas escuelas, ocupóse con la vialidad, suprimió empleos. El guerrero, trocado ahora en estadista, moldeaba el barro de los pueblos liberados. Los edecanes, sin lugar al descanso, cumplían órdenes, escribían, cooperaban alegremente. Y para todos, el detalle más hermoso y de más honda conmoción fue que allí, en la plaza de Arequipa, formadas en gala exterior y en gala íntima, plenas de orgullo, estaban las tropas que habían triunfado en Ayacucho. Esos llaneros, esos andinos, debieron de llorar de júbilo.

Quince días después, y tramontando la cordillera, arribó la comitiva al Cuzco, ciudad donde lo inca y lo español se fusionaron tan admirablemente. En las proximidades pacían las vicuñas en manadas, cargadas de lana y de mansedumbre ingenua; los indios, oculto el cuerpo en grandes ponchos, mascullaban pausadamente su lengua antigua, y la majestad de los Andes acogía esa doble quietud de la vicuña y del indígena, como si decorase su piel de rocas y greda con esas joyas rústicas. El primer regalo fue un caballo enjaezado en oro, lo mismo que en Arequipa. El caballo y el hombre de la guerra eran entonces una consubstanciación casi tan auténtica como la de los centauros. Al paso del brillante cortejo, caían de los balcones flores y ramas de laurel para los héroes, y monedas para el pueblo. En seguida del Tedeum, las señoras de la ciudad le obsequiaron a Bolívar, en la Municipalidad, una corona de oro con diamantes y perlas, varias otras joyas y objetos valiosos, más las simbólicas llaves de la ciudad, en oro macizo. La corona fue destinada por el Libertador, en ese mismo momento, para Sucre, el vencedor de Ayacucho (quien la regaló al cuerpo representativo de Colombia); todas las joyas y regalos repartidos entre los oficiales, sin que el Presidente-dictador guardase nada para sí. O'Leary fue honrado con el obsequio de las llaves de oro, como si el donante hubiese querido simbolizar en eso la confianza que tenía en su edecán.

En ese mes de permanencia de Bolívar en el Cuzco, O'Leary, que consideraba al Libertador un filósofo, resume así el pensamiento de éste respecto de los indígenas:

Vio las ruinas de sus templos y palacios, de sus murallas y jardines, y meditando sobre sus instituciones con la filosófica avidez del legislador, dedujo que un pueblo que sin los auxilios de la moderna civilización había llegado a tanta altura, alcanzaría honrosa posición bajo los auspicios de un buen gobierno.³⁷

Y entró de lleno a legislar. O'Leary, profundo católico, dejó registrado en sus *Memorias* aquello que vio en el Perú, y sobre todo desde el Cuzco:

El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran los opresores del indio, obligándole a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos; la vida para el indio era una maldición bajo tamaña servidumbre; hasta los consuelos de la religión se le vendían a precio de oro.

Decretos, decretos, decretos; he ahí lo que brotaba, como a raudales, de la mente del Libertador, desesperado ante tanta miseria física y moral. Decretos que se quedaron en su letra, apenas el grande hombre tuvo que dejar el Perú.

O'Leary se entusiasma tanto con el Cuzco, que escribe esta breve síntesis admirable, reveladora del escritor de médula que había en él:

³⁷ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 352.

La ciudad del Cuzco puede, en verdad, llamarse la Roma de América. Su historia, sus fábulas, sus ruinas encantan. La inmensa fortaleza del lado del norte, es el capitolio; el templo del sol, su coliseo; Manco Cápac fue su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo, y Atahualpa, su César. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos son los hunos, godos y cristianos que la destruyeron; Tupac-Amaru es su Belisario que le dio un día de esperanza; Pumacahua, su Rienzi y último patriota.

Esta manera de hablar no es frecuente en el irlandés; en su obra, estrictamente austera, rara vez se exalta. Y, además, muy de cuando en cuando, como por excepcionalísima circunstancia, se rebela ante injusticias que hieren sus sentimientos de creyente; prefiere, de ordinario, callar esas fallas, muy propias de un mundo colonial, donde el sacerdocio estaba poco menos que prohibido a los criollos. Podría, más bien, explicarse tal cual desahogo, habida consideración de la influencia que sobre él pudo ejercer Bolívar, entonces racionalista y sincero practicante de las doctrinas de la revolución francesa. Allí, en el Cuzco, ese Bolívar liberal de tipo francés, fijó por decreto los emolumentos eclesiásticos; anuló el servicio doméstico gratuito que tenían los párrocos; “con la aquiescencia de las autoridades eclesiásticas redujo el número de conventos”, fundó colegios y les dotó de las rentas de que habían disfrutado comunidades religiosas españolas.

Por la noche, en aquellos treinta días, iban de una fiesta a otra. Los pobres indios, a quienes se les habían repartido tierras, suprimidos los cacicazgos, quizá danzaban también de júbilo en las chozas de los arrabales. No les habían dejado los conquistadores y colonizadores sino eso: chozas, y en ellas la muerte de la alegría.

De ahí avanzaron, ascendiendo siempre, como si el alma de los Andes les impulsase, y entraron a la región llamada del Alto Perú,

rumbo, dentro de ella, al Titicaca, el lago más alto del mundo. En el trayecto, “Bolívar, meditabundo, contemplaba con profunda conmoción las ruinas que en el Perú había causado la avaricia. Desde Cajamarca, donde fue asesinado Atahualpa, hasta Titicaca, cuna de Manco Cápac, padre de aquella raza singular de autócratas, hay pocos puntos donde no se ostenten los vestigios del poder de los incas al lado de la barbarie de los invasores españoles, que iban a apagar su sed de oro aun a los templos y a las tumbas”. En vista de todo eso, comprendieron quizá más profundamente que la guerra de independencia, por dura y costosa que hubiese sido, quedaba justificada también por lo que atañía a los aborígenes, reducidos a parias por conquistadores y colonizadores.

En Puno, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y cuando todavía resonaba en los oídos de los viajeros la profética palabra del abogado Choquehuanca que, en un discurso en el tránsito, había dicho al Libertador: “Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina”, fueron recibidos los detalles de la asamblea constituyente de Chuquisaca, por cuya virtud había nacido ya un nuevo Estado en la América del Sur. Las cuatro provincias del Alto Perú —dos peruanas y dos argentinas—, con autorización de ambos países, acababan de constituirse en nación y por decreto de aquella misma asamblea, el nuevo país llevaría el nombre de Bolívar. La gloria del hijo de Caracas había llegado a la culminación. O’Leary palpó esa majestad radiosa.

E iban del Puno hacia La Paz, cuando se presentó el mariscal Sucre. Qué estrecho debió ser el abrazo entre el noble cumánés y O’Leary, que no se habían visto desde hacía casi dos años. De ahí que el edecán estampe en sus *Memorias*, como suceso recordatorio, este episodio sencillo: “Al desmontarse Sucre para abrazar al Libertador, se le salió la espada de la vaina; al verla caer, observé yo que era un mal presagio”. Al día siguiente, al darle Sucre un planazo con la misma espada a su asistente que se le había insolentado, se rompió. “Este sí que es peor agüero que el de ayer, le dije, y desde hoy comienzan sus

desgracias, general”. “Así lo estaba yo pensando”, me contestó Sucre”.³⁸ El anuncio fatalista se cumplió sólo en parte; todavía le aguardaban glorias al mariscal, así como al propio O'Leary. Sucre venía de finalizar la guerra, en sus últimos episodios; había preparado la creación de la nueva república y traía todos los detalles de la muerte de Olañeta, en batalla contra una defección de sus propios hombres.

Quizá en este lapso, en que no veía por todas partes sino apoteosis, procedentes de un pueblo ebrio y feliz, O'Leary sintió más intensamente en el almario de su ser aquella sed de figuración que le obsesionaba y que un día, en el oscuro año 30, le hará exclamar, poseído de vencimiento: “Se acabó ya todo deseo de figurar; toda mi ambición se concluyó”.³⁹ Por el momento, la luz de un sol radioso alumbraba con plenitudes de oro purísimo.

Largo se quedaron en La Paz: un mes completo, que era indispensable para el cumplimiento de la obra administrativa en proceso.⁴⁰ Aquí volvió el Libertador a ocuparse con los indios. Tesis muy moderna es aquella que dice que el poblador de América anterior a la conquista hispana, hallábase en condiciones muy inferiores y que fueron precisamente los colonizadores españoles quienes le elevaron de nivel, salvándole de esclavitudes y abyecciones en que se tenía a sí mismo, por falta de contacto con civilizaciones más adelantadas. Gonzalo Zaldumbide llega a escribir:

Los españoles, aun manteniéndolos en servidumbre, devolvieron a los indios, con sólo el modo de vida, nuevo e insólito, un comienzo de iniciativa y personalidad; virtudes achatadas, abolidas por el régimen anterior.⁴¹

³⁸ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 383.

³⁹ Carta a su esposa, desde Rosario, el 20 de marzo de 1830.

⁴⁰ ENCINA, FRANCISCO A. *Bolívar y la independencia de la América española*. Santiago de Chile, T. III, 1954: 607. Encina rectifica a O'Leary la fecha de llegada de Bolívar a La Paz.

⁴¹ ZALDUMBIDE, GONZALO. *El nuevo libro de Tobar Donoso*. Quito, 1954: 34. (Se refiere al libro *La iglesia, modeladora de la nacionalidad*, de Julio Tobar Donoso, publicado ese año en Quito).

Pero la obra nueva, la de la República, iba más allá de lo que hubiesen los indios alcanzado de por sí, o lo que hubieran logrado de los españoles en punto a progresos. Quería hacer de ellos ciudadanos; que la república es eso, conjunto de ciudadanos, vale decir de hombres con derechos civiles de cabal cumplimiento. El edecán de Bolívar anota que fue convocada una Junta integrada por cien de los más entendidos de todas las profesiones, para que especificasen las quejas y los males públicos. La junta no correspondió al anhelo; volvióse clan político; fue disuelta, y los bienes se hicieron con prescindencia de consulta.

Y aquí revela O'Leary uno de los rasgos más salientes de la personalidad de Bolívar: la firmeza, a veces dura, en las determinaciones ejemplares que tomaba. Un comisario del ejército —Silverio Aranivar— fue convicto de peculado con los fondos a él confiados. La condena fue: pena de muerte. Y quien lo había nombrado hubo de pagar el débito, por no haber exigido la correspondiente garantía. Era, dice, “lo que mandaba la ley”.

Quizá el suceso más interesante en aquella ciudad —y O'Leary no lo registra en la parte pertinente de sus *Memorias*— fue la visita de los comisionados de la asamblea constituyente de la nueva república de Bolívar, quienes llevaban dos misiones: la de expresarle al Libertador gratitud por la creación de ese Estado, y la de pedirle el reconocimiento de la entidad a nombre del Perú, donde Bolívar ejercía facultades omnímodas. El doctor Casimiro Olañeta, en su informe a la asamblea, reveló que la habilidad y la prudencia operaban de consuno en el grande hombre, pues se abstuvo de resolver un punto que consideraba propio, no de su persona sino del congreso peruano. Así, daba firmeza cabal, en sentido legalista, a lo que él llamaba ya “su hija”.⁴²

Otra visita, más trascendente, le aguardaba en Potosí, a donde llegaron los viajeros en varios días de viaje a caballo, con un recorrido pesadísimo de ciento catorce leguas. Potosí —revela el edecán— era

⁴² ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit.* T. III: 609.

considerado como adicto a los realistas; sin embargo, recibió triunfalmente al presidente titular simultáneo de tres naciones: Colombia, Perú y República Bolívar, cuya asamblea estaba disolviéndose, dejando en manos de él la plenitud del poder público. La visita, anunciada desde cinco meses atrás, era la de los ministros plenipotenciarios rioplatenses general Carlos de Alvear y doctor José Miguel Díaz Vélez. Entraron a Potosí dos días después que el Libertador. Aparentemente llevaban la misión de felicitar al gran general por sus triunfos; en el fondo, su misión consistía en lograr el apoyo de los ejércitos gloriosos de Junín y Ayacucho para la guerra que preparaba el gobierno de Buenos Aires contra el Brasil, por haber invadido éste, manteniéndola ocupada, toda la provincia oriental del Uruguay.⁴³ O'Leary conoció esta cuestión muy a fondo, tanto por su ejercicio de edecán, cuanto porque bien pronto iba a dársele una comisión importante de carácter diplomático, reveladora de por sí de cómo Bolívar confiaba en este mozo de veintitrés años con la seguridad con que se procede ante un embajador de amplia trayectoria. Él, O'Leary, expresa que:

el plan que debían proponer los plenipotenciarios rioplatenses era el de formar una alianza ofensiva y defensiva entre el Río de la Plata, Perú y Chile, y en nombre de los aliados demandar del emperador la restitución de la banda oriental.

Y da este desenlace: “gracias a su admirada prudencia y circunspección, se salvó Bolívar del lazo que se le tendía, sin embargo, de los astutos ardides que se emplearon para sorprenderle”. ¿Era un verdadero lazo? No. Era la angustia de un país que, por desorientación interna y hasta anarquía de casi veinte años, no estaba preparado para combatir contra el Brasil. Sorprendido con la invasión de los territorios de la margen izquierda del Plata, asomaba una esperanza en la persona de Bolívar, trocado en invencible, comandante de miles de soldados veteranos, ante los cuales, por causa de esa veteranía, ningún

⁴³ LECUNA, VICENTE. *Relaciones...* T. II: 91.

ejército contrario podía resistírseles. Quizá esa misma angustia había determinado que el congreso rioplatense hubiese autorizado, sin resistencia, la libre decisión de las dos provincias altoperuanas, para que se constituyeran, con las vecinas, en la República Bolívar.

Pero el Libertador, tres años atrás, con esa previsión tan exacta que poseía su espíritu, habíale propuesto al gobierno de Buenos Aires una alianza, que no entendió ni admitió la miopía de Rivadavia. De habérsela aceptado entonces, ningún obstáculo habría detenido ahora a los valerosos guerreros para la defensa de sus aliados. Ahora, nada le era dado realizar al Libertador por propia iniciativa; el punto debían tratarlo previamente las cancillerías de Bogotá y Lima, para luego someterlo a los respectivos congresos. Pasada la guerra de independencia y puesta en vigencia la normalidad de la ley, nada podía ejecutarse, sino mediante tratados o determinaciones sujetas a trámite. La misión, así, había perdido su objetivo, y quedaba reducida a la cortesía de felicitar a Bolívar por sus triunfos. (O'Leary estaba recibiendo indirectamente las más altas lecciones de diplomacia).

Pero Alvear y Díaz Vélez llevaban otro argumento de gran peso, que obraría en el ánimo del gran general y que motivaría, luego, la nueva misión del edecán irlandés. Era que un apreciable sector —la provincia de Chiquitos— de la nueva República Bolívar, negándose a someterse a las armas de Bolívar y Sucre, había firmado pacto de unión con la provincia brasileña de Mato Grosso; con lo cual quedaba como parte del Brasil. La respectiva capitulación, firmada por el coronel Sebastián Ramos, a nombre de Chiquitos, decía:

La provincia de Chiquitos se entregará bajo la protección de Su Majestad Imperial del Brasil hasta que, evacuada la América Española o el reino del Perú del poder revolucionario, comandado por los sediciosos Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, sea reconquistada por las armas de S. M. Católica.⁴⁴

⁴⁴ ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit.* T. III: 614.

El Brasil, en consecuencia, invadió militarmente la provincia y ocupó, con escasas fuerzas, su capital y pueblos. Era marzo de ese año 25. Los diplomáticos argentinos partieron en busca de Bolívar en junio. De todos estos particulares hubo de informarse muy minuciosamente O'Leary; y, sobre todo, de que el mariscal Sucre, con la presteza y eficacia propias de su temperamento, y en defensa del territorio boliviano, envió tropas, ante cuya presencia los brasileños optaron por retirarse, sin presentar combate. Mas, quedaba en pie la ofensa, o sea el problema diplomático; que era lo que querían explotar Alvear y Díaz Vélez.

VI

Pequeño mundo soy, y en esto fundo que en ser señor de mí, lo soy del mundo.

CALDERÓN DE LA BARCA.

La gran Cenobia.

Y el edecán contempló una lucha de noventa días, vehemente a veces, hábil, provista de todos los recursos, en la cual los emisarios rioplatenses agotaron argumentos y medios persuasivos, a fin de que Bolívar cediese y entrara en la empresa de ir en guerra contra el Brasil, para beneficio de Buenos Aires. Como se observaba protocolo casi rígido, todo tramitábase por escrito, a fin de que quedase la correspondiente constancia —¡qué gran escuela de diplomacia para O'Leary, futuro diplomático integral!— y hasta observándose las reglas de las recepciones privadas y las oficiales. Bolívar mostró la gran dignidad de Jefe de Estado ante los emisarios; hizo valer íntegramente su autoridad y se rodeó, en el momento necesario, del fausto que convenía a su eminentísima personalidad.

En ese ir y venir de comunicaciones, el Libertador fue claro; no podía obrar fuera de los requisitos que había fijado, puesto que dependía de los congresos de Lima y Bogotá. Los emisarios vieron,

desde el principio, fracasada su misión y decidieron insistir, no ya por las vías del razonamiento, sino por las del halago y las promesas. Ante todo, pusieron de manifiesto que su negativa implicaría desfavorables sentimientos, en vísperas del congreso que había sido convocado por el propio Bolívar, el que debía reunirse en Panamá el año siguiente, con la concurrencia de las naciones americanas. (La República del Plata no concurrió a él. Fue una consecuencia del fracaso de la misión Alvear Díaz Vélez). Vale considerar aquí que, de no haber dejado O'Leary el relato minucioso de todo este proceso, las solas cartas conservadas en los archivos no hubiesen bastado para una aclaración cabal de asunto tan delicado. Habrían servido determinadas comunicaciones, hasta para que se diese a los hechos torcida y malévola interpretación. Éste, uno de los puntos capitales de la valía del servicio del irlandés a la historia americana.

Los dos argentinos echaron un gigante lazo a la propia cabeza del Libertador.

Me han dicho determinadamente –le escribía a Santander– que yo debo ejercer el protectorado de la América, como único medio de salvarla de los males que la amenazan, muy particularmente por la actitud que ha tomado el Brasil contra Buenos Aires. Yo sé que el emperador del Brasil está muy orgulloso con la protección que le dispensa la Inglaterra. Medite usted estas noticias, que son de una gravedad vital.⁴⁵

El lazo no pasó de excitante de delirios, que se esfumaron rápidamente.

Otra argucia rioplatense:

Diré de paso a usted que cuando el emperador del Brasil supo el contraste que sufrimos en Matará, dijo estas palabras en la corte:

⁴⁵ Carta del 11 de octubre.

que se complacía de la noticia, porque era una fortuna que el malvado Bolívar hubiese sido destruido. Sin embargo, a los tres días tuvo la mortificación de saber la victoria de Ayacucho.

Esta historia, que quizá le contaron los propios diplomáticos, tampoco dio beneficio.

Luego, aparece otro recio ataque, que Bolívar recoge en una nueva carta a Santander:⁴⁶

Los enviados de Buenos Aires no piensan sino en lisonjearme, hasta el extremo de lisonja más exagerado. El general Alvear ha llegado a proponerme (como pensamiento secreto) la reunión de las repúblicas argentina y boliviana, llevando todas ellas mi nombre. Él dice que sin mí su patria vacilaría largo tiempo y que, exceptuando cuatro individuos, el gobierno como el pueblo me desean como un ángel de protección. Chile y Buenos Aires están en un caso igual y ambos me desean ardientemente.

Ante esta audaz arremetida, el Libertador delira, poseído de uno de esos arrebatos que le desorbitaban tan gloriosamente, y le añade a Santander: “Usted debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no quede incompleta y se me permita ser el regulador de toda la América meridional”. El golpe dio en el blanco, pero no duró. Fue un sueño fugaz, que se nutría de esa condición lejana y contraria: la voluntad de Colombia, administrada por Santander.

O’Leary cuenta que el Libertador, “para quien el solo nombre de gloria era talismán irresistible”, se impresionó al escuchar que sus

⁴⁵ Carta del 11 de octubre.

glorias quedarían cumplidas cuando efectuase su vuelta a Colombia por Río de Janeiro, después de haber libertado tantos países...

Bolívar sugirió la posibilidad de una marcha militar sobre el Paraguay, para libertarlo de la tiranía del doctor Francia, salvando de la cárcel, a un tiempo, al sabio Bonpland, compañero de Humboldt. Éste podía ser el comienzo del resto de las operaciones. La marcha era fácil, por colindar el Paraguay con el Alto Perú... Los dos diplomáticos no sólo aceptaron, sino que aplaudieron la idea. “La verdad es —nos revela O’Leary— que los plenipotenciarios habían recibido instrucciones terminantes de evadir esta proposición”. Y añade esta revelación: “No era éste el único punto en que obraba con doblez el Gobierno argentino en estas negociaciones, porque antes de iniciarlas ya había solicitado la mediación de la Gran Bretaña”. El edecán dejó en claro la verdad.

Un día —el 26 de octubre— Bolívar, los argentinos, Sucre, los edecanes, el general Miller, don Simón Rodríguez y varios oficiales y civiles, ascendieron a la cumbre del Potosí, que queda junto a la ciudad. Un trayecto a lomo de mula, y otro a pie, por ruta escarpada, arribaron a la cima, donde iba a hacerse la apoteosis del genio. Desde la cúspide “se divisa un páramo yerto y desolado, sin vegetación alguna que con su verdor armonice la monotonía sublime de aquel paisaje desierto”. O’Leary, temperamento sin imaginación potente ni luz poética solo veía la muda expresión de la naturaleza; realista frío, pero no impávido ni indiferente, halla en la ocasión ante todo un motivo de desagrado:

Sólo la comunicativa expansión de tan escogida comitiva pudo hacernos soportable, evocando gratos recuerdos del pasado, el triste desamparo de aquel yermo destituido de todas las gracias de la naturaleza.

Debió de recordar, sin duda, el paso por el páramo del Pisba, junto al general Anzoátegui, su jefe, seis años atrás. Bolívar hizo enarbolar sobre la roca, quizá por mano de su propio edecán, las banderas de Colombia, el Perú y el Plata y dijo estas palabras:

Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia [...] De pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.⁴⁷

Después todos partieron a Chuquisaca, la capital del nuevo Estado, donde se quedaron dos meses. Los plenipotenciarios rioplatenses, persistentes en sus propósitos; Bolívar, seguro de su ruta y soñando en libertar a Bonpland,⁴⁸ entregado por entero a una actividad administrativa de vastísimo alcance, realizaron obra ejemplarizante que podía tomarse como augurio de ventura. Sucre, destinado ya a la presidencia de ese país apenas se marchase el Libertador, tomaba el pulso a las riendas del Estado, y Córdoba adecuaba el alojamiento a su división de dos mil hombres para respaldar con ellos a Sucre.

Y a O'Leary también se le señaló destino especial, una vez atendidas las peticiones de los argentinos sobre la provincia de Tarija y sobre rebaja de derechos sobre introducción de mercancías. Iría “como enviado extraordinario para, diplomáticamente, borrar la afrenta del Brasil al haber invadido Chiquitos”.⁴⁹ En realidad, pediría explicaciones e insinuaría privadamente a los ministros del Gobierno

⁴⁷ LECUNA, VICENTE. *Proclamas y discursos del Libertador*: 314.

⁴⁸ Bonpland fue apresado en 1821 y liberado en 1829.

⁴⁹ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 48.

de Río de Janeiro que la restitución a Buenos Aires de la provincia oriental uruguaya aseguraría la paz del continente.⁵⁰ Fue lo que consiguieron, en suma, Alvear y Díaz Vélez, quienes se despidieron de Bolívar el día 2 de enero siguiente (1826).

Este encumbramiento de O'Leary al rango de enviado extraordinario, y para tratar cuestión tan ardua, significa el más alto de los elogios en su favor. Se le consideraba ya apto para decidir paz o tirantez y aun para inclinar la balanza del lado de los convertidos en víctimas por un país imperialista. Además demuestra que su nombre y su personalidad eran gratos, seguros a los ojos de los diplomáticos argentinos, quienes lo trataron en esas semanas muy de cerca, aquilantando sus merecimientos. El irlandés ganaba terreno. La línea ascensional de su existencia, al principio forjada en aventura idealista, hoy tomaba ya ese rasgo característico de lo que se encumbra irrevocablemente. En su ánimo debió de plasmarse satisfacción hondísima, aureolada de justo orgullo, pues había otros —muchos— que hubiesen podido asumir la grave responsabilidad, colombianos o peruanos. Había sido escogido él, y con el beneplácito de varones ya tan presntantes como, Alvear, compañero de San Martín y ex director de las provincias unidas del Río de la Plata, y José Miguel Díaz Vélez, secretario del Congreso rioplatense. Ambicioso y perspicaz, se proponía, con su acostumbrado celo, cumplir a cabalidad el encargo y alimentar así su orgullo justo y su valía en tierra adoptiva que, gracias a la amplitud de espíritu del Libertador, le daba acogida y honores a cambio de lealtad y servicios.

Pero el Brasil veía llegar la guerra, como en efecto llegó poco después,⁵¹ y no quiso verse envuelto en una lucha de dos frentes, ni menos asediado por fuerzas que estaban consideradas en ese momento, en América, como invencibles, ya por veteranas, ya por regirlas un gran general y oficiales subalternos eminentísimos. Decidió, en consecuencia, presentar explicaciones por la invasión de Chiquitos. Al hacerlo eliminó la misión de O'Leary. La ofensa quedaba borrada,

⁵⁰ ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit.* T. III: 630.

⁵¹ El Brasil fue derrotado en la batalla de Ituzaingó, dirigida por Alvear.

limpia de culpa mediante la exterioridad caballerosa del protocolo. No así el resentimiento de los diplomáticos argentinos, cuya misión había fracasado. Hubo “disgusto e informes privados al Gobierno argentino hostiles a Bolívar”.⁵²

Cuenta el edecán –gracias a él no se han perdido estos dos episodios– que el coronel Salazar llegó un día a Chuquisaca, portador de las dos espadas ordenadas por la Municipalidad de Lima como obsequio a Bolívar y a Sucre. La una tenía 1.433 brillantes con peso de 73 quilates; la otra, 1.168 con peso de 62 quilates. Bolívar contestó con esta fúlgida frase: “Esta espada me dirá siempre que la ciudad de Lima es digna de ser la capital de la nación más agradecida del universo”.

El otro hecho es que en Chuquisaca terminó el Libertador la redacción de la Constitución para Bolivia, lo mismo que la del mensaje con que iba a presentarla. El discurso “lo dictó al amanuense durante los últimos días de su residencia en Chuquisaca; pero no lo presentó hasta el mes de mayo siguiente, cuando lo envió con su edecán el coronel Belford Wilson”. Y aquí se estampa el detalle admirable, insustituible en el primor del relato de O’Leary:

El original era como tres veces más extenso que el discurso publicado, pero Bolívar cercenó al tiempo de la corrección todo cuanto le pareció episódico o minucioso en demasía. Los pasajes borrados o excluidos contenían párrafos superiores y acaso más brillantes que los publicados.⁵³

Convocó el Libertador a elecciones en la nueva República, cuyo mando entregó a Sucre; confió la educación pública a su maestro Simón Rodríguez, y los viajeros retornaron a Lima, donde fueron recibidos bajo arcos triunfales (10 de febrero de 1826). Pocos días antes la fortaleza de El Callao, último reducto realista, se había rendido al

⁵² LECUNA, VICENTE. *Relaciones...* T. II: 99.

⁵³ O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 431.

cabo de trece meses de sitio. Ese arribo a la capital iba a modificar la ruta de la vida de O'Leary, que no se quedó ahí sino cuatro meses, en el antiguo cargo de edecán. Al fin la suerte, que pudo haberle sometido a prueba de fuego en la misión al Brasil, le hará entrar en otra misión inmensamente más difícil y trascendente. ¿Triunfará?

Y se instaló el Libertador, con sus edecanes y estado mayor, en la quinta de La Magdalena, entre Lima y El Callao, haciendo de ella la sede del Gobierno y el centro de la obra política, en que había de empeñarse una vez finalizada la guerra.

Aunque vivía con menos ostentación que un noble cualquiera —dice el irlandés—, tenía, en cambio, más influencia y aun poder más absoluto en una gran parte de la América del Sur y en todo el continente que el monarca más prestigioso de Europa en sus dominios.

O'Leary captó entonces la marejada política que, poco a poco, fue ensoberbeciéndose y empinándose para el éxito de las ambiciones pequeñas. La paz desataba pasiones; en la paz era donde los hombres que no poseyeron suficiente grandeza para el mantenimiento del sacrificio a la hora de la lucha iban en busca de alturas. Republicanos, patriotas, sinceros gestores de la cosa pública, no poseían esa mirada ancha, penetrante, del Libertador, y pretendían solucionar los problemas estatales con menosprecio y hasta con hostilidad contra lo que pensaba el genio. Hubo quienes, como primer paso, preconizaron la unión del Perú y Bolivia, y en eso trajinaban personajes como Luna Pizarro, tan entusiastas partidarios de Bolívar antes. Al Libertador nadie podía disputarle en cuanto general; en el ejercicio, en cambio, de la libre discusión propia de la fórmula republicana ya era posible contradecirle y hasta intentar rectificar sus propias creaciones.

Al aproximarse la reunión del Congreso del Perú iban llegando a Lima algunos diputados, en buen número de los cuales advertíase un espíritu de facción y un encono político que empezó por manifestarse en un sentido “chauvinista”. Con el propósito de preparar las la-

bores legislativas hasta tanto se completase el número de diputados, los congresistas presentes resolvieron instalarse en junta preparatoria, donde se clarificó y exhibió la oposición al Gobierno, que presidía Bolívar. Tal oposición alcanzó en breve caracteres violentos que se propagaron en la ciudad, concentrándose en los grupos claras odiosidades contra el propio presidente y contra el ejército colombiano. La gratitud, tan espléndida hasta hacía tan poco, empezaba a agonizar. Bolívar cortó por lo sano, mediante una sencilla disposición que desconcertó a todos. Llamó al general Salom, ordenándole que preparase lo necesario para abandonar el Perú. El pánico se produjo en cortísimas horas. El edecán subraya que a tanto llegaba el asombro, que “en tropel ocurrían partidas numerosas del pueblo y hasta señoras a La Magdalena, con el fin de saber la causa de tan inesperada resolución”. Los politiqueros advirtieron que se hallaban en presencia de un político auténtico, capaz de dominar tempestades de cualquier índole.

Los más exaltados –anota O’Leary, sin asombrarse con ello, pues conocía bien los procedimientos de su jefe– convenían en la necesidad de la permanencia de Bolívar en el Perú y hasta los diputados de Arequipa [Luna Pizarro y los otros] hicieron grandes elogios suyos.

Se reunieron, enviaron comisiones. Y al saberse que la orden de marcha había sido cancelada, “no tuvo límites la alegría” de todos.

Ahí no terminó la conmoción. Cincuenta y dos diputados, arrojándose atribuciones que no tenían, pidieron al Jefe del Estado que se convocara a nuevas elecciones y se difiriese un año el Congreso (aparte de esos cincuenta y dos había dieciocho, considerados como de oposición). Bolívar aprobó lo determinado por la mayoría. Fue un aparente error político, porque ofreció base sólida a los enemigos para las posteriores acusaciones, que O’Leary califica de malignas.

Pero había detrás algo mucho mayor que cualesquiera detalles políticos y era eso lo que movía al presidente a postergar las sesiones legislativas. Proponíase la federación de Colombia, Perú y Bolivia, como solución a las rencillas de partido y como respuesta al malestar que había ya en Colombia, tanto por las ambiciones presidenciales del general Santander, vicepresidente, como por los sucesos en Venezuela, donde el general Páez, acusado por el Senado de Bogotá en forma anti-política absurda, había desconocido en Valencia la autoridad central, presionado por el Municipio y por el pueblo, reasumiendo la autoridad de que se le había despojado. “Santander manifestó sin ambages a la Cámara que los documentos que se habían recibido no prestaban suficiente fundamento para la acusación; pero la acusación fue admitida por el Senado”.⁵⁴ Por añadidura, tanto en Venezuela — el propio Páez, entre muchos—, como en el Ecuador y en sectores de la Nueva Granada, creían posible y benéfica la coronación de Bolívar como emperador o rey. (En todo esto tendrá que entenderse muy pronto O’Leary en persona, sin otro consejo que la propia conciencia y el propio criterio).

La federación de las tres naciones elevaría la política, echando el ímpetu en los surcos de los grandes destinos. Y el aplazamiento del Congreso peruano favorecía el propósito, al par que disminuía el número de problemas. “Bolívar juzgó posible vencer sin violencias la oposición natural, de esperarse en cada Estado confederado, y establecer la confederación con el apoyo de todos sus partidarios y amigos. Este fue su error, porque en la paz le faltaría el incentivo de los grandes triunfos y la acción directa de la fuerza”.⁵⁵ El plan fracasó.

Asimismo fue testigo O’Leary del envío de la Constitución para Bolivia en mayo (el 25), obra que tendrá que defender el edecán muy pronto. Poco antes de eso, en la ciudad de Lima fueron fusilados el general y marqués Juan de Berindoaga y don José Terón por haber tratado de traicionar a la República, entendiéndose con los españoles, cuando ya Bolívar se hallaba en el Perú:

⁵⁴ HENAO Y ARRUBLA. *Op. cit.*: 552.

⁵⁵ LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada...* T. III: 518.

Grandes fueron los empeños –dice el irlandés– que se hicieron para salvarlos, y hasta la municipalidad elevó un memorial al Libertador pidiendo la conmutación de la pena; pero, inflexible éste en el cumplimiento del deber, desoyó todas las súplicas y dejó que la sentencia se ejecutara.

O'Leary vio por propios ojos la energía y la clemencia en el gran caraqueño. Cuando había que sembrar ejemplo no trepidaba. Sorprende que O'Leary, quizá por esta directísima influencia de Bolívar, llegara a hacer de la inflexibilidad, en caso dado, una norma que aconseja a su propio hijo: “Que no sea nunca cruel ni sanguinario, pero si el bien público lo requiere, que no ahorre tampoco la sangre”.⁵⁶

Lo último que vio el edecán en Lima fue la marcha de los delegados del Perú y el trámite de las últimas comunicaciones para el Congreso Anfictiónico convocado en Panamá por Bolívar. Era la obra máxima de su genio.

Su estilo es ahora solemne, casi profético, su visión se alarga, se pasea por toda América. Busca en el pasado precedentes y bases: recuerda la de la antigua Grecia, la de Francia bajo Enrique IV, la de Alemania bajo el reinado del filósofo Kant; la de Inglaterra, mitad positivista, mitad idealista, con sus grandes pensadores, como Jeremías Bentham. Y parece que prevé las resoluciones del primer Congreso Internacional Americano de Washington (1890), las Conferencias mundiales de La Haya y la Sociedad o Liga de las Naciones.⁵⁷ Los que le oímos

⁵⁶ Carta de O'Leary a su esposa. El Rosario, 31 de marzo de 1830.

⁵⁷ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia constitucional de Venezuela*. T. I, 1942: 541.

aquel día discurrir sobre las ventajas de confederación —subraya O’Leary— con dificultad podíamos dejar de convenir en su plan; tales fueron la solidez de los argumentos y la brillante elocuencia con que los emitía.

Por aquellos días regía brillantemente las fiestas en La Magdalena doña Manuela Sáenz, único amor verdadero, profundo, extraordinario, del Libertador. Mujer muy bella, de mucho mundo, depositaria del archivo secreto de Bolívar⁵⁸ tuvo la finura de evitar toda suerte de escándalo cuando lo más encumbrado de la sociedad limeña acudía a danzar con el americano más célebre de la historia continental y el galante caballero más refinado que pedirse podía en esa ciudad acostumbrada a la vida palaciega virreinal. O’Leary y doña Manuela se comprendieron; él, a pesar de su moral severa personal, dejaba correr, sin resistencia, los amoríos de su jefe; ella veía en el edecán a un hombre gentil que poseía auténtica lealtad y que prestaba servicios con capacidad inmensa. A él le confiará más tarde el relato fiel de la conspiración septembrina, en la cual la quiteña salvó la vida al Libertador; y el propio O’Leary será más tarde el depositario de aquel archivo importantísimo cuando las necesidades de la política así lo requieran.

En la Nueva Granada, en Venezuela, el ambiente iba descomponiéndose precipitadamente, según las cartas que llegaban a Lima. Las ambiciones desaforadas buscaban la eliminación de Bolívar, a quien preferían seguir considerando en el futuro sólo como general, es decir, como militar, alejándole de la vida política. Había pobreza y desconcierto. El empréstito de treinta millones de pesos habíase esfumado vertiginosamente, y el propio vicepresidente Santander constaba como acusado por esa dilapidación. Joaquín Mosquera, miembro del Senado y diplomático en quien Bolívar tuvo siempre fe, habíale informado desde Bogotá al presidente Bolívar:

⁵⁸ Carta de Tomás de Heres a Bolívar el 15 de diciembre de 1825 desde Lima.

V.E. hace una falta inmensa en Colombia; todos, todos desean ver a V.E. en esta República. El fraude corrompe todos los canales; el desorden aumenta la miseria del Estado.

Los sueldos de los militares habían sido reducidos en un treinta por ciento, provocándose con ello visible malestar; hasta el clero veía vulnerados sus intereses. O'Leary resume la situación en admirable síntesis: "Los hombres eran todo; las instituciones, nada. Una chispa bastaba para encender el combustible". El mal era muy hondo. La anarquía y la dispersión se acercaban.

La chispa fue el asesinato en Bogotá del oficial Francisco Perdomo. El crimen se le imputó al coronel venezolano Leonardo Infante, mulato, de grandes merecimientos en la guerra "y quien por su notoria mala conducta se había hecho odioso". Juzgado en consejo de guerra, fue condenado y fusilado. Atestigua O'Leary —y así ha podido probarse después— que no fue condenado sino en virtud de sospechas; "no hubo un solo testigo del hecho que se le imputaba, y entre los que depusieron contra él no hubo tampoco una sola persona de respetabilidad, y sí algunas que cualquier tribunal en todo otro país hubiera rechazado con indignación". Cuando pasó el proceso a la Alta Corte, se dividieron los votos; eso ya implicaba eliminación de la pena capital; sin embargo, en ejercicio de una treta rabulesca, fue ratificada la condena. El doctor Miguel Peña, venezolano como la víctima, y presidente de la Alta Corte, se negó a firmar la sentencia, por injusta. Había evidentes señales de obstrucción política; incluso Santander e Infante figuraban como enemigos.

Aquella negativa del doctor Peña fue examinada por el Congreso en forma acusatoria, y como el doctor Peña se mantuviese irreductible, fue suspendido en su alto empleo. El ofendido juró vengarse, desde su tierra, y lo cumplió.

No sólo eso; el propio Páez había sido acusado ante el Congreso, como se verá después. Y él mismo escribía así a Bolívar:

Usted no puede figurarse los estragos que la intriga hace en este país, teniendo que confesar que Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Ana sobre que le había hecho un favor a la república en matar a los abogados. Nosotros les pusimos la república en las manos y nos la han puesto a la española, porque el mejor de ellos no sabe otra cosa, y están en guerra abierta con un ejército a quien deben todo su ser.

Para complemento de desorientaciones, hasta se insistía en proyectos monarquistas a favor del Libertador.

Ante esa suprema congestión, toma Bolívar una determinación hábil. He aquí la carta dirigida a su edecán O'Leary, ordenándole trasladarse inmediatamente a Bogotá y Caracas, en una misión de extrema dificultad (1 de junio de 1826):

Mañana se pondrá usted en marcha para Bogotá. El objeto de su misión es: Primero-. Instruir al vicepresidente de Colombia: 1, del estado actual del Perú, Bolivia, Río de la Plata y Chile; 2, de mis deseos con respecto de la presidencia de Colombia, que no quiero absolutamente aceptar por los motivos que verbalmente he indicado a usted; 3, de los límites que deseo dividan a Colombia y el Perú, según he trazado en su carta; 4, de que prefiero un armisticio a una paz con España, si ésta exige un tratado gravoso al estado; 5, de mis intenciones al llegar al sur de Colombia; 6, de que se reforme el sistema de hacienda, aumentando sus derechos de importación; 7, de mi opinión sobre la complicación de la administración civil; 8, de que

no me parece político se juzgue al general Páez sobre el asunto de Caracas; 9, de mis deseos con respecto a la asamblea de Istmo y del destino que yo deseo se le den a los batallones de Pichincha; Vargas y Bogotá. Segundo.- Debe usted convenir con el vicepresidente sobre lo que conviene diga al general Páez de mi parte. Tercero.- Hable usted al vicepresidente sobre Heres y Espinar. Quiero que el último sea nombrado comandante general de armas en el Istmo; pero para esto es preciso se remueva al general Valero. Cuarto.- Informe usted al general Soubllette y al señor Revenga, poco más o menos, del objeto de estas instrucciones. Quinto.- Le encargo particularmente hable a todos sobre la impresión, tanto en Bogotá como en Caracas, de mi discurso y constitución; y que a mis amigos les haga usted escribir recomendándola. Sexto.- Debe componerse un camino de Buenaventura a Cali que sea transitable por infantería. Séptimo.- Observará usted, por sí mismo, el estado actual de Colombia, indagando la opinión pública por medios indirectos. Octavo.- Avíseme usted del estado del ejército y escuadra. Noveno.- De Bogotá marchará usted a Caracas. En ambas ciudades y en los pueblos del tránsito quedará usted el tiempo que estime necesario. Décimo.- De Caracas irá usted, por Maracaibo y Santa Marta, a Cartagena, siempre procurando estar en Bogotá en el mes de enero. Undécimo.- De todas partes me escribirá usted. Duodécimo.- Hará usted

mil cumplimientos de mi parte a todos mis amigos. Todo lo cumplirá el coronel O'Leary con su acostumbrada exactitud.⁵⁹

Así, con este documento de tanta trascendencia para el edecán, se abre para éste lo que podría llamarse en su vida una prueba de fuego. ¿Cómo saldría de ella? ¿Sus cualidades e inteligencia abarcarán el problema venezolano en su exacta mensura?

⁵⁹ LECUNA, VICENTE. *Cartas de Bolívar*. T. V: 327.

Tercera Parte

PRUEBA DE FUEGO

I

Nuestro deber es ser útiles, no como quisiéramos, sino como podemos.

FEDERICO AMIEL. *Fragmento de un Diario Íntimo*: 108.

El día 3 de junio de aquel año de 1826, se embarcó O'Leary en El Callao a bordo de la goleta *Guayaquileña*, rumbo a los puertos de Guayaquil y Buenaventura; le acompañaban el general Illingworth y su familia, quienes iban rumbo al Ecuador. Llevaba, como sagrado amuleto, una miniatura con el retrato del Libertador, recibida como obsequio de él y entregada por Hipólito Unanue; portaba, además, en el corazón, este pensamiento que dejó expresado en la carta de despedida al coronel Santana: “En cuanto al porvenir, mi única guía será mi conducta pasada: fidelidad y agradecimiento al Libertador”.¹ Excelente base, firmísimo fundamento, para la delicada misión, en la cual se requerían sagacidad, don de convencimiento, hallazgo del justo equilibrio entre el mandato legal y lo acertado en la política. Tratábase de una nación apenas constituida en república, sin tradiciones ni experiencia suficientes y sometida, por tanto, a graves yerros y peligrosos extravíos, fundados en una buena voluntad encomiable, a veces, y nacidos en otros casos de lo hispido de pasiones enconadas. Después de haberse entendido con Bolívar, O'Leary tendría que enfrentarse a Santander y Páez. Estos dos últimos, sobre todo el vicepresidente, habían superabundado en informaciones y mensajes, o sinceros, o tendientes a adular la verdadera médula de los sucesos.

¹ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. III: 15.

El contenido de las instrucciones era explícito y muy claro. Pero dejaba abierta una puerta, para que el edecán no se viese encerrado en calle sin salida. Y en ese detalle radicaba precisamente el problema arduo, porque en él se compendia todo lo más trascendente de la actuación que le habían encomendado. En efecto, el punto octavo del párrafo primero decía: “No me parece político que se juzgue al general Páez sobre el asunto de Caracas”; pero el punto segundo expresaba: “Debe usted convenir con el vicepresidente sobre lo que conviene diga al general Páez de mi parte”. Así, por una parte sabía ya O’Leary que el Libertador no admitía la acusación en Bogotá contra Páez, fundándose en política exclusivamente; en cambio, Santander podía alegar en Bogotá razones de otra índole, por ejemplo legalistas, y el emisario tendría que habérselas con el general Páez, para hablarle “lo que pensaba Bolívar”, pero a través de los consejos u opiniones de Santander. ¿Se podría confiar en Santander? ¿Acaso entre los dos generales no había antigua pugna, de hacía siete años, cuando el llanero apresó entonces por diez días al otro, cuando se dirigía a los llanos de Casanare, por haber interceptado una carta, donde el neogranadino trataba despectivamente a los venezolanos? Además, ¿cuál había sido la conducta del vicepresidente para con el presidente, que se hallaba en el sur? ¿Acaso no había conseguido que una ley le despojara al Libertador del mando en las tropas, en las propias vísperas de Ayacucho? Con todas estas consideraciones, y otras más de suma trascendencia, llegó O’Leary a Guayaquil, al cabo de siete días de navegación. Coronel de veinticuatro años, garboso, hábil ya en las prácticas de la guerra, en las mundanas, en las mismas diplomáticas, por experiencias sucesivas y por el natural noble de su proceder, esperaba triunfar ampliamente, tanto en la ruta como en la meta.

En Guayaquil encontró que las gentes se quejaban de la superabundancia de leyes que “nadie entendía” –Bolívar había llamado a Santander “el hombre de leyes”– y de una administración civil que era “un laberinto”. Y algo aún más grave: todos esperaban que el Libertador se coronase, y algunos hasta lo aconsejaban. El edecán les disuadió en forma terminante, con lo cual prodújose alivio

inmediato en la opinión. Nueve días más tarde, arribaba a Buenaventura –“pueblo de unas veintiocho casas”–, puerto de entrada para seguir por tierra a Bogotá. En Cali –ya en la ruta– halló que “los ricos se quejaban contra el poder legislativo y los pobres contra sus jueces inmediatos”; en Cartago –en donde escribirá el Libertador, tres años más tarde, la carta más triste de su vida– el clero protestaba porque “los curatos se daban a clérigos que durante la guerra habían sido godos”; en suma, quejas sobre quejas, descontento, malestar, atraso. O sea un ambiente muy diferente de aquel que Bolívar había dejado cuatro años atrás, cuando abrió la campaña del sur, rumbo al Ecuador y el Perú. La guerra por una parte y la desacertada administración por la otra, habían impedido que apareciesen los esperados hermosos frutos cuajados en la libertad. Había para descorazonarse.

En esa vía larga, desde el puerto hasta la capital –casi veinte días de viaje a caballo– O'Leary trata de describir poblaciones, paisajes, personas, figuras típicas; y su relato se vuelve una sencilla enumeración. Era la falla del irlandés en cuanto escritor; carecía de imaginación y de aquella fibra vehemente, propia de los tropicales; no da con el arrebato poético. Esta circunstancia vuelve con frecuencia frío el relato y en extremo minucioso. Pero, cabe afirmar que, gracias a aquella limitación del narrador, sus datos y asertos aparecen con una fidelidad y una claridad magníficas, con las cuales viene a quedar sacrificado el literato y a salvo la historia. Lo contrario, habría traído deformación.

Arriba a la capital con esta idea fija, que se la comunica al Libertador:

Yo haré todo, para ser exacto en el cumplimiento de mi deber; consultaré con el general Soubllette y el señor Revenga, como V.E. me tiene prevenido; pero si ellos no convienen con mis opiniones, nada haré que se oponga a ellas. Toda la responsabilidad pesa sobre mí, y no teniendo reglas fijas que me guíen, obraré según indiquen las circunstancias.

Aquí, en estas palabras, se define, de manera clarísima, el temperamento esencialmente nervioso del coronel; obra ante todo con la inflexibilidad del propio criterio. Y la parte de arrebató que hay, a veces, en sus opiniones o actuaciones, revela la faz que tenía de sanguíneo. Y fue esta dosis menor, frente a la otra, la que traicionó varias veces, según sucede siempre. No se equivoca el temperamento dominante, sino el sobreañadido, el de la mezcla, precisamente por crear, en minoría, lo anárquico en la voluntad.

Esa categórica afirmación de que procederá con total y exclusiva responsabilidad, y de que obrará según sus personalísimas opiniones, revela, por sobre lo temperamental, un carácter de ya total firmeza, que no titubea ni se arredra por las consecuencias. En su vida de colaborador de Bolívar y de servidor de la independencia, el paso que va a dar significa el punto culminante de su carrera, porque al fondo de las desavenencias entre la Nueva Granada y Venezuela, alienta el peligro de descomposición de la propia Colombia, y una pugna de los generales Páez y Santander, podría llevar fácilmente a una guerra intestina. El carácter de un hombre se revela en los trances difíciles donde no es posible la duda. O se triunfa o se hunde el actor, sin términos medios. Lo determinante es así, fatal. Amén de que en ello iba la principalísima consideración de que el edecán representaba al propio presidente de la República, y no a un presidente común, sino al hombre más célebre y más poderoso de América en aquellos momentos. Del vicepresidente iba a tomar la ruta; del llanero venezolano, la determinación; ambos, mucho más versados que O'Leary, mayores en edad, astutos, con grandes recursos en sus manos y hasta con consejeros tan expertos como el doctor Soto en Bogotá y el doctor Miguel Peña en Caracas y Valencia, bien podrían desorientarle, engañarle, convencerle.

“...A las nueve llegué a Bogotá; vi en el acto al vicepresidente, general Santander, quien me recibió bien”. Y Santander, sagacísimo—siete años ya en el poder civil, por ausencia de Bolívar—dispara su dardo hábil sin titubeos: “Páez ha cometido una locura; es hombre perdido; la insurrección suya no es popular... Escriba usted a Páez

inmediatamente. Y usted descanse aquí unos días”. La afirmación del vicepresidente es inexacta; la resistencia venezolana a someterse a determinadas actuaciones de Bogotá tiene raíces profundísimas y goza de popularidad; Páez no está perdido; al contrario, en torno a él está cristalizándose un movimiento separatista que crecerá. Pero lo que importa, por el momento, es impresionar al emisario, dándole una visión falsa de la realidad, a fin de que haya uno más —y tan importante, tan valioso— del lado de la causa santafereña. Y la argucia dispara a quemarropa: “¡Qué bien se ha portado Bermúdez! Urdaneta, Soubllette, Guerrero y Padilla todos son republicanos contrarios a los proyectos de monarquía que alienta Páez. También la confederación, ideada por Bolívar, es impracticable...”.

O'Leary responde que desapruueba la conducta de Páez, pero que considera prudente “suavizar las cosas” y que se ofrecía a escribirle al llanero, proponiéndole un arreglo decoroso. Santander lo aprueba; ha ganado la primera batalla en el ánimo del irlandés. Pero falta mucho terreno por andar.

Busca el emisario las opiniones del general Soubllette, venezolano, y del señor José Revenga, como lo había anunciado. El señor Revenga, también venezolano, hombre de letras, experto en finanzas, fue en 1815 secretario del Libertador. En uno y otro se podía confiar. Ellos sabían que iban a hablar con el primer edecán del presidente; por lo mismo, opinaron por escrito, para que quedase la constancia; eran previsivos. Soubllette se expresa sin ambages:

Mi querido O'Leary: lo ocurrido en Venezuela se presenta a mis ojos como una insurrección a mano armada; con ello se ha dado un pernicioso ejemplo; Venezuela de hecho se ha separado de la obediencia del gobierno de Colombia y ha infringido la constitución.

O'Leary aprecia profundamente a Soubllette; lo conoció en los días mismos de su arribo a Angostura, el año 1818, con el primer

contingente de voluntarios irlandeses; y fue Soubllette quien lo destinó al servicio en este punto, en aquel... Además, conoció en la propia Angostura a la familia del general, cuya casa visitaba, vestido de su uniforme rojo flamante, muy llamativo. Allí había una hermanita, niña todavía, de nombre Soledad. A propósito, qué bella se ha puesto Soledad. El edecán la mira y remira, casi deslumbrado. Ha culminado los veinte años y llama la atención en los salones de Bogotá. Apenas si tiene tiempo el edecán para saludarla, cortejarla un tanto. ¡Ah! Esta política que le impide dedicar horas y días a la suave plática con tan gentil amiga. Pero no la olvidará; sus ojos oscuros, su sonrisa, y su finura se le han clavado en el alma. ¿Acaso no está él ya en edad de pensar seriamente en el amor? Por ahora, no hay tiempo...

Soubllette, a continuación de la categórica condena de Páez, escribe esta frase iluminadora: “Todos estábamos seguros del triunfo de Páez ante el senado, y ¡cuánto hubiera ganado la nación si el general se presenta en la barra del senado y es allí absuelto!”. En esas palabras hay un principio de solución: ¡si fuera posible conseguir de Páez una reconsideración, un arrepentimiento!

El señor Revenga, por su parte, usa también cabal franqueza:
Una insurrección armada, en ningún caso puede justificarse [...] ¡Páez ha efectuado una tropelía [...]; la resolución tomada en Venezuela destruye por los cimientos nuestro pacto social, echa por tierra todos los principios de gobierno y será un fatal ejemplo [...].

Revenga piensa exactamente lo mismo que Soubllette, y termina por aconsejar la fórmula del sometimiento de Páez:

Desde que usted consiga probarle, querido coronel, que en la marcha que ha emprendido no tendrá otra recompensa que el

desagrado y luego el aborrecimiento hacia su persona, y la pobreza y la desdicha de los pueblos, cuente usted, desde luego, con que él volverá sobre sí [...] Vaya usted confiado en estas dulces esperanzas.

Ante estas y otras opiniones, que son recogidas en diferentes sectores, en un lapso de una semana intensa, complejísima, O'Leary tiene ya formado su criterio y definida su conducta futura. ¿Está en lo cierto? ¿Hay un error? Escribe sin dilación a Bolívar y se dispone a salir en busca de Páez:

Mi general: prefiero el riesgo de ofender a V.E. a la bajeza de mentir [...] Cualquier deseo de salvar a Páez que tenga V.E. me parece ahora vano; después de los acontecimientos de Venezuela, es preciso que se le juzgue, al menos. Bermúdez, Urdaneta, casi todos los jefes de Colombia, y la nación misma, han expresado decididamente su indignación contra su proceder. El partido que resta a V.E. ya no es dudoso [...] El vicepresidente me dijo que de parte de V.E. desaprobara en un todo la conducta del general Páez.

La opinión está clara, concretísima; mas, el primer edecán no ha podido salir de dudas. Ha opinado, se ha decidido, sin poseer la certeza de que aquello sea la verdad, la absoluta verdad. En lo sucesivo, agotará los argumentos para probar sus asertos, no tanto ante los demás, cuanto ante sí mismo, para satisfacción de su conciencia. En un raptó de franqueza, estampa la confidencia al propio Bolívar:

Vea V.E. el aspecto delicado que ha tomado mi comisión, comisión que yo me lisonjeaba sería un camino de flores para mí [...]

Ahora, mis deseos de ser útil a Colombia y mis temores de que mi conducta no sea aprobada por V.E. me llenan de inquietud [...] No crea V.E. que me he dejado arrastrar por las opiniones que aquí reinan [...].

En realidad de verdad, O’Leary está perplejo. ¿Era inferior a la misión que desempeñaba? No. Era que había caído en el error de no mirar sino el instante presente, sin examinar cuidadosamente los antecedentes ni palpar la raíz misma del gravísimo mal. Todos, Santander, Soublette, Revenga, los otros, daban su parecer en vista únicamente del instante en curso; parecían hombres que juzgaran de un drama tan sólo por el episodio próximo al final, sin justipreciar ni el origen ni el proceso evolutivo ni las complejidades de la trama. Todo era exacto, preciso, si se decía: ha sido rota la constitución, en virtud de una insurrección a mano armada. No se lo podía ni discutir ni negar. Pero, ¿por qué se había llegado a ese extremo? He ahí lo sustancial, que el Libertador —el único— sí lo había contemplado desde la distancia, al poner en las instrucciones a su edecán eso que decía: “No me parece político que se juzgase al general Páez sobre el asunto de Caracas”; lo cual significaba que había que enfocar el asunto, no con sentido legalista —ruptura de la constitución—, sino con criterio político, porque sólo la política posee suficiente elasticidad como para comprender el pasado, enmendarlo y seguir adelante. En política no gobierna lo rígido y fatal de las leyes; entra en juego ese cúmulo de fuerzas que se llaman prudencia, olvido generoso o calculado, presentación de satisfacción, así sean sólo aparentes, arreglo hábil. La política llega, incluso, a poner en ejecución el principio maquiavélico de que el pasado puede considerarse virtualmente borrado.

En la condena de Miguel Peña y en la acusación contra Páez hablaba el pasado mucho más que el presente; los hombres —sus nombres, su personalidad— venían a ser más bien el instrumento de hechos empotrados en el propio pueblo.

Coincidieron con la independencia disturbios domésticos –dice Gil Fortoul– cuya causa principal fue la tendencia autonomista o separatista, que no cejó nunca en Venezuela, ni ante la constitución de Cúcuta ni ante el gobierno central de Bogotá ni ante la suprema autoridad de Bolívar.²

Más adelante se verán mayores detalles. No era sólo la política la que actuaba, sino otra suerte de realidades, mucho más presionantes, que precisamente se había tratado de rectificar por medio de la política.

Sobre los otros puntos de las “instrucciones” del Libertador, O’Leary informa al propio Bolívar así: en lo relativo a la voluntad del presidente de no aceptar la reelección, considera el edecán que “mil ventajas resultarán de esa renuncia”, y añade: “Además, la gloria de V.E. requiere que su renuncia sea efectiva y que sea aceptada por el Congreso, aunque él no lo quiera”. O’Leary padece espejismo; no advierte que Bolívar es irremplazable y que su separación implicaría una general descomposición. Sobre la necesidad de una reforma hacendaria –que más tarde encomendará Bolívar a Revenga– expresa el edecán: “Al vicepresidente le ha parecido impracticable aumentar los derechos de importación; pero conviene con V.E. en que la administración civil es un laberinto”.

O’Leary complementa sus opiniones personales, ya fijas, sobre el problema venezolano, con cartas a los generales Páez y Bermúdez. A Páez le decía: “Sírvasse V.E. meditar bien lo pasado, y busque V.E. medio de repararlo”, y a Bermúdez que se había opuesto a los sucesos, materia de la condenación, le declaraba: “La conducta noble, patriótica y firme de U. me ha llenado de placer”.

El día 18 por la mañana, el vicepresidente entregó al edecán unas “instrucciones reservadas”, por escrito, y le ordenó partir. Co-

² GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.* T. I: 548.

menzó el viaje, a la una de la tarde, a caballo, y durará exactamente un mes. ¡Un mes a caballo, hasta dar con el general Páez en Achaguas! En ese ir, paso a paso, al cumplimiento de la más difícil de las misiones, pudo anotar mucho, pensar hondamente, descubrir todo lo que le hacía falta para completar su juicio sobre la situación...

Esas instrucciones reservadas las hubiese podido dictar Maquiavelo o Talleyrand. Incluyen todos los cálculos, con sus consecuencias; sugerían toda suerte de artimañas, y hasta indican las fórmulas aleatorias destinadas a dorar algo que no podía ser dorado. Seguían considerando que el problema estaba en Páez, Peña, Carabaño, desconociendo falazmente que era una conciencia pública la que operaba y se expresaba por medio de aquellos personajes.

He aquí lo sustancial de las instrucciones:

El coronel O'Leary debe asegurar que el Libertador no aprueba los pasos escandalosos que se han dado, y que se verá obligado a emplear todos sus esfuerzos en favor del orden constitucional y de la obediencia al gobierno [...] Debe decir que, aunque el Libertador cree que nuestra constitución necesita de algunas reformas, no es su opinión que ellas se hagan antes del período prefijado en nuestro código [...] Debe inducir al general Páez a tomar un partido decidido a favor del orden constitucional; y puede Páez en una proclama excusar su conducta en prestarse al imperio de las circunstancias. Aquí puede ayudarle el coronel a presentar argumentos con que crea el general Páez que excusa su conducta [...] El coronel O'Leary sugerirá el arbitrio de que haga salir fuera del país, bajo el disfraz de comisionados, a las personas que crea el general Páez más comprometidas, como el doctor Peña, el doctor

Carabaño, etc., quienes con el tiempo pueden pedir permiso para volver a Colombia [...] Sobre todo es menester hacerle ver [a Páez] que el gobierno tiene más medios, recursos y fuerza moral que el partido de la insurrección y que más tarde o más temprano el triunfo será de aquél [...] El coronel O'Leary halagará mucho al general Páez por su lado débil, que es el amor a la gloria, a fin de inducirlo a tomar el partido indicado [...] Si el general Páez absolutamente se resiste a tomar un partido honroso y capaz de restablecer el orden alterado en Venezuela, le exigirá una respuesta por escrito [...] Si el general Páez se decidiera a tomar el partido que se ha trazado en esta instrucción, y dudare de lo que deba hacer personalmente, cree el vicepresidente que es de aconsejarle que se suponga enfermo y se pase a habitar un lugar donde no haya fuerza armada, hasta que sabiendo por donde esté el Libertador vaya en su solicitud [...]

Con tales instrucciones, en que quedaba suplantado audazmente el pensamiento de Bolívar y en que se le consideraba a Páez como un general capaz de caer en tan visibles trampas, incluidos el destierro de sus amigos y el fingimiento personal de una enfermedad, la misión estaba ya fracasada. No era con argucias de tipo criollo con lo que podía salvarse la complejísima situación, sino con las miras de alto vuelo, que quizá sólo el Libertador, en persona, hubiera podido descubrir y aplicar oportunamente. O'Leary, sincera e ingenuamente, iba camino de un sacrificio personal estéril.

II

Donde hay esperanzas, hay temor.

MILTON. *El paraíso reconquistado*. III, v. 206.

No era fe lo que llevaba O'Leary en el duro viaje, sino esperanza. Creía poder convencer a Páez, e incluso meditó soluciones drásticas, que no puso en ejecución. Nunca en su vida procedió con más determinado propósito ni más valeroso optimismo.

El relato que dejó escrito de aquellos treinta días a caballo, en minuciosa anotación descriptiva o juzgadora de poblaciones, hombres, tierras, se lee con singularísimo deleite, pues aparece lo que había de escritor en el irlandés. Más que meticulosidad, exhibe justeza de concepto; y si no surge en punto alguno el placer poético, ante la contemplación de las infinitas variedades de ambientes montañosos o selváticos, fríos o hirvientes, en cambio queda la silueta exacta trazada por mano experta. De trecho en trecho, aprovecha coyunturas para hacer gala de cultura, con citas en latín, francés e italiano; lo cual indica que desde el colegio en Cork, obró en él un propósito firmísimo de cultivo intelectual, que tomaba de libros, de amistades, de prensa que llegaba de Inglaterra principalmente. De ahí que su figura tome tan claro relieve sobre muchos de los personajes de aquellos tiempos, aun a pesar de que su arribo a Angostura fue cuando no había cumplido los dieciséis años.

Al dar con uno u otro punto, inserta novedades que no se encuentran en los historiógrafos, cronistas o escritores de cartas y Memorias de entonces. Así, en Chocontá recuerda que tuvo un desafío, después de la batalla de Boyacá; se ignora con quién fue, ni se conocen los motivos. Acerca de Chitagá –hoy, ¿qué es Chitagá?– revela que el Libertador la eximió de toda clase de contribuciones por lapso de diez años, con el objeto de que se convirtiese en ciudad importante. En Cúcuta, anota que en ese valle se pensó fundar en 1820 la “Ciudad Bolívar” para capital de Colombia. Se opusieron quienes proyectaban

que la capital fuese Santa Fe de Bogotá, como se determinó un año después, en el congreso de Cúcuta, de mayoría neogranadina. Ante Mérida se entusiasma y escribe: “Si Quito y Guayaquil se separan algún día de Colombia, esta ciudad debe ser la capital de Venezuela y la Nueva Granada”. En Carache conoció al general español Morillo, con quien tuvo este diálogo:

–Me pintan como un moro, dice el general español; me asombro, capitán, que usted no tenga miedo de dormir en la casa de un moro.

–No, mi general. Los que usted llama insurgentes y herejes no tememos a los moros, y mucho menos a un “morillo”.

Este episodio muestra, muy a las volandas, pero con diafanidad, el espíritu cáustico que había en el edecán. Corrido breve tiempo, enloquecerá con él a varios, desde la trinchera del periodismo.

No debe desestimarse la anotación que pone O'Leary a continuación de su episodio con Morillo. Este le llamó “hereje insurgente”. El oficial expresa: “Acepté lo de insurgente; pero protesté, como buen hijo de la católica Irlanda, contra lo de hereje”. En realidad, nunca padeció mengua el catolicismo del primer edecán de Bolívar; hizo gala de él, como si en eso llevara su más concentrado y valioso poderío espiritual. Más tarde, en las horas serenas de su hogar, brillarán sus creencias en plenitud, alejado ya del ambiente liberal francés que predominaba en el ejército libertador.

Cuestión vital en la ruta, era el arribo a Valencia, donde había comenzado la “insurrección”. Ya sabía O'Leary que Páez no se encontraba en esa ciudad, sino que había viajado a su antiguo feudo de Achaguas; por tanto, cabía investigar minuciosamente los sucesos, para una mejor captación del problema, operando en el propio escenario. En realidad, era suerte que así pudiese suceder: habría más elementos de juicio, sobre todo para informar a cabalidad al Libertador. Busca al coronel Carabaño, cuya candidatura a la vicepresidencia de

la República había lanzado Antonio Leocadio Guzmán, en *El Cometa*, oponiéndola a la de Santander, y a quien se consideraba un protegido de Páez.³ Y conferencia, además, con el general Mariño, uno de los personajes más importantes de toda Venezuela. “Ambos manifiestan –expresa el edecán– los mejores deseos de conservar la paz; mas no me han ocultado su disgusto contra el Gobierno de Bogotá”. O, lo que es lo mismo: en Venezuela piensan con Venezuela, de la misma manera como en Nueva Granada opinaban con Nueva Granada. Dos criterios diametralmente opuestos, ante un mismo problema. Además, en Valencia se dice francamente que el emisario no llega enviado por Bolívar, sino por el gobierno de Santander. Es que conocen ya lo que piensa O’Leary, inclinado hacia la Nueva Granada, pero sin ánimo de lucha; busca una solución.

Valencia había sido el escenario, el 30 de abril de ese mismo año 1826. Bolívar hallábase en Lima, ya de regreso de crear a Bolivia... Pero antes de Valencia, el escenario había sido Caracas, algo más de tres meses atrás... Lo de Caracas, sin embargo, no había sido sino una cristalización tardía de algo registrado en 1821, hacía un lustro, en toda Venezuela... Así, el origen próximo del conflicto estaba en 1821. En ese año se reunió en Cúcuta el congreso que debía de aprobar la constitución presentada por Bolívar en Angostura en 1819, donde quedó naciente la República de Colombia, con la unión de los departamentos de Venezuela, Nueva Granada y el Sur (Ecuador). En ese congreso de Cúcuta se hicieron reformas de tanto bulto, que no fijaron la orientación, sino la peligrosa desarticulación del naciente estado. Sin tomar consideración de la trascendencia del pasado en la vida de los pueblos, las tres grandes secciones tradicionales del tiempo de la colonia –las que habían sido fusionadas por Bolívar– fueron fragmentadas en siete, para atender así aspiraciones locales vanidosas. Se modificó sustancialmente el sistema de tributación, en un ensayo que resultó fatal en todo sentido. Hacia 1826, como se ha visto, reinaba todavía el desorden y el desconcierto culpable, hasta el punto de haberse esfumado un valiosísimo empréstito conseguido en el exte-

³ DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Guzmán*. 1953: 55.

rior. Pero exacerbó a Venezuela el incumplimiento de lo determinado en Angostura de fijar la capital del nuevo estado en la región del valle de Cúcuta, en una ciudad nueva que se llamaría Ciudad Bolívar. Su salida natural al Caribe sería el vecino lago de Maracaibo. De cumplirse el acertadísimo acto de Angostura, no se hubiese producido quizá la desmembración con la rapidez con que se hizo presente. La mayoría neogranadina del congreso, determinó que la capital fuese trasladada a Bogotá, sede de virreinato, y toda Venezuela se irguió contra eso, sin reticencias. A tanto llegaban los desaciertos de aquel congreso, que no pudo ser vigilado por Bolívar, pues se hallaba ausente, lejos, ocupado en organizar las consecuencias del triunfo de Carabobo, que cuando arribó el Libertador a Cúcuta, para prestar el juramento de presidente, en virtud de reelección, exclamó al oír los repiques de campanas: “¡Están doblando por Colombia!”. La nueva constitución había decretado el desmoronamiento de la obra del genio; desde ese día él sintió ya que su Colombia, recién creada, iba camino de la destrucción. Las campanas doblaban a muerto.

Y es que la capital de una república adquiere tanta trascendencia como la república misma, en su ser integral. A la capital convergen todos los poderes y todas las miradas; en su faz se mira la ciudadanía íntegra, y hasta la aspiración de las poblaciones menores —la provincia— es parecerse a la capital, emulando con ella en actitudes, en obras.

Bolívar, el Libertador, el creador de la epopeya, internacionalizada ya, venezolano era; venezolanos habían sido, en mucha parte, los hombres de Boyacá; con venezolanos se hizo, como materia principal, toda la guerra a muerte, sin la cual la terrible expedición de Morillo no hubiese podido ser destruida. ¡Y Venezuela se quedaba de pronto sin ciudad capital, que se la llevaban a otra parte!

Santander, que sí sabía dónde encontrábase el problema, meses antes de lo de Valencia, se dirigía al presidente del Senado —hasta los congresistas tenían que salir de la tierra venezolana para sesionar!— y le decía que en Caracas había desde 1821 —es decir, desde el congreso de Cúcuta— un partido que se proponía desacreditar la constitución, atacar la unión de Venezuela y la Nueva Granada, objetar las leyes,

“conciar, en una palabra, el odio de la masa del pueblo, contra instituciones, leyes, congresos, ejecutivo y toda clase de autoridades”.⁴ El repudiado era el centralismo neogranadino. “El partido de Caracas aspiraba a sustituir el régimen centralista con otro federativo, que le permitiese a Venezuela (y por consiguiente a Nueva Granada y el Ecuador) darse instituciones más adecuadas a sus particulares intereses”, anota Gil Fortoul.

Aquella resistencia se acentuó en extremo cuando las elecciones para presidente y vicepresidente de la República. Si todos estaban de acuerdo en reelegir a Bolívar, a pesar de las numerosas cartas del general Santander, tendientes a conseguir votos a su favor, para la propia presidencia; en lo de la vicepresidencia había una división clara, en 1825. A tal punto que, cuando se reunió el Congreso, en enero de 1826, Bolívar logró abrumadora mayoría; no así el vicepresidente, pues los votos se repartieron entre Santander, Pedro Briceño Méndez y José María del Castillo; de entre los tres, triunfó Santander. El *Argos* de Antonio Leocadio Guzmán había escrito: “¡Santander otra vez! De ninguna manera. Serían una plaga para Colombia otros cuatro años de su pésima administración”. Era el clima. Pero en Venezuela no había experiencia en la política... No hace falta, a mayor abundamiento, señalar aquí las profundas diferencias étnicas y físico-geográficas entre Venezuela y Nueva Granada, muy dignas de tomarse en consideración, para apreciar el problema en su real magnitud. La personalidad del llanero y el propio Llano –claves de lo venezolano los dos– no tienen parecido con ninguna de las tierras aledañas. Y es ley sociológica conocida que lo fuertemente diferenciado, difícilmente se asocia hasta trabarse en intimidad sincera.

Iban en marcha esos antecedentes, que no veían ni O’Leary ni Soublotte ni Revenga, ni tantos más, cuando en Bogotá se expidió un decreto de alistamiento general, desde la edad de dieciséis años hasta los cincuenta, que debía cumplir en Venezuela su comandante general, Páez. Y lo cumplió, pero en forma drástica, con los batallones

⁴ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.* T. I: 551.

Anzoátegui y *Apure*, en las calles de Caracas, porque la ciudadanía se había mostrado persistentemente remisa a atender el llamado reiterado que se le había hecho. Las tropas cometieron toda suerte de tropelías, hasta el punto que “la ciudad presentó el aspecto de plaza entrada a saco”.

No tardó en aparecer la queja, tanto del intendente de Caracas como del Cabildo, ante los representantes en Bogotá. Estos pidieron informe oficial al gobierno, el cual responde que “no consta de modo evidente, capaz de formar juicio exacto, que el comandante general, Páez, diese positivamente las órdenes para esparcir partidas de tropa armada, ni menos que mandase hacer fuego, ni allanar las casas”. Sin embargo de esto, categórico y suficiente para que se hubiera pensado de manera diferente, la Cámara presenta, por medio de uno de sus miembros, acusación ante el Senado, contra el general Páez, “por haber destacado, sin anuencia de las autoridades civiles, por las calles de Caracas, partidas de tropas que aprehendiesen y condujesen al edificio que sirve de cuartel a los batallones *Anzoátegui* y *Apure* a todos los hombres de cualquier edad y condición”. El Senado aceptó la acusación y fue suspendido inmediatamente el general Páez en su cargo. Su situación había sido clara: se le ordenó alistar milicias; hizo cuanto pudo, por la vía de la persuasión; al fin, ofendido en su autoridad, procedió por las de hecho. ¡En Páez había, hasta entonces, ante todo un hombre de guerra, no un civil! ¡Como si no hubiese bastado con lo resuelto en Bogotá—obra política y de política poco elevada—, el gobierno nombró para reemplazarle al intendente Juan Escalona, o sea al acusador!

Los sucesos posteriores son sólo consecuencias: de lo último, de lo anterior, de lo de más atrás, de lo de Cúcuta y aun de aquello que se empotraba en los propios tiempos coloniales. La Municipalidad de Valencia —en Valencia estaba el espíritu vengativo del doctor Miguel Peña, consejero íntimo de Páez— se reúne en forma extraordinaria y resuelve reponer en el mando, de que había sido despojado, al general Páez. La sesión del cabildo es sesión abierta, para que pueda cumplirse la escena total: hay dos mil personas como pueblo actuante. En

seguida de la resolución o acuerdo, es buscado Páez y llevado al municipio, donde el general “manifestó en medio de una suma perplejidad que, no pudiendo resistir el deseo general, y estar dispuesto a más a todos los esfuerzos —reza el acta— aceptaba el mando que se le ofrecía”. Tres días después, se publica una proclama, en la que se anuncia que Páez reasume el cargo de comandante general. La revolución estaba consumada. ¿Qué diría Caracas; qué dirían los otros municipios? Estos, se adhirieron a lo acordado en Valencia. Y el de Caracas, que había sido acusador cien días antes, también se sumó a las actas de Valencia. El “partido que ataca la unión de Venezuela y Nueva Granada”, de que había hablado Santander, acababa de alcanzar el ápice de sus aspiraciones. Páez, el rebelde, no concurrirá a la citación que le había hecho el Senado; y hacia fines de aquel mayo prestan juramento ante él, el general Mariño, el intendente doctor Cristóbal Mendoza, el Vicario capitular Suárez Aguado, el presidente de la Corte Superior, Francisco Javier Yanes, etc. Todos rodean a Páez: el ejército, la autoridad civil, el clero, los magistrados. “Páez, aconsejado por Peña, se prepara a todo evento, y en julio va a Apure, a asegurarse de la fidelidad de sus llaneros”. Allí lo encontró O’Leary, el día 19 de agosto de ese año que figura en la historia venezolana con el nombre de “La Cosiata”.⁵

¡Qué importante papel había jugado Peña en todos esos sucesos! Bolívar le había escrito a Santander esta sentencia lapidaria, que no fue tenida en cuenta oportunamente: “El doctor Peña es un hombre vivo, de talento, audaz... Conviene mucho que usted lo mantenga al lado del gobierno, halagado con la esperanza de un alto destino, y que por ningún pretexto vaya a Venezuela, para que la patria, usted y yo no tengamos algún día que llorar”. En efecto, ya en Venezuela, después de lo que le habían ofrecido en Bogotá —no el halago, sino la injuria y la destitución— es el hombre que “en la oscuridad de la intriga se mueve como una sierpe”. “Tiende en torno al caudillo venezolano una red que nadie logra romper; es la voluntad, alrededor de la cual se mueven los caraqueños”.⁶

⁵ El origen de la palabra está en un juego de voces de los caraqueños a propósito de lo que estaba ocurriendo: “¿Cómo está la cosa? ¿Qué te parece la cosita? ¿Me puedes decir algo de la “cosiata”?”.

⁶ DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Op. cit.*: 66.

Al presentarse O'Leary en Achaguas, “es recibido por el general con la urbanidad que le caracteriza”. Y comienza por presentarle la corta, cortísima carta a él dirigida por el Libertador desde La Magdalena:

Mi querido general: el coronel O'Leary, mi primer edecán, va de orden mía a Bogotá a ver al vicepresidente para que le informe del estado de cosas del sur, y deberá pasar a Venezuela, donde usted, con el mismo objeto y para que vuelva a Bogotá trayéndome noticias de todo. El coronel O'Leary manifestará a usted mis sentimientos con respecto al estado de las cosas en el día. Espero que usted aprovechará esta oportunidad para hacerme saber sus deseos, y cuanto convenga a la patria y a usted mismo [...] No dude usted que en todo el año que viene estaré en Venezuela y tendré la satisfacción de abrazar a usted y a los parientes y amigos.

Una obra maestra de habilidad política. Es cierto que el Libertador no conocía aún el acto revolucionario de abril al escribir aquella carta; pero sí sabía de la acusación ante el Senado. Y lo único que expresa es: “Hágame saber sus deseos”. Evidentemente, el problema era político.

Once días duran las conversaciones; valdría más llamarlas discusiones. Discutir es agitar, sacudir, ponerse en debate y pugna. El general y el enviado concurren a un inútil ejercicio de dialéctica; uno y otro llevan de antemano una convicción irrevocable.

Habla O'Leary:

Le hice saber —carta a Soubllette, ministro de Guerra— cuán doloroso le sería a S. E. el Libertador presidente la conducta de S. E.

Le expuse los sentimientos que los pueblos me habían manifestado, al saber que el general había tomado el partido de la rebelión. Añadí mis débiles súplicas para inducir al general a abandonar un partido que le deshonra.

Habla Páez:

Me contestó que él había abrazado aquel partido por salvar a Venezuela de los horrores de la anarquía que la amenazaban, y que la naturaleza de las cosas exigía su permanencia en el mando; que nadie sentía más que él los sucesos de Venezuela; pero que ya no estaba en su poder remediarlos.

Estos dos puntos de vista se repitieron con las mayores ampliaciones posibles en aquellos once días, como si se tratara de ataque y contraataque. Al final, el uno y el otro pusieron sus juicios, argumentos y determinaciones, por escrito, a petición de O'Leary, para que quedase constancia. Lo que no sabía nadie era que el edecán había ido resuelto a emplear otros medios más convincentes que la argumentación y la elocuencia. ¡Su plan era reducir a Páez, en última instancia por la fuerza! ¿Eliminándolo? ¡No! “Todo menos eso –le había dicho en el camino al Padre Blanco, coronel del ejército, cuando éste le había sugerido que no faltaría quien...–; jamás comprometeré mi reputación para librar al país de un faccioso!”. Quiso apresar al llanero; he ahí lo que deseaba; se lo confesó al Libertador en la carta-informe, a su regreso de la fracasada misión:

Si Páez no hubiera ido al Apure, ya se habrían terminado las desgracias de Venezuela, porque yo contaba con Smith y su batallón. Nadie se hubiera opuesto, su lanza no nos

hubiera arredrado y el plan que yo propuse era bueno. Yo tenía bastante firmeza para conducir la empresa y Smith no me hubiera abandonado nunca. Páez en nuestro poder, ningún otro obstáculo se nos presentaba, ni aun el temor de una guerra civil.

El regreso a Bogotá del edecán fue inmediato; otro mes a caballo, vencido precisamente en aquello en que más hubiera querido triunfar, puesto que representaba al propio Bolívar; otra vez los mismos paisajes, ¡que eran vistos en matiz diferente! Ahora lo que le acompañaba no era un espíritu de observación ni el afán de preguntar, sino una recóndita rabia. “¡Me lleno de indignación cuando recuerdo las conferencias con el general Páez!”. Sobre todo que su imaginación agresiva, tan poderosa en los momentos críticos, le hizo decir esta tremenda frase al propio Bolívar: “Muy fácil me habría sido contrarrevolucionar a Venezuela si lo hubiese querido; pero no me pareció prudente exponer al país a los horrores de una guerra civil”. Hasta allá había ido su “plan” en el fondo de su conciencia.

Es evidente que el hombre con quien se había enfrentado O'Leary, aunque no faz a faz, había sido el doctor Miguel Peña. El propio edecán lo confiesa: “Si Peña le hubiese aconsejado que entrara en arreglos conmigo, estoy convencido de que hubiera aceptado cualquiera que yo le hubiese propuesto, pues él no era sino un instrumento en manos de la facción”. Y pone como corolario: “Es preciso que V.E. sepa que la revolución en Venezuela se ha hecho por el general Páez y el doctor Peña exclusivamente. Ellos han sido el azote de Venezuela”. Peña, hombre cuyas capacidades intelectuales tenían llama potente y sagacidad refinada, al conocer que el Senado esperaba al centauro de los llanos para juzgarlo, supone una celada y aconseja: “No vaya usted; lo que quieren es alejarle de Venezuela y tenerle en sus manos para sacrificarle, como hicieron con Infante...”. En el momento en que se notificaba que Páez había sido sustituido por su acusador, el general Escalona, Páez se enfurece; su indignación llega casi

al paroxismo. El doctor Peña sonríe; ya sacará de eso el partido conveniente. “En los días siguientes a la posesión de Escalona se ve a Peña muy atareado en conciliábulos con los municipales, a tiempo que algunos oficiales de confianza recorren las parroquias y los caseríos de los alrededores...”⁷ Peña era el guía, el mentor, la mano que señalaba el rumbo. O’Leary lo supo a tiempo sin poder remediarlo. Más tarde, cuando el Libertador se halle ya en camino hacia Caracas, la comisión encargada de encontrarlo en la ruta estará integrada por el doctor Peña y un coronel. Peña carece de escrúpulos en la misma proporción en que dispone de recursos para toda suerte de situaciones. Si su odio contra Santander no tiene límites, tampoco se refrena ni amengua su servilismo ante Páez, el único que le sirve bien para su propósito secesionista. Un día le comisionaron para que llevase de Cartagena a Caracas los 300.000 pesos que le habían correspondido a Venezuela en el empréstito exterior; Peña tomó para sí, como suma obtenida mediante los beneficios del cambio, 25.000. Más tarde le acusarán ante los legisladores por este hecho; pero para entonces ya contará el hábil abogado con la defensa del propio Libertador:

Sus acusadores —le escribirá desde Bucaramanga el 10 de abril de 1828— se han tragado la República; ellos la han vendido y luego veinticinco mil pesos causan tanto escándalo y producen tantos males [...] ¿Y qué diré de Santander y los expoliadores del empréstito? Usted, doctor, debe hacer valer su derecho y mi autoridad.

Corrido el tiempo, cuando ya Bolívar vaya camino del sepulcro, el doctor Peña será de los proscriptores del Libertador del territorio colombiano. Con hombre tan peligroso, tan lleno de “claroscuros”, eminentísimo a veces, rencoroso y dañino, desleal y ambicioso otras, era muy difícil enfrentarse.

⁷ DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Op cit.*: 81.

O'Leary llevaba al regreso el ánimo tan destrozado que ni siquiera pasó por Caracas, como le había pedido Bolívar; allí debía entregar una carta a María Antonia Bolívar. En Bogotá se encontró con el aplauso franco del Gobierno, cuyas instrucciones había cumplido. En una carta particular Santander le dijo muy expresivamente:

Además de la expresión de los sentimientos del Gobierno que oficialmente se le han manifestado respecto de la comisión que llevó usted a Venezuela, tengo el gusto de manifestarle particularmente la satisfacción que me han producido la actividad, celo y firmeza con que ha sabido usted desempeñar su difícil comisión.⁸

¿Obró equivocadamente el primer edecán en esta misión trascendente? Sí. ¿Lo hizo de buena fe? Sí, y esto es lo que interesa. El caso que se le encomendó era en extremo complejo y no era un edecán quien hubiese podido darle solución. Hacía falta el propio Bolívar, con su genio, con su autoridad, con los recursos que sabía descubrir, con ese su arrogante ímpetu que todo lo avasallaba, para que espíritus tan impulsivos y prevenidos como los que actuaban en el drama volvieran a la serenidad. Además, Bolívar había sido el único que había descubierto ya la esencia del problema, al calificarlo de político y no de legalista. O'Leary obró con sinceridad y rectitud; su equivocación, al enfocar erradamente el origen del conflicto, provenía de un evidente deseo de que la normalidad fuese restablecida y la obra del Libertador quedase incólume. La prueba de esto está en que, pasados los meses, el propio Bolívar le restablecerá al edecán en su confianza.

Por el momento todo se vuelve vencimiento para el noble irlandés. Sabedor de que Bolívar se aproximaba, sale a su encuentro. No lleva el ánimo derrotado; padece “confusión e incertidumbre” —son sus palabras—, pero alienta en su alma todavía la certeza personal de que ha obrado bien, de que su punto de vista es el certero y de que la

⁸ Carta del 19 de octubre de 1826.

ruta que a él le parece aconsejable habrá de ser la que tome el presidente. Para que éste conozca de una vez lo que piensa su edecán hace que llegue a sus manos, en el trayecto, una carta que manda desde Neiva, es decir, con tiempo apenas suficiente para que la lea antes del encuentro, que se produjo en La Plata. Tal carta sostiene esta audaz argumentación: hay dos partidos, el de los amigos y el de los enemigos del Libertador. El partido de los enemigos aconseja que Páez sea perdonado; el de los amigos aguarda la condena de la revolución. “Improbando V.E. la rebelión de Páez, los desorganizadores quedarán escarmentados para siempre; si V.E. condescendiere con Páez y su facción, tendría de aquí en adelante que humillarse para satisfacer sus pretensiones, sus insolencias y su ambición”.

III

La lealtad tiene un corazón tranquilo.

SHAKESPEARE. *El rey Ricardo II*. Acto I.

El encuentro en La Plata fue golpe doloroso, imborrable, para el edecán. Recibiéndolo fríamente, el Libertador declaró con entera franqueza que no aprobaba el desempeño de la misión ante Páez. Así, en un momento, se derrumbaban estrepitosamente la sinceridad del procedimiento, la buena fe, la esperanza de que se le diese la razón, el anhelo de que sus sentimientos de purísima lealtad quedasen satisfechos. Nada de eso; al contrario, la condena, y en forma visiblemente airada, hasta el punto que uno de los edecanes, muy preocupado, se acerca al irlandés y le consuela, diciéndole que todo se debía al mal humor con que había llegado Bolívar a esa población.

“No —contesta O’Leary—; no es mal humor. Diga usted más bien que con Agamenón ha matado el Libertador a su hija: ¡la Constitución!”.

Hasta allá llega la firmeza del hombre que sabe que ha obrado con rectitud. No se sabe él equivocado; ve las consecuencias del error

que cree hallar en el presidente. Esta convicción le duró toda la vida. En sus *Memorias* –tomo III, página 73– estampa una aseveración que confirma su hombría y se vuelve elogio a su lealtad:

Es cosa extraña –dice– esa desaprobación, porque en mi comisión a Venezuela he servido al Libertador personalmente y a la República con eficacia. Su conducta conmigo ha sido muy ingrata, y para con la nación, ambigua por lo menos [...] Pero el Libertador, siempre justo y generoso, reconoció su error y me devolvió su confianza, de la que yo nunca había abusado ni abusé jamás.

Ante la historia, una seguridad tan hidalga, de tan auténtica altura, salva a O'Leary de su equivocación y le sitúa como ejemplo de rectitud.

Y como Santander, “al ver el enojo del Libertador, nada dijo en mi favor”, el edecán retorna a Bogotá, triste y disgustado, a acogerse a lo único que le quedaba: un consuelo de amor en el corazón de Soledad Soubllette, hermana del general y ministro.

La condena de Bolívar fue terminante, categórica. La dejó grabada en un mensaje para Páez, escrito al siguiente día del arribo a Bogotá:

He proclamado una absoluta amnistía para todos, todos los comprometidos. He dicho altamente que usted ha tenido derecho para resistir a la injusticia con la justicia y al abuso de la fuerza con la desobediencia. Estoy rodeado de calumnias y de enemigos, porque no vengo a servir de vil instrumento de venganza. Usted lo sabrá todo con respecto a Venezuela, a usted y a sus amigos, a quienes el señor O'Leary fue a espantar con amenazas y con injurias, según tengo entendido

por el resultado de su misión. Mi indignación con O'Leary ha llegado al colmo: no he querido ni verlo ni oírlo, porque él no llevó mi pensamiento donde usted, sino el ajeno, y en lugar de llevar mi amor a Venezuela y mi amistad a usted, llevó pasiones indignas de un emisario mío y de un mediador [...] Guzmán debe haber visto a usted; no dudo que le haya descubierto hasta el fondo de mi corazón; él lo ha visto hasta en sus últimos repliegues; lo ha visto todavía más de lo que en el día es. Era americano en Lima; era colombiano cuando vino al sur; pero las abominables ingratitudes de Bogotá me han hecho renunciar a todo, excepto a ser caraqueño; y si puedo, seré venezolano si no se me paga en el Zulia y en el Oriente con la moneda de Cundinamarca.

Este Guzmán –Antonio Leocadio– había sido enviado a conferenciar con el Libertador para convencerle de que debía coronarse, volviéndose monarca. Era lo que pensaban muchos en Caracas, en la propia Bogotá y en el sur: Guayaquil, Cuenca y Quito. Bolívar rechazó la iniciativa en forma alta y terminante, por obra de una convicción republicana que nada podía alterar. Los ejemplos de la historia, que él adujo en varias ocasiones –Napoleón, Iturbide– hablaban de por sí; amén de que, hacerlo, habría significado luchar contra el monarca de España para instaurar uno en América en reemplazo suyo. Hubiese sido cambio de rey, y para tan pobre fin no valían la pena quince años de guerra. Es cierto que en Buenos Aires habían tomado la iniciativa muy en serio, hasta el punto de enviar comisionados a Europa en busca de un príncipe; pero aquello no sería admitido nunca por Bolívar. Una carta a Santander desde Guayaquil mostraba el criterio terminante del Libertador:

Usted me habla con alguna seriedad de monarquía; yo no he cambiado jamás. Yo espero que vuestra merced se acordará de mis principios y de mis palabras cuando vuestra merced brindó por que yo despotizara a Colombia más bien que otro, si alguno la hubiera de despotizar. Por consiguiente, me admira que vuestra merced me hable como de una cosa incuestionable para mí. Libertador o muerto es mi divisa antigua. Libertador es más que todo, y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono.⁹

En Bogotá, el propio Consejo de Ministros habrá de propiciar más tarde esa misma idea –1829–, y Bolívar contestará en los mismos términos; su gloria no podía empañarse con una desviación radical que traicionaría su propio yo.

Antonio Leocadio Guzmán leyó en verdad a fondo en el alma de Bolívar, y llevaba a Venezuela su mensaje, que hubiera coincidido con el de O'Leary. Pero Santander ordenó que se le apresara a Guzmán en Panamá “para evitar la contradicción entre los dos comisionados”. El Gobierno del vicepresidente tenía evidente interés en que la tesis llevada por el edecán fuese la única, a los ojos del general Páez. Quizá el incidente en Panamá, tan desagradable para Guzmán, hubiera cambiado de no producirse el curso de los sucesos en torno al episodio trascendente de las fórmulas de arreglo del problema venezolano.

El Libertador se estuvo en Bogotá únicamente diez días; los indispensables para tomar medidas adecuadas, de orden político-administrativo, ante el caos que había encontrado, y partió hacia Caracas, a donde entró el 12 de enero del año siguiente, 1827, al cabo de mes y medio de viaje. Iba determinado a imponer la solución política que

⁹ LECUNA, VICENTE. *Obras completas de Bolívar*. T. II: 490.

el caso venezolano requería y lo consiguió sin dificultad. ¿No era el hombre ante quien se derrumbaban todos los obstáculos? La revolución se extinguió espontáneamente, y Bolívar hizo la entrada a su ciudad natal, a los casi seis años, junto a Páez. Fueron recibidos los dos apoteósicamente.

Pero esa solución política desagradó profundamente a la Nueva Granada, donde empezaron a aparecer, cada vez con mayor énfasis agresivo, publicaciones hirientes para Bolívar, para Páez, para las otras figuras de Venezuela. Se decía abiertamente que el llanero había sido premiado por su sublevación. No se quería ver que se había salvado la paz, ante el evidente peligro de una guerra civil; tampoco se veía además que el propio Libertador empezaba ya a dar pasos para que la desmembración, de producirse, apareciese lo más tarde posible y sin problemas. Que subsistiera al menos hasta tanto él pudiese mantenerla. ¡Ojalá fuera posible impedirla! Quedaba una solución redentora, en cuyo estudio entró directamente el grande hombre: la convocatoria de una Constituyente, que reformase la constitución aprobada en 1821. Todos los pueblos pedían cambios; era forzoso complacerlos. La reforma había sido prevista para 1831; era indispensable adelantarla. Tal vez con eso retornaría la normalidad, tan seriamente quebrantada, y Colombia no moriría... ¡Por más que Bogotá se opusiese, como lo hacía herméticamente, a adelantar la fecha de la Constituyente, el paso sería dado!

O'Leary no acompañó, desde luego, al Libertador en su viaje a Venezuela, donde éste se quedó seis meses. Sólo supo todo cuanto sucedía. Bolívar, en la marcha desde Bogotá, había cambiado sorpresivamente de ruta para despistar. La reacción militar dentro de Venezuela contra Páez había cesado. La carta de Bolívar a Páez desde Coro, antes de encontrarse los dos, había sido mágica en sus efectos por hábil, por terminante:

No hay más autoridad legítima en Venezuela sino la mía; se entiende, autoridad suprema. El vicepresidente mismo ya no manda nada aquí, como lo dice mi decreto. Ya no habrá

motivo para queja ni desobediencia. El origen del mando de usted viene de municipalidades, data de un tumulto causado por tres asesinatos; nada de esto es glorioso, mi querido general [...] Yo me comprometo con el deber y con la ley a convocar la convención nacional; no lo debo y, sin embargo, me inmolé para evitar una guerra civil.

Pero Bolívar hizo aún más: renunció a la implantación de una de sus obras más queridas: la Constitución boliviana. Para que la estudiaran y opinaran había escrito cartas a muchos, por medio del propio O'Leary. ¡Hasta a eso renunció!

O'Leary, en la capital de Colombia, se vuelve un observador muy atento de todos los sucesos. Se siente humillado, herido profundamente por lo que considera injusto para con él de parte de Bolívar; pero su lealtad continúa con una firmeza digna de servir de ejemplo para cualesquiera casos trascendentes en la historia. Ni una palabra, ni un gesto, ni una sola actitud ambigua en esos seis meses de estada del Libertador en Venezuela que muestre que ha dejado de ser en lo más mínimo el más auténtico e irrevocable bolivariano. Considera al grande hombre injusto e ingrato, y no se separa de él ni le vuelve la espalda. Su reproche toma a veces acentos de hondísima ira:

Quejéme de que el Libertador hubiese escrito al general Lara que “el coronel O'Leary ha trastornado mis planes, haciéndose el instrumento de los odios y venganzas del general Santander y queriendo encender la guerra civil en la tierra donde reposan las cenizas de mis padres”. Cruel reproche, que por cierto yo no merezco. La historia debió haberme enseñado y la experiencia también que los hombres que la fortuna o el genio elevan sobre sus semejantes suelen ser injus-

tos; pero ni la historia ni la experiencia me hubieran jamás hecho creer en tanta ingratitude.¹⁰

Los amoríos con Soledad Soublette fueron una de las dos alegrías en este período; la otra alegría era el ardor con que defendía en los periódicos al Libertador, desbaratando con énfasis las intrigas de los “Círculos” que sesionaban secretamente para minar el prestigio del presidente. Los círculos habían sido fundados en varios puntos de la Nueva Granada, dirigidos desde la capital por Santander, Azuero y Soto. Bolívar lo supo en todos sus detalles en Caracas, y el día 19 de marzo rompió con él para siempre. En una carta pidió que le ahorrara la molestia de recibir más correspondencia suya y declaró sin ambages que había dejado de considerarle amigo.

El amor puro, profundo, aquel que queda definitivo en la vida, le llegó a O’Leary a los veinticuatro años; se acentuó a los veinticinco –en este año de 1827 en que queda sin el empleo de primer edecán– y se definió al comenzar el año siguiente.

La novia, bellísima caraqueña, por el lado materno –Jerez de Aristeguieta– pertenecía a la familia del Libertador; de modo que aun esta circunstancia hubo de influir en el maravilloso arrobamiento. Soledad Soublette era menor que él en sólo cuatro años; así, hallábase en la maravillosa plenitud de los veinte, en que la mujer funde en sí toda suerte de ideales, ternuras y seducciones. De gran distinción, tenía la frente despejada, echada hacia atrás; los ojos oscuros, que revelaban sobre todo energía, bajo cejas rectas; la nariz, respingada, pero puesta sobre bases firmes. Según la costumbre de entonces, solía dividir su cabello negro, suavemente ondeado, en dos partes por una línea que correspondía al centro de la frente. Gran dignidad, constancia invencible, eran los merecimientos más destacados de su temperamento. Su hermano Carlos era ministro en ese momento; sus hermanos Martín y Juan habían perecido en la guerra; Antonio vivía en Angostura;

¹⁰ O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. III: 128.

Concepción en Bogotá, recién casada con un neogranadino. Eran más hermanos. Y todos conservaban esa alcurnia en que habían nacido, muy en concordancia con la que llevaba en sus tradiciones y familia el propio O'Leary.

El insuceso de su misión ante Páez, en la cual siguió los consejos del general y ministro Soubllette, a la hora del vencimiento vino a significarle un nexo más con esa familia.

O'Leary había tenido sus escarceos sentimentales en varios lugares dentro de la vida brillante de las tropas que iban de triunfo en triunfo. Quizá la mujer que más le impresionó en la vasta trayectoria fue Pepita Gaínza, en Guayaquil, hacia 1822, o sea cinco años atrás. Pepita había sido el objeto de un enamoramiento encendido de parte de Sucre, quien en un baile, al quedar enredada una medalla del general en los encajes del corpiño de la damita, pasó inmediatamente la joya al pecho de Pepita, en admirable acto galante. Pero Sucre partió rumbo al Pichincha y quizá olvidó ese amorío fugaz. O'Leary, edecán de Sucre, conoció a Pepita y le escribió a Quito al general esta carta:

El domingo pasado comí con ella. No sé cómo no me embriagué brindando por sus ojos bellos. ¡Oh! ¡Me hubiera envenenado de placer por ellos! Un amigo de usted me ha informado que usted le había dicho que yo confesé a usted que ella me quería, y que por ese motivo abandonó todo pensamiento que antes podía haber tenido de casarse con ella. Estoy persuadido de que usted no puede haber dicho tal cosa, porque una mentira no puede tener origen en Sucre.¹¹

Pepita Gaínza no se casó en Guayaquil sino después de que O'Leary se había casado en Bogotá y después del asesinato de Sucre. ¡Su corazón esperó hasta donde era posible!

¹¹ GRISANTI, ÁNGEL. *Vida galante del gran Mariscal de Ayacucho*: 15.

El periódico donde se arrojaban todos los denuestos contra Bolívar era *El Conductor*, dirigido por el doctor Vicente Azuero, con la colaboración de Santander, que firmaba con el seudónimo de “Pelópidas”, del doctor Soto y del joven Florentino González, uno de los de la noche septembrina un año después.

Allí se elogió la sublevación en Lima de la tercera división del ejército colombiano, comandado por el general J. Bustamante. O’Leary anota sin esguinces:

Resentido Santander y herido en su orgullo con el perdón acordado por el Libertador a los facciosos de Venezuela, cegado por la pasión, cometió el mismo error que aquél y aprobó un acto de insubordinación, sintiendo “no conocer bien la antigüedad y servicios de todos esos oficiales y sargentos para haberles enviado algunas recompensas”.

Allí se trató el punto de la renuncia enviada por el Libertador al Congreso que iba a instalarse en junio, como se verá luego.

¿Se alejó el Libertador totalmente de su primer edecán en estos meses de resentimiento? No. Y esto es capital. Bolívar no era injusto. Sabía que O’Leary se había equivocado y que sostenía su yerro tozudamente; pero lo hacía de buena fe. Además, esa lealtad suya, a pesar del distanciamiento, debió de pesar mucho en el ánimo de Bolívar. Un día, el edecán recibió una sorpresa. Por medio del edecán Fergusson, el Libertador le encomendaba que entregase al Gobierno el texto de su renuncia a la presidencia ¡Acto de confianza en extremo elocuente!

La tesis concreta terminante, de los integrantes de los “círculos” secretos y del elemento de *El Conductor* era que la renuncia debía ser aceptada; para ese objeto, arrojaba dicterios y forjaba calumnias de toda índole, en uno de esos empecinamientos políticos que son fatales en la vida de los pueblos. Hasta que O’Leary, en el ápice de su indig-

nación, escribió la página más brillante de toda su vida de periodista. La lógica se junta ahí con la ironía, la sagacidad con la arrogancia, el acento encendido con la plenitud de la verdad. A eso nadie podría replicar. “No logré con ello convencer a los amigos del Libertador y sí exasperar a los de Santander” —exclama en un arranque de brioso triunfo—. Lo que había pedido en ese escrito inmortal era que se admitiese la renuncia del presidente. Él también se sumaba a los santanderistas; pero sus razones procedían de otro punto que no era el circunstancial, sino el capital. Para saber si debía aceptársele el retiro del poder era necesario examinar esa vida, comparándola con las de quienesquiera otros. ¡El balance daría el fallo!

Su magistral publicación, sintética, condensada con máxima habilidad, se llamó: Veinticuatro razones por qué se debe admitir la renuncia que hace el general Bolívar de la presidencia de la República. He aquí esas inmortales veinticuatro razones:

1. Cuando estalló la revolución en Venezuela, Bolívar abandonó las comodidades que proporciona la riqueza para servir a su patria.

2. Encargado por su Gobierno de una comisión importante cerca del de Inglaterra, la desempeñó a satisfacción de sus comitentes y a su propia costa.

3. Subyugada Venezuela en 1812, se trasladó a Cartagena y con su pluma y su espada coadyuvó a la causa de la independencia.

4. Habiendo obtenido escasos auxilios militares del Gobierno de Cartagena, destruyó al enemigo en el Bajo y Alto Magdalena, y en seguida libertó a Venezuela.

5. En el año 1814 mereció el título de pacificador de la Nueva Granada.

6. Conquistada la Nueva Granada y Venezuela por el ejército de Morillo, Bolívar, en 1817, desembarcó en las costas de Ocumare a la cabeza de 300 oficiales y, penetrando en la provincia de Guayana, logró establecer un Gobierno y formar un ejército.

7.En el año 1818 hizo frente a Morillo y destruyó en parte su ejército.

8.Siendo dictador convocó un Congreso y devolvió al pueblo, junto con su independencia, el poder que se le confió.

9.En el año 1819 libertó la mayor parte de la Nueva Granada y propendió a su reunión con Venezuela en la República de Colombia.

10.Siempre infatigable, forzó al ejército español en el año 1820 a replegarse sobre la provincia de Caracas, dejando libres a las de Mérida, Trujillo y Barinas; obtuvo un armisticio provechoso para la causa común y regularizó la guerra en los célebres tratados de Trujillo.

11.En el año 1821 renunció ante el Congreso de Cúcuta todos sus sueldos atrasados, su haber y la presidencia de la República, dando así una prueba nada común de desinterés y desprendimiento.

12.En el mismo año destruyó el ejército español en Carabobo.

13.En el mismo año fue nombrado unánimemente por el Congreso Constituyente Presidente de la República, autorizado para mandar el ejército en persona y revestido de facultades extraordinarias en el territorio que fuese teatro de la guerra.

14.En el año 1822 fueron libertadas las provincias del sur bajo su dirección y agregado a la República el departamento de Guayaquil.

15.En el año 1823 sofocó la rebelión de los pastusos.

16.Implorado por el Perú para que tomase el mando de su ejército, solicitó el permiso del Congreso, y habiéndolo obtenido, se trasladó a aquel Estado, abandonando los hechizos de un mando pacífico en un país constituido para exponer su renombre y su vida en una lucha desigual.

17.Rodeado el Congreso de Lima de enemigos internos y externos, prometió libertar al Perú en un año y cumplió su palabra.

18.Dio la existencia a la República de Bolivia en el año 1825.

19.Llamado por el Gobierno de Colombia para apaciguar los

disturbios que agitaban la República, llegó a Guayaquil y rehusó el poder dictatorial que aquel pueblo ilegalmente le había conferido.

20. Habiendo venido a la capital en noviembre último, algunos perturbadores del orden (de los cuales el doctor “Chasquino” era Caudillo), despreciando sus deberes patrios, se reunieron tumultuariamente en la sala capitular para proclamar la dictadura. Se dice los mandó dispersar.

21. Su conducta desde su regreso a la capital mereció los aplausos de los patriotas esclarecidos; uno de ellos brindó en un convite “por que el siglo XIX sea llamado el siglo de Bolívar”.

22. En enero de este año restituyó a Venezuela la tranquilidad de que un hijo ingrato la había privado.

23. El general Bolívar es llamado a la Presidencia por el pueblo de Colombia, que le ha dado el hermoso y bien merecido título de Libertador.

24. Pero como *El Conductor* número 30 ha propuesto por candidatos varios generales y ciudadanos que ciertamente reúnen más opinión, y han hecho más servicios a Colombia y al género humano que Bolívar, y por otra parte, como Bustamante insiste (constitucionalmente) en que dé cuenta de su conducta en el Perú ante el Congreso, como simple ciudadano, soy de opinión que los representantes de la nación deben darles gusto y admitir la renuncia del general Bolívar.

Esta página –admirable síntesis de lo que era ya el Libertador ante el mundo– no pudo ser refutada por nadie. Todos sintieron su pequeñez ante el grande hombre, exhibido en su auténtica magnitud por quien sí tenía razones y documentos para mostrarla, por haber sido su edecán, y llegada la hora de la votación en el Congreso, lógicamente, la renuncia fue rechazada por gran mayoría. Al argumento de O’Leary no podía responder nadie sin caer en ridículo.

Hacia julio dejó el Libertador a Venezuela para siempre. Él mismo ignoraba que ya su existencia no se prolongaría lo suficiente como para ver una vez más su suelo natal. Nada anunciaba la enfer-

medad que habría de llevarle rápidamente, en tres años, a la tumba. El 10 de septiembre arribó a Bogotá. Y uno de sus primeros actos, pues estaba investido de facultades extraordinarias, fue suprimir *El Conductor*, periódico que era pagado con los fondos públicos y por el cual el doctor Azuero tenía una renta.

El arribo de Bolívar a la capital significaba mucho, significaba todo para O’Leary, que el mes anterior había sabido por el edecán Wilson, llegado a la ciudad, que el Libertador consideraba ya de nuevo como de su confianza a su primer edecán. Esto hacía presumir que bien pronto sería llamado de nuevo al servicio en tan importante cargo. Como Bolívar había viajado por mar, deteniéndose en Cartagena, el irlandés se apresuró a escribirle para precipitar la solución del angustioso “impasse”. Y le decía:

Me ha sido muy lisonjera la aprobación que V.E. ha tenido la bondad de manifestar de mi conducta; y he oído con particular interés todo lo que me ha dicho Wilson [...] La conducta que yo he observado, y que V.E. ha querido calificar de moderada, era la que la prudencia y las circunstancias aconsejaban [...] No tengo ni aspiraciones, ni esperanzas, ni temores [...] Créame, mi general, su muy fiel amigo.

A esta carta añadió O’Leary otra de sus sobresalientes páginas de periodista y escritor, digna de quedar perpetuada, por su calidad. Traza la silueta de los ciudadanos que integran el Senado; va definiéndolos uno por uno, en su política y en su personalidad. He aquí unos ejemplos, elocuentes de por sí, por el firme trazo y la apreciación, a veces finamente mordaz, hiriente, decisiva:

Vallarino: ni significa nada, es la criatura de quien manda [...] Larrea: hombre de bien; guiado en todo por Baralt [...] Soto: un jacobino de talento y elocuencia; superficial en

muchas cosas y de mala fe en otras; tímido en todo [...] Uribe Restrepo: un joven exaltado; ha estado seis años en una casa de locos; tiene muy buena presencia y es de buena fe en su odio al Libertador [...] Doctor Briceño: enemigo de Soto [...] Fortoul: un pobre hombre.

IV

La política es la historia que se está haciendo, o que se está deshaciendo.

HENRI BORDEAUX. *El cruce de los caminos*.
Lib. II, cap. IV.

El Libertador fue recibido fríamente en Bogotá, por vez primera en su existencia. El clima político había cambiado. “Desmontándose en la puerta de la iglesia de Santo Domingo, en donde el Congreso estaba reunido, prestó inmediatamente el juramento de posesión de la Presidencia de Colombia. Ninguna manifestación, ningún aplauso precedió ni siguió a aquel acto; era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas y aclamaciones en la capital”.¹²

O'Leary ha vuelto a la confianza del Libertador, pero sólo tres meses más tarde, en diciembre, toma su antiguo y honroso puesto de primer edecán.¹³ Ya en adelante nadie ni nada le separará de esa su fusión espiritual íntima con el grande hombre, al cual lleva unido su propio destino, casi desde el primer día en que desembarcó, de quince años, en Angostura, sin saber todavía una sola palabra de castellano. Minuciosamente ha ido anotando todos los sucesos en la vida del genio caraqueño, y reuniendo documentos para la historia que publicará en el futuro. Sabe que su misión es esa, y sigue fiel a ella. El Con-

¹² GONZÁLEZ, FLORENTINO. *Memorias*: 121.

¹³ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 64.

greso, para evidente júbilo de Venezuela y desagrado en varios sectores neogranadinos, aprobó todas las determinaciones del Libertador en Venezuela y la gran Convención que reformara la Carta Fundamental habría de reunirse en la población neogranadina de Ocaña en abril siguiente. Así, los ánimos de los dirigentes de la política enrutaron su poder hacia la elección de diputados; que en eso residía el verdadero desenlace del problema arduo, en cuya médula estaban enfrentados el bolívarismo y el santanderismo. No urgía allí una mera cuestión de nombres; actuaba una doctrina política-administrativa contrapuesta. Los bolivarianos defendían la continuación de un sistema centralista vigoroso, sin que la república de Colombia diese alas a las secciones como para lanzarlas a una personalidad de tendencias secesionistas. Bolívar consideraba que en la unión residía la fuerza, y sabía bien que, mientras él viviese y se sintiera fuerte, nadie podría romperla ni quebrantarla. Su obra era un bloque integrado por tres regiones disímiles, pero hirviente en un mismo espíritu y una misma fe. Colombia había sido creada, no tan sólo para hacer de ella un país grande en territorio y número de habitantes, con vista a los dos océanos y poseedor de riquezas extraordinarias, incluido en éstas lo que él llamaba ya el futuro canal de Panamá; sino para establecer un contrapeso indispensable entre la poderosa nación norteamericana y aun México, en el norte, y las amplias tierras del Plata, al sur. Sólo con una masa voluminosa podía forjarse la armonía continental, sin que el centro viniera a ser tarde o temprano zona de los del norte o de los del sur.

Los santanderistas, en cambio, buscaban el sistema federal en forma rígida, desafiante. Los dioses menores aspiraban a dominar en su feudo. En Colombia unitaria, no había lugar al éxito de aspiraciones personales de gran alcance; en la otra, todo estaba por lograrse. Tal el fondo de la brega, que en pocas semanas se trocó en amenaza de la paz.

El Congreso otorgó al Presidente el uso de las facultades extraordinarias, para que el proceso difícil no adquiriese matices trágicos y pudiera ser preservada oportunamente la tranquilidad pública. En

ejercicio de esas facultades, el Libertador expidió un decreto trascendente: él ejercería la presidencia, donde estuviese; los ministros podrían convocarse para tomar determinaciones administrativas. Así, la vicepresidencia quedaba sin funciones. Santander estaba eliminado de la administración. Pero era diputado ante la Constituyente; su autoridad en parte había cambiado de localización. En una Constituyente cabía tanta política como en la propia vicepresidencia. ¡Los ojos todos de Colombia estaban fijos en Ocaña!

Entre tanto O'Leary llenaba su corazón de felicidad. El día 19 de febrero (1828) unió su vida a la de Soledad Soublette. Fuera ya de los peligros propios de la guerra, que había terminado aparentemente en todos los lugares, cabía dar libre paso a ese cauce natural que es el matrimonio. Y, si ha de juzgarse por la correspondencia que ha quedado del irlandés con su esposa, adviértase que se quisieron siempre con gran sinceridad y constancia. Ni O'Leary era hombre de devaneos, en la permanente caballería de su corazón; ni su esposa iba a dejar nunca ese señorío espiritual en que se había educado.¹⁴

La luna de miel no fue larga. El edecán se debía al servicio que le señalara el Libertador y Presidente. Y éste le ordenó que marchase a Ocaña, como agente confidencial y observador, mientras durase la Convención. Partió, en consecuencia, el 4 de marzo, a los quince días de casado. La esposa se quedó en Bogotá. ¡Poco tiempo para la dicha de una luna de miel! Iba llevando consigo el mensaje de Bolívar a la Convención; mensaje que debía poner en manos de quien resultara electo presidente de la Asamblea.

En la ruta, el asalto de los recuerdos: “por estos sitios pasé en 1819, poco después de la batalla de Boyacá, persiguiendo al virrey Sámano”. O'Leary, herido en el combate del Pantano de Vargas, no pudo actuar en Boyacá; pero sí tomó parte en la persecución. Y junto a los recuerdos, un episodio que revela el ánimo en que iba a cumplir su misión; lo intercala en sus *Memorias* con especial relieve:

¹⁴ En carta de O'Leary a su esposa, desde Tarqui, el 18 de febrero de 1829, le habla del aniversario de las bodas, el día siguiente.

Conversando con nuestro piloto, nos dijo que en Nare había conocido al general Santander cuando bajaba para Ocaña. Le preguntamos si sabía que por su consagración a las instituciones colombianas había merecido el título de “hombre de las leyes”.¹⁵ Contestónos que sí; y a su turno nos preguntó si habíamos oído decir lo que en el Magdalena se entendía por “hombre de las leyes”. “Pues, blancos –continuó–, para nosotros no es ni más ni menos que el que vive del sudor del pobre y se apropia lo ajeno”.

Los compañeros de O’Leary eran el diputado Pablo Merino, el general Soublotte, que iba como secretario de estado y secretario general del Libertador y se dirigía a esperarlo en Bucaramanga, y el coronel Santamaría. La población de Ocaña, pequeña, de clima tibio, está en el vértice de un triángulo rectángulo cuyos ángulos fuesen ocupados así: el del norte, por Ocaña; el del sur, por Bucaramanga y el de oriente, por Cúcuta, casi en la frontera de la Nueva Granada con Venezuela. Mientras la Convención deliberase en Ocaña, el Libertador aguardaría al sur, en Bucaramanga, siempre listo a tomar las determinaciones que aconsejasen las circunstancias, pero con el propósito real de seguir hacia Venezuela, donde quería “descansar”. Entre cada una de las ciudades nombradas hay una distancia de unos doscientos kilómetros.

¿De dónde procedía la odiosidad, ya manifiesta y exacerbada, entre O’Leary y Santander? Sin duda comenzó en aquella escena que-
mante, en la cual Bolívar, al encontrarse con Santander al cabo de años, mostró claramente su enojo por el desenlace que había tenido la misión de O’Leary en Venezuela. En ese momento, Santander, que había aprobado la conducta del edecán, de palabra y por escrito, pri-

¹⁵ El nombre de “hombre de las leyes” se lo dio Bolívar.

vada y públicamente, “nada dijo en mi favor”. Un golpe así, bastaba para provocar su odio. Bolívar, que le conocía, dijo de él (*Diario de Bucaramanga*) que era “el áspid escondido entre las flores; ¡desgraciado del que lo toque!”. ¡Y O’Leary, lo había tocado! Y no fueron necesarias mayores razones para que el distanciamiento se acrecentase y ahondase; que el edecán conocía muy en detalle todo el proceso de las relaciones entre el presidente y el vicepresidente; la vida de ambos; los propósitos del uno y las ambiciones del otro; la generosidad del que todo lo entregaba y los manejos de que se le acusaba al otro en lo del empréstito de los treinta millones; de las intrigas, de las artimañas. ¿Y acaso no había sido directamente contra Santander la publicación de sus “Veinticuatro razones” para que le fuera aceptada la renuncia de la presidencia al Libertador? ¿Acaso, además, la política federalista no significaba un propósito de desintegración de Colombia, la obra profundamente querida de Bolívar? Las razones sobran. Y si no hubiese habido ninguna, habría bastado la consideración de que O’Leary le debía total lealtad a Bolívar, aun en lo político. Esta vez no era únicamente edecán, sino emisario confidencial. Santander lo llamaba ya despectivamente: “El inglés O’Leary, espía del general Bolívar”, y añadía, en Ocaña: “Tenemos aquí de plenipotenciario a O’Leary, que tendrá quizás la comisión de dividirnos”.

Va a desarrollarse una acción dramática, con toques de comedia, durante sesenta días, al cabo de los cuales surgirá, en desenlace, una dictadura. El estado de ánimo en los personajes caldeado, suspicaz, receloso, da al ambiente matices de acción policial: los unos y los otros obran en permanente espionaje, lanzándose indirectas, hiriéndose con habilidad. ¡Por coincidencia, las habitaciones de Santander y O’Leary quedan en casas que se miran, en una esquina! “Cuando alguno viene a verme de noche, al momento algún doméstico de Santander se planta a la puerta a oír la conversación”. “Las conversaciones sediciosas que oímos desde mi casa son capaces de sorprender al mundo entero, y las canciones que cantan sus criados o compañeros, son hermanas de las conversaciones, todas contra el gobierno y el Libertador”. “Ayer fue Francisco de Paula al correo,

pidió sus cartas, no había y dijo: “¿ven ustedes?” y se fue echando bravatas. Yo sé muy bien que sus cartas vienen bajo cubierta a una señora aquí y él va, a propósito, al correo para desacreditar al gobierno”. “Hoy pasó el Reynoso (Santander) por junto de mí, pero triste y cabizbajo. No hay duda de que este traidor me tiene un miedo grande y todo el mundo aquí lo dice. Los venezolanos dieron un baile. Habría como veinte o veinticinco mujeres mal vestidas; parecían estatuas mal hechas. Todos los convencionistas estuvieron presentes. Santander, brindando mucho por el amor que tiene por los venezolanos, por la unión y por no sé qué más”. “Tuve el gran gusto de ver a Francisco de Paula rabiar hoy, sin poder ni abrir la boca, con los mensajes del presidente, en los cuales le echa algunos indirectos magníficos. Te aseguro que si tuviera un poco de pudor o vergüenza, se habría dado un pistoletazo en estos días. ¡Qué de claridades le han dicho; qué de pesadeces! En mi vida no había visto un bicho más descarado”.¹⁶

Esto revela el aspecto hiriente, mordaz, que había en la personalidad de O’Leary. Eso que el Libertador calificaba como “más amor propio y vanidad que orgullo”. Hay momentos en que su pluma logra toques de ridículo realmente magistrales: “Santander ha puesto fonda aquí –le cuenta a su esposa–, y te protesto que es verdad. Todos los comensales pagan. La comida es mala y cara”. Con esa agudeza, que ha quedado palpitante, lo mismo en las cartas a su esposa, como en el diario que llevó durante muchos días en Ocaña, o en las cartas al Libertador, el irlandés dejó, en la amplia crónica del período de la independencia, páginas inmortales del más hermoso periodismo. Sin contar con los artículos en que zahería de lo lindo a los enemigos de la corriente bolivariana, en el periódico *El Arlequín*. Leyéndolos, el propio Libertador exclamó (*Diario de Bucaramangá*): “¡Qué arlequinada tan fuerte contra el general Santander, y qué furioso ha debido ponerse Casandro!”. ¡O’Leary es terrible con su pluma y sabe destilar hiel contra aquél que le ha ofendido!

¹⁶ Fragmentos de las cartas de O’Leary a su esposa en esos días.

Otro rasgo característico del edecán se muestra con nítida claridad en esos días. Era hombre profundamente celoso. Es cierto que su esposa era muy bella, en plenitud de juventud, y que la luna de miel apenas si había durado dos semanas; pero no había motivo para que le escribiese lo que le escribió. A los tres días de llegado, ya estampa en una carta estas palabras: “Acuérdate de mis consejos y sígelos. Ya sabes que soy tu mejor amigo y que sólo una falta de tu parte me haría cesar de amarte. No la cometas pues”.¹⁷ Más tarde insistirá: “Ya sé que has salido mucho desde mi venida. No creí que encontrarías tanta diversión estando yo ausente”. O bien: “Te vuelvo a prohibir que admitas visitas por ningún pretexto. Tampoco me gusta que salgas; no me parece bien que lo hagas en mi ausencia”.

También en las cartas que le escribió a su cuñado el general Soublette hay detalles muy significativos de la personalidad de O'Leary. Quizá en ningún momento de su vida se mostraron sus rasgos con mejor acentuación y nitidez que en este lapso de la Convención de Ocaña, debido a que había conflicto permanente. Todo carácter se revela en las crisis.

En una de esas comunicaciones declara su pasión, que le hace, a veces, estallar en ira: “Cuando le hablé un día de ‘vías de hecho’, lo hice en uno de mis momentos de exaltación. Usted sabe que los tengo frecuentemente y entonces mi juicio se trastorna”. No procedía aquel esporádico incendio de una manera de ser constante —cuestión de intermitencias—, sino de que sus planes o sus ideas no seguían el camino que él había fijado; eso le exasperaba.

Pero, ¿estaba contento O'Leary en Ocaña? No lo estaba. En las cartas a su cuñado, secretario del Libertador, insiste repetidas veces: “¡Hágame el favor de sacarme de aquí”. Se sentía perseguido, acosado, tratado de espía:

No puedo menos que quejarme de la conducta pérfida y desleal del señor Santander con respecto a mí. Este hombre me persigue

¹⁷ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: parte dedicada al Epistolario.

de todos modos, mandando hombres de su casa para espiar mis acciones y escuchar mis conversaciones.

Estaba incómodo por las “debilidades” del señor Castillo y Rada, presidente de la Convención y jefe de la fracción bolivariana. Su disgusto personal con Santander le hace llamarle por diversos apodos; ya no es únicamente Reynoso, sino también “Égalité”. El doctor Soto también le molesta:

Hoy, cuando entré a la sala de la Convención y tomé una silla, Soto, que todavía ejercía las funciones de director, notó que tenía a mi lado una cana delgada que generalmente llevo en la mano. Al momento me mandó decir con el portero que no se podía entrar a la Convención con garrote.

O’Leary siente todo esto en carne viva, no sólo como hombre, ni únicamente como emisario de Bolívar, sino hasta como patriota, pues servía a una causa que consideraba muy suya: “Desde mi casamiento, me siento todo colombiano”. Ya no es sólo el soldado, el diplomático, el escritor, el periodista; es, además, el varón que ha entregado definitivamente a Colombia, a través de una mujer, sus sentimientos más puros e indelebles.

Como por jugar y distraerse, más que por propósitos de otra índole, un día escribe la “Calificación de los diputados a la gran Convención”. Pone todos sus nombres, con o sin cruz delante de cada uno. La cruz indica talento; algunos aparecen con dos cruces. Y los divide en estos grupos: indudablemente buenos, buenos que vacilan, regulares y malísimos. Es de presumirse quiénes quedaron calificados de malísimos: Santander, Vicente Azuero, Francisco Soto, R. Liévano, Vargas Tejada, José Hilario López y todos los demás de la facción anti-bolivariana. Esta clasificación prueba hasta dónde había ido su investigación. Por anticipado sabía, gracias a ella, cuál sería el desenlace

de las sesiones, de acuerdo con las regulaciones de mayoría y minoría. Firmísimos, del lado centralista, había veintiuno; del otro, veinticinco; el grupo de los “vacilantes” o “regulares”, sobre los cuales actuaba presionantemente uno y otro bando, para inclinarlos, sumaba veintidós diputados. He ahí el problema, puesto en cifras. Por tanto, la crisis política aparecía agudísima y nadie podía prever con exactitud el desenlace. “Feria de pasiones” llama acertadamente el edecán a la Ocaña de esos días, y añade que buena parte de los diputados está atacada de una enfermedad que llama “federalepsia”. Por su parte, estos enfermos, hablan de los diputados “serviles y emplastadores, vendidos al gobierno”. (No ha de olvidarse que el general Santander continuaba con el carácter de vicepresidente de Colombia, aunque sin funciones de tal; actuaba como diputado).

Mientras el Libertador está en viaje, de Bogotá hacia Bucaramanga, los convencionistas inician, entre intrigas y pequeñeces, actos ridículos y odios profundos, las sesiones preliminares para la “calificación” de los diputados, a fin de establecer la legalidad de su representación. Cada uno es pasado por el tamiz político, puestas en juego todas las artimañas. Nunca estuvo la función política más baja que en aquella Asamblea. Sin embargo, detrás de tales procedimientos, como en el espíritu de un drama o una comedia, había un problema de fondo, sometido a intensa convulsión, pero determinante y fatal. Con apariencias muchas veces ridículas, jugábase la suerte de Colombia, en el clima menos propicio para el acierto. Bolívar lo sabe de sobra; teme, se enciende. Desde el camino le escribe al general Briceno Méndez, que ha llegado ya a Ocaña para notificarle que en ningún caso tolerará el triunfo de los federalistas en la Convención. Este triunfo implica la desmembración de Colombia y el éxito de los pequeños caudillos que aspiran a repartirse la hacienda. Así lo piensa y llega a sugerir la solución, que fue la que se adoptó al fin:

Dígales usted a los federales que no cuenten con patria si triunfan, pues el ejército y el pueblo están resueltos a oponerse abiertamente. Creo que los buenos deben retirarse antes que firmar semejante acta.

Como de costumbre, el Libertador veía el desenlace con sobrada anticipación. Esta vez, a pesar de lo oscuro del horizonte, lo advirtió casi tres meses antes. Mas lo previó sólo él; los otros anduvieron a oscuras, incluido O'Leary. Estas palabras son del propio Bolívar: "En Ocaña ha creído engañar a los que le tienen engañado, y aún confía en el buen resultado de sus maniobras" (*Diario de Bucaramanga*).

El primer problema serio con que tropezaron los convencionistas, aun antes de instalar la Asamblea, fue la sublevación del general Padilla en Cartagena, a la cabeza de los militares descontentos y en acto de rebeldía. El general Montilla logró dominar la situación y Padilla hallábase ya en camino hacia Ocaña, para sincerarse personalmente ante la Convención.

Un posta llega con las noticias del suceso; pero trae la interpretación dada por Padilla en mensaje suyo a la Convención. Reúnese ésta y, sin esperar mayor ampliación de informes ni oír a Montilla, el acusado, se determina declarar gratitud al general "por su celo en defensa del orden público y las leyes". Soto, Santander y otros, califican a Padilla de héroe y mártir de la libertad. Mas, cuando llegan las noticias contrarias y otros informes, donde consta la culpabilidad del prematuramente ensalzado, véase obligada la Convención a rectificar, revocando el acuerdo tomado. Padilla viaja a Ocaña, conferencia con el grupo santanderista, y por consejo suyo busca la opinión del emisario de Bolívar. O'Leary se la da muy categóricamente y por escrito: "Sería mejor que usted marchara a verse con el Libertador. La posición de usted es falsa y delicada". O'Leary tiene los ojos fijos en la lealtad; obra en rectitud. Padilla no escucha el consejo; parte a Mompox, donde es arrestado, para el debido juzgamiento en la capital.

La instalación del cónclave se hizo el día 9 de abril. El diputado Castillo logró la presidencia, contra su opositor, el general Santander. El edecán condensa así la actuación, en informe a Bolívar:

Sobresalen Castillo y Joaquín Mosquera; pero la suma delicadeza del uno y la arrogancia aristocrática del otro, nada pueden lograr en una Asamblea compuesta, en su

mayoría, de hombres torpes, necios, ignorantes y cegados por sus pasiones; contra la insolencia plebeya de Santander, el descaro de Soto, la imprudencia de Gómez, el frenesí de Vargas Tejada y la maldad de Azuero.

El Libertador, desde Bucaramanga, observa y opina:

Mi querido O'Leary: el general Santander me pide garantías y aun pasaporte y no dejaré de aprovechar la oportunidad para hacerle sentir su miseria [...] Yo he puesto en movimiento a toda la República contra el faccioso Padilla [...] Le envió dos mensajes para la convención, que debe usted presentar cuando tengamos una mayoría segura.

¡Qué arma la que ponía el Libertador en sus manos! ¡Un mensaje, y consagrado a hablar con una franqueza mayor que la empleada hasta entonces en toda la vida pública de Bolívar! ¡Este era el mensaje general. El otro, se refería al rechazo que había hecho la Convención del nombre del doctor Miguel Peña, en prosecución de la ciega política de Bogotá, de donde había nacido la sublevación de Valencia! ¡Ninguna lección había dado el pasado a los hombres que todo lo sacrificaban, hasta la unidad de Colombia, a sus pasiones!

Ambos documentos fueron presentados en el momento estratégico, cuando ya estaban en discusión los dos proyectos de reforma constitucional: el bolivariano y el santanderista. Se emplearon como arma. El uno era terminante:

Os bastará recorrer nuestra historia para descubrir las causas de nuestra decadencia. Colombia, que supo darse vida, se halla exánime [...] Desde 1821 en que empezaron a reformar nuestro sistema de hacienda, todos han sido ensayos. La falta de vigor en la ad-

ministración, en todos y cada uno de sus ramos, la creación de empleos innecesarios, el general conato por eludir el pago de las contribuciones, la notable infidelidad y descuido por parte de los recaudadores y las leyes mismas, han conspirado a destruir el erario! El rubor me detiene y no me atrevo a decirlo que las rentas nacionales han quebrado [...] El caos nos envuelve.

No podía darse más categórica condena pública, oficial, solemne de la administración de Santander. Bolívar, ausente de Colombia desde 1822, sabía bien lo que había dejado y lo que vino a encontrar. Su mensaje no pudo ser refutado por nadie.

El mensaje sobre el doctor Peña no era menos contundente. En su decreto del primero de enero del año anterior, había dado amnistía general, quedando así sin consecuencia la acusación del Congreso de Bogotá contra Páez y contra Peña. Por tanto, ¿en qué podían fundarse los que alegaban que el abogado no podía integrar la convención por tener pendiente una acusación contra él?

Uno y otro pliego produjeron efecto deletéreo. Pero la mayoría de votos parecía seguir inclinada del lado de los federalistas. La intriga podía más que todas las razones. O'Leary se desespera, clama, sospecha de todo. Descubre cartas que, de por sí, son un incendio. Una de ellas, de Santander al señor A. Vélez, trae estas frases quemantes:

Nuestra patria está regida, no constitucionalmente sino caprichosamente por Bolívar, que del título puramente honroso de Libertador ha querido hacer su título de autoridad superior a las leyes [...] ¿Quiere usted que algún hombre de honor se reconcilie con el supremo perturbador de la república? Es imposible, mi amigo, reconciliarse con un jefe supremo que nos trata de facciosos y traido-

res a cuantos hemos hecho frente a sus planes y descubierto sus arterias [...] No encuentro otro modo de salir de este caos que la federación compuesta de seis u ocho estados solamente.

¡Seis u ocho estados bastaban para satisfacer las ambiciones mayores del momento!

Hacia fines de abril, O'Leary se engaña en cuanto a la convención. Cree que hay camino de triunfo:

Yo no me engaño fácilmente [...] Repito a V.E. que tenemos motivos de júbilo más que de tristeza.

Bolívar le responde sin ambages:

Si tenemos mayoría, debemos aprovecharla; y si no la tenemos, no debemos transigir. Triunfo absoluto o nada, es mi divisa; si perdemos un solo artículo de nuestro proyecto, queda la república bamboleando, o más bien arruinada.

Un observador superficial supondría que ese gigantesco desate de pasiones en Ocaña se debería meramente a un clima político ¡No! ¡Había mucho mar de fondo! Lo que se discutía era la destrucción de Colombia, como entidad unitaria, para la cual el proyecto de reformas presentado por el grupo bolivariano daba normas de fortalecimiento, si se admitía la reforma federal; o su mantenimiento integral. Los ataques a Bolívar por una parte, y los dirigidos a Santander, Soto, Azuero, por la otra, tenían esa raíz determinante, gravísima.

De vez en cuando O'Leary se aprovecha de la ocasión para sus chispazos de fina sátira:

Santander y Soto despachan frecuentes expresos a Bogotá; sería bueno averiguar lo

que esto significa. Cuando Santander gasta veinte pesos en una carta, muy importante tiene que ser su contenido.

¡Montoya y Arrubla se portan muy bien; han votado contra la federación; jamás hablan una palabra!

V

Los vientos y las olas están siempre de parte del buen timonel.

EDWARD GIBBON. *Decadencia y caída del Imperio Romano*: 68.

El día 9 de mayo, a los treinta días de instalada la Asamblea, O’Leary parte a Bucaramanga, por orden del Libertador. ¡Cuatro días a caballo! “Recibí mil porrazos; medio me rompí una pierna y casi enteramente un dedo; estoy sin poder parar” (carta a la esposa).

En Bucaramanga encuentra este clima: “El Libertador bueno y gordo; el general Soubllette también bueno”, y un ambiente monótono: “levantarse por la mañana a las nueve, almorzar, recogerse hasta las cuatro, comer entonces, pasar las tardes solo en mi cuarto y acostarme a las nueve; vida que me cansa y fastidia sobremanera”. Además, han resuelto no mandarle de nuevo a Ocaña; pero tampoco a Bogotá. “Es preciso, Solita, que sufras un poco, para que en el porvenir tengamos más goces y más dichas”. Casi a renglón seguido, con un dominio perfecto de la emoción, le escribe a la esposa: “Dices que he visto con indiferencia la noticia de tu embarazo. No, Solita, de ningún modo. He tenido mucho deseo de hablarte acerca de él, pero no es muy segura la correspondencia en días como estos”. O’Leary va a tener su primer hijo; ya lo tiene. ¿Influirá el suceso poco o mucho en su vida?

Detrás de estas intimididades y aparente calma, el gran oleaje político iba directamente a la playa, a estrellarse contra alguien. ¿Los bolivarianos, los santanderistas? O'Leary llegó con la determinación del grupo de Castillo: abandonar las sesiones, antes que firmar el plan federalista. Bolívar entonces reacciona enérgicamente y le notifica a Castillo: si no se consigue la aprobación de las reformas propuestas por el sector centralista, los diputados bolivarianos deben abandonar las sesiones y denunciar “a la execración pública los motores del mal”. Y añade ya, entre líneas, lo que hará llegado el caso: “Cuando me hablan de valor y de audacia, siento revivir todo mi ser y vuelvo a nacer”. ¡La dictadura está ya a la vista! Pedro Briceño Méndez, para subrayar la determinación, expresa al Libertador: “si no se rechaza el disparatado proyecto de Constitución que ha presentado la comisión y se admite el que ha formado el doctor Castillo, estamos resueltos a irnos y se disolverá la Convención”. Para que en Venezuela estuvieran prevenidos, Bolívar envió ante Páez al edecán Andrés Ibarra, con amplias instrucciones.

El día 9 de aquel inolvidable junio de 1828 partió el Libertador de Bucaramanga hacia Bogotá, con sus acompañantes y edecanes. Nada había en la esperanza respecto del cónclave, y convenía anticiparse. Los diputados bolivarianos abandonaron la Convención el 10, dejándola sin quórum. Los santanderistas o azueristas salieron de Ocaña cinco días más tarde, llevándose esta trágica consigna: ¡Conspiración general!

De todos modos, aquella efervescencia trepidante en el sencillo escenario de Ocaña produjo lo que se había temido: la disolución de Colombia. No inmediatamente, pero sí a corto plazo. Quedó en descubierto que únicamente la autoridad del Libertador podía aplazarla. Unos pocos: Soublette, Castillo, Páez, de Lacroix y O'Leary, supieron entonces del implícito renunciamiento a ella del propio Libertador, como fórmula salvadora ante los convencionistas.

Yo había propuesto a mis amigos —escribió Bolívar a Páez—¹⁸ una resolución que conci-

¹⁸ Carta del 2 de junio de 1828.

liaría todos los intereses de las diferentes secciones de Colombia, que era: dividirla en tres o cuatro Estados y que se ligaran para la defensa común.

Antes de dos años, Páez y Flores se aprovecharán de la iniciativa del Libertador, pero echando por la borda lo de “ligarse para la defensa común”.

Los viajeros descansaron en Soledad cuatro días —a ciento veinte kilómetros al sur de Ocaña— aislándose, por cálculo, de todo suceso y de toda noticia. Era necesario dar tiempo al tiempo, puesto que el Libertador llegaría a la capital en circunstancias anormales muy delicadas.

Sin aguardar el desenlace de Ocaña, pero conocidos ya muy en detalle los síntomas de descomposición de la Asamblea, donde los bandos hallábanse en posición de imposible entendimiento, el general Pedro Alcántara Herrán, intendente de Cundinamarca, convocó a lo más saliente y al pueblo de Bogotá, para informarles el gravísimo “impasse”. Era urgente salvar la República, defender las instituciones, antes de que el odio produjese males mayores y se convirtiera en abierta guerra civil. Herrán procedió por propia iniciativa y con profundo sentimiento patriótico. El Libertador llegaba esa tarde a Soledad, a siete días de distancia, a caballo, de la capital. Y fueron esas personas de cuenta, y fue ese pueblo, quienes firmaron un acta, aquel 13 de junio, por cuya virtud rechazaban las conclusiones a que podía llegar una Convención de clara mayoría federalista; revocaban los poderes a los diputados por la provincia de Bogotá, y entregaban el mando supremo de la república al Libertador, con ejercicio de plenitud de facultades en todos los ramos, “los que organizará del modo más conveniente para curar los males que interiormente aquejan la república, conservar su unión, asegurar la independencia y restablecer el crédito exterior”.

A esa acta trascendente que interrumpía el orden legal en Colombia y que daba nacimiento a la dictadura de Bolívar, se adherieron los demás pueblos de la república. Colombia era Bolívar y Bolívar era Colombia, en evidente e irrevocable reciprocidad.

La entrada del Libertador y su séquito a la capital fue resonante triunfo.

Un triunfo popular voluntario que no se viera en sus mejores días. El temor a la anarquía y a la guerra civil, que es su consecuencia, dominaba en todas las clases de la sociedad, y viendo a Bolívar un centro de unión, una tabla de salvación en aquel naufragio, el entusiasmo fue grande y verdadero, y lo mismo puede decirse que sucedió en toda la república.¹⁹

Esta segunda luna de miel de O'Leary, sumada ya a la dicha de que había un niño en camino, no duró sino cinco semanas. Algo muy grave había sucedido entre Colombia y el Perú —este era uno de los puntos capitales para la producción de la dictadura— y el primer edecán recibió, una vez más, la confianza del Libertador para que se trasladase al sur a discutir un armisticio, a nombre de Colombia. Esta vez se le confiaba algo tan grave o mucho más grave que lo de las misiones anteriores ¡Tenía que buscar y convenir la paz! ¿Otra tremenda prueba de fuego, como la que hubo de soportar en Achaguas? ¿Cómo saldría del duro trance? La ausencia del hogar durará ahora varios meses.

El mismo día —3 de agosto de 1828— en que O'Leary partía hacia el sur, en cumplimiento de su misión, el mariscal Sucre abandonaba la presidencia de Bolivia y retornaba a la patria; regresaban, además, las tropas colombianas que Bolívar había dejado en aquella república, hasta tanto se consolidasen las instituciones de la recién

¹⁹ POSADA GUTIÉRREZ, J. *Memorias histórico-políticas*. T. I: 109.

fundada nación. Así, cuando allá se producía un desenlace, en el viaje de O'Leary había el comienzo de un interrogante.

El Perú, a raíz de la salida de Bolívar, cerca de dos años atrás, había dado libre curso a la reacción anti-bolivariana que ya el propio Libertador había palpado y sufrido, hasta en el mecanismo de una amplia conspiración, descubierta a tiempo y frustrada enérgicamente. Al no haber dentro de los territorios peruanos objetivo para el desahogo del encono —por pérdida de las dos provincias altoperuanas, que hicieron parte de Bolivia; por la no captación de Guayaquil, que se ambicionaba anexar al Perú, etc.—, se fijaron las miradas en la propia Bolivia, donde no sólo regía un colombiano, Sucre, sino que se sostenía con el respaldo de una fuerza militar colombiana. El propósito parecía muy claro: lograr la eliminación allá de todas esas personas colombianas, y alcanzar, en consecuencia, la reincorporación de esas tierras al Perú. A tal fin se dirigieron todos los empeños oficiales y no oficiales. Se difundió persistentemente la especie de que las tropas colombianas proyectaban invadir al Perú, de donde había sido erradicada la constitución boliviana, allí impuesta por el Libertador, y el general Gamarra preparaba un vigoroso ejército para hacer frente a la supuesta invasión. El clima iba elevando temperaturas paulatinamente, hasta que estalló en Chuquisaca un motín militar contra el mariscal Sucre (en esos mismos días se instalaba la convención de Ocaña). Dispararon contra el héroe de Ayacucho y atravesaron su brazo con una bala. Gamarra, entonces, anunció públicamente que sus ejércitos invadirían a Bolivia “para proteger la vida de Sucre y salvar a los bolivianos de la anarquía”; fue más lejos, muy pronto, a otro acto, mucho más grave: la incitación desembozada al pueblo boliviano para que se sublevase contra la autoridad del cumanés y las tropas colombianas. El punto fue tratado por la vía diplomática (tratado de Pi-quiza), cuando ya Bolívar había tomado la determinación de declarar la guerra al Perú para salvar a Bolivia (comienzos de julio). En aquel tratado, se convino que las tropas extranjeras saldrían de Bolivia y que Sucre renunciaría la presidencia ante una Asamblea Constituyente. El cónclave no pudo reunirse en la fecha fijada, por circunstan-

cias accidentales. Sucre, entonces, sin esperar siquiera que se cumplieren los dos años para los cuales había aceptado el mando, entregó el poder a los diputados constituyentes que había presentes, y partió. ¡Su honor y su desprendimiento debían de quedar incólumes!²⁰ La declaratoria de guerra la supo en El Callao y ofreció su mediación, que no fue considerada.

Pero no había únicamente esos motivos para la guerra. Existían otros puntos de suma gravedad. El gobierno peruano tuvo parte directa en la sublevación de la división de Bustamante, que tanto júbilo produjo al vicepresidente Santander, según se vio en páginas anteriores; confió en que Bustamante despedazaría a Colombia, arrebatándole sus tres departamentos del sur –Guayaquil, Cuenca y Quito–; redujo a prisión al diplomático colombiano, por haber reclamado por aquellos sucesos, y lo expulsó del territorio peruano; arrojó igualmente a los colombianos que se habían negado a entrar en la rebelión (¡hasta Manuela Sáenz fue una de esas víctimas!). Por añadidura, retenía las provincias de Jaén y Mainas, colombianas por derecho, en virtud del “uti possidetis de 1810” y mandó a Bogotá un diplomático, el señor Villa, que complicase toda suerte de negociaciones, con el alegato de no reconocer cuanto le adeudaba el Perú a Colombia, por los auxilios prestados para la independencia del antiguo virreinato.²¹

Este era el meollo del problema, cuando O'Leary y todos los militares y todos los ciudadanos tuvieron en sus manos la proclama del Libertador, expedida el 3 de julio:

La perfidia del gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia, sin previa declaración de guerra y sin causa para ella [...] Armas, colombianos del sur. Volad a las

²⁰ LLAMOZAS, SALVADOR N. *Sucre, magistrado*, 1894.

²¹ HENAO Y ARRUBLA. *Op. cit.*: 586.

fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal de combate.

El veinte de ese mismo mes, el Libertador explicó, en amplísimo manifiesto, los antecedentes y razones de la guerra y concluía así:

El gobierno de Colombia emprende, contra su voluntad, esta guerra; no quiere una victoria bañada en la sangre americana; evitará el combate mientras le fuere posible; y estará siempre dispuesto a oír proposiciones de paz, conciliables con el honor y el decoro de la nación que preside.²²

Esta es la razón: –salvar la paz, impedir víctimas– para que O’Leary recibiera, diez días más tarde, junto con la orden de partir, un mensaje para el presidente del Perú, general La Mar:

Excelentísimo señor: La guerra en que nuestras repúblicas respectivas, desgraciadamente se han empeñado, es preciso que tenga un pronto término [...] Con este objeto, y no siendo posible entendernos, subsistiendo las hostilidades, he comisionado al señor coronel Daniel Florencio O’Leary, para que ajuste y concluya definitivamente con el que V.E. nombrare una suspensión de armas, que será el principio de la reconciliación y el preliminar de la paz. Confío en que las excelentes cualidades que adornan al coronel O’Leary, y que no son desconocidas a V.E., harán fructuosa su misión, granjeándose el aprecio y benevolencia de V.E.

²² O’LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. III: 368.

Mientras va el edecán, rumbo a Pasto, rumbo a Quito, en Venezuela, Cartagena y el sur se organizan rápidamente tropas destinadas tanto a detener a los peruanos como a eliminar cualquier nuevo intento de coloniaje de los españoles, según se temía fundadamente. En el camino –Popayán– aprovecha el irlandés para recordar, en carta a Bolívar, al vicepresidente Santander: “He sabido que ha llegado el general Bravo a Guayaquil. Antes teníamos un vicepresidente de más; ahora tenemos dos”. Bravo, vicepresidente de México, había sido expulsado por revoltoso. Tanto o más que La Mar, preocupaba a O’Leary el general Santander y su grupo, en cuyo ánimo había dejado un espíritu de conspiración que podía mostrarse violentamente de un momento a otro.

Al comenzar septiembre, el Libertador expidió una constitución provisional, hasta enero del año 30, en que cesaría la dictadura con la reunión del Congreso. La oposición fundóse en ese acto para arreciar la campaña. No tiene derecho Bolívar, decían, para forzarnos a obedecer una constitución nueva, cuando la del año 21, que no fue reformada en Ocaña, debería seguir vigente. El presidente, en cambio, opinaba que la convención de Ocaña se había reunido para modificar la constitución, y si no lo hizo fue porque no hubo avenimiento posible. Lo que exigían los pueblos era ese cambio, y Bolívar lo decretó. Dos puntos de vista, más que legalistas, políticos, sobre todo desde el ángulo de observación santanderista. Esta carta fue izada como bandera, y los grupos de Bogotá determinaron no pararse en medios para eliminar al Jefe del Estado. La noche del 25 de septiembre –O’Leary había llegado ya a Guayaquil– los conjurados asaltaron la casa presidencial, avanzaron hasta el dormitorio del Libertador, puñal en mano, mientras el batallón *Vargas* y el escuadrón *Granaderos* eran atacados por la brigada de artillería. Manuela Sáenz ayudó a huir al Libertador e hizo frente con admirable valor y desconcertante serenidad, a los doce asesinos. El batallón *Vargas* no cedió, y el golpe parricida entró a la historia como una de las páginas más tristes en América de todos los tiempos. De haber estado O’Leary en Bogotá, habría muerto, como murió el edecán Fergusson, asesinado por los asaltantes. Santander, a quien se le conmutó la pena de muerte por la

de destierro –clemencia del Libertador y opinión del Consejo de Ministros– partió para Europa, de donde no volvió sino después del fallecimiento de Bolívar.²³

En O’Leary, al escribirle con franqueza, se desahogó Bolívar:

Seguimos la causa de los conspiradores y se van ejecutando las sentencias con más o menos vigor, según lo exigen los hechos y los delitos; pero mi corazón está quebrantado de pena por esta negra ingratitud; mi dolor será eterno, y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y por los míos. La América es un mundo herido de maldición.

Esta confidencia era lógica; más que lógica, profundamente natural. No sólo sucedió lo que sucedió aquella nefanda noche en Palacio, sino que a cuatro cuadras de ahí, bajo el puente de San Agustín, donde el fugitivo Libertador estuvo oculto entre matorrales, aterido de frío y mojado, durante casi cuatro horas, hizo aparición, en forma presionante, la tisis que ya se había incubado en los pulmones del grande hombre. Aquella noche fue herido de muerte, en su espíritu y en su cuerpo. ¡Eso consiguieron los conspiradores!

En Guayaquil, O’Leary se siente jubiloso, hasta donde era eso posible. A tal punto, que le confiesa a su esposa:

Ya siento no haberte traído hasta aquí. Pero si se concluyen amigablemente las diferencias con el Perú, vendremos a vivir en el sur, que al fin, es el país que más me gusta [Carta del 20 de septiembre].

O’Leary no se trasladó con su familia a vivir en el Ecuador, a causa del asesinato del mariscal Sucre y el abrazo que luego se dieron los generales Obando y Flores. O’Leary creyó ver complicidad en

²³ Más de veinte años más tarde, O’Leary le pidió a Manuela Sáenz que le narrase los detalles de la noche septembrina. Ella lo hizo en carta de 10 de agosto de 1850.

Flores, y se quedó en territorio neogranadino, de donde le desterrarán a Jamaica.

Pero no era únicamente el deseo de vivir en paz el que movía al irlandés a pensar seriamente en el futuro, sino el temor de que Bolívar muriese. Ese mismo mes de octubre, se lo dice con franqueza a doña Soledad:

Faltando el Libertador, será preciso irnos a otro país a vivir. Así es que observe la más grande economía y no gasto sino lo muy indispensable para vivir, negándome todo lo que es superfluo.

Él sabía que la muerte de Bolívar sería el triunfo de la reacción.

El general Juan José Flores, jefe de los ejércitos del sur, y el general Heres, reunidos con O'Leary en conferencia trascendente en Guayaquil, resolvieron que el edecán marchase a Lima, apenas recibiese los pasaportes respectivos, previamente solicitados. Lo más serio era la aversión profunda que sentían los pueblos del sur a esta guerra; en la zona costera, el Perú tenía grandes simpatías; el propio general La Mar había nacido en esos territorios. En Babahoyo, O'Leary tuvo que hacer frente a un grupo de asaltantes que vitoreaba al Perú. Bolívar pondrá solución a este problema de magnitud bien pronto, nombrando comandante a Sucre, que llegó a Guayaquil procedente del Perú el 19 de septiembre, rumbo a Quito, al seno de su hogar. Además, viajará personalmente, a pesar de su dolor moral, de sus achaques físicos y del nuevo padecimiento que le habían preparado sus enemigos.

Al ver que el golpe asesino de la noche septembrina había fracasado, los generales José María Obando y José Hilario López se sublevaron contra el gobierno del Libertador, alzándose en armas. Los generales Heres y Córdoba dominaron a los rebeldes y restablecieron la paz. Hasta entonces Córdoba había sido leal al Libertador; pero ya no lo sería, y O'Leary tendrá que habérselas con el héroe de Ayacucho.

Obando y López operaban, no sólo en connivencia con los santanderistas de Bogotá, sino con los peruanos que iban a invadir a Colombia. O'Leary consiguió, quizá en esos mismos días o más tarde, para incluirlas en sus *Memorias*, las cartas de Obando al comandante Vicente Micolta y al general La Mar. Obando dice:

[...] Por fin la patria se cansó de sufrir tanto ultraje y tanta ignominia [...] Yo marchó a llevar elementos de guerra a Pasto, a tiempo que apoyo las operaciones del ejército del Perú, que contemplo ya muy cerca de Quito [...] Al coronel Borrero le he encargado la organización y seguridad de aquel puerto, para estar en comunicación con el general La Mar.

Y añade en otra carta:

[...] Yo me ocupo hoy de algunos arreglos para hacer algún amago sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de usted [...] El trono del sultán bambolea sobre sus bases de arena [...] Ruego a usted a nombre de toda la república y de la humanidad, que no detenga sus marchas, sino que las active hasta ocupar Juanambú [sur de Nueva Granada].²⁴

En Guayaquil O'Leary, que hace ahora de diplomático, que lleva gallardamente sus veintiséis años y que exhibe su grado de coronel, en su necesidad de esperar el pasaporte y a causa del bloqueo que sufre la ciudad, de parte de los barcos peruanos, hace vida social. Reanuda antiguas relaciones, abre nuevas: los Rocafuerte, los Garaycoa, los Rico, los Olmedo; gentes todas de lo más encopetado y valioso. De cuando en cuando hay bailes. Los pasaportes o salvoconductos que ha de expedir el Perú, no aparecen.

²⁴ O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op cit.* T. III: 430.

Había peligro de un distanciamiento entre el general Flores y el general Sucre. Flores era el jefe: Sucre iba a superponerse a él, por orden de Bolívar. El Libertador, con agudeza, dice a Flores:

Yo he nombrado al general Sucre para que mande en jefe ese ejército; y esté usted persuadido que no le privo de la menor gloria a usted, pues que no hay ninguna que ganar en el miserable estado de las cosas. Haga usted de ese ejército lo que le parezca mejor: consérvelo o disuélvalo; pero siempre de acuerdo con el general Sucre y el coronel O'Leary.

Esta constancia, que tanto honra al primer edecán, reafirma su posición y consagra su lealtad.

A los treinta días de llegado a Guayaquil O'Leary ya había fracasado en su misión de paz. No porque esta vez se hubiese aferrado a una tesis hermética, como la que le obsesionó en Venezuela ante Páez; ni porque hubiese dado con una nación casi anarquizada, como en su misión en Chile, sino porque el Perú no quería avenimiento alguno. Sus propósitos militares eran ocupar todo el Ecuador; había por detrás un plan de conquista perfectamente estudiado. Obando le aguardaba a La Mar en el Juanambú, es decir, en tierra neogranadina. De ahí que a las tres cartas de O'Leary, La Mar, que ya estaba con sus tropas al norte del Perú, contestara con una evasiva: "Por estar encargado por ahora del poder ejecutivo el vicepresidente y mientras mi ausencia de la capital, no soy árbitro de entrar en relaciones de transacción". Y el encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores en Lima, encuentra una fórmula todavía mejor estudiada, para diferir el asunto: "S. E. el vicepresidente del Perú desea conocer antes de despachar el salvoconducto y pasaportes del señor comisionado las principales bases, sobre las cuales deberá establecerse la negociación de paz". ¡Política que trataba de ganar tiempo, pues el ataque a las fronteras ya se hallaba casi listo!

Muy poco después prodúcese una fricción entre Sucre y O’Leary; aunque el coronel respetaba al mariscal profundamente y le apreciaba, no se sentía de acuerdo en todo con él. Y se dirige al Libertador para confiarle su intimidad:

Con Flores conservo la mejor armonía [...] Me es sensible no poder decir lo mismo del general Sucre [...] Me dicen que ha hecho una protesta contra las medidas que adopta el gobierno para sacar recursos para el ejército. Esto es levantar el estandarte de la resistencia en el sur. El general Sucre “era” mi amigo, pero no tengo ni quiero tener amistades con nadie que trate de hacerse de partidarios por medios indecorosos.

Evidentemente, el ánimo del edecán, ofuscado y en extremo suspicaz, no vio el fondo del problema y supuso ambición en el gran mariscal, que ya no buscaba sino la paz de su hogar, pues todos los otros honores los había recibido. “Al fin de mi carrera –decía– y de mis pequeños servicios, estoy casi inválido y casi a la merced de mi mujer”.

No se detuvo ahí la susceptibilidad de O’Leary, cuya alma debió de sufrir esos días toda suerte de torturas, por no haber logrado éxito en la misión, por hallarse lejos de su esposa, a quien amaba con intensidad, por no tener en qué emplear brillantemente su inteligencia y dotes. ¡Presentó la renuncia de su cargo!

Guayaquil, 26 de octubre [...] Junto con estos documentos mando mi renuncia, porque ya he agotado la paciencia, y quizá cuando más necesaria sea mi moderación, no me podré contener; tan fastidiado e indignado me hallo con los papeles del Perú y las proclamas de La Mar [...] Si V.E. quisiera nombrar otro edecán [...]

La renuncia no fue siquiera considerada. El Libertador debió de sonreír al conocerla: era obra de un ánimo excesivamente nervioso, no suficientemente controlado en aquellas difíciles circunstancias. Pero esas desavenencias entre jefes, y la situación económica del sur, y la apatía pública ante la guerra, debieron de preocuparle en serio, pues casi en seguida, a pesar de su estado de salud, se determinó a viajar en persona. El caso era en extremo difícil. ¡Los males mayores requieren grandes soluciones; y la aconsejada era que él, el Presidente y Dictador, héroe de tantas batallas, el hombre de mayor celebridad en el continente, impusiese su autoridad ante propios y extraños, descontentos e invasores, con su espada! Fijó su partida para los últimos días de diciembre.

Y obró con el acierto y la previsión que le eran característicos. El Perú atacó sorpresivamente a la ciudad de Guayaquil, desde barcos, desmantelándola e incendiándola a fuerza de cañonazos y en ánimo de tomarla. Pero en Guayaquil estaban el pueblo guayaquileño y las tropas colombianas, y el atacante, almirante Guise, no sólo fue derrotado, sino que pereció en el combate.

Esta ha sido una semana de trueno y de matanza, pero todo ha concluido de un modo satisfactorio para nosotros. El almirante Guise, jefe de la escuadra enemiga, ha muerto en el combate del día 24. Nuestra pérdida ha sido poca. Las pobres madamas han sufrido mucho y las casas de la ciudad se han destruido en gran parte. ¡Qué yermo, Dios mío! Da lástima ver al pobre Guayaquil. Figúrate a tu caro esposo de artillero [...]²⁵

²⁵ Carta a la esposa, del 28 de septiembre de 1828.

VI

No está en nuestras manos mandar en el éxito. Pero podemos hacer más: merecerlo.

J. ADDISON. *Cato*. I,1.

En coincidencia, cautelosamente sincronizada con el ataque a Guayaquil, el general La Mar invadió con sus tropas el territorio colombiano (hoy ecuatoriano) por las provincias de Loja y Azuay, con más de ocho mil hombres, de los cuales la mitad avanzó resueltamente rumbo a Cuenca, donde se hallaba el ejército de Sucre. ¡Ya no había paz posible! O’Leary, que hizo de artillero en Guayaquil, no piensa en seguida de esa acción en otra cosa que en pelear; recuerda el Pantano de Vargas, Carabobo, Pichincha, Ibarra, donde recibió sus ascensos en buena lid, y le declara enfáticamente al Libertador: “Hoy día prefiero ver a Colombia hecha un vasto desierto, a la horrible idea de un tratado”.

Mientras llega la hora de la lucha –ya es de nuevo el militar, no el diplomático– se entretiene en lo que puede; hasta en cosas por entero extrañas a sus conocimientos y habilidades.

¡Vaya si soy un hombre utilísimo en Guayaquil sitiado! El día de un combate peleo como un perro; el día siguiente escribo proclamas. Otro día redacto *El Colombiano*. Después hago reconocimientos, dirijo baterías, etcétera. Pero no son ni usted ni la pobre madre que me dio a luz capaces de adivinar la obra que hoy en día tengo entre manos. Pues no es ni más ni menos que un sermón que se me ha encargado escribir. Ahora mismo la Biblia está sobre la mesa para sacar de ella un texto. San Pablo hará

las veces de San Crisóstomo, y San Pedro de cualquier otro santo, porque no estoy instruido en teología.²⁶

El buen humor, casi la alegría, han retornado a ese espíritu que poco antes se desesperaba, hasta presentar la renuncia. Hombre de fuertes reacciones, aunque exteriormente tan controlado, deja correr la tempestad interior, cambiante y hermosa.

¿Por qué ejercía el poder en el Perú La Mar, nacido en Cuenca, ciudad a la que trataba de acercarse con sus ejércitos? Porque la ley peruana del 12 de febrero de 1825 había declarado peruanos de nacimiento, con opción a todos los empleos de la República, a todos cuantos habían participado en la independencia de esa nación desde febrero del año anterior hasta la batalla de Ayacucho. La Mar fue uno de los héroes en ella. La Mar era el militar más valioso de todos cuantos había en el Perú entonces, muy superior en merecimientos al general Santa Cruz, con quien había entrado en disputa para la presidencia.

La Mar, además, se había adherido al proyecto sanmartiniano del Gran Perú, integrado por el Perú, Bolivia y el Estado de Quito, para oponerlo a la Gran Colombia de Bolívar; La Mar había sido desposeído por Bolívar de su situación militar en Guayaquil cuando se adelantó a San Martín, que venía a la entrevista. Eliminado Santa Cruz, boliviano y leal amigo de Bolívar, el Congreso del Perú declaró abolida la Constitución vitalicia.²⁷

Así,

La guerra del 29 la quiso y la provocó el Perú, y Bolívar y el general Flores no sólo la

²⁶ Carta a Urdaneta, del 29 de noviembre de 1828.

²⁷ JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *El Gran Mariscal José de La Mar*. Quito, 1941: 58-59.

aceptaron, sino que proyectaron anticiparse al ataque e ir a desbaratar al ejército invasor en su propio territorio. En esa guerra entre el Perú y la Gran Colombia se discutía con las armas, como después entre el Perú y Bolivia, la estructuración de las nuevas nacionalidades sobre la base territorial del virreinato de Santa Fe o sobre la base del virreinato del Perú.²⁸

El buen ánimo del irlandés ha entrado en tan saludable júbilo que hasta le ha escrito dos cartas a Sucre, que sigue en Quito (comienzos de diciembre). Éste le contesta llamándole “Mi amado coronel y buen amigo”. ¡Las paces se han hecho limpiamente! Y de Bogotá, Bolívar escribe:

Guerra, guerra, guerra es el grito de Colombia, del ejército, de mi corazón. A fines de enero estaré entre los combatientes.

A la vez se arrepiente de haber salvado a Santander; los santanderistas han invitado al propio general Bermúdez a que se ponga a la cabeza de la guerra civil en Venezuela. ¡Bermúdez los ha rechazado! Bolívar ordena a su edecán que continúe junto al ejército; que sirva en él; niega la petición que había hecho de su permiso para ir a Bogotá. Era lo que quería ahora el edecán: estar en filas. A La Mar lo conocía demasiado, y sobre todo, sabía en detalle la trayectoria tanto militar como política: viraje del ejército español hacia el ejército republicano; viraje del ejército bolivariano hacia la facción peruana antibolivariana. Cuando la visita de San Martín a Bolívar, hizo lo posible para que el puerto de Guayaquil fuese anexado al Perú; ahora buscaba otro tanto con la guerra.

Con el nuevo año comienzan las escaramuzas, mientras el Libertador hállase ya en viaje. El general Flores y el coronel O’Leary

²⁸ JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *Op cit.* Quito, 1941: 58-59.

actúan en Cuenca, donde es esperado de un momento a otro el general Sucre, para que asuma el comando supremo. El campo de Tarqui, a pocas leguas de Cuenca, parece señalado ya para la acción decisiva; lo dice el propio O'Leary mes y medio antes de la batalla, en carta informe conjunto que remiten a Bolívar él y Flores. Avances, retrocesos, amenazas, retos, de todo hay durante un mes, en el cual Bolívar se detuvo en Popayán, porque las sublevaciones de Obando y López en la zona de Pasto no estaban del todo dominadas. Son ocho mil hombres del Perú frente a cuatro mil de Colombia. La desproporción es excesiva. Pero de un lado están Sucre y Flores; del otro, La Mar y Gamarra. O'Leary tiene una opinión precisa, exacta, acerca de La Mar:

[...] Hombre de muy poca capacidad. Obcecado por sus pasiones y siempre arrasrado por las circunstancias, nunca calcula sobre el porvenir. Limitado en sus alcances, pero de una nimia delicadeza, su posición como colombiano es muy falsa. Teme más el fallo de la facción que le ha elevado a la primera magistratura, que la inevitable caída que su imprudencia le ha preparado. Un peruano hubiera aceptado sin vacilar la paz en los términos que la hemos ofrecido antes que exponer la suerte de su patria a los azares de la guerra.²⁹

Hubo un paréntesis de expectación a los cinco días de haber tomado Sucre el mando de las tropas. El mariscal, ante la acusación peruana de que los colombianos procedían sin franqueza y de que su propósito era de conquista, decidió enviarle al general La Mar —a quien ya se había unido el general Gamarra, o sea que disponía ya de todos los ocho mil hombres juntos para la lucha— desde su cuartel

²⁹ Carta de O'Leary a Estanislao Vergara, el 21 de febrero de 1829.

general en Oña una Minuta de bases de paz “propuestas por el coronel O’Leary”. Según ellas, el Perú tendría que respetar la línea fronteriza entre los virreinos de Nueva Granada y el Perú el año 1809, en que estalló la revolución en Quito; se reducirían las fuerzas militares, se arreglaría lo de la deuda, etc., etc. El general La Mar, desde su cuartel general en Saraguro, presentó la contrapropuesta: el Gobierno de Colombia pagaría al Perú todos los gastos de la presente guerra; “el departamento de Guayaquil – ¡éste era el punto crítico!– quedará en el estado en que se hallaba antes de que S. E. el general Bolívar lo agregase a Colombia”, etc., etc. La paz era imposible. Estaba de por medio Guayaquil, la eterna ambición sanmartiniana, ¡y Guayaquil era una de las partes más queridas de Colombia, más valiosas!

Guayaquil, sin embargo, en esos momentos estaba ya en poder de los peruanos. Después de la muerte del almirante Guise en su ría, no había sido dable detener la irrupción de las fuerzas peruanas. Colombia no tenía marina en el Pacífico. Por eso mismo la batalla que iba a darse muy pronto definiría todo, incluida la suerte de Guayaquil.

El señor Villa, que había representado al Perú en Bogotá y que luego por causa de la guerra hubo de abandonar el territorio, hallábase ahora de ayudante de campo del general La Mar.³⁰ Por tanto La Mar conocía al dedillo la situación colombiana, y los episodios de la noche septembrina, las sublevaciones de Popayán y Pasto, las complicaciones en Venezuela. A O’Leary, que lo conoció en esos días del proyectado armisticio, le pareció “excelente sujeto y lleno de honradez, pero no muy hábil diplomático”.

El coronel irlandés creyó que el choque se produciría el 19 o 20 de aquel febrero: “Mi querida Solita: Esta campaña se concluirá dentro de pocos días, porque mañana o pasado mañana se dará una gran batalla. ¿Te contentas con una victoria el aniversario de tus bodas?”³¹ Y... ya que se acordaba del aniversario, ¿qué sería del hijo o la hija que estaba por nacer? ¡Ninguna noticia! Él no lo sabía, pero a fines de

³⁰ CHIRIBOGA, ÁNGEL ISAAC. *Tarqui documentado*. Quito, T. I: 66.

³¹ Esta carta, de 18 de febrero, prueba que el matrimonio fue el 19 o 20 de febrero del año anterior.

noviembre del año anterior –hacia ya tres meses– había nacido su primogénita Soledad, y la salud de la madre y de la hija iban sin tropiezo. Alguna compensación tenía que haber en esa separación dura cuando los esposos habían podido estarse juntos tan poco lapso. Soledad, del mismo nombre que su madre, según costumbre de la época, será llamada Mimí por su padre para diferenciarla de la otra.

La batalla comenzó al amanecer, cuando todavía las sombras dominaban sobre la tierra somnolienta. Quizá esa noche no durmió la tropa, sino que descansó unas horas, después de haber soportado intensísima lluvia; la marcha comenzó a las dos, y sólo los pájaros nocturnos se agitaban en el espacio al mismo ritmo que los corazones de los hombres que soñaban con la victoria al par que tocaban con las manos, con la garganta, con los ojos la figura cínica de la muerte. No habían señalado las cinco los relojes cuando una descarga del enemigo sobre una de las avanzadas patriotas dio el toque de “¡Al ataque!”. Dos horas más tarde, a las siete de la mañana –una mañana brillante en la naturaleza y en las almas– “no había, según el parte oficial de Sucre al Libertador, más peruanos sobre el campo de batalla; la fuga fue su única esperanza, y arrojándose por el Portete de Tarqui al desfiladero de Girón hallaron allí su sepulcro”. De los ocho mil hombres invasores “mil quinientos cadáveres de soldados peruanos expiaron en Tarqui las ofensas hechas por sus caudillos a Colombia y al Libertador, y tal vez los crímenes del 2 de agosto de 1810 en Quito”, añade el parte.

La actuación del coronel O'Leary en la batalla fue sobresaliente, magnífica. A la cabeza del escuadrón *Cedeño* hubo de hacer frente al enemigo desde los primeros disparos, pues la descarga inicial de los peruanos fue contra este cuerpo. Y al *Cedeño*, con otros tres cuerpos, les tocó dar simultáneamente la carga final. Sucre informó al Libertador: “El coronel O'Leary se distinguió por un valor eminente”. El galardón que le correspondía por esta gloriosa culminación en su carrera militar era el generalato, que se le concede en plenitud de justicia. Así, esa su difícil misión diplomática terminó en un soberbio arranque, del que se enorgullecerá siempre. Una vez más el ascenso lo había

alcanzado como el mejor de los militares: en el campo de batalla. El impulso energético y consciente de su vocación de soldado, par de la otra, la del escritor, tomaba ahora un dulcísimo embeleso, que arranca del irlandés esta sencilla admirable frase: “Mi querida Solita: Vamos a concluir esto en Bogotá”. Era él, su subconsciente, su anhelo, lo que hablaba impositivamente. Una victoria, para su alma, quedaba incompleta si no podía depositarla en el pecho de su esposa y en los brazos de su primogénita.

Después de la derrota sobrevino la capitulación peruana. Pudo haber sido perseguido y destrozado el resto del ejército invasor; Sucre, magnánimo, no quiso hacerlo y prefirió ofrecerle a La Mar, por medio de un oficial, una capitulación en términos benignos. Heres y O’Leary fueron los representantes de Colombia en la negociación; los del Perú, los generales Gamarra y Orbegoso. José M. Sáenz, hermano de Manuela Sáenz, la salvadora de Bolívar en la noche septembrina, hizo de secretario. Y se firmó en el pueblo de Girón, al otro día de la batalla, el Convenio previo para el tratado de paz. Sucre, al hacer la ratificación, escribió:

“Deseando dar un testimonio relevante y la más incontestable prueba de que el Gobierno de Colombia no quiere la guerra, de que ama al pueblo peruano y de que no pretende abusar de la victoria, ni humillar al Perú, ni tomar un grano de arena de su territorio, apruebo, confirmo y ratifico este tratado”. Acto seguido, pidió al Libertador que le relevase del ejército: “Si usted me estima y quiere premiar mis pocos servicios y los de Tarqui, hallaré la mejor recompensa en mi separación de todo mando y de todo puesto público”.

O’Leary pidió lo mismo: correr a su hogar. Y partió en volandas a Quito, donde se encontró con el Libertador, que acababa de

llegar de Pasto, para establecer ahí, en la antigua capital de los shiris y tierra de Atahualpa, su cuartel general. Quedaba pendiente el gravísimo problema de Guayaquil en poder de los peruanos. Habían sido derrotados éstos en Tarqui, mas no en la ciudad del Guayas; la guerra no había terminado.

Aquí O'Leary alcanza dos alegrías: un recibimiento entusiasta, jubiloso, de parte de Bolívar –“el Libertador me ha recibido muy bien y está satisfecho de mi conducta”– y una carta junto con un retrato de su esposa. Y sólo ahora se informa de que es padre de una niña, cuyo nombre ignora. “Debes suponer –le escribe desde Quito el 20 de marzo– que todas estas noticias me han gustado más que la victoria y la paz y de todo lo que ha acaecido desde que te conozco”. Y se aprovecha de la carta para insertar un párrafo de finísima ironía, que muestra la calidad del escritor:

Pero, ay, pobre Chepita, qué sensible le sería la muerte de tantos peruanos en Tarqui. Entre ellos había qué de buenos esposos, qué de padres, qué de tiernos hijos, qué de parientes y amigos. ¡Dos mil cadáveres piden mucho llanto! ¡Ay de Gálves, que sostenía una anciana madre y diez hermanitos! ¡Ay de Baulete, que solo sentía morir porque dejaba a Nicolasa de viuda! ¡Ay de los hermanos González, que su padre no volverá a abrazar! ¡Ay de... ! Pero no llore, Chepita, que eran enemigos de Colombia y míos.

Antes de que finalizase abril llegó O'Leary a Bogotá y puso en manos de su esposa el grado de general de brigada. Su tranquilidad no durará sino cinco meses, pues de nuevo le llamarán sus deberes militares. El hombre de acción y de responsabilidad no termina nunca su tarea.

Bolívar, entre tanto, abre la campaña, pues no sólo se negaba el Perú a devolver Guayaquil, sino que el general La Mar trataba de rehacer sus fuerzas.³² Campaña lenta, de más de tres meses, en que el enemigo va retrocediendo poco a poco y tratando de reconcentrarse en Guayaquil. En esa obra tiñosa y firme iba cuando el destino se interpuso sorpresivamente, para cortar esa absurda contienda fratricida. Gamarra derrocó a La Mar; el jefe militar peruano en Guayaquil aceptó una suspensión de hostilidades, ampliada luego a un armisticio de sesenta días, aprobado por Gamarra, con el compromiso de devolver Guayaquil. Todo esto mientras Bolívar, enfermo de gravedad, parecía luchar ya entre la vida y la muerte. Y a tiempo, sobre todo, que en la Nueva Granada (Consejo de Ministros de Bogotá), en Venezuela, con el delegado José Austria, los entusiasmos del coronel Diego Ibarra y una parte de la ciudadanía y en las provincias del Sur se hablaba de nuevo muy seriamente de la monarquía del Libertador. Y él, que lo había rechazado siempre, que lo rechazaría de nuevo, nada sabía de esas actividades, o muy poco, a lo cual no daba suficiente crédito. Hasta que al fin le escribió a O'Leary a Bogotá:

No hablemos más de esta quimera. El Congreso Constituyente [convocado para enero del año siguiente] tendrá que elegir una de dos soluciones, únicas que le quedan en la situación de las cosas: 1a. La división de la Nueva Granada y Venezuela; 2a. La creación de un Gobierno vitalicio y fuerte [...] Yo no veo el modo de suavizar las antipatías locales y de abreviar las distancias enormes. En mi concepto, estos son los grandes obstáculos que se nos oponen a la formación de un Gobierno y un Estado solo.³³

³² PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Historia del Ecuador*. Quito, 1954, T. III: 138.

³³ Carta del 13 de septiembre de 1829.

La República de Colombia había sido aniquilada por los factores que se vieron antes, de origen tradicional, étnico, geográfico y político. En realidad no había dos soluciones, sino una: la división. Si al menos fuese posible que, separados, se mantuviesen ligados... El proyecto monárquico se murió por consunción.

El día 22 de septiembre se firmó el tratado de paz entre Colombia y el Perú, en Guayaquil, y Bolívar retornó hacia Bogotá, lentamente, según lo permitía su quebrantadísima salud. Parecía ya un esqueleto, un Don Quijote en marcha. Al llegar a Popayán se enteró de los trágicos sucesos en Antioquia, en los cuales el general O'Leary había tenido la dirección de las tropas.

El general Córdoba, que, al dominar a Obando en Popayán hacía poco, había manifestado ya su odiosidad contra el Libertador – al general Mosquera le propuso que se destituyese al Libertador para colocarse él, Córdoba, en el poder–, pide permiso al Gobierno de Bogotá, del que formaba parte como ministro interino de Marina, para dirigirse a Antioquia, provincia de la Nueva Granada. Llegado allá se alza en rebelión contra el Gobierno –Bolívar estaba todavía en Guayaquil– y proclama la vigencia de la Constitución de 1821.³⁴ Van con él unos cuantos centenares de militares y reclutas valerosos, entusiastas, obsesionados, que le denominan al general “comandante en jefe del ejército de la libertad”. Son fanáticos que están resueltos a vencer o morir y se han apoderado de la ciudad de Medellín.

El ministro de guerra, general Urdaneta, expide la orden al general O'Leary:

El Consejo de Gobierno ha tenido a bien nombrarle para que vaya mandando la división de operaciones que debe marchar a aquella provincia a restablecer el orden alterado; la que se compondrá de la columna *Cazadores de Occidente*, constante de setecien-

³⁴ Defensa del general Mosquera ante el Senado, en Bogotá, en 1867. Allí denunció la propuesta de Córdoba.

tas plazas [...] Tome sus disposiciones, a efecto de alistar su marcha inmediatamente.³⁵

El nombramiento de O'Leary para tan delicada misión era, al fondo, un paso político. Nadie quería comprometerse en una acción militar que tenía que ver con uno de los generales más valerosos del ejército libertador, liberal en su pensamiento, querido de todos, admirado en la lozanía de sus veintinueve años.

Es la primera campaña que va a comandar el nuevo general, y será también la última de su vida. Desciende con sus tropas hasta el río Magdalena, lo atraviesa y se interna en Antioquia en busca del enemigo. Todo no va a durar sino veinte días. Las tropas van muy contentas y esforzadas: “No ha habido ni un desertor”; “los soldados dicen que el blanquito es excelente y los cuida”. Siete cartas en tres semanas para su Solita. La quiere de veras el irlandés.

De Honda marchan a Pie de Sargento, luego a Nare, Las Juntas y Canoas, hasta que en Santuario, a unos ochenta kilómetros antes de Medellín, se traba la batalla, que dura dos horas.

La lucha es enconada. Córdoba, expertísimo en esas lides, se enfrenta a los atacantes con recia bravura y, al parecer, va ganando terreno. O'Leary maneja el choque con aquella maestría que aprendió del Libertador y de Sucre. En un momento dado, finge retirada; Córdoba cree que triunfa y lanza al combate sus reservas; O'Leary lo arrolla mediante la sencilla táctica, y las fuerzas revoltosas se dispersan en desbandada. El valiente vencido resiste, con pocos, hasta el último minuto, en la puerta de una casa; herido, se refugia dentro, donde penetra Ruperto Hand, un oficial irlandés, y lo ultima criminalmente de tres sablazos. La insurrección había terminado. El general vencedor se acercó al cuerpo yacente de Córdoba y allí se estuvo durante una hora, hasta que el moribundo, inconsciente, expiró. Los dos generales, casi de la misma edad, se querían con amistad honda. Sólo el sagrado

³⁵ Historiadores interesados en abultar el hecho han elevado el número de tropas al mando de O'Leary a novecientos hombres. Fueron seiscientos.

deber pudo forzar a O'Leary a esta campaña que finalizó brillantemente para él, pero en la forma fatal que no hubiera querido nunca. Había dado, incluso, la orden de que se respetase la vida de Córdoba; intentó, antes del encuentro, un entendimiento en cuya virtud el insurrecto podría alcanzar una honrosa capitulación. Nada consiguió. Ahora, ante sus ojos, no estaba sino el cadáver de su amigo, asesinado por un hombre enfermo, feroz.³⁶ Al otro día, inmediatamente después de su parte de victoria al comandante general del Departamento del Cauca, su primer cuidado fue pensar en su familia. ¡Qué hogareño era el irlandés!

Saludo a mi Solita y a mi hijita, y a ellas dedico mis laureles. ¡Qué contenta estará mi Sola [...] ! Y yo no aspiro a otros aplausos [...] He salido del mal paso, pero era tan malo que me parece un sueño [octubre 19].

Dos decretos expidió el general desde la población de Rionegro: el que concede amnistía general a todos los comprometidos en la insurrección, exceptuados los empleados públicos y los de la noche septembrina, y el que declara nulas todas las disposiciones dadas por Córdoba. El consejo de ministros aprobó uno y otro decreto, en coincidencia con la rendición de Fermín Vargas y sus soldados, fracción que estaba de acuerdo con Córdoba para incendiar en la revuelta la extensísima e impenetrable región del Chocó (costa neogranadina del Pacífico).

Y no se hizo esperar el aplauso del ministro de guerra, general Rafael Urdaneta: "...A nombre del Gobierno y mío reciba usted las más expresivas gracias por su comportamiento y sírvase hacerlas extensivas a esa división".

³⁶ Según POSADA, EDUARDO. *Biografía de Córdoba*. Bogotá, 1914: 427 (cita de Carbonell), la calumnia de que O'Leary había mandado asesinar a Córdoba fue forjada varios años después del suceso; pero se hundió pronto en su propia infamia. En cuanto al comandante Ruperto Hand, fue enjuiciado y juzgado en Cartagena, en 1831; se le condenó primero a diez años de presidio y luego a muerte. Pero se fugó, refugiándose en Venezuela, que negó la extradición en esos días en que las pasiones políticas estaban exacerbadas y el distanciamiento de los dos pueblos era muy grande. Hand había lanzado antes un "manifiesto" (6 de septiembre de 1831), en que declaraba que mató a Córdoba para saciar la ferocidad que padecía su espíritu de cuando en cuando. El pueblo de Chagres había sido incendiado por él a causa de esa misma anormalidad monstruosa.

La verdadera, la trascendente, la capital respuesta que esperaba el triunfador era la de Bolívar, que se informó de los sucesos cuando ya había penetrado en territorio neogranadino. El secretario del Libertador (11 de noviembre) le escribió esta carta, que le plugo a O'Leary más que su triunfo:

S. E. me manda transmitir a usted, y por su conducto a la división de su mando, las más solemnes y expresivas gracias por su brillante comportación en la campaña de veinte días a la cual se debe el restablecimiento del orden, confianza y tranquilidad de la provincia de Antioquia, la responsabilidad del Gobierno, el exterminio de sus enemigos, el escarmiento de los malvados y el reposo interior de los demás pueblos de Colombia.

Hubo un hermoso rasgo, terminado el triste episodio en que se perdió uno de los más gallardos oficiales de la independencia. Llegado el día de San Simón, onomástico del Libertador, el general O'Leary, sus oficiales y las personas destacadas de la ciudad de Medellín recordaron la fecha con un banquete (“convite”, se decía). “Se dieron unos veinte mil brindis por mí –le dice el general a su esposa– y se propuso colocar mi nombre en cada ciudad de la provincia en letras de oro”.

El otro rasgo, también muy de O'Leary, fue mandarle a su señora un diploma de hermandad en el convento de carmelitas y otro para su hijita, y agrega en la carta: “Muy fastidiado estoy ya de negocios; pienso volver a mis libros”.

Hay un dolor profundo en el primer edecán: la salud del Libertador. El grande hombre viaja a pesar de que su cuerpo no resiste; el pulmón se le debilita; las amargas morales van paralelas con la debilidad física. Torturándose con estas consideraciones, se dirige a su pariente, el general Soublotte, que está en Caracas, para decirle su angustia, su terrible previsión del futuro que se acerca casi galopante: “Es preciso buscar algún puerto en donde abrigarnos después de la muerte del Libertador. Los ejemplos de Méjico y Bolivia y de Buenos

Aires me espantan”. Según las fechas del destino, falta todavía más de un año para la muerte del genio. ¡Su edecán ya vislumbra el fatal desenlace! Y sabía, además, que en seguida de la muerte del jefe vendría la persecución a sus subalternos y amigos, porque se impondría la fracción contraria. De ahí su temor y su dolor.

El último acto del general, antes de regresar a Bogotá, fue nombrar gobernador del Chocó al comandante Ruperto Hand, lo cual muestra que O'Leary no quiso hallar en el irlandés culpabilidad directa, atribuyendo la tragedia quizá a la efervescencia, cargada de odio y de saña, muy propia de todo combate. Fue aprobado el nombramiento por el Ministerio de Guerra.³⁷ Pero a la vez indica que en esta ocasión como en ninguna otra O'Leary obró con una intemperancia desafiante, casi malévola, que no puede menos de condenar la historia. Hand debió ser dado de baja sin dilación y juzgado.

VII

Jamás mueren en vano los que mueren por una causa grande.

LORD BYRON. *Marino Faliero*. Acto II, 2.

¿Qué sucedía en Venezuela? Desde Guayaquil había enviado Bolívar a toda Colombia una circular (31 de agosto de 1829) en que se pedía a las poblaciones que manifestaran con franqueza, libertad y precisión sus pensamientos sobre la forma de gobierno que preferían, toda vez que el Congreso Constituyente fijado para enero siguiente debía de determinar el definitivo rumbo del país. Al par de la buena voluntad y rectitud de muchos ciudadanos surgieron los intereses políticos y las ambiciones de militares y civiles; asimismo se aprovechó la coyuntura para la expresión de las rencillas, hondas o superficiales, entre regiones.

³⁷ Quien mandó enjuiciar al borracho Hand fue Obando, ministro de guerra, por propósito político. Y hasta hizo circular una carta apócrifa de O'Leary (*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, T. XXIX, núm. 115).

En Venezuela predominaron los grupos bolivariano y separatistas, con mayor peso éste que aquél. Y lo mismo que en 1826, la ciudad de Valencia abrió la brecha. En Valencia residían, con predilección, tanto el general Páez como el doctor Miguel Peña. El 23 de noviembre –el Libertador se hallaba en Popayán, rumbo a Bogotá, y O’Leary ya en la capital– hubo en esa ciudad una asamblea popular, por invitación del gobernador, y se firmó un acta con las conclusiones a que llegaron los vecinos sobre la forma de gobierno más aceptable para la República, según la consulta de Bolívar. Se acordaron dos conclusiones: nada de monarquías, y “que Venezuela no debe continuar unida a la Nueva Granada y Quito, porque las leyes que convienen a aquellos territorios no son a propósito para éste, enteramente distinto por costumbre, clima y producciones”.

Al otro día la reunión fue en Caracas, en casa del jefe de la policía, general Arismendi; en seguida, el 25, se congrega asamblea popular, y el 26 se firma el acta –ya había habido en la asamblea de Valencia gritos de “¡Viva Venezuela, abajo Colombial!”, “¡Viva Páez, muera Bolívar!”– en que se resuelve: separación del Gobierno de Bogotá y desconocimiento de la autoridad de Bolívar, y petición a Páez para que convoque una convención venezolana. A la cabeza de los firmantes están los generales Arismendi y Mariño. La estrella de Páez brilla más en ese instante crucial, patético. Y para reforzar el suceso circulan en Caracas pasquines llenos de insultos y amenazas contra el Libertador.³⁸

Páez se traslada a Caracas e impide que continúen esas procaçidades. Una nueva Asamblea resuelve dirigirse al Libertador, expresándole la determinación de separar a Venezuela y pidiendo su intervención para que el hecho se produzca en paz. Esta vez entre los firmantes están el general Soublette, Yanes, Vargas, Revenga, Urbaneja, Peña. Pero Valencia reacciona; sus vecinos se congregan; desconocen nuevamente la autoridad de Bolívar (acta del 28 de diciembre), piden a Páez que tome el poder supremo y exigen “que

³⁸ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.*: 654.

S E. el Jefe Superior no permita de ningún modo que vuelva el general Bolívar al territorio de Venezuela”. La única región venezolana que se mantuvo fiel a la integridad de Colombia y a la autoridad de Bolívar fue Maracaibo. Las provincias orientales y occidentales del país recomendaron la confederación de Venezuela, Nueva Granada y Quito. En Puerto Cabello la exacerbación fanática y ciega llegó al punto de pedir que el nombre de Bolívar “se condene al olvido”.

Así terminó aquel año de 1829, mientras llegaban a Bogotá los diputados al Congreso Constituyente. Uno de los viajeros era el mariscal Sucre. Para O'Leary hubo en esos días una novedad, que se la comunicó el ministro de Relaciones Exteriores, Estanislao Vergara:

Tengo a honra de participar a V.S. que S. E. el Libertador Presidente ha tenido a bien nombrar a V.S. enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República cerca del Gobierno de los Estados Unidos de América [...] S. E. se halla en la convicción de que V.S. admitirá el empleo para que ha sido nombrado y la confianza que tiene de que V.S. lo desempeñará con el celo, interés y patriotismo que siempre ha manifestado en cuantos destinos ha obtenido.

Junto al nombramiento, el elogio. O'Leary ha alcanzado una luminosa cumbre, forjada con servicios y lealtad, sacrificios e inteligencia. Había servido a Colombia como cualquiera de los mejores. La República estaba orgullosa con él. Al menos, la República bolivariana, porque hasta el sentimiento general de independencia había adquirido ya una diversificación política que obnubilaba a muchos, echándolos a la barricada fanática, hostil.

El Libertador llegó a Bogotá el día 15 de enero del nuevo año 1830. O'Leary debió estar entre los que le recibieron. Cinco días después se instaló el Congreso Constituyente, presidido por el mariscal Sucre; para vicepresidente fue elegido el obispo de Santa Marta, José

María Estévez. Ese día, al leer Bolívar su mensaje-renuncia, produjo impresión hondísima.

Yo vi –dice el general Posada Gutiérrez en sus *Memorias*– derramarse algunas lágrimas. Bolívar, pálido, extenuado, sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días ya apagados; su voz honda, apenas perceptible, los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal.

Cuánto debió padecer el primer edecán, que tanto lo amaba, que lo admiraba sin reservas, que se consideraba privilegiado con estar al lado suyo. Allí, en el augusto recinto de lo que él mismo calificara más tarde de “Congreso Admirable”, pronunció el grande hombre la patética frase de “Cesaron mis funciones públicas para siempre”. Ahí terminaron, en efecto. Lo demás será agonía de meses sobre meses, hasta el golpe final del 17 de diciembre. Nada quiso dejar fijado en sus *Memorias* sobre estos particulares tan profundamente trascendentes, vitales, el noble hijo de Irlanda; su trabajo finaliza con el nombramiento que le hiciera el Libertador de ministro en los Estados Unidos. Nombramiento que, con la renuncia que acababa de escuchar el Congreso, quedaba inconsistente. No llegó a ponerse en ejecución nunca. Y pensar que el propio Bolívar le había escrito: “Le he destinado a usted de ministro a los Estados Unidos, donde seguramente procurarán despedazarme más mis enemigos, y donde debo necesitar más quien me defienda”. Todo comenzaba a hundirse paulatinamente, con irrevocable fuerza destructora. ¿Qué diría el porvenir? ¿Hacia dónde tomaría rumbo la vida del generoso edecán, contra quien se lanzarían feroces las pasiones anti-bolivarianas apenas desapareciese el genio? La tempestad en esos mismos días del Congreso toma ya la voracidad del ciclón. Hierven el odio y la ambición;

la conciencia pequeña trata de ahogar a la grande. El profeta que obraba en Bolívar había escrito seis meses antes y dirigiéndose al propio O'Leary: “[...] Las cosas están para variarse de un momento a otro de una manera bien notable y fundamental”.

La angustia del edecán se muestra íntegra en esta carta a su esposa, en ocasión que luego se señalará, desde el Rosario de Cúcuta:

Mucho me lastima la posición del Libertador, y después de él me conmueve mi propia situación. Por mí no hay retirada. ¿Y qué hacemos? Por mi parte me contentaría sembrando papas y enseñando a la hijita en un pueblo cualquiera de esos. Eso sí, lejos de Bogotá y más lejos de intrigas y negocios. Ya conozco a los hombres, y cuanto más los conozco más me gustan los perros. Realmente estoy desesperado. No sé qué pensar ni qué hacer; todo lo veo perdido, pero se perderá y yo también antes que abandonar al Libertador en estas circunstancias.

Casi en exacta coincidencia con la instalación del Congreso, Páez decreta elecciones en Venezuela para otro Congreso, venezolano, que se instalaría en abril. Piensan los legisladores en Bogotá que todavía es posible llegar a un entendimiento con Venezuela, para evitar la desmembración de Colombia. Los delegados que envía a la frontera son lo más brillante que posee: Sucre, el obispo Estévez y el licenciado Aranda. Venezuela también manda personajes: Mariño, Martín Tovar, Fernández Peña. Aún crecía a ratos la esperanza.

Pero antes, veinte días antes, parte hacia Rosario de Cúcuta – casi la frontera– el general O'Leary a comandar las tropas de esa zona por instrucciones especiales del Libertador. ¿Hay peligro de guerra? ¿A tanto ha llegado la tirantez? Viaja acompañado únicamente de un sirviente, Felipe. En Caracas su cuñado, Soublette, está de ministro de

Guerra; el Ministerio del Interior lo desempeña, desde enero, el doctor Miguel Peña. Halla un clima de visible hostilidad:

[...] Piñango y Mariño me amenazan con anatemas, muerte y la ignominia [...] Ni los españoles, ni los peruanos jamás han dicho tantos horrores del Libertador como los que hoy escriben en Caracas. ¡Ah ingratitud!³⁹

Esta situación y las preocupaciones suyas respecto del futuro. –“Por lo menos, Solita, trata de dar 5.000 pesos a tu compadre para mandarlos a Inglaterra. Tengamos esto siquiera asegurado”– le hacen obrar sin la suficiente cautela. En Caracas le atacan en la prensa. “Piñango se queja de que se ha dado el mando de este ejército a un joven que vino ayer a Colombia”. Su esposa está para dar a luz, y sin embargo le escribe mortificadísimo simplemente porque se ha tomado alguna distracción...

Sucre y los comisionados llegan al Rosario y son agasajados por el general irlandés con un convite y un baile; no se quedan sino cuatro días y siguen hacia la frontera. Quizá Sucre se ha informado de las imprudencias de O’Leary, pues éste se queja por eso:

Sucre se fue ayer, después de haber tenido conmigo mil disputas como siempre. Todo lo perdonaré si consigue el arreglo de estos disturbios y se me permite volver a ti. Ya no tengo otra ambición.

A poco de eso, es el propio Libertador quien se queja de O’Leary (carta del 23 de marzo):

Confieso a usted ingenuamente que no me parece la conducta que usted observa la más conveniente en las presentes circunstancias. Las medidas que usted tome, es preciso que sean las más prudentes, consultando siempre

³⁹ Carta a doña Soledad el 2 de marzo de 1830.

las circunstancias y las ideas del día. Estas son mis instrucciones; y si usted no quiere el mando con estas trabas, mejor será que se venga para acá, pues es menester que se convenza usted de que, prescindiendo de otras mil razones, hay además aquí mucha prevención contra los extranjeros.

Nunca había recibido el edecán una carta más dura. Quizá hubiera podido hallarse disculpa en el estado de ánimo en que se encontraba el Libertador, vencido por el acosamiento de la crisis política, por su renuncia del poder, por su acabamiento físico, por las ingratitudes que le fustigaban cruelmente. Mas, también el edecán padecía serios quebrantos, mucho menores, sin duda; nacidos, sin embargo, de la más elocuente, noble y gallarda lealtad. ¡Qué arduo para él, en tales circunstancias, el estar casado con venezolana! De Venezuela le venían todos los agravios...

La depresión sube a muchos grados:

Cuando echo una ojeada sobre los últimos doce años y medio, y cuando contemplo los trabajos, fatigas y peligros que he pasado, me pregunto: ¿qué ventajas he sacado? Me desespero [...] No, yo estoy resuelto a no servir más. Se acabó ya todo deseo de figurar, toda mi ambición se concluyó.

Diríase que hay en él una especie de participación en lo que sufre su jefe, en cuyo servicio se ha empleado esos doce años y medio, desde que llegó a Angostura con su uniforme rojo de alférez.

La crisis tenía que terminar con la renuncia. Los ánimos estaban caldeadísimos. Cuando el Mariscal Sucre trató de avanzar más allá de La Grita, se le comunicó que no podría hacerlo; se le impediría por la fuerza. Páez, en una proclama de ese mismo mes de marzo, les había dicho a los venezolanos que Bolívar había sido encargado por

la Constituyente de conservar la integridad de Colombia y añadía: “El general Bolívar ha aceptado voluntariamente la odiosa misión, después de haber resignado el mando supremo, y marcha con un ejército a someter el valor indomable de Venezuela”.

Sólo una noticia grata en medio de tanta oscuridad: el nacimiento de su hijo. La primera idea que se le presenta a la imaginación —se lo escribe a la madre de la criatura—, es ésta, muy propia del hombre que no se deja vencer:

Que mi hijo sea un insigne guerrero que, con el tiempo, sea el ídolo de los pueblos y que sea siempre más dichoso que su padre [...] Enséñale desde muy temprano a amar la gloria, pues, no hay nada como hacer ruido en este mundo [...] Es preciso que sepa que, en los trastornos políticos, el más audaz es quien vence [...] Que en la desgracia sea orgulloso, soberbio e inflexible; que busque por compañeros hombres de honor, y que huya como de una víbora de la baja sociedad [...] Que mi hijo prefiera el carácter de Julio César al de Pompeyo, y que vea con horror el crimen que ha hecho un héroe del bandido Bruto.

En estos consejos puede advertirse el profundo orgullo del irlandés; el sentido aristocrático de su personalidad. Y siempre, detrás, aparece inmovible aquello mismo que a él le impresionó tanto desde la niñez: el grande hombre, el héroe, el ser extraordinario.

El 6 de abril entrega el mando al general venezolano Florencio Jiménez, profundamente leal a Bolívar, y regresa a Bogotá. Sucre le expide una certificación, que pone el Mariscal al pie de una carta a Bolívar:

Debo decir a usted que el general O’Leary se ha conducido con mucha circunspección;

ningún habitante ha dado la menor queja y ha hecho guardar tan exacta disciplina a la tropa, que los ciudadanos están contentos de *Rifles*. Parece que es lo que más deseaba usted y el que haya hecho notable la conducta moderada del gobierno y de los jefes.

Era una certificación honrosa, justa, pero evidentemente unilateral. El problema parecía estar en otra parte: en la actitud hacia los venezolanos.

En Bogotá, el primer acto —noble, gallardísimo, extraordinario— del irlandés es bautizar a su hijo con los nombres de Simón Bolívar. No le bastó Simón; pasó el apelativo original a nombre, y le dejó al niño fijado en aquello que para el edecán era la dicha suma de su existencia. Así, si iba a morir pronto quizá el un Simón Bolívar, al menos heredaría ambos nombres otro varón, en cuyo destino forjaba grandes ilusiones el padre. Este solo rasgo bastaría de por sí, como culminación de todos los sucesos, para encumbrar el alma del irlandés hasta la admiración de las generaciones.

Las dos comisiones —la de Sucre y la de Mariño— no pudieron encontrar punto de avenimiento; sobre todo desde el instante en que Sucre, con alto valor, propuso que ninguno de los generales de la independencia pudiese ocupar en el futuro la presidencia o vicepresidencia de los Estados. ¡Mariño consideró la iniciativa como ofensa personal! Los comisionados de Bogotá fueron tildados de proceder con mala fe.

Ya Bolívar estaba separado del poder; lo había encargado al general Domingo Caicedo. Ni su dolor ni su salud le permitían seguir en su habitual sitio de vanguardia, sobre el timón. Al llegar O'Leary a la capital, encontró que el Libertador tenía ya redactada su renuncia irrevocable, que fue presentada al Congreso antes de finalizar aquel abril, y el 8 de mayo salía de la capital para siempre. Iba, sin saberlo,

en busca de la paz perpetua que da la tumba. Quedaba en la presidencia, por nombramiento del Congreso —que también había finalizado labores—, don Joaquín Mosquera. Este nuevo gobernante, cuando ya el ex presidente se hallaba lejos, anuló las credenciales con las que iba a marchar O’Leary a su Plenipotencia de los Estados Unidos.

Todo era romperse, despedazarse, en esos días, en un vértigo destructor que tenía enloquecidas a las gentes de Colombia. El Congreso constituyente de Venezuela se instaló en Valencia, dos días antes de la salida del Libertador de Bogotá, y estampó estas palabras, en su mensaje al de Bogotá, que creía reunido todavía:

Venezuela, a la que una serie de males ha enseñado a ser prudente [...] protesta que, mientras el general Simón Bolívar permanezca en el territorio de Colombia, no tendrán lugar aquellas transacciones.

Se referían a los arreglos de intereses con Cundinamarca y Quito. Si Bolívar era expulsado así, ¿que podía aguardarle a su edecán predilecto? Cinco días más tarde, a contar de aquella partida, el Ecuador también se separaba, independizándose de Colombia. Un general venezolano, Flores, había practicado la secesión para gobernar allí durante quince años. Y como si todo eso fuese poco, la víspera del viaje, las fuerzas venezolanas acantonadas en Bogotá se sublevaron, prendieron a sus jefes y exigieron que se les dejase marchar a su patria. La ruptura y la odiosidad entre venezolanos y neogranadinos era radical, hermética, sobrecargada de odio y pugnacidad. Poco a poco iba disgregándose la obra política del Libertador. En esa crisis, el gobierno de Mosquera quedaba tambaleante desde el primer momento. ¿Quién hubiera podido suceder a Bolívar; quién?... Uno solo: Sucre. Pero Sucre fue asesinado, a menos de un mes de distancia, en la montaña de Berruecos, al sur de la Nueva Granada, por los mismos elementos que produjeron la noche septembrina y las sublevaciones de Pasto y Popayán, en connivencia con la invasión peruana de La Mar.

La opinión de Bolívar sobre ese crimen —carta a Flores— fue categórica: “Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío”. Y el propio Sucre, en la última carta que escribiera en su vida, desde Popayán,⁴⁰ expresó su pensar trascendente:

Yo llegaré pronto allá [a Quito], y les diré todo lo que he visto y todo lo que sé, para que ustedes vean mejor, y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo se conserve esta Colombia y sus glorias, su brillo y su nombre.

O'Leary debió de estarse junto al Libertador todo el día anterior a su partida de Bogotá. Era el ex primer edecán; era el amigo. Aquella noche hubo extraordinaria zozobra en la capital por la sublevación de la guarnición venezolana y su salida, rumbo a su patria. Se temía que la casa donde estaba Bolívar fuese asaltada. “La salida de los amotinados no devolvió la tranquilidad a Bogotá. Las milicias acuarteladas y, sobre todo, doscientos jóvenes estudiantes que estaban estacionados en el edificio de la Corte Suprema de Justicia y que habían despedazado un retrato de Bolívar, colocado en una de las salas, pretendían que se impidiera el viaje del Libertador, a quien atribuían planes contra la libertad. A tal grado llegaron las hablillas que el gobierno dispuso que la Compañía de *Granaderos* se trasladara a la casa del Libertador, y el mismo vicepresidente Caicedo y otros personajes fueron a acompañarle aquella noche, y ninguno durmió temiendo un desacato”. El 12 de diciembre de 1814, cuando Bolívar llegó por vez primera a Bogotá, fue recibido con una excomunión eclesiástica de origen realista; hoy, al despedirse, echaban sobre él un anatema político. Si muchos lo acompañaron al día siguiente hasta Facatativá, cabe presumir que entre ellos estuvo el irlandés, del cual no se tienen noticias exactas hasta más tarde; por lo mismo, es posible que se hubiese quedado en Bogotá, en busca de alguna orientación salvadora.

⁴⁰ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.*: 666.

Mas, si se quedó, no fue por mucho tiempo. Hacia septiembre, toma parte en la agitación vehemente que se produjo en Cartagena, para exigir que el Libertador retornase al poder. “Se llegó a tratar hasta de la formación de un cuarto estado colombiano para el caso de que fuesen reconocidos Venezuela y Ecuador”.⁴¹ El general Montilla promovió un pronunciamiento que secundaron Carreño, O’Leary, Ignacio Luque y José Félix Blanco. Instalóse una Junta. Mas, el Libertador, negándose a atender aquellos requerimientos extremos, comisionó al propio O’Leary para que declarase que lo único que deseaba el grande hombre era la paz. “Yo estoy muy lejos de pretender el mando, sea militar o civil”.

En agosto ocurrió la sublevación del batallón venezolano *Callao*, enviado de Bogotá a Tunja, donde secretamente sería disuelto. Comandado por el coronel Florencio Jiménez, se lanzó a la rebeldía contra el gobierno y, ampliadas luego sus fuerzas, exigió que el general Urdaneta —que había sido arrastrado también a la revuelta— fuese nombrado ministro de guerra, y se expulsaron del país todos los comprometidos en la noche septembrina. El gobierno envió un decreto de amnistía, en el cual trataba duramente a los rebeldes. La lucha fue inevitable; lucha armada, que culminó con la derrota del gobierno y la separación del poder del presidente Mosquera. Inmediatamente fueron enviados comisionados para que se entrevistaran con Bolívar, ofreciéndole el poder supremo que sólo provisionalmente hallábase en manos del general Urdaneta.

A mayor abundamiento, habían llegado de Venezuela emisarios para comunicarle al Libertador que varios pueblos se habían sublevado, exigían el retorno suyo y el mantenimiento de Colombia. La propia hermana María Antonia le escribió: “Ahora mismo están pidiéndote todos los pueblos de Calabozo, Orituco, Río Chico hasta Guarenas y Ocumare con el general Monagas e Infante a la cabeza”.⁴²

Hay un momento de ilusión en Bolívar, como si estallase un breve incendio fulgurante: “La llegada aquí del señor Machado nos ha

⁴¹ ARBOLEDA, GUSTAVO. *Historia contemporánea de Colombia*. 1918, T. I: 63.

⁴² MÉNDEZ, JOSÉ IGNACIO. *El caso de Bolívar*. Bogotá, 1951: 52.

traído el consuelo de saber que los pueblos de Venezuela han vindicado mi honor, volviéndome a reconocer como jefe de la nación...”. Mas, pasa en seguida la brillante ráfaga y retorna la duda, la incertidumbre, la punzante angustia. No hay salvación ni solución. Lo único posible es negarse a todo; porque si aceptara el retorno, tendría que comenzar por fusilar; ¡y fusilar a tantos! A todos responde, en consecuencia, con la negativa, y sólo al general Urdaneta le da las explicaciones verdaderas, en reserva:

Al partido de usted no le queda otro recurso que optar entre dejar el país o deshacerse de sus enemigos; porque la vuelta de éstos sería espantosa. Por no colocarme yo en tan cruel alternativa no me he atrevido a tomar parte en esta reacción, pues estoy persuadido que nuestra autoridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logren la paz ni la felicidad, menos el honor.

Tal vez O'Leary estuvo con Bolívar también en Barranquilla, aunque no hay indicio cierto de ello, ni siquiera en el minucioso Diario de Vallarino. Tampoco consta en el séquito que se embarcó en esta ciudad, rumbo a Santa Marta. De todas maneras, no anduvo lejos; quizá se quedó en Barranquilla, pues al conocer la suma gravedad en que se encontraba Bolívar, emprendió viaje desesperadamente hacia Santa Marta; las distancias le parecían infinitas en aquel larguísimo trayecto.⁴³ Voló: le acuciaba la esperanza, urgíale la angustia. Su compañero Carreño padece tanto como él; tiemblan ante el peligro de llegar tarde.

El destino se burla de ambos. Arribaron a la ciudad cuando ya los despojos mortales del Libertador, muerto en San Pedro Alejan-

⁴³ Puede suponerse que quien le informaba en Barranquilla sobre la salud de Bolívar y su próxima agonía era James Duncan, con quien se cartaba Belford Wilson, edecán del Libertador esos meses finales (y desde mucho antes).

drino el día 17 de ese diciembre, habían sido sepultados en la cripta para ellos preparada. No oyeron ni los cañonazos que rítmicamente daban su fragor de queja sobre el océano ni escucharon el lúgubre redoblar de las campanas. Sólo lágrimas en los ojos y duelo en las almas encontraron en las calles, por cuyo ámbito se difundía un silencio sordo, de vacío.

Lloraron los viajeros su soledad. O'Leary acababa de perder a un ser que para él significó amor, admiración, devociones todas, anhelo de servicio y ejemplo de las más grandes virtudes humanas a que puede llegar un hombre. Ese varón magno había tolerado hasta la dictadura para salvar su obra; pero, ¡qué dictadura! ¡Sin otra fuerza presionante que el nombre, inestable, triste! Iba el dictador de un punto a otro, a caballo, nervioso, casi agónico y desesperado, devorándose a sí mismo la vida. Acosado en un callejón sin salida, con el poder hacia delante y la muerte hacia atrás, ¡ganó la muerte! ¡Ahora, la gran mancha turbia de la reacción y de los odios galoparía libre por América!⁴⁴

⁴⁴ MONSEÑOR NICOLÁS E. NAVARRO, en la *Revista Shell*, de Caracas, marzo de 1954, cita esta carta del edecán Wilson al señor Duncan en Barranquilla (21 de diciembre de 1830): "O'Leary y Carreño acaban de llegar ahora mismo, infelizmente demasiado tarde. El Libertador fue enterrado ayer, después de haber estado expuesto dos días". El propio O'Leary dice en sus *Memorias*: "Destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas, vi bajar sus restos mortales a humilde fosa en la catedral de Santa Marta".

Cuarta Parte

EXILIO

No puede aspirar a obrar grandes cosas sino aquél que tiene capacidad para sufrir mucho.

E. BURKE. *Cartas*. I, (1796).

“Un trueno sordo, semejante al que en el Chimborazo anuncia un inmediato terremoto, corrió de un extremo a otro de la República: ‘¡Murió el Libertador en Santa Marta!’, y todos quedamos aterrados”, cuenta el general Posada Gutiérrez. Urdaneta convocó al Congreso – con la exclusión de venezolanos y ecuatorianos–, restableció las garantías individuales y se dispuso a hacer frente a la vastísima marejada que irrumpía por todas partes. Los generales Obando y López habían organizado en Popayán un ejército de más de mil hombres, para desconocer con él el régimen de Urdaneta, que consideraban caducado con la muerte de Bolívar; y para precipitar los acontecimientos, anexionaron esos territorios al Ecuador. La bandera de la insurrección flameaba desafiante.

Y llegó la conmoción a Cartagena, donde se encontraba el general O’Leary, con el general Montilla, Carreño y otros. Sentíanse náufragos y buscaban el navío de salvación. Si al menos Cartagena, tan leal a Bolívar... ¡Pero no! También en Cartagena estalló un movimiento¹ que se extendió rápidamente a Barranquilla, Soledad y otros pueblos vecinos.

Salen tropas de Cartagena; se juntan a las de otros lugares, y el general José Ignacio Luque pone en derrota a los revolucionarios. Se festeja el triunfo en Barranquilla; hay ascensos militares. Pero durante un banquete (6 de marzo) prodúcese serio distanciamiento entre los generales Luque y Montilla, y Luque, sin más, como si jugase con la patria, con la suerte, con los hombres, vuelve la espalda y se pone a la cabeza de los revoltosos. Marcha, por lo mismo, contra Cartagena,

¹ POSADA, J. *Memorias histórico-políticas*. T. II, 2ª ed.: 399.

apoyado por Carmona y Portocarrero. Montilla no consigue fuerzas militares suficientes. Al fin se acuerda la paz, mediante conferencia entre delegados de ambos bandos. O'Leary y Juan de Dios Amador representan a Montilla; capitulan (23 de abril), entregan a Cartagena y se consideran seguros con las garantías estipuladas en el tratado. Vana credulidad: el general Luque, con la misma ductilidad con que había cambiado de bando, viola el documento, apresa a Montilla, O'Leary, Carreño, Silva, Muguerza, varios más y los expulsa del país.²

Un barco los conduce a alta mar, donde las inmensidades riman con su abatimiento espiritual. Ya nada quedaba por hacer. Urdaneta caería del poder de un momento a otro (¡ya había caído el 28 de abril y ellos no lo sabían!), para que irrupcionara embravecida la reacción anti-bolivariana. ¡Era la hora de los septembrinos, de los que firmaron la extradición del Libertador de su patria, de los que mataron a Sucre, de los que hicieron la vivisección de Colombia para repartírsela! Eso veían en lontananza y en la propia alma los navegantes desterrados, hasta que llegaron a Kingston al comenzar mayo. Evidentemente, al acompañarle al Libertador en la costa atlántica, y sobre todo en Cartagena, habían hecho cuanto estuvo a su alcance para obligarle a que retornase al poder. La Junta de militares y la de pueblo, en la Ciudad Heroica, había tenido carácter de verdadero acto contra la legalidad, cuando el propio Bolívar le obligó a O'Leary a que se presentase en el seno de las Juntas para notificarles que no aceptaba nada diferente de la paz. ¿Y ahora?

A veces la historia trae coincidencias extrañas. Dieciséis años antes, en el mismo mes de mayo y procedente también de Cartagena, el Libertador se había refugiado en esa misma ciudad de Kingston. Sus leales amigos recorrían idéntica ruta; pero ya estaban solos, sin jefe, sin ideales, sin esperanza. Su tarea podía considerarse cumplida...³

La de los otros, sí. No la de O'Leary. Que para él se iniciaba ahora la muy ardua, la extraordinaria labor de compaginar todos los

² ARBOLEDA, GUSTAVO. *Op. cit.* T. I: 86.

³ Manuela Sáenz, el gran amor de Bolívar, también fue a parar a Kingston, desterrada por Santander en enero de 1834.

documentos y apuntes que había ido reuniendo pacientemente, para con ellos escribir su historia monumental... “Muerto el Libertador y destruida su grande obra, me retiré a Jamaica y allí me dediqué a arreglar los papeles y a escribir mis *Memorias*” (advertencia al comienzo de las *Memorias*).

Doña Soledad, que había estado ya en Cartagena desde antes, quizá a raíz del alumbramiento de su tercer hijo, Bolivia —nuevo rasgo de gratitud de O’Leary para con el Libertador, al poner ese nombre también a su hija y no sólo a su hijo!—, esperó allí seis largos meses, hasta que logró el general llamarla a su lado. Antes no pudo por falta de dinero, según consta en las cartas que le escribía a su cuñado el general Soubllette.

El propósito de escribir es firme, luminoso. He aquí lo dicho en dos cartas a Soubllette —la primera de las cuales fue escrita en Cartagena, antes de las complicaciones que produjeron el destierro; entonces O’Leary proyectaba viaje a Nueva York—; la una trae fecha de 31 de abril de 1831 y la otra de 17 de noviembre del mismo año.

Como usted sabe, hace algún tiempo que tengo la intención de escribir la vida del Libertador, y *habiéndome S. E. hecho este cargo en los últimos días de su vida*, en Nueva York, donde gozaré de reposo, pienso dedicarme a este trabajo. Todos mis amigos por estas partes me han franqueado las cartas del Libertador y documentos que han tenido y que no se han publicado. Yo me prometo que usted no será menos generoso conmigo y que, al menos, me conseguirá usted copias de las cartas interesantes que escribió S. E. a los jefes y amigos de Venezuela. El general Páez tiene algunas y el señor Peñalver, a quien pensaba yo escribir, tiene también

unas pocas de interés[...] El general Montilla que se va conmigo ha tenido la bondad de darme todos sus papeles.

La otra, mucho más expresiva, y de una rectitud moral franca, dice:

[...] Tengo que darle las gracias por los papeles que me ofrece usted, y ruego a usted tenga la bondad de remitírmelos aquí. Si usted los acompañara con algunos apuntes, se lo estimaría sobremanera. Quiero que me dé noticias sobre el Libertador que sean correctas e imparciales. No pretendo ser relator de cuentos o romances. Conozco los defectos del carácter del general Bolívar, y no pienso ocultarlos. *Si non erraret, fecerat ille minus* nunca fue más aplicable que al Libertador. Dejaré sus hechos públicos hablar por sí mismos, sin enredarlos con observaciones que quizá los envolverían en misterios y que los perjudicarían. Por lo demás, defenderé su memoria y me suscribiré con gusto a la opinión pública que le ha designado como un *Grande Hombre*. Él ha muerto, pero Colombia, Perú y Bolivia están independientes, y esta verdad dice más que volúmenes.⁴

A este respecto, el trabajo ya realizado por O'Leary puede compararse en esta declaración suya, de julio de 1840, o sea diez años después de muerto Bolívar, que sirve de "Advertencia" al primer tomo de su *Narración o Memorias*:

⁴ CARBONELL, DIEGO. *Op. cit.*: 338-339.

Desde mi llegada a América a principios de 1818 [tenía quince años de edad] comencé a reunir datos y documentos que tuviesen relación con la guerra de Independencia y con la vida del hombre extraordinario que la dirigía [...] Fui asiduo en allegar documentos; en esta empresa ayudáronme eficazmente mis conmlitones, sobre todo Sucre, Heres, José Gabriel Pérez, Espinar, y más que ninguno Pedro Briceño Méndez. Andando el tiempo y a medida que crecía la copia de documentos, pensé en escribir la vida del Libertador, valiéndome de ellos [...] Muerto el Libertador y destruida su grande obra, me retiré a Jamaica, y allí me dediqué a arreglar los papeles y a escribir mis *Memorias*. Los albaceas del Libertador me dieron su archivo; y Soubllette, Salom, Urdaneta, Flores, Montilla, Heres, Lara, Wilson y otros muchos amigos míos, se apresuraron a enviarme los datos que les pedí [...] En 1835, en compañía del general Soubllette, visité al general don Pablo Morillo en La Coruña, y al saber éste que yo me ocupaba en escribir la vida de su antiguo rival, de quien era él grande admirador, diome muchos documentos tomados por los realistas en los campos de batalla de Venezuela.

Esta declaración revela, como en un abrir de puertas de inmenso palacio, la riqueza de documentos y la maravilla de biblioteca con que contó el edecán para emprender su inmortal obra, con la cual complementó y dio airoso remate al júbilo de haber conquistado grandeza junto a un genio. Iba a empezar la metódica clasificación de

piezas y el paciente extracto de datos, para el gigante esfuerzo. Debió de sentir que tenía delante una batalla tan dura como Carabobo o Pichincha, en la cual iba a emplearse años; o un torrente desbordado de soberbia magnitud, que precisaba encauzar, dominar y aclarar. (Pedro Grases⁵, en vista de lo ya realizado, expresa que es “un monumento que compromete la gratitud permanente en América”).

Por sobre aquel acervo, pudo contar O’Leary con otro, de singularísima trascendencia. Bolívar en la cláusula novena de su testamento, expresó: “Ordeno que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemem”. Los albaceas, Pedro Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, José Vargas y Laurencio Silva no acatan aquella disposición, y los documentos, guardados en varios baúles, fueron llevados a Jamaica, el refugio de los bolivarianos vencidos. Allí se hizo una clasificación, entregándosele a O’Leary la parte correspondiente al lapso 1819-1830, Briceño Méndez tomó la relativa al lapso 1813-1818; y el resto guardó Juan de Francisco Martín.⁶

Dos años íntegros empleó el leal irlandés en esos trabajos en la ciudad de Kingston, donde su tenaz empeño toma tal impulso, que las cartas a su cuñado el general Soublette van, en su mayoría, con idéntico ritornello:

[...] Renuevo a usted mi súplica de que obtenga de los corresponsales del Libertador en ese país, copias de las cartas suyas que tengan. Usted mismo tiene varias[...] Renuevo mis instancias para que usted me remita cuando le sea conveniente las cartas y papeles que me tiene usted ofrecidos [...] ¿Podrá conseguirse una colección de los papeles redactados por Díaz en los tiempos de Morillo? Si no fuera muy cara la compraría [...] Como usted tiene amistad con el general Carreño, puede ser que él no tendría in-

⁵ GRASES, PEDRO. *Advertencia editorial*. T. III de las *Memorias* de O’Leary. Caracas, 1952.

⁶ Gracias a Vicente Lecuna todo está guardado en el Archivo de la Casa Natal de Bolívar.

conveniente en cederme las cartas[...] Le suplico que me refiera usted el suceso de Casacoima y el asunto de Piar [...] A la verdad esperé que usted manifestara más liberalidad [...] “En revanche” ofrezco dar a usted una porción de cartas de usted que pude recoger y que le serán interesantes cuando usted quiera regalarnos las *Memorias del general Soubllette*.

Mientras se engolfaba en la difícilísima obra, en la Nueva Granada, el general Caicedo –el mismo que sucedió a Bolívar en el poder en mayo de 1830– había expedido un decreto sobre rehabilitación en sus grados y honores al general Santander, y además al general Padilla y demás fusilados cuando la conspiración septembrina. ¡Quedaba así justificado oficialmente y limpio de culpa el asalto a la casa presidencial para asesinar al Libertador! El general Obando, el del asesinato a Sucre y de la sublevación de Popayán, en apoyo de la invasión peruana, había actuado ya de presidente provisional de la República; y la Convención reunida en Bogotá había elegido presidente titular al general Santander. O'Leary no desperdicia el detalle y escribe, con evidente placer:

Y a propósito de Santander –carta a Soubllette el 26 de agosto de 1832– sabrá usted que llegó a Santa Marta y a Cartagena y de allí nos escriben que no se ha notado otra alteración en él, sino que sustituyó unos calzones de Mahon por los de paño. En el resto es el mismo Reinoso hasta el tuétano. Nos dicen que las observaciones de Santander en la iglesia donde están los restos del Libertador han sido propias de él, indelicadas y calumniosas.

En el Ecuador, Flores continuaba con éxito; y en Venezuela poseía ya el título de presidente constitucional el general Páez. El único problema serio había sido la negativa del arzobispo de Caracas, monseñor Ramón Ignacio Méndez, a prestar el juramento a la nueva constitución. Puso condiciones que no fueron aceptadas y se decretó y cumplió su destierro, junto con el de los obispos de Mérida y Guayana, por idénticos motivos. Hechos éstos que habrán de significar mucho para O’Leary más tarde, cuando se le envíe como representante diplomático ante el Vaticano. Los desterrados pudieron regresar al año y medio (abril de 1832); pero monseñor Méndez volverá a ser expulsado en 1836.

Hacia comienzos del año 1833 el general Montilla —uno de los desterrados— se reintegró a la patria; quizá luego viajaron otros. O’Leary no se movilizó con ese mismo rumbo sino en el mes de junio con su familia. Las impresiones de la isla en sí, y de Kingston en especial, se condensan en pocas palabras:

Aquí, en medio de la peste, nos conservamos bien [...] cólera morbus [...] fiebre amarilla. El día 4 salimos de Jamaica maldita.

Mucho debieron de sufrir en el destierro cuando el general, a pesar de su extraordinaria discreción, llega a hablar de “Jamaica maldita”. El destierro, de por sí, muerde el alma y la hace sangrar. Si a eso se añadían la peste y seguramente mil incomodidades, tanto el fino irlandés como su aristocrática esposa partieron con júbilo, aun a pesar de que ignoraban cuál sería su suerte futura. Contaban en Caracas con una fuerza: el general Soublotte, y quizá eso bastaba.

Lo que importa saber es que en vísperas de viaje ya, O’Leary hace una revelación sobre su obra:

Muy adelantado estoy —le escribe a su cuñado, y entra en estos detalles—: Todos los primeros años de la revolución deben estar llenos de inexactitudes y esta parte necesita una completa refacción. Y la parte en que he

estado más “au fait”, puede ser inexacta en cuanto a mis opiniones; de hechos, no. Y a decir la verdad, he esquivado muy mucho aquéllas en la relación de éstos. Doy las opiniones del Libertador. Tampoco me he arrogado el oficio de censor, porque ahora que todo el mundo encuentra errores de concepto, faltas políticas, poco juicio y menos cálculo en la conducta del Libertador, confieso que yo no encuentro sino genio, grandes talentos y sublimes pensamientos, y sobre todo, muchas y espléndidas virtudes. Uno creería que cuando se investiga tan de cerca las acciones y motivos de un hombre, se debe encontrar más que reprochar que admirar, tal es la fragilidad de la especie humana; pero sepa usted que no me ha sucedido así con respecto al Libertador.⁷

A continuación de esta elocuente síntesis del trabajo que va a llevar a Caracas para completarlo allá, y naturalmente corregirlo, como lo anuncia, hace otra revelación que, sin duda, corresponde a lo más importante no sólo de su investigación y compilación de documentos, sino a lo más categórico de su fervor admirativo.

Yo sujetaría –dice– al Libertador a un examen que muy pocos escogerían para ser juzgados: el de su correspondencia particular, y dudo que ninguno, aunque fuera menos franco y exaltado que lo fue el general Bolívar, saldría tan puro como él de semejante ordalía, si se puede usar de la expresión en este sentido. ¿Qué es Cicerón según sus cartas? Elocuente e ingenioso, no hay duda,

⁷ Carta desde Kingston el 10 de marzo de 1833.

pero débil, pusilánime en extremo y vanidoso hasta el fastidio ¿Qué sería Santander juzgado por esta medida...? ¿Qué... ?

En pleno viaje, en alta mar, doña Soledad tiene su cuarto hijo, al que ponen por nombre Carlos. O’Leary, al dar cuenta del suceso, utiliza su natural humorismo:

Esto quiere decir que tuvo Soledad fortuna, y no que yo aconsejo a nuestras amigas a embarcarse cuando estén encintas. A Mimí y Simón su aparición causó sorpresa y asombro, y creo que todavía dudan si es pescado o de nuestra especie.

El grupo familiar es precioso: Mimí, la mayor, va para los cinco años y muestra una inmensa bondad en sus grandes ojos azules; Simón Bolívar y Bolivia Teresa tratarán de hacer honor al nombre que llevan, el del Libertador, y ahora Carlos, ¡apenas si parece un pescadito! Dos hombres y dos mujeres colman, así, la dicha de ese hogar bien avenido, austero, constructivo. A Bolivia le llamarán siempre “la negra” por cariño y porque tiene la piel de hermoso matiz de los triguales en sazón. Simón se distinguirá por la inobediencia y la poca aplicación en los estudios, más o menos como Bolívar en sus primeros años. En contraste, Carlos, el que acaba de llegar, será muy estudioso. Bolivia, la negra, no encontrará un amor que le satisfaga y permanecerá soltera.

O’Leary siente profundísima emoción al entrar en Caracas después de una ausencia de doce años. Estuvo en ella en los días gloriosos de Carabobo y luego nunca pudo retornar. Cuando el Libertador le encomendara la misión ante Páez no pudo pasar por Caracas por hallarse el general llanero en Achaguas. Ahora, ¡qué diferente era el ambiente que encontraba! No en las construcciones –Caracas no había progresado; padecía decadencia visible como consecuencia de la guerra–, sino en el alma. El presidente Páez se ha instalado en el ca-

serón de La Viñeta, y la deidad que alumbró las charlas de esa casa es Barbarita, la mujer que ha educado al “catire”, haciéndole leer a Rousseau, Cervantes y otros autores; poniéndole en contacto con la música elevada –Barbarita toca el piano y canta trozos de ópera– y ejercitando su voz potente de barítono y la pulsación del violín, instrumento que era su dicha desde los días del Llano. O’Leary lo encontró tocando el violín en Achaguas en 1826. Los bolivarianos perseguidos, incluidos los parientes del Libertador, habían comenzado ya a retornar a sus hogares. Y el propio presidente, en mensaje al Congreso, había grabado estos párrafos elocuentes:

La Nueva Granada, el Ecuador, el Perú, Bolivia, Venezuela, estados que nacieron bajo la dirección del ilustre Libertador Simón Bolívar, la América y la Europa os indican al héroe cuya memoria debe consagrar el Congreso Nacional. Acciones grandes, esfuerzos magnánimos, sacrificios continuos, un patriotismo eminente, proezas singulares, que forman la historia de este inmortal Caudillo que ha solemnizado la fama, desmerecerían sometiéndolos a una minuciosa relación. Hablo ante sus contemporáneos, en el mismo seno de la patria que le dio el ser, testigos de sus hazañas. El nombre de Bolívar no puede pronunciarse sin admiración y merece todo nuestro respeto. Uniendo mis votos a los de mis conciudadanos, ruego y encarezco al Congreso decrete los honores públicos que hayan de tributársele.⁸

Era el eco voluntario y convencido de sus virtudes y de su grandeza.

⁸ *Gaceta del Gobierno*, sábado 2 de febrero de 1833, número 108.

Aunque el Congreso no tomó en cuenta las palabras del gobernante, había vigente una rectificación a pesar de las destempladas salidas de un Rufino González, por ejemplo, que en plena Cámara, al tratarse de los honores al Libertador, exclama: “¿Quiénes fueron Alejandro, César, Napoleón y Bolívar? ¿Fueron acaso otra cosa que unos piratas, unos insignes ladrones?”⁹. Además, hay una vida política densa a causa de la proximidad de las elecciones presidenciales, y O’Leary encuentra a sus antiguos amigos y compañeros en el vasto grupo del partido Bolivariano: Fernando Bolívar, Pedro Briceño Méndez, Justo Briceño, Pérou de Lacroix, los Ibarra, el doctor Réverend. Por añadidura, también Soublette está entre los candidatos a la presidencia, con discreto apoyo de Páez; de ahí que la influencia del aristocrático general sea tanta. Y más aún: otro de los candidatos es el doctor José Vargas —el que triunfará—, tan amigo de Bolívar que lo nombró de albacea en su testamento.

O’Leary, en los seis meses de estada en Caracas, y mientras su cuñado le buscaba algún empleo, debió de utilizarlos en la rectificación, ampliación y complemento del trabajo que traía de Kingston. Puesto en contacto directo con personajes de tanta importancia en el proceso bolivariano, y situado en el lugar donde mejores informaciones podía obtener, fueron esos seis meses muy bien aprovechados.

El general Soublette, Ministro de Guerra, sin duda advirtió que donde podían aprovecharse los servicios de O’Leary era en la diplomacia. Ya había dado pruebas magníficas de sus aptitudes en rama tan delicada y compleja. El diplomático arguye, trama, convence, lleva a feliz éxito una misión. El irlandés, aristocrático y de gran elegancia natural en los salones del gran mundo, unía la venia oportuna al razonamiento firme, y esa su característica tan peculiar de descubrir el lado irónico de las cosas, permitíale reforzar con ello los argumentos, sin dejar salida a la contrarrespuesta. Por sobre eso, qué espléndido acervo de lecturas y qué riqueza de conocimientos, a fuerza de autoeducarse en medio de las campañas, al igual de lo que hacía el propio

⁹ DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Op. cit.*: 177.

Libertador. A base de lo que pudo darle Irlanda hasta los quince años, llegó al dominio del latín, el francés, el italiano y la lengua de Castilla. En sus escritos hay citas frecuentes en esos idiomas, puestas como joyas en lo que iba redactando en español, cuyas riquezas logró descubrir y penetrar.

De no haber sido así no habría captado al genio a cuyo lado le tocó vivir y cuyos hechos trataba ahora de narrar e interpretar. No se puede alcanzar comprensión sino volando alto, hasta situarse muy cerca de la cumbre. Aquella sentencia de que comprender es igualar, aplícase, sobre todo, a quien trata de escribir una vida. Y la del Libertador, por extraordinaria, por genial, requería gran talento, inmensa cultura, poderoso don de captación. De no llevar en sí todos estos merecimientos y potencialidades, habría fracasado el edecán tanto en su empleo honroso como en el cometido de la obra que preparaba.

Hacia fines del año aquel de 1833 el general Mariano Montilla fue nombrado ministro plenipotenciario de Venezuela en Inglaterra, España y Francia; O'Leary irá como secretario. Y los dos partieron el 21 de enero de 1834. El irlandés —no lo presumía— se quedará en Europa, lejos de su esposa e hijos, residentes en Caracas, ¡por un lapso de seis años! Cabe suponer que, de haber nacido en Venezuela, a él se le hubiese confiado directamente la jefatura de misión, y no a un general que carecía de la necesaria preparación para tan difícil empleo. Le hicieron secretario, y él aceptó. No actuaba en el fondo únicamente la necesidad de disponer de un sueldo, que detrás urgía ya otro propósito: el aprovechamiento de la doble nacionalidad. ¿Por qué no intentar que el Gobierno británico utilice los servicios de quien tan profundamente conocía ya América?

Una de las preocupaciones mayores de la nueva Venezuela fue fijar el exacto alcance de los compromisos internacionales y los nexos de la fenecida Colombia, hoy dividida en tres Estados soberanos. La obtención del reconocimiento era el paso primero. Y con ese fin viajaron hacia Londres, Montilla y O'Leary. Durante seis meses —mayo a octubre— negociaron con habilidad y eficacia, de modo que el 29 de octubre fue firmada por el ministro inglés de negocios extranjeros,

vizconde Palmerston, y el ministro plenipotenciario venezolano, Montilla, una convención que mantenía vigente el tratado de nueve años atrás entre Gran Bretaña y Colombia, una vez reconocida por dicha nación europea la independencia de Venezuela. La misión venezolana obtuvo así lo que tenía que ganar en Londres. Sólo quedaba pendiente lo relativo a España y Francia.

La primera persona con quien dieron en la capital británica fue el oficial Miranda, hijo del Precursor. Había servido en las filas patriotas en la guerra de independencia y ahora hallábase residente en Inglaterra. Se constituyó en elemento de orientación y enlace para muchas de las actividades que tenían que cumplir los diplomáticos. En él se podía confiar; él era en sí una parte espiritual de la propia Venezuela. También aparece el señor Mead, pariente de los Blanco en Caracas y a quien conoció O'Leary en Bogotá. Este Mead era secretario del embajador de España, Marqués de Miraflores; por lo mismo, factor de importancia para las negociaciones que se buscaban con la Corte de Madrid, para el reconocimiento de la Venezuela libre. Había el obstáculo serio de que España se desangraba con la guerra carlista —el príncipe don Carlos hallábase en Londres, poco después—, pero se consideraba que la lucha duraría poco (en realidad duró cinco años más), en cuyo caso la reina regente María Cristina entraría a ocuparse de las consecuencias en América de los desaciertos de Fernando VII, su antecesor. Aquella guerra y otras circunstancias, hicieron aplazar el reconocimiento de la Independencia venezolana por Madrid once años.

Una de esas circunstancias fue el sorpresivo retiro del ministro Montilla. En Caracas se adujo como razón que la Cámara de Representantes había negado fondos para el sostenimiento de esa Legación. Montilla partió, sin presentar objeción alguna, a raíz de haber firmado la convención del 29 de octubre a que se hizo referencia. Aquella negativa de fondos para legación tan importante, anterior al convenio, no podía corresponder a economías, sino a propósitos políticos contra el general Montilla. O'Leary, visiblemente disgustado con la sorpresa, se desahogó con su cuñado en estos términos:

¡Qué dirán los ministros de Madrid, los de Inglaterra y el público y todos los amigos de América! A mi juicio se hubiera logrado el reconocimiento de la independencia y Venezuela, que fue la primera en declararla, habría sido la primera en obtenerla. Pero en adelante, ¿quién confiará en hombres o naciones tan versátiles? No quiero decir ni a usted todo lo que pienso, todo lo que preveo, todo lo que temo [Carta del 20 de octubre de 1834].

O'Leary, sólo debía tomar una determinación. Montilla habíale ofrecido conseguir que se le nombrase Encargado de Negocios. Palabras de mera cortesía. Valdría más ser cónsul en Londres, en París. Y si ha de seguir de Secretario, no aceptará esa posición sino con uno de los tres posibles ministros: Soublotte, Urdaneta o Montilla; ninguno más. “Ni mis necesidades me obligan a humillarme”. Además, “en actividad y aplicación no me ganará el que ustedes mandarán... Y sin vanidad puedo decir que le tenía cuenta a ese gobierno nombrarme por mis relaciones aquí y por el influjo de Villiers en Madrid”. Aunque “estoy acostumbrado a no recibir de mis paisanos adoptados sino injurias”.

Villiers era personaje que ya se destacaba mucho en la política inglesa; era coetáneo de O'Leary y llevaba el título de Barón Hyde de Hindon; por sus servicios en España recibió más tarde la Gran Cruz de la Orden del Baño e ingresó a la Cámara de los Lores, con título condal.¹⁰ Este era el gran amigo, el poderoso amigo de O'Leary. Toma actuación así el irlandés en lo más encumbrado de los medios londinenses y, honrándose con ello, hace honor a Venezuela, a la que sirve. En Venezuela todavía no aquilataban con precisión esa valía.

¹⁰ NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O'Leary en Europa. Años de 1834 a 1839*. Caracas, 1939, Introducción: XXVIII.

II

Solía un sabio decir,
en loor de la tierra ajena,
que la patria sólo es buena
para nacer y morir.

LOPE DE VEGA. *El hombre por su palabra*.
Acto I.

Un mes antes de que Montilla retornase a Venezuela, O'Leary pudo cumplir con uno de los anhelos más acariciados de su vida: la visita a su ciudad natal. Ya antes había sido saludado por sus paisanos en la propia Londres. "Hoy estuve donde O'Connell, que me recibió como en los tiempos de mi niñez, lo mismo su señora y toda la familia". Bien puede imaginarse lo que habrá sido aquella conversación, en la cual el vigoroso líder irlandés vio que sus prédicas en pro de la libertad no habían ido a campo estéril, y que el hijo de Cork había realizado con ellas una vida de grandeza. O'Connell, que ya entraba en los sesenta años y hacía retemblar con su verbo y energía la sala de la Cámara de los Comunes, debió sentirse orgulloso con el edecán de Bolívar, gallardo y feliz en sus treinta y dos años admirablemente bien vividos.

En el viaje a Irlanda le acompaña Agustín Iturbide, hijo del emperador de México, fusilado hacía ya diez años. Iturbide hijo, fue uno de los edecanes del Libertador Bolívar y compañero suyo en Soledad junto a Barranquilla, en 1830. De ahí la amistad que trabara, íntima, con O'Leary. En la plenitud del éxito los dos, por las glorias del reciente pasado y por lo mucho de historia grande que se acumulaba en ellos, arribaron a la noble Irlanda, seguramente en son triunfal. La prensa se ocupó del suceso. O'Leary retornaba a los diecisiete años; había salido de ella de quince, un mozalbete bastante desarrollado,

inquieto, aventurero y soñador. Volvía de general de la independencia americana, de diplomático, de edecán del hombre más célebre del Nuevo Mundo, de quien hablaban todos con admiración. Los obsequios llegaban de varios puntos, de diferentes hogares, por amistad vieja, por admiración, hasta por un profundo sentido patriótico. ¡Al fin, era un irlandés el que había dado tanto nombre a Irlanda en el exterior! Muchos ojos debieron de llorar de gratitud. Y el propio O'Leary, tan apasionado pero tan cuidado y controlado en su personalidad, quizá también dejó escapar alguna lágrima de dicha. En el hombre, a veces, se rompen los diques sentimentales y se hace la inundación en que es el alma la que se desborda.

Mis conciudadanos de Cork me votaron una acción de gracias en una asamblea pública, convocada ad hoc y me convidaron a una comida pública [...] Me enviaron una diputación para felicitarme y los diarios de todos los partidos me han hecho elogios que no merezco. En particular he recibido iguales demostraciones de personas de opuestas opiniones, y he tenido invitaciones y congratulaciones de varias partes del reino.¹¹

O'Leary se merecía tan hermoso y encendido homenaje, por ese derecho sumo que adquiere todo hombre a que se le rinda tributo, si ha logrado trocar su existencia en obra de firme grandeza. Además, ejemplo extraordinario había dado a todos con ese desinterés idealista, que consideraba sagrado, al no haber buscado ventajas en la posición que tuvo por tanto tiempo junto al Libertador. Otros las consiguieron. Él vivía de sus empleos, en una limitación honesta que le permitía únicamente vivir con decencia. Eso, al par que le inquietaba, le honraba.

“A Soledad le remito mi respuesta a los ciudadanos de Cork, que es una de las principales ciudades del reino. En Kerry también se

¹¹ Carta al general Soublotte, desde Londres el 26 de septiembre de 1834.

quiso darme un convite público”. Una de las ciudades más detenidamente visitadas fue la capital, Dublín, donde Iturbide es mencionado especialmente.¹²

Lo curioso es que O’Leary andaba equivocado en el cálculo de su edad.

[...] Lo que de positivo he sacado en mi excursión a Irlanda es el perfecto restablecimiento de mi salud y, lo que es más de admirar, ¡un año y meses de juventud! Para aclarar esto, le diré que por mi fe de bautismo que se publicó ahora en Cork, tengo treinta y dos años, cuando yo me creía con un año y meses más. Soledad celebrará este hallazgo.

¡Ha de recordarse que en Cork vivían todavía la madre y la hermana del General! Para ellas debió ser la dicha mayor, la dicha suprema; esa dicha que no se parece a nada en la vida: ¡volver a estrechar a quien ha desaparecido y que vuelve lleno de gloria y fama! O’Leary amaba entrañablemente a su madre. Más tarde escribirá: “¡Todo bien que me sucedía a mí, era debido a ella!”. Todos habían envejecido en su ciudad natal; esa fue su impresión mayor. Habían envejecido tanto como él, O’Leary; pero parecía que más. El terrible impacto del tiempo es lo más deletéreo de cuanto forja la vida para romper la delicia del recuerdo.¹³

Por esos días ya O’Leary andaba en busca de un empleo que quería conseguir directamente del gobierno inglés. En la misma carta en que le cuenta a Soubllette su visita a Cork, le añade estas significativas frases:

Usted preferiría que se me proporcionase algo más sustancial [que convites], y mis amigos personales no lo pierden de vista [...

¹² Sobre Iturbide. LECUNA, V. *Cartas del Libertador*. T. VII: 211 y T. IX: 225.

¹³ El padre y tres hermanos de O’Leary habían muerto. El jefe del hogar, en 1830.

] Tengo grandes esperanzas, que en otra ocasión comunicaré a usted.

En la carta siguiente añade algo más categórico: “Ahora, así que se vaya Montilla, me pondré a trabajar de veras para mí solo. No tendré otra cosa en qué pensar”. No conseguirá nada en varios años. Es irlandés. De haber sido inglés...

Los seis años de estada de O'Leary en Europa, al par que de cumplimiento de deberes diplomáticos, fueron de sano esparcimiento y buen vivir, hasta donde lo permitía su sueldo. Hallándose en la flor de la vida, y adecuadamente defendida la situación económica de su familia en Caracas, puesta al cuidado, en lo moral, de Soubllette—“Cuídeme usted a mis pequeños salvajes... Sustituyo en usted toda mi autoridad paternal y ya que yo no estoy allí le ruego que sea vigilante para con ellos”—, da un poco de rienda suelta a su sed de vivir, de conocer, de devorar su Viejo Mundo que no tuvo tiempo de apreciar en la niñez. No se desborda; su temperamento no estuvo nunca para eso, ni menos ha de desenfrenarse jamás, en episodio alguno. Su corrección fue impecable. Pero sí toma con placer lo que gratamente le ofrecen la tierra europea y sus gentes encumbradas. En una de sus cartas desde Londres, cuenta:

Tampoco tengo tiempo para ocuparme de un asunto tan desagradable [Santander], porque aquí se pasa el tiempo más divertidamente. Hoy estoy convidado a comer afuera; a las diez tengo que ir a la Ópera y a la una y media a un baile [...]

Ahora, con la ausencia de Montilla, y hasta tanto se solucione la situación, sea dándole otro jefe de misión, sea nombrándole a él cónsul general en Londres, sea entrando al servicio del gobierno británico, que todo eso espera a tiempo, determina tomarse dos meses de vacaciones en París, con el propósito de hablar correctamente el francés. De modo que los festejos de la navidad y fin de año, aquel 1834, debió de pasarlos en la capital francesa. En todo ese lapso en

el Viejo Continente nada hará respecto de su obra monumental sobre la independencia y Bolívar, que dejó en su casa, en manos de su esposa. Son seis años de paréntesis en el cumplimiento de su verdadera misión en la existencia; que influyó mucho, quizá, para que el tercer tomo de sus *Memorias* no quedase sino listo para la redacción, con el intercalado de documentos; no se hizo nunca la narración, como en los tomos anteriores. Una falla que ha deplorado profundamente la historia, pues quedaron por esa causa eliminados muchos detalles que sólo O'Leary hubiera dado a conocer plenamente. Por ejemplo, no consta el relato de su estada en la costa atlántica de la Nueva Granada el año 30, ni su destierro. Tampoco señala cómo pudo llegar a Santa Marta para el entierro de su general, sin haber acudido antes a su cabecera, para acompañarle en la agonía. Ni dejó el acervo de sus publicaciones en la prensa, en los días del primer semestre de 1827, cuando Bolívar se estuvo en Caracas, sometido al enconado ataque de los periódicos de Bogotá.

El sucesor del general Montilla en la misión en Londres y Madrid, fue el general Soubllette, quien obtuvo ese honroso cargo al haber fracasado su candidatura presidencial. Nada más grato podía haber deseado O'Leary. Ya nada quedaba pendiente en Inglaterra; el ministro y el secretario fueron directamente a España, hacia abril de 1835. Soubllette, de cuarenta y seis años, llegó también sin su esposa, doña Olalla Buroz y Tovar, con quien se había casado a los veintitrés años y de quien tuvo cinco hijos. Uno de sus biógrafos¹⁴ traza así su silueta: “Bien parecido, alto, delgado, bien proporcionado, pulcro, pelo negro, grandes bigotes (que se los quitó) y tenorio”. Vicente Lecuna lo califica así: “Hombre de cultura y honradez, en la dirección de la guerra era nulo”.¹⁵

De la estada de dos años en España del ministro Soubllette y su secretario O'Leary no hay otra referencia íntima que dos cartas del irlandés para su esposa. Nada se habla allí de la misión que desempeñó Soubllette, pero se conocen detalles que acentúan la personalidad del

¹⁴ VARGAS, PEDRO JOSÉ. *Carlos Soubllette*. Caracas, 1967.

¹⁵ LECUNA, VICENTE. *Crónica...* T. III: 640.

ciudadano de Cork, exhibiendo, de nuevo, ciertas facetas características. Así, al hacer el viaje desde La Coruña hasta la capital, aprovecha O'Leary para dar una muestra de su erudición respecto de España: piensa en Gil Blas, y hace descripciones, parecidas en la forma —vale decir, carencia de imaginación y apego a la crónica minuciosa, sin pasión ni color— a aquéllas de su antiguo viaje desde Bogotá a Achaguas, cuando la misión ante Páez. Madrid le parece inferior a Londres y París. “Su presencia es soberbia, mirada a la distancia en medio del árido desierto que la circunda”.

Se deleita con el recuerdo de su familia: “Hablemos de Mimí y compañía”. Se propone comprarles unas sayas y mantos a las dos hijas; a Simón, un vestido de “maragato” y a Carlos unos dulces y una pluma para la gorra. El general, ahora como siempre, gasta su dinero con marcadísima parsimonia. No es un avaro; pero se defiende, quizá más que por espíritu de economía, por la dura necesidad de tener que vivir más o menos al día. Sus reservas en Caracas no valen gran cosa, y hace lo posible para no tocarlas. Producen intereses, de que se aprovechan, para ayudarse su esposa e hijos.

Por lo que hace a Simón, “que estudie la historia de España, y cuando la visite se acordará de mí y me escribirá el placer que se siente viendo los sarcófagos de Álvaro de Luna y los muchos varones ínclitos que yacen en Toledo”. Y ante el recuerdo de los niños, surge el aristócrata: “Como llevas los niños al campo, espero que impedirás su roce con esclavos y gente que corrompa su hablar, y que cuidarás sus modales y les hagas evitar vulgaridades”.

La misión de Soublette en España —con O'Leary por secretario— no triunfó, no solamente a causa de la guerra civil en que se debatía esta nación, sino debido a las exigencias que presentó, con evidente miopía, al diplomático venezolano. No discutía derechos ni alegaba cuestiones sustanciales. Quería dinero. Esperaba que Venezuela resarciese todas las pérdidas sufridas por los súbditos españoles durante la guerra de independencia; además pretendía que los venezolanos reconocieran las deudas contraídas sobre el erario por las autoridades que representaron a la monarquía hasta el día en que ya no

gobernaron más. Soubllette rebatió brillantemente una y otra exigencia. La primera se caía por fútil, pues si daños habían sufrido los súbditos españoles, los de los patriotas eran mayores, y causados por los españoles. En una lucha de once años, no era posible ni calcular con exactitud quién hizo daño a quién; ante el vigor de la acometida de parte y parte, lo único que quedaba en pie era el derecho del triunfador en cada episodio. Lo segundo —deudas de la Capitanía General— era punto mucho menor que el primero, y aunque en aquel momento no fue admitido, más tarde Venezuela se comprometerá a esos pagos.

Puesto el “*impasse*” en ese punto, era imposible prever un final. El diplomático Soubllette quizá pensaba tentar nuevos vados; pero le llamaron de su país para que se hiciese cargo del poder, en calidad de vicepresidente, porque el titular, doctor Vargas, había renunciado.¹⁶

El arribo de O’Leary a España no fue suceso meramente diplomático o turístico; fue su encuentro con el país y la raza que necesitaba conocer y palpar, para el cabal enfoque de la obra que preparaba.

De no haber tomado aquel contacto, ni habría comprendido plenamente el espíritu de la guerra de emancipación, ni hubiese valorado con precisión el ímpetu de la una parte y la otra. Al ver a ese pueblo profundamente individualista, asceta en muchos puntos, hasta lo heroico —en esos mismos momentos se desangraba, por meros pretendidos derechos a la sucesión en el trono real—, quijotesco y muy aferrado a los sentimientos de honor, debió de comprender cuál fue el auténtico sentido de dominio que ejerció en las colonias americanas. Llegó a ellas en busca de la doble aventura que fijó Cervantes en el Quijote: la hidalga —más tierras para España, más cristianos para Dios, bajo el pendón de Castilla— y la práctica, sanchopancesca, sedienta de oro y riquezas. Exhaustado del oro el Nuevo Mundo, quedó la conquista, con el dominio que eso implicaba y la tierra y el hombre fueron objetos de la explotación, para que no amenguase la abundancia que buscaban los colonizadores.

¹⁶ España y Francia reconocieron la independencia de Venezuela ocho años más tarde (1845).

Pero el español no requería holgura económica por afán de atesoramiento y avaricia, sino para lograr uno de sus ideales en la vida: el placer de no trabajar. Unamuno¹⁷ escribió:

Es proverbial nuestro castizo horror al trabajo, nuestra holgazanería y nuestra vieja idea de que ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico.

De ahí que volviese esclavos a perpetuidad a indios y negros; que menospreciase a los mestizos –los de los oficios mecánicos– aun a pesar de que estos llevaban ya porción de sangre hispana; y que ejerciese el mando con autoritarismo que cerraba todo acceso a los criollos. Obraba en las colonias con esa misma violencia y orgullo que ahora encontraba O'Leary en las ciudades y campos, en una expresión auténtica.

Y fueron los propios españoles, por obra de sinceridad desesperada ante la invasión napoleónica, quienes definieron su régimen en América en documento memorable. La Junta de Regencia, trasladada a la isla de León, cuando ya Bonaparte se había apoderado de toda la península, lanzó un manifiesto a los americanos el 14 de febrero de 1810, en el cual dijo:

Desde este momento, españoles americanos, os véis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.

¡Así estaban!

Aparte de analizar detenidamente el alma española, O'Leary debió de encontrar allá lecturas de significación, para enrumbar su

¹⁷ UNAMUNO, MIGUEL DE. *El espíritu castellano* (ensayos). Madrid: Aguilar, T. I, 1945: 85.

trabajo. Así la obra capital *Noticias Secretas sobre el estado de la América Española* por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que el irlandés cita en la introducción de sus *Memorias* como documento máximo. Esa obra, que no fue descubierta sino en 1826, a los ochenta años de escrita, no circulaba en América. La edición estuvo destinada a Europa, y quizá exclusivamente para España e Inglaterra (fue traducida al inglés). Allí consta el relato de los abusos, opresión e inmoralidad que regían en el Nuevo Mundo hispánico, donde la ley de Indias no la acataba nadie. Los datos de esos dos enviados secretos del Secretario de Estado, Marqués de la Ensenada, “ha puesto de manifiesto –expresa O’Leary– tanta corrupción e iniquidad en la práctica, que justifican plenamente la revolución, en concepto de los que consideran el mal gobierno como motivo justo de insurrección”.

Asimismo, al palpar cualidades y defectos, reacciones de crueldad e indisciplina, tenacidad hasta el sacrificio, debió de considerar el historiador de Bolívar y la independencia que quienes habían realizado la hazaña homérica fueron personas que llevaban buena dosis de aquella misma sangre ibérica. Por eso que se volviera tan cruenta y enconada la pugna; porque peleaban entre iguales, con idéntica pasión y saña, sin ceder ni amenguar la vehemencia. En España vio a América hispana, y cuando regrese a América, verá en ella a España. Si en verdad el abuso, la injusticia, la explotación y la negativa al libre acceso de los criollos determinaron la revuelta, no es menos exacto que en ello influyó el hecho más determinante de la historia siempre: que esos pueblos americanos, al cabo de tres siglos de coloniaje, habían llegado a la mayoría de edad. Entonces, comienza, como en el hombre, la obra de lo individual, así sea sin rumbo, pero sin traba.

Aparte de todo eso, ¡qué oportuno el ejemplo de los Estados Unidos frente a Inglaterra, y qué alentadoras las doctrinas de la Revolución Francesa! Y como si fuese poco, ¡cuán a tiempo la crisis interna española, con la invasión de Bonaparte! O’Leary, que desde América no podía captar todos estos fenómenos, tuvo, sin duda, en España la plena conciencia de ellos e ilustró su criterio con precisión. Fue así inmenso el bien que tomó de su estada de dos años en España.

Todo el mundo nos ha visitado –le cuenta a su esposa–, grandes y pequeños. Pero de quienes encontramos mejor acogida es de los antiguos godos, los jefes y oficiales que hicieron la guerra en América. Nos tratan verdaderamente con el cariño de antiguos amigos y compañeros; hablan bien del país y de la gente de Sur-América y elogian al Libertador sobremanera. Los que sirvieron en el Perú, hablan de Sucre con el sentimiento de hermanos [...] Morillo nos recomendó a todos sus amigos con mucho encargo. Él se ha portado muy bien con nosotros.

Morillo, además, como ya se dijo en su lugar, obsequió a O'Leary con documentos preciosos que el historiador no hubiese podido conseguir en parte alguna; el gran general español los guardaba como recuerdos personales.

Esa fue la otra experiencia magnífica para el irlandés: ver que ya los ánimos se habían serenado en España y que no existía hostilidad ni rencor para con las colonias que se habían independizado. Clima semejante puso en su ánimo aquella gran serenidad que es indispensable para que una obra histórica asuma altura y autoridad.

Sólo un recuerdo se interpone, hiriente: el de Morales, el sanguinario, tan sanguinario como Boves o Monteverde. “Aquí está el infame Morales despreciado de todos y odiado de muchos, particularmente de los que le conocieron en Venezuela”. O'Leary ni olvida ni perdona.

¿Qué hacer, ya sin la presencia del general Soublotte y en vista del fracaso de las negociaciones con la Corte de Madrid? Aquí salta el espíritu juvenil e inquieto del O'Leary que un día se alistó entre los voluntarios para la guerra de América. A causa de ese espíritu, decide darse por Italia una gira de descanso y distracción. No dispone sino de doscientas libras (carta a Soublotte, escrita al día siguiente de la

partida de éste en febrero), pero se las arreglará. Algo de aventura no vendrá mal, hasta que llegue otro empleo o le paguen lo que le deben. De paso, con un poco de despreocupada sonrisa, se ofrece para un nuevo cargo:

[...] si es que la República no necesita más de mis importantes servicios diplomáticos, que siempre estarán a su disposición mediante el puntual acompañamiento del amable sueldo.

Soublette había partido de Londres, y en Londres tomó O’Leary la determinación de realizar la gira, para la cual necesitaba un pasaporte. Lo solicitó al Foreign Office, y éste le otorgó uno “como caballero inglés” –an English Gentleman–, con lo cual, por vez primera, el irlandés toma, en documento público, su ciudadanía de origen. Hasta ahora había actuado como colombiano y luego como venezolano –sus tierras de adopción–; al obtener un pasaporte británico, efectúa su primer desarraigo de los lugares donde forjó la gloria de su carrera militar y diplomática, y hace rumbo hacia su niñez, en un acto de lealtad subconsciente. Quien viaja ahora, en una linda gira de ocho meses, por ciudades y campos de Italia y Suiza, es un ciudadano británico –Mister O’Leary–, muy a pesar de que en sus cartas mantiene tan íntimo contacto con Colombia y con Venezuela en especial, que no puede desprenderse ni de la obsesión anti-santanderista, que lo acosa cada vez que sabe algo de Bogotá. El “Reynoso” es su enfermedad. El pasaporte británico, hoy cosa transitoria, será más tarde cuestión importante, decisiva para el irlandés, cuando entre al servicio de la Gran Bretaña.

Después de ocho días en Bruselas, en compañía de un amigo, La Grúa, que viaja con él hasta Italia, llega a París, donde encuentra numerosos amigos; y con preponderancia entre ellos, por la alcurnia y lo hondo del afecto, la condesa de Toreno, esposa del conde José María Queipo de Llano, con quienes el general Soublette y O’Leary

tuvieron contacto casi permanente en Madrid. El conde fue por ese tiempo Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado.¹⁸ Sólo dos noticias de interés da en su correspondencia, relativas a su estada de quince días en la capital de Francia: los suicidios del general de Lacroix y de Mariano José de Larra. Ante el primero, no pone sino esta frase lacónica: “Montilla le ha avisado a usted del suicidio del pobre Lacroix. ¡Lo siento!”. Nada más. ¡Una simple compasión! ¿Era que no se entendían; que no se querían? Su testamento, encontrado junto al cadáver, en la pensión Baune, de París –enero de 1837– decía:

Cincuenta y siete años, una nueva caída política, separado de mi mujer y de mis hijos hace seis años, sin esperanza de reunirme a ellos, sin fortuna, sin estado, la realidad de la miseria ya presente y la perspectiva de sus inseparables compañeros, la humillación y la ignominia, son los motivos que me determinan a abreviar mis días [...] Mis *Memorias*, que quedan manuscritas, explican la última parte de mi vida [...] El *Diario de Bucaramanga*, que considero ser la obra más interesante, porque contiene la vida pública y privada de un grande hombre, de un bienhechor de la humanidad [Bolívar], está depositado en manos [...], etc.

Era un valeroso y muy digno general de brigada del ejército libertador colombiano el que había muerto; del mismo grado militar que O'Leary; escritor como él, y hombre digno de la confianza del Libertador en Bucaramanga en 1828, compañero por lo mismo del irlandés en esos días. Sin embargo, ¡sólo compasión para él! ¿Por qué? Porque Lacroix era un desterrado.¹⁹ La diplomacia tiene sus reticencias.

¹⁸ NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades...*: 53.

¹⁹ PÉROU DE LACROIX, L. *Diario de Bucaramanga*. Madrid, 1924: XVIII.

En tratándose de Larra, se muestra O'Leary algo más explícito:

Larra [Fígaro] se ha matado. Mala correspondencia de la Dama de sus devociones fue la causa. Unos dicen que la Reina era objeto de su pasión. Otros que una ninfa más humilde. No importa; Larra se ha matado. En Madrid le hicieron grandes obsequios. Sobre su ataúd colocaron sus obras y dos coronas de mirto y laurel. ¡Pobre Fígaro!

Al ir a Italia, atraviesa los Alpes, y se ríe un poco de esa pequeña hazaña. “Los Alpes han respetado a quien ha estado usado a luchar con los Andes”. De Turín va a Roma, donde se entretiene con invitaciones, bailes, “soirées”. Y hace relatos, en su correspondencia, sobre la Ciudad Eterna que sorprenden por la agilidad en el estilo, la precisión de las observaciones, el colorido no brillante, sino exacto; hasta exagera, con el énfasis de sus fugaces apasionamientos. “¡Yo me quedé atónito!”.

En su ánimo de católico sincero debió de insuflársele el alma de misticismo y dicha cuando fue recibido en audiencia por el Papa Gregorio XVI. “Me siento tan ligero de cuerpo y alma desde entonces, que da regalo”. Frase felicísima, que podría firmar un clásico. “... El Papa me preguntó si yo conocía al obispo Lazo. Me hizo muchas preguntas sobre Colombia”. Y aquí el comentario del diplomático y del escritor, antes que del creyente:

Parece [el Papa] un excelente señor, muy llano y amable, y cualquier cura entre nosotros se da más aires que el actual Papa. No me dejó besarle el pie, sino la mano. Conversó mucho y de una manera agradable y natural. Me ha dejado muy Papista.

Aquí supo una intriga forjada en Madrid contra Soubllette. Se la contaron en cartas. A la reina María Cristina “le han convencido de

que usted era, si no el autor, el más activo agente de la revolución de la Granja”. En esa revolución fue forzada la Reina a jurar la constitución liberal. Y la Reina se convenció tan a fondo, que se negó a tomar en cuenta las explicaciones que se le dieron. Sobre ese terreno, ¿qué éxito podía alcanzar la misión diplomática de Soubllette? Nunca pudo saberse de dónde procedió la intriga. Soubllette, desde Caracas, hizo lo posible para desvanecerla. La Reina llegó a llamarle “pérfido, ingrato, traidor”.

De Nápoles toma hacia el norte y llega a Ginebra. Su gira es magnífica; la primavera ha sido aprovechada a plenitud. Y quizás se proponía prolongar tan gratas vacaciones, cuando en la capital suiza recibió la orden de regresar a Roma, para desempeñar la misión que le confiaba el gobierno venezolano ante la Santa Sede. Hacia octubre, después de visitar de paso a Florencia —en todos esos lugares hacía destrozos el cólera!— está de nuevo en Roma, en espera de las cartas credenciales.

III

Nuestras facultades son tan limitadas que siempre creemos tener razón.

GOETHE. *Máximas y reflexiones*: 3.

El destino reservaba a O'Leary rudo golpe en la ciudad de los Papas. Una carta de Irlanda —de un amigo, porque la hermana le ocultó el suceso desgraciado— anuncióle que su madre había muerto. El general de Cork amaba a su madre con esa mezcla de ternura y veneración que sólo existe en quienes advierten que la formación de su carácter procedió de esa fuente mágica. La madre fue quien moldeó el espíritu del hijo que, acosado espiritualmente por el hálito de la gloria, salió un día en pos de ella, con valor y reto.

[...] Esta desgracia sucedió en mayo último.
Me ha hecho tanta más impresión este su-

ceso, cuanto que creía que todo bien que me sucedía a mí era debido a ella, pues aunque no soy muy devoto siempre he sido supersticioso, y además la pérdida de una madre es la pérdida de la primera y mejor amiga que uno ha tenido en el mundo.²⁰

Después de muchos días, insistirá O’Leary en su correspondencia sobre el dolor que le quiebra el alma por esta pérdida. Y éste quizá sea uno de los contadísimos casos en que el irlandés se muestre algo expansivo, hasta el punto de dar a conocer su intimidad sentimental. Reservado, por astucia y por pasión que requería muchas veces venganza u odio –¡pobre Santander!– no abría su corazón casi nunca. Lo hizo ahora; lo hará, de cuando en cuando, más tarde, en tratándose de Mimí, su hija más querida.

La misión del delegado venezolano en Roma, en comisión especial ante el Vaticano, es un drama que dura exactamente año y medio, en un desarrollo lentísimo, en el cual se presentan sólo unas cuantas escenas de interés, suficientes para dar al traste con las mejores intenciones y los más previsivos propósitos.

Comienza en esta declaración al general O’Leary, de labios del cardenal Amat: “Es preciso no pedir demasiado. Esa cosa del arzobispo es ardua”. Allí queda sintetizado todo el problema; pues habrá de enfocarse, ante todo, la situación del arzobispo Méndez, de Caracas, expatriado; y habrá de presentarse, coexistentemente, la parte de la petición: un concordato. El Vaticano insistirá y se encastillará en lo del arzobispo Méndez, y O’Leary tenderá al Concordato, partiendo de la consideración de que en este documento se superponía, en eficacia y consecuencias, al simple episodio del obispo.

Monseñor Ramón Ignacio Méndez, arzobispo de Caracas, apenas expedida la nueva constitución política de Venezuela, a fines de 1811, se había negado a prestar el juramento de sometimiento a ella;

²⁰ Carta a Soubllette, Roma, 4 de noviembre de 1837. Cf. NAVARRO, NICOLÁS E.. *Actividades...*: 81.

juramento que debía hacerse en el templo. Hombre tozudo, hermético y violentísimo, para expresar su sentir, publicó sus protestas, concretándolas en que la nueva carta no reconocía la religión católica como exclusiva del pueblo venezolano; que en el Congreso se habían pronunciado discursos blasfemos; que no se había aclarado lo de los impuestos y contribuciones a favor de eclesiásticos; que el fuero personal había sido abolido; que el antiguo patronato había cesado, etc. El punto capital era el Patronato Eclesiástico “de que la República se había apropiado”, cuando, según el arzobispo, era privilegio personal del monarca español, concedido por los Pontífices; como tal, se lo consideraba intransferible a la República.

Cuando el arzobispo se negó a jurar la constitución en el templo, hubo manifestaciones populares en su contra. Se le fijó un plazo. Páez, para impedir el rompimiento, trató de convencerle, recordándole que la Iglesia había nacido en el Estado y no el Estado en la Iglesia. Todo fue inútil; parece que ni esta carta de Páez llegó a tiempo; y el arzobispo fue expulsado de Venezuela. Instalóse en Curaçao. Con él protestaron dos obispos más y varios clérigos. Al negarse al juramento había entrado en incapacidad para ejercer autoridad. En el exilio le acompañaron los obispos de Mérida y Guayana. Al año y medio se les permitió volver, y juraron la constitución (21 de abril de 1832).

El arzobispo, profundamente herido, continuó tenaz su campaña, en presencia de un gobierno, que efectivamente tenía chispazos fulgurantes de anticlericalismo. Rebelábase, sobre todo, contra la libertad de cultos que había decretado el Congreso del año 34 y, de nuevo, por lo del Patronato, negándose a dar “la institución canónica a los prebendados que le presentó el gobierno”.²¹ Y fue expulsado nuevamente, en 1836 (murió tres años más tarde, en la Nueva Granada).

Este era, en síntesis, el punto neurálgico de las discusiones en el Vaticano, iniciadas por el comisionado O'Leary en octubre de aquel año 1837. El arzobispo Méndez, expulsado por segunda vez, hallábase en Curaçao. “Esa cosa del arzobispo es ardua...”.

²¹ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.* T. II: 58.

La primera escena parece juego intrascendente. El subsecretario en asuntos exteriores, Monseñor Capaccini –“tiene miras de hombre de Estado, sus ideas no chocan como las de sus colegas; medio liberal, a quien por eso no escuchan mucho”–, considerado en general como el brazo derecho del gobierno del Vaticano, le insinúa a O’Leary que pase la nota oficial sobre su misión y las correspondientes cartas credenciales. El comisionado ve la buena cara del asunto y se dispone a presentarse con sus documentos, cuando recibe una carta de Capaccini, “hombre muy vivo y ciertamente franco”, en que elimina de una plumada la invitación a exhibir credenciales. Hay un inconveniente en que no había reparado el Subsecretario: Venezuela aún no ha sido reconocida por la Santa Sede... Golpe efectista, evidentemente magistral, condimentado a tiempo con otros razonamientos:

[...] Que con respecto a Venezuela había ciertas quejas que él esperaba que yo las podría satisfacer; que cuando este país formaba parte de Colombia reconoció la religión católica no solamente como la dominante, sino la exclusiva; que desde su transformación esta disposición ha sido alterada y que no era de creer que Su Santidad viese este cambio con agrado; que el negocio del arzobispo ha causado al Papa un verdadero disgusto; que mientras tanto podrían efectuarse conversaciones particulares [...]

Lenguaje diplomático del más fino. O’Leary replica: lo de las cartas credenciales es cuestión de mera fórmula; los otros puntos encierran una evidente mezcla de lo político con lo religioso; las leyes fundamentales de un Estado no pueden cambiarse; lo del arzobispo puede arreglarse, que para eso estaba el comisionado; y que cualquier demora extraordinaria en el reconocimiento del carácter diplomático del enviado de Venezuela causará sorpresa y hará mala impresión en el gobierno y pueblo venezolanos. La respuesta es firme, certera, enérgica.

—Tenemos que hablar mucho sobre nuestro pobre arzobispo.

—Nuestro pobre arzobispo no nos hará pelear, porque es un excelente hombre, aunque un poco “enteté”.

—El Papa se halla en la persuasión de que Méndez no tuvo culpa.

—Con él se siguieron los trámites legales y fue condenado por tribunales competentes; contra la conducta moral del Prelado no hay queja; abunda en virtudes, pero su genio es violento. Al diputado Gómez llegó a darle una bofetada, y el Senado se vio en el caso de tomar medidas. Se negó a darle a una parienta suya licencia para casarse con un alemán, con el consiguiente escandaloso resultado.

—Y, ¿quién les ha mandado a ustedes ese obispo?... ¡Mal hecho, mal hecho!

—En los países americanos se requiere suma prudencia, monseñor, para manejar los negocios eclesiásticos.

—Pero en Venezuela hay más propensión a las innovaciones que en otra parte de América, y en vista de esto el Papa es de opinión que se debe dejar mucho al tiempo y esperar la presencia de nuevos hombres y Congresos más sabios.

—Dejarlo al tiempo es lo mismo que abandonar la Iglesia católica en Venezuela. La historia de ese país y los vecinos es elocuente. Cuando el general Bolívar retornó de su campaña del Perú y encontró a Colombia agitada por los partidos, quiso conci-

liar los ánimos y confirmar su popularidad. Devolvió a los conventos sus posesiones y restableció algunas órdenes suprimidas. Esa sola medida bastó para que las otras clases se uniesen en contra, y eso fue más fatal a Bolívar que todos los males que existían. Si Bolívar, el hombre fuerte, autor de la independencia, no pudo favorecer al clero cuando él, Bolívar, tuvo más poder, ¡cuán inútil será esperar que gobiernos menos fuertes, aunque siempre dispuestos a hacer lo justo, puedan con suceso oponerse a la marcha de las reformas!

—¿Cuál sería el mejor medio de evitar males futuros?

—Un Concordato. Una vez ratificado, vendría a ser una ley internacional no sujeta a cambios.

—El Papa tiene mucho miedo a los Concordatos. Las potencias los han firmado, pero no los han cumplido. Yo mismo los he redactado todos.

—Pero Monseñor Baluffi, internuncio del Vaticano en Caracas, anunció a mi gobierno que Su Santidad estaba pronto a firmar un concordato con Venezuela; sólo se ha exigido como paso previo la reposición del arzobispo en su cargo.

—Baluffi obró sin autorización para ello. Baluffi es torpe, nulo. Pero, veamos lo del concordato. Usted, sin duda, querrá ante todo el reconocimiento del Patronato. Pero, ¿cómo? ¿Como concesión del Papa? ¿Como herederos de los reyes de España?

—Ni como lo uno, ni como lo otro. No aceptamos la concesión, ni pedimos la herencia, sino que reclamamos el Patronato como inseparable e inherente de la Soberanía.

—Esa es la dificultad; porque la Santa Sede no querrá reconocerlo, ni puede hacerlo. Figúrese usted que mañana puede sucederle al presidente actual, que es virtuoso, un enemigo de la iglesia y nombra un obispo de sus mismos sentimientos; ¿sería posible que el Papa le diese la institución canónica? Pero yo creo que podremos arreglarlo de otra manera, y más tarde presentaré a usted mis opiniones sobre la materia.²²

Ese fue el diálogo: fijación de puntos de vista, donde el Vaticano tenía ya la situación prácticamente definida. No hay para qué forjarse ilusiones ni trazar planes. O'Leary ve las cosas muy claras, y señala al gobierno venezolano su opinión en esta frase de preaviso: “desde ahora preveo muchas dificultades para concluir bien esta negociación”. Y no habían pasado sino cuatro días. Este era uno de los talentos singulares del irlandés, actuante en diplomacia: saber el final casi desde el principio. Así obró en la misión a Chile, donde sus actividades no se hallaban interferidas por nadie, como no lo estaban las de ahora, y como sí lo estuvieron cuando la misión ante Páez el año de “la cosiata”.

La marcha de los negociaciones irá lentísima. El comisionado se consagra, según su vieja costumbre de aprender todos los días algo valioso, el italiano y la teología. Desea sentirse fuerte ante los obispos y cardenales, en el complejo trance en que se hallaba.

En la siguiente entrevista importante, Capaccini recibe a O'Leary con adusto ceño. Las apariencias obran en la diplomacia con su característico significado.

²² Las palabras del diálogo son textuales (Carta de Soubléte, 7 de noviembre).

—No tenían ustedes derecho —exclama el prelado— para tocar los diezmos sin consultar a la Santa Sede; Venezuela está dando muy mal ejemplo; la conducta de Méndez fue muy digna y ha sido aprobada por la Congregación de Cardenales. Por tanto, el Papa no podrá reconocer a Venezuela, en tanto no sea repuesto el arzobispo desterrado.

—Lo que acabo de oír me llena de sorpresa. Deduzco, de lo que se me ha dicho, que mi misión ante el Vaticano ha terminado. Antes de despedirme sólo quisiera saber qué es lo que no quiere reconocer el Papa, ya que el territorio de Venezuela y sus habitantes, cuando eran colonos de España, sí habían sido reconocidos, en tanto que ahora, que son independientes...

—No es eso. Su Santidad ha reconocido la presencia del gobierno de Venezuela como un gobierno de facto, originado de la fuerza. —¡Esa clase de origen es el de la antigua Roma y de todos los gobiernos europeos!

Las palabras se encienden; hay peligro de ruptura. Pero O'Leary se domina y prosigue:

—Pero, dejando a un lado esto de los orígenes, es necesario que se considere por qué el gobierno de Venezuela ha mandado esta misión, a pesar de que en Caracas todo el mundo aprobó el destierro del arzobispo. Fue que el gobierno venezolano quiso dar la más solemne prueba de su respeto al Papa y manifestarle su deseo de arreglar las diferen-

cias que la terquedad del arzobispo habían producido. Resulta demasiado nuevo en diplomacia rechazar una misión de paz sin oírla. El mundo católico juzgará de lado de quién está la culpa. Lo que se quiere hacer con el gobierno venezolano es una burla.

—Suplico a usted que considere como no habida la primera parte de esta conferencia. Usted tiene razón, y le hablaré al Papa, en cuyo ánimo, sin duda, harán efecto las observaciones de usted.

¡Evidentemente la firmeza era la lógica mejor!

En eso iban las negociaciones, cuando en la ciudad alemana de Colonia se presentó un caso parecido al de Méndez.

El arzobispo de Colonia, un viejo terco y fanático, ha desobedecido al gobierno, y el rey lo ha arrestado y luego expulsado de la diócesis. Con la Prusia el Papa no puede ser tan arrogante como con nosotros.

Así informa O'Leary; pero lo que creyó suceso favorable, en realidad se trocó en hecho contrario, porque el Vaticano, por atender a Prusia, echó a segundos términos lo de Venezuela. Los plazos de entrevistas se alargan, carecen de médula de diálogos. A Su Excelencia —“así me llaman”— le da un ataque de nervios; ya lo había sufrido en Madrid. En una de las visitas al Subsecretario, infórmanle de que ha sido negada la petición del padre José Félix Blanco para que el Papa le permitiese casarle. ¡Se la negaron a perpetuidad! Sin embargo O'Leary recomienda que se insista, y que en último caso solicitará ese permiso como un favor particular.

Hacia marzo (1838) —habían pasado ya cinco meses— vuelve el Vaticano a la insistencia: ¡hay que restablecer a Méndez en su arzobispado! O'Leary se descontrola un tanto y expresa a Soublette que está muy disgustado. El Vaticano ofrece mucho, sin cumplir nada. “Dios

me ilumine. Muy malo sería quebrar con estos Santos; pero si allí lo quieren (en Venezuela), fácil será”. Y aún más categóricamente:

Usted sabrá si un rompimiento con la Santa Sede sería provechoso para Venezuela. Ojalá lo fuera, porque la sumisión del mundo católico a estos viejos hipócritas es verdaderamente degradante; pero no creo que nosotros estamos en el caso de ponernos a la vanguardia de una revolución de tanta magnitud. Yo quisiera que en España se hiciera alguna locura en este particular, como por ejemplo, que se propusiese en las Cortes el hacer una invitación a los gobiernos de América para hacer una liga contra las pretensiones del Papa.²³

Evidentemente, O’Leary, en uno de esos accesos de intemperancia que él mismo reconocía que eran muy propios de su temperamento, ha perdido el tino; ya no habla como diplomático, sino como hombre herido, fanatizado. Reaccionará, en sentido positivo, recuperada la serenidad; pero no olvidará el agravio hasta el final. Como un sedante a la punzante mortificación, pide a su cuñado presidente una recomendación para que Inglaterra le dé un Consulado. La otra patria, la primitiva, insiste en atraerle.

Retorna a presionar ante el Vaticano, para la firma de un concordato. Los argumentos son ahora más contundentes: en las dos expulsiones del arzobispo, nadie en Venezuela se levantó para defenderlo, y no había sino un ejército de poco más de mil hombres en todo el territorio. Por otra parte, la historia europea era muy aleccionadora: cuando la Reforma protestante, también se dijo que la mayoría de Alemania era católica, lo mismo que en Inglaterra; sin embargo...

²³ NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades...*:115.

Ya no es monseñor Capaccini el que actúa, sino monseñor Brunelli, un hombre excesivamente cauto. De paso, descubre O'Leary un detalle que podría aprovechar —no lo aprovechó—: el arzobispado le costó cuatro mil duros a Méndez, cuando, de ordinario, los derechos no llegan sino a ochocientos; la diferencia no se la han devuelto.

La adversa opinión continúa en O'Leary:

Mucho dudo que nos den las bulas para los obispos, si todo no se arregla. Más bien fomentarán inobediencia que inculcar sumisión al gobierno. Son malos estos clérigos.

En realidad, nada se progresa, por causa del incidente en Colonia. El Vaticano no piensa sino en eso. Y el tiempo pasa. O'Leary sugiere la conveniencia de dejar en Roma una Legación; él está dispuesto a partir.

En octubre, el dramatismo adquiere temple.

Ahora, después de cerca de un año, han salido estos señores con la misma pamplina de antaño: autorización del Papa a Méndez para dar la colación. Dicen que el Papa, no habiendo reconocido anteriormente a Venezuela, no puede violar las formas diplomáticas haciendo un Concordato con nosotros. ¡No violar las formas diplomáticas un gobierno que es capaz de violar cuanto hay de más sagrado si conviene a su interés! En la conferencia que tuve sobre el particular con Brunelli ha repetido todas sus antiguas sandeces sobre libertad de cultos, diezmos, destierro de tres obispos [...] Yo no sé ahora qué decir ni qué hacer. No tenemos ni una esperanza remota de lograr del Papa un Concordato. Primero vería Roma perecer a todos los católicos de Venezuela que violar

una de sus máximas favoritas: de no retroceder [...] El Papa ha dado un no redondo a la cuestión del Concordato.

Evidentemente, todo había terminado. Con su terrible mordacidad, O'Leary exclama:

¡Ah! ¡Padre Méndez! ¡Si nos hiciera el favor de dejar el campo libre! [...] El general Bolívar decía que para hacer un buen patriota de un americano no era necesario otra cosa que hacerle ir a España, y creía que para hacer un buen católico ruborizarse por su religión, basta que venga a Roma.

Nunca, en ninguna de las circunstancias anteriores en la vida del irlandés se observa un disgusto tan profundo, con la única excepción de los días de la Convención de Ocaña, contra Santander y los santanderistas. La filípica sigue, en cartas posteriores: “Brunelli es un sacerdote cerrado y fanático”. Pero no pierde el tino; O'Leary no se fue de bruces nunca.

Sean firmes [en Venezuela], pero no rompan con la Iglesia. Dejen siempre abierta la puerta a la conciliación. Por Dios, sean prudentes y no envuelvan al país en una guerra religiosa.

Ya ha entrado 1839. La presidencia de Soublette toca a su fin, y ocupará pronto el poder el general Páez por segunda vez. O'Leary (en abril) recibe la orden de abandonar a Roma, dejando los asuntos “in statu quo”. Muere en Puerto Cabello –Venezuela– el cónsul inglés; O'Leary ve en ello una oportunidad. ¿Actuarán sus amigos para ayudarle?

Antes de salir de la Ciudad Eterna, alcanza una entrevista con el Papa, más por curiosidad y cortesía diplomática, que por objetivos determinados, relativos a la misión. Todo había concluido. La primera vez, se acercó al Pontífice con la reverencia suma del católico, año y medio atrás. Hoy se presenta como inquisidor, en funciones extrareligiosas. He aquí sus impresiones:

Su Santidad se queja mucho de los gobiernos de América y, lo que es raro, no por ser irreligiosos, sino por su inestabilidad política; y en esta parte el Santo Padre no sabe lo que dice. Él es buen teólogo pero pésimo político, y muy rancio en sus ideas. ¡Dice que nosotros cambiamos ministerios frecuentemente!, que las revoluciones son eternas, etc. Yo le dije que en Francia ha habido más movimientos en estos últimos ocho años que en Venezuela, y diez veces más cambios de Ministerio. En todo me remitía al Ministerio de Estado. Es muy difícil tratar con esta gente.

El general diplomático va a Londres. Ha sido comisionado para la liquidación de la deuda de Colombia con los tenedores de los bonos. En su equipaje —¡qué lógico en él y qué ejemplar!— se lleva más de trescientos libros en italiano.

En la capital británica, como en otra ocasión, es recibido por el hijo del general Miranda, quien durante casi todo el lapso de la misión del irlandés en Roma ha servido con gallarda buena voluntad en múltiples detalles. Este ex oficial lleva con el general de Tarqui, no sólo estrecha amistad, sino que juntos veneran la memoria del Libertador. Es su nexo capital. Miranda estaba informado, por sus comunicaciones del propio Soubllette, de los detalles de la deuda colombiana; así, parte de los trabajos habían quedado adelantados. Soubllette actuaba con su cuñado con una especie de amistosa fraternidad, en que hacía

de hermano mayor, ayudándole y cooperando con él para que triunfase y tuviese constante ocupación, que salvara los problemas económicos hogareños. O'Leary correspondía a esa generosa solicitud y ahorra cuanto podía, eximiéndose “de diversiones y placeres”. Además, su esposa había recibido, sin interrupción, una suma aún mayor que la que habían convenido cuando se separaron, hacía ya más de cinco años.

En contraste con lo que acababa de vivir en Roma, aquí, en Londres, no existe intensidad dramática alguna en el problema que se le ha encomendado. El británico Irwing, que es quien ha de entenderse con los tenedores de bonos de la antigua deuda colombiana, es “uno de aquellos hombres francos y honrados, perspicaces e inteligentes, con quien se puede tratar sin perder tiempo”.

Pero, ¿en realidad había una misión seria para O'Leary en este negocio de los bonos? ¿Verdaderamente se le había encomendado la solución de ese problema, en que tenían que actuar los comisionados del Ecuador y Nueva Granada simultáneamente? Al principio sí; únicamente al principio. Y procede con la seriedad del caso. Se entrevista con Irwing, quien le manifiesta que la mayor dificultad estaba en la manera de separar la responsabilidad venezolana de las neogranadina y ecuatoriana. Ante una pregunta del inglés, O'Leary expresa con franqueza que la Nueva Granada estaría en posibilidad de atender compromisos; no así el Ecuador, cuyo representante, señor Gual, ya se había entrevistado con O'Leary y con Irwing. Respecto de Venezuela, Irwing exige el pago de lo que falta por ese año, 40.000 libras esterlinas.

El viaje de Roma a Londres lo realizó O'Leary lentamente, en más de un mes; se encontró así con numerosas cartas. Luego vinieron otras. Y en una de ellas, el general Soublotte, que iba a dejar la Presidencia, le aconsejó que presentara la renuncia. El señor Fortique sería el comisionado para esas negociaciones. En esos mismos momentos se efectuaba en Bogotá, con la concurrencia de delegados del Ecuador y Venezuela, una conferencia consagrada a liquidar lo que le correspondía de deuda a cada una de las tres naciones que formaron

Colombia. El reparto se había hecho cuatro años atrás, sin la concurrencia del Ecuador²⁴ y por culpa del presidente Flores. En virtud de aquel arreglo, que fue ratificado ahora, la Nueva Granada admitió el cincuenta por ciento (cincuenta y un millones y medio de pesos, por capital e interés), Venezuela el veintiocho y medio por ciento (casi treinta millones de pesos) y el Ecuador veintiuno y medio por ciento (algo más de veintidós millones de pesos, suma evidentemente excesiva para este país, dada su población, extensión territorial y capacidad económica).

O'Leary aceptó la insinuación de su cuñado.

Haré la renuncia y no sentiré que la admitan, puesto que usted cree que así conviene; pero hablándole con toda sinceridad y franqueza, diré que sentiré mucho la pérdida del sueldo.

En suma, debería esperar en Londres la llegada de su reemplazo; ganar sueldo sólo hasta entonces, y retornar a Venezuela, sin empleo. ¿Qué podía esperar del gobierno de Páez, posesionado del mando desde febrero de ese año, si entre Páez y él había de por medio la famosa entrevista en Achaguas en 1826, cuando la misión que terminó en fracaso? Páez era hombre que no olvidaba. ¡El pasado, como suele suceder con excesiva frecuencia en la vida, se alzaba ahora para destrozar el porvenir!

No es sólo la falta de empleo lo que le obsesiona, con martillo duro, al ex edecán. Su esposa tiene en Caracas algunas reservas. Está seriamente preocupado con la educación de sus hijos. Si pudiera conseguir que le dejaran en Londres o en Roma, “podría ahorrar suficiente con que dar a Simón una brillante educación. Ya tiene nueve años y todavía no sabe leer el pobre niño”. Está como el niño Simón Bolívar, a esa misma edad de nueve años: analfabeto. Era la costumbre de esos tiempos.

²⁴ PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Op. cit.* T. III: 182.

Viaja Miranda a Caracas, el irlandés aprovecha para remitir un regalo que trajo de la Ciudad Eterna para la suegra de Soublette: “un pequeño crucifijo curiosamente labrado en la Edad Media, por un santo artista, de un hueso de una de las once mil vírgenes compañeras de Santa Ursula”. Para las demás amigas llevará personalmente rosarios benditos por Su Santidad. O’Leary es caballeroso, es fino y delicado con esta suerte de recuerdos. No cae en la mediocridad de los “regalos prácticos”.

Las conversaciones en torno de la deuda no progresan, porque el representante de la Nueva Granada, señor Mosquera, apenas si está en viaje. Gual, que actúa por el Ecuador, se impacienta y se va a París; luego a Madrid, donde se sabe que le han nombrado ministro plenipotenciario. En Londres se presenta un secretario, el señor Wright, con poderes para actuar. Ante la perspectiva de los arreglos, los bonos suben a 33 y hasta a 35.

Por lo que veo –informa O’Leary– no se hará arreglo alguno, porque, aunque los ánimos están dispuestos a favor, cualquier arreglo que se haga con nosotros, por cuyo medio se remita parte de la deuda, se tomaría por precedente a que los otros Estados de América y Europa apelarían. La idea general es que nosotros podremos pagar un tres por ciento capitalizando los intereses devengados. Se dice que los tenedores no pretenderán más ni aceptarán menos.

Mosquera llegó en octubre, o sea casi cinco meses después que O’Leary. Y su primera actitud fue desconfianza ante todos, a tal punto que Irwing se mostró muy sorprendido. El doctor Alejo Fortique, reemplazo del irlandés, arribó a fines de ese mismo octubre y la comisión de O’Leary quedó terminada.

Sin embargo, el general no partió en seguida; esperaba dinero de su esposa y, sobre todo, aguardaba el resultado de sus gestiones para conseguir un cargo del gobierno británico.

Ayer tarde vi a O'Connell, que me recibió muy afectuosamente. En esa primera entrevista no hice ninguna insinuación sobre el consabido negocio [...] Dentro de tres semanas o cuatro puedo recibir respuesta de Villiers, si me quiere responder [...] O'Connell, por no estar de buenas con lord Palmerston, no quiso hacer la aplicación [solicitud] directa; pero, lo que es lo mismo, lo ha hecho su sobrino, que es el más popular de la familia, y me escribe que todo lo hará para que se logren mis deseos.

O'Connell, el valeroso y tenaz defensor de los derechos e independencia de Irlanda, al par que del catolicismo, era en esos tiempos profundamente detestado por la aristocracia británica, al extremo que cualesquiera actividades en contra del gobierno, a él se las aplicaban, con o sin fundamento. O'Leary no sólo es íntimo amigo de O'Connell y su discípulo en aquel nobilísimo principio de hacer de la vida una grandeza, sino que, por irlandés, prácticamente llevaba mucho en contra.

Ciertamente, yo creo que mi nombre, o apellido más bien, es el mayor obstáculo al logro de mis pretensiones [...] Confieso que mis esperanzas son pocas y me resigno a lo peor, que es volver con las manos vacías.

Los seis años de Europa le han dado de todo, menos un final triunfal. Se siente abatido, con algo de resentimiento.

Los O'Connell me han escrito que me quede hasta que lleguen aquí, prometiendo asegu-

rar mi pretensión; pero no lo hago por no asustar a ustedes, que tan deseosos se han manifestado de verme en esa dichosa tierra. En enero nos veremos, si Dios me ayuda. Fortique me ha prestado trescientas libras.

El último mensaje es triste; habla de los últimos muertos: el arzobispo Méndez –“su muerte me ha sido sensible, a pesar de los disgustos que les ha dado”–; don Gerónimo... Y asienta este párrafo magnífico, revelador del alma grande que había en él:

Dentro de poco desaparecerán todos los antiguos patriotas que dieron ser a Colombia; y, dígame lo que se quiera de ellos, yo creo que sus sucesores no son mejores que ellos ni más desinteresados. Cuanto más viejo me pongo, mayor es mi cariño y respeto por aquellos con quienes he pasado trabajos. Ha habido algunos malos entre nosotros, pero los que han sido buenos, y eran muchos, no han tenido hasta ahora superiores. Dios conserve a usted, general Soublotte, a Montilla, Urdaneta y todos los antiguos compañeros de Guayana, conocidos y no conocidos, y que descansen en paz el Libertador, Sucre, Anzoátegui y los demás que se han ido. Injusta ha sido la suerte con todos, muertos y vivos.²⁵

El espíritu de O’Leary, hombre ya de treinta y siete años, privado del anhelo de ascender que lleva dentro como llama quemante, mira al pasado en el cual descubre tanta grandeza. Y con ese mirar toma el barco de vela que le conduce a La Guaira; el océano ofrece siempre nostalgias y esperanzas.

²⁵ NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades...*:188-189.

Quinta Parte

LA OBRA

I

Cuanto es el beneficio más gracioso, tanto deja al hombre más obligado.

FRAY LUIS DE GRANADA. *Guía de pecadores*. I, VI.

La primera gran sorpresa emocional de O'Leary, al llegar a Venezuela en aquel enero de 1840, fue “conocer” a sus cuatro hijos. Seis años son mucho, y en un lapso así los niños cambian radicalmente; la mayor, Soledad, iba ya por los once años.

Pero detrás de eso había algo más medular, en cuanto al destino del irlandés: el retorno a Bolívar, que había sido abandonado casi por completo, con la interrupción del lapso pasado en España. La compilación de documentos y la redacción de las *Memorias* debió ahora volverse el nuevo trabajo, ya que no había por el momento cargo alguno que desempeñar. Durante su ausencia, doña Soledad sin duda recibió o consiguió más documentos y datos, en esa obra de colaboración propia de los hogares bien avenidos, como era éste. Y algo más de un año hubo de ocuparse exclusivamente con ese alto y trascendente menester, pues al cabo de ese tiempo entrará ya en otras actividades.

Lo que quedaba palpitante en el ambiente, por esos meses, era la preocupación por recuperar los restos del Libertador, a fin de trasladarlos a Caracas, como había sido su expresa voluntad. O'Leary encontró que doña Antonia Bolívar, hermana del grande hombre, no había cesado en sus gestiones ante el gobierno. En uno de los mensajes, escrito en San Mateo hacía sólo algo más de un año, presionaba al Presidente, general Carlos Soublette Xeres, pariente suyo, para que actuase ante el Congreso.

Creo –decía– que el tiempo transcurrido desde el fallecimiento de Simón, hasta la fecha, es más que suficiente para que se hayan calmado, si no extinguido, las pasiones de los hombres; y yo, por mí y a nombre de los demás herederos, hago a usted con encarecimiento la súplica de que nos conceda el permiso de trasladar a Caracas las cenizas de mi hermano [...] Sus cenizas yacen en países extranjeros, no porque nosotras sus hermanas no hayamos hecho toda especie de gestiones y esfuerzos por cumplir con un deber sagrado, sino porque siempre hemos encontrado un obstáculo, casi insuperable, en las circunstancias políticas que en diferentes épocas han agitado a Venezuela.¹

Precisamente a causa de esas circunstancias políticas, el general Soublotte había considerado, como Páez en su primera presidencia, que correspondía al Congreso dar esa licencia. Y al Congreso se dirigió, en párrafo especial de su Mensaje de 1839, concebido con inmensa nobleza:

Nada debe reprimir ya los nobles sentimientos de gratitud y orgullo nacional que nos recuerdan a Bolívar, que ha más de ocho años descendió al sepulcro. El genio, los servicios, el mérito, la gloria de este Héroe, primer caudillo de nuestra independencia, honran a la América toda y particularmente a Venezuela, a quien pertenece el precioso depósito de sus restos por su expresa voluntad.

¹ MÉNDEZ, JOSÉ IGNACIO. *Op. cit.*: 177.

Estas palabras, dichas por uno de los generales que tuvo serias diferencias con el Libertador, y en presencia de generales como Páez, Mariño, Santander, que todavía vivían y hallábanse actuantes, adquieren un relieve y una trascendencia inolvidables. Soublette fue el primero en llamar a Bolívar, en documento público, “genio que honra a la América toda”.²

Aquel Congreso, como el de seis años atrás, cerró los oídos a la petición presidencial. Había que esperar; pero el propósito estaba en el ambiente, en el ánimo de todos. Fue lo que vio y palpó O'Leary con inmenso júbilo para su corazón. Era presumible, además, que, siguiendo como seguía el general Soublette de parte integrante del poder, como ministro de Guerra y Marina, en compañía del inmenso bolivariano general Urdaneta, la acción encaminada al traslado de los restos del Libertador alcanzaría éxito pronto. Los Congresos anteriores no habían atendido la petición del traslado de las cenizas del héroe a causa de dos consideraciones fundamentales: una de delicadeza, pues se creía que con eso se justificaba, ofendiendo la memoria de Bolívar, la disolución de Colombia; y otra de carácter político, ya que las revueltas internas habían tomado la bandera bolivariana. Sin embargo, el Congreso de 1833, en acuerdo del 15 de mayo, acordó la ratificación de todos los títulos de honor que los cuerpos representativos de Colombia habían dado al grande hombre, añadiéndole el de Magnánimo; y había ordenado que la ciudad de Caracas tomase el nombre de Ciudad Bolívar (este nombre no se aplicó a Caracas, pero sí a Angostura, en 1846), que se erigiese una estatua ecuestre en la capital y que el 17 de diciembre se declarase Día Aciago para Venezuela, por haber muerto en él el Libertador. Acordó, además, el traslado de los restos, pero sin fijar plazo.³ Así, Venezuela había rectificado oficialmente su anti-bolivarianismo de 1829 y 1830, por obra de los propios congresistas, en un lapso de sólo tres años. La ingratitud no tuvo más vigencia en la patria del genio.

² *Gaceta* del 27 de enero de 1839, núm. 419.

³ GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit.* T. II: 237.

O'Leary va a tener la gloria de participar, con todo el júbilo de su alma, en los magnos homenajes a Bolívar bien pronto. Pero no lo hará ya como ciudadano colombiano ni venezolano, sino como inglés, pues en 1841, después de algo más de un año de nueva residencia en Caracas, le llegó el nombramiento de cónsul de la Gran Bretaña, cargo que desempeñará por dos años en la capital venezolana. Las gestiones de sus amigos O'Connell y Villiers dieron resultado. En adelante, hasta el fin de sus días, seguirá con esa ciudadanía, pero sin erradicarse de su antigua y bienamada Colombia, donde alcanzó todas sus glorias. El destino quiso, además, que en tierra colombiana se guardasen sus cenizas, pues murió en ella.

¿Realizó alguna gestión importante en su trabajo de cónsul británico? No hay constancia de ninguna iniciativa, aparte de la rutinaria de atender los negocios de importación y exportación entre Venezuela e Inglaterra y sus posesiones. Quizá, a lo sumo, prestó ayuda a algún súbdito inglés que lo requiriese, pues para los otros menesteres estaba la Encargatura de Negocios. O'Leary, como lo demostró en Londres cuando aguardaba al doctor Alejo Fortique y conferenciaba con Irwing, poseía conocimientos económicos firmes y estaba suficientemente informado en materia de legislación comercial. Por aquellos tiempos, en que la vida de relación entre los pueblos, desde América hacia el resto del mundo, era casi exclusivamente económica, con la sola excepción de los tratados que iban perfeccionándose en materia de límites y reconocimientos, un cónsul asumía preponderancia casi idéntica a la de un diplomático. Cónsules fueron los que actuaron decisivamente en más de un conflicto durante la guerra magna en el continente y en seguida de ella. Y a tanto alcanzaba su importancia, que el público no informado suficientemente no hacía diferencia entre las carreras diplomática y consular.

El único hecho en que aparece O'Leary, destacándose en el lapso consular suyo en Caracas, es aquel en que se efectuará el traslado de los restos de Bolívar desde Santa Marta, en la Nueva Granada, hasta su ciudad natal, en noviembre-diciembre de 1842. Quizá en octubre del año anterior —el 28, día de San Simón, o sea en el onomás-

tico del héroe— asistió a la Universidad, con los otros cónsules y autoridades, a la velada literaria que, por vez primera en once años, dedicó ese centro al más grande de los venezolanos.

El general Páez había insistido ante el Congreso de ese año 1842 con enérgicas palabras:

Los restos preciosos del Hijo Ilustre de Caracas permanecen en el lugar en que terminó su existencia: ellos deben venir al lugar en que la principió, pero nadie debe traerlos sino la Nación a quien pertenecen, porque a ella se consagró exclusivamente. Ellos son una propiedad de Venezuela. Ruego al Congreso disponga su traslación y colocación en el monumento que se le erija a expensas del tesoro nacional, como uno de los honores a que se hizo acreedor.⁴

El Congreso dio el decreto (abril, 29). Páez era entonces el hombre omnipotente, el varón de la sentencia irrevocable. Y Páez, el de las Queseras y de Carabobo, habíase constituido en el adalid de la rehabilitación del nombre y gloria de Bolívar, hecho que enaltece la figura del inmortal llanero.

Casi en seguida, el gobierno decretó lo concerniente al solemnísimos acto; nombró los comisionados que irían, a nombre de Venezuela, a Santa Marta; y en el artículo sexto dispuso: “Se mandará construir inmediatamente a Europa el monumento” ordenado por el Congreso para el panteón que guardará las cenizas augustas en la Catedral Metropolitana. Aquí interviene O’Leary. El gobierno le comisiona para que se entienda con el escultor italiano Tenerani, de inmenso prestigio en Europa, y contrate el referido monumento (que es el que hoy se encuentra en el Panteón Nacional de Caracas). El noble irlandés cumplió el cometido brillantemente, no sólo porque al-

⁴ *Gaceta* del 13 de febrero de 1842, núm. 579.

canzó, de acuerdo con el artista, un simbolismo magnífico –las estatuas de la Justicia y de la Magnanimidad a los lados del genio, y en la base tres figuras que representan a Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador), Perú y Bolivia, las tres naciones que libertara, incluida la posterior Panamá–, sino que obtuvo, con sus indicaciones, el más grande parecido físico de todos cuantos se conocen en la amplísima iconografía de Bolívar. De ahí que esa figura, creada por Tenerani, no haya podido ser superada.

Inglaterra, a la que amó tanto el Libertador, no pudo estar mejor representada que con O’Leary, el primer edecán del hombre extraordinario, en el memorable suceso de la traslación de los restos. Comenzó el irlandés a actuar oficialmente desde varios meses antes. He aquí la nota oficial que dirigió al ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Aranda (10 de agosto):

Instruido el Gobierno de S.M.B. de que el Congreso de Venezuela ha decretado honores públicos a la memoria del general Bolívar, y de que sus restos deben trasladarse de Santa Marta a Caracas, ha recibido orden el infrascrito del conde de Aberdeen, secretario principal de S. M. en el departamento de Relaciones Exteriores, de manifestar a S. E. el señor Aranda, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Venezuela, que será sumamente placentero al Gobierno de S. M. poder dar en la presente ocasión un testimonio de la alta estimación que profesó la Gran Bretaña al general Bolívar, así como de las amistosas relaciones que existen entre aquel país y Venezuela.

También ha recibido el infrascrito orden del conde de Aberdeen para informar al señor Aranda que uno de los buques de guerra de S. M. acompañará al de Venezuela

que se designe para trasladar los restos del general Bolívar, y que a su comandante se le mandará aprovechar todas las oportunidades de honrar debidamente la memoria de tan distinguido Caudillo.

Como se ve, O'Leary actuaba no sólo de cónsul, sino de diplomático. La Gran Bretaña no tenía encargado de Negocios en Caracas en ese tiempo. El barco que envió Inglaterra fue el bergantín *Albatros*, de 18 cañones, al mando del capitán Yorke. También enviaron buques, para el soberbio y solemne peregrinaje por el mar Caribe, por donde había cruzado tantas veces el Libertador, Francia, Holanda y Dinamarca. Gobernaba entonces en la Nueva Granada el general bogotano Pedro Alcántara Herrán, a quien la independencia neogranadina debía grandes servicios (el general Santander había muerto dos años antes, el 6 de mayo de 1840).

La llegada de los restos de Bolívar a Caracas y los grandes homenajes a la memoria suya, fueron para O'Leary un florecimiento hirviente, férvido, de todo el lapso que había vivido al lado del extraordinario personaje. La sacudida que experimentó su espíritu, sin duda hasta las lágrimas, viene a ser como el ápice de su vida, en la trayectoria de servicios a la libertad de América. Ese 17 de diciembre, duodécimo aniversario del fallecimiento, que no pudo presenciar, cierra, con solemnidad suprema, la vasta curva ascensional del hijo de Cork. En adelante, nada habrá ya de brillo ni de alarde sumo. Ese día dio su último grito de edecán y de general colombiano, como si empotrarse la potente voz en la eternidad. Después de ese incendio, no quedará en pie en su espíritu sino el tenaz trabajo de ir corrigiendo, acrecentando y perfeccionando su obra, que entregará a las generaciones después de muerto. Laborará en silencio, humildemente, sin siquiera el acicate de un éxito de sus esfuerzos en vida. No porque el destino o la suerte o las circunstancias así lo exigieran, sino porque él mismo se había impuesto ese difícil renunciamiento en favor de la verdad. Sólo así, negándose a recibir un triunfo justísimo como escri-

tor e historiador, podría hablar sin reticencias, desnudamente. Y así lo hizo, sin limitar en nada su pasión íntima.

Al romper el alba de aquel día 17, los cañones atronaron el espacio con su ronca voz profunda. Y Caracas íntegra se puso en pie para realizar la inolvidable pomposa procesión fúnebre desde la capilla de la Trinidad, donde había pasado los restos en la noche anterior, procedente de La Guaira, hasta el templo de San Francisco. Delante de la capilla –trocada años después en Panteón Nacional– alzábase imponente Arco Triunfal traído de París. A todo lo largo de las calles por donde iba a pasar la urna habíanse colocado grandes estandartes de terciopelo con franjas de oro y la estampa del Libertador coronado de laureles; entre ellos, sobre trípodés, grandes coronas doradas, en cuyo centro se yerguen nerviosas las llamas de grandes teas; columnas dóricas para sostener centenares de banderas de la patria, con el gorro frigio de la república estampado en ellas; los lábaros de las cinco repúblicas libertadas por el genio, erguidas con el monograma de Bolívar.

A las diez de la mañana rompió la marcha, sobre la cual regábase la voz de las campanas de los templos en ronco redoble fúnebre. El carro en que iba a transportarse la sagrada urna hallábase atado a esos caballos llaneros que hicieron la guerra y la libertad. “Cien individuos de la mayor distinción, antiguos edecanes, parientes y amigos del Libertador se adelantan entonces, desatan los caballos y tiran ellos mismos del carro”. ¡Bolívar se merecía ese homenaje! No va allí O’Leary, como hubiese querido su corazón, sino atrás, donde corresponde a su carácter de cónsul británico.

Nunca vio Caracas nada más extraordinario ni de más augusta majestad. Adelante, caballería y artillería –los de Junín, los de Carabobo, los de trescientos combates–; luego, el caballo de batalla del Libertador, cubierto con una gran manta dorada. Va de duelo, sin su jinete de otros tiempos, y le conducen de la brida dos sargentos; no relincha ni hiende el suelo con los cascos; ha caído sobre él una gran soledad.

A continuación de los generales y oficiales de la república, de corporaciones de diversa índole, clero y estudiantes, va pausado, rodando sobre las piedras, el carro con los despojos mortales, y junto a él, cubriendo la retaguardia, los generales Páez, Urdaneta y Soublotte, con los otros ministros y el Consejo de Estado. ¡Era como si se pusiese ante los ojos de la multitud toda la guerra magna, con sus dolores y sus triunfos! Un profundo silencio gobernaba la escena grandiosa, y no se oía sino un pausado redoblar de tambores, cuyo cortante golpe se quebraba en el lamento de las campanas. Los ojos del pueblo lloraban, también silenciosamente. ¡Cuántos habían conocido y acompañado al Libertador, cuántos habían luchado a su lado y participado de su grandeza!

La noche anterior, cuando llegó a las puertas de Caracas el cortejo que llegaba de La Guaira con la urna fúnebre, habíase producido un suceso cargado de espíritu y sublimidad. El general Urdaneta, que veía venir esa multitud pausada, no pudo contenerse. Avanzó resueltamente, olvidado de todo orden y protocolo, y gritó con todas las fuerzas de su alma: “¡Viva el Libertador!”.

Allí en seguida de Páez y miembros del gobierno, camina, pálido y meditativo, el general O'Leary, en medio del cuerpo diplomático y consular. ¡Cuánto le hería esa hora triste! ¡Si hubiese podido al menos desahogarse, gemir a gritos, ante la pérdida de su jefe, de su maestro, del hombre más grande que había conocido en su existencia! Lo que le reconfortaba era esa reparación pública que se hacía a quien todo lo había dado por su patria, habiendo recibido de ella, en cambio, hacia el final, tan dolorosos golpes.

A las dos horas de marcha, llegaron al templo de San Francisco para los funerales. En ese mismo templo, treinta años atrás, Bolívar había sido declarado Libertador. Después de tres días, con las mismas solemnidades que el 17, se hizo el traslado de los restos mortales a la iglesia catedral, donde Páez, con voz trémula, dijo estas palabras:

Queda cumplido ya, señores, el último y tierno deseo del Hijo Ilustre de Venezuela; queda ejecutado así el mandato del Con-

greso de la Nación; quedan satisfechos nuestros ardientes votos. Los restos venerandos del Gran Bolívar han sido colocados por nuestra mano en el sepulcro de sus padres, convertido de hoy más en el altar que recibirá las ofrendas de nuestro amor, de nuestra admiración, de nuestra eterna gratitud. Tesoro precioso de Venezuela, ornamento de la patria, estas ilustres cenizas pasarán a la posteridad, guardadas por nuestra ternura y nuestro más profundo respeto, rodeadas del esplendor de la gloria.

Dos años antes, por esos mismos días de diciembre, otro grande de la historia, Napoleón Bonaparte, era restituido a Francia en sus despojos mortales, como Bolívar. Los pueblos hacen justicia a sus varones eximios, tarde o temprano. Francia fue menos presurosa en el tributo con su máximo general de la historia, que Venezuela con el suyo.

Cinco meses después, O'Leary se posesionaba del Consulado de la Gran Bretaña en Puerto Cabello (13 de mayo de 1843), hecho que significaba un ascenso, porque los mayores negocios de exportación de Venezuela hallábanse en esa zona. Tal vez aceptó a causa de la remuneración mayor, pues en cuanto a clima y comodidad el traslado significaba retroceso, especialmente para su señora e hijos, cuyo número iba en aumento. Ya habían nacido el quinto, Anita, y el sexto, Carolina. Se llevaba de Caracas el recuerdo de diciembre del anterior año; pero también recuerdos ingratos, pues se llegó a denominarle despectivamente el "Agente británico",⁵ cuando se supo que un viajero prusiano, Roberto H. Schomburgk, había hecho por encargo de Inglaterra una linderación con postes y marcas de diferentes clases entre el territorio venezolano y la Guayana inglesa; linderación arbi-

⁵ Carta de O'Leary al conde de Adlercruetz, encargado de negocios de Suecia y Noruega en Caracas. Cf. PARRA PÉREZ, C. *La cartera del coronel conde de Adlercruetz*: 150.

traría y unilateral, en que Venezuela quedaba seriamente perjudicada. El gobierno de Páez protestó enérgicamente y hubo expresiones anti-inglesas en Venezuela. Por suerte, el cónsul O'Leary nada había tenido que ver en el asunto; sufrió la acción moral de esas ofensas, y aguardó serenamente a que se aquietasen los ánimos, como se aquietaron, cuando la cancillería de Londres, por acción de Fortique, declaró que la línea marcada por el prusiano sólo era una base utilizable para la próxima demarcación de límites, ofreciendo arrancar los postes y demás señales. Las negociaciones, en efecto, continuaron, hasta que murió repentinamente Fortique en Londres. Interrumpidas, no llegaron después a un arreglo final sino cuando se dictó el fallo arbitral de París en 1899.

Ocho meses duró el consulado de O'Leary en Puerto Cabello, sin ningún incidente o suceso de significación. Encontrábase de nuevo el general Soublette en la presidencia de la república, y en el ministerio de guerra el general Urdaneta. Se desarrolla un período de paz, en un régimen liberal que unos llegarán a calificar de débil y otros de tiránico...

Un día recibe en Puerto Cabello el aviso que esperaba, pues sus amigos en Londres no habían cesado de influir. Se le nombraba encargado de Negocios de la Gran Bretaña ante el gobierno neogranadino, en Bogotá. Su fama de diplomático acertado es firme en el Foreign Office, en tiempos en que Inglaterra es una potencia mundial de primera categoría; representarla equivalía al más grande de los honores, pues implicaba grandes merecimientos previos. Este personaje nació, evidentemente, para destacarse en cualesquiera posiciones; donde se iniciaba, ascendía; donde actuaba, cobraba éxito.

II

Cuando somos capaces de conocernos a nosotros mismos, rara vez nos equivocamos sobre nuestro destino.

MADAME STAËL. *Corina*. XII; cap. I.

¡Cuántos recuerdos al ver de nuevo a Bogotá (llegaron a esa capital O’Leary y su familia el 10 de abril de 1844) al cabo de casi tres lustros! Allí se habían amado intensamente Daniel Florencio y Soledad —así, con sólo los nombres, se guarda siempre la memoria de un amor—; allí se habían casado, bogotana era la primera hija. ¡Qué cúmulo de sucesos en tan corto lapso! Sentían como si el mundo político hubiese dado la vuelta, aunque la ciudad no había cambiado; las amistades que dejaron, venían ahora a saludarles con mayor efusión que antes. Limadas las asperezas del lapso de los años que siguieron a “la cosíata”, doña Soledad, hermana del presidente de Venezuela, sentíase contenta. Entre Venezuela y Nueva Granada regía ahora un tratado especial de alianza para el caso de que España volviera a amenazar. Y O’Leary veíase, asimismo, en ámbito propicio, pues las relaciones con la Gran Bretaña, de parte de la Nueva Granada, eran normales. Incluso el encargado de Negocios en Londres había recibido la comisión de negociar para que volvieran los jesuitas, expulsados de las colonias en 1767 por el rey Carlos III de España. La Nueva Granada tuvo siempre una marcadísima fisonomía religiosa, que ahora se acentuaba. El que ocupara la Secretaría de Gobierno Mariano Ospina, uno de los septembrinos, no significaba tropiezo alguno para O’Leary, pues el propio Ospina había declarado que aquello fue obra exclusiva de sus veinte años. Hoy estaba convertido en un vigoroso orientador del progreso neogranadino, y en esos días acababa de poner en marcha un programa de educación que adquirió fama por lo bien concebido. Había pobreza general y desaliento, a causa de la guerra civil que acaba de terminar, cuyas consecuencias habían ele-

vado la deuda del Estado en más de tres millones de pesos. Regía escaso progreso; mas el retorno de la paz presagiaba mejores tiempos.

El día 13 de mayo presentó O'Leary sus cartas credenciales en la cancillería de San Carlos, acompañado del secretario de la Legación, señor Constantine, y del vicecónsul, señor Rainsford; y no se alejará del importante cargo y de la ciudad por ocho años, en que su salud comenzó a padecer serios quebrantos.

¿A qué se consagró de lleno el ex edecán en Bogotá? Aparte del cumplimiento de las funciones de su cargo, que no tenía el rango ni de ministro ni de embajador, sino de encargado de Negocios, lo cual le alejaba mucho de determinados contactos con el elemento oficial, y además de las actividades diplomáticas normales, dentro de las cuales no había mayor ocupación ni preocupación, toda vez que el arreglo de la deuda había sido canalizado en Londres, O'Leary sin duda se consagró por entero a su obra monumental, la Historia de Bolívar y de la guerra de independencia. Nunca pudo venirle mejor la estada en Bogotá que ahora. Bogotá poseía documentos de inapreciable valor, por haber sido el centro del gobierno de Colombia en el lapso más importante —1821 a 1830— y allí residían, por añadidura, personajes que le narraron minuciosamente los sucesos anteriores a ese tiempo, muy significativos en la vida del Libertador. Encerrado en su escritorio, logró, con suma de paciencia, ordenarlo todo y completar o redactar lo que faltaba de sus *Memorias*, corrigiendo, además, aquello que requería rectificación. Trabajo arduo que no pudo terminar: le faltó vida. Habíase publicado ya la *Historia de la revolución de la República de Colombia*, escrita por José Manuel Restrepo, que había sido ministro en vida del Libertador; esa obra, incluso, la leyó Bolívar cuando estuvo en Bucaramanga en 1828, y opinó sobre ella:

A lo menos es una historia, dijo, y no la faramalla que ha publicado un señor Lallement. Su estilo, sin ser propiamente el que conviene a la historia, es animado y sostenido a veces, otras cae en lo difuso y fastidioso [...] Otro defecto de Restrepo es la

parcialidad que se transparenta en varios pasajes. Respecto a mí, se ve a las claras la intención de complacerme y el temor que abriga de criticar francamente algunos de mis actos. Se ha dedicado a adularme, y esto porque estoy vivo, porque estoy en el poder, porque me necesita y no quiere indisponerme [*Diario de Bucaramanga*].

Pero lo que hacía falta no era únicamente establecer el relato cronológico de los sucesos, sino juzgarlos, y presentar a la posteridad toda la documentación posible para que todos los asertos quedasen debidamente confirmados. Eso no lo había hecho nadie ni podría hacerlo, porque ninguno había ido pacientemente detrás del suceso y de los pliegos documentales, día tras día, por espacio de tantos años.

Al general Herrán sucedió en el poder un gran bolivariano: el general Tomás Cipriano de Mosquera, varón al cual el Libertador había obsequiado una de sus espadas. Fue aquel un gobierno excepcionalmente progresista y constructivo, al que sucedió en 1849 el general José Hilario López, aquel mismo que en 1828 se sublevó en el sur de la Nueva Granada contra Bolívar y en connivencia con el general Obando, eco en Popayán de la conspiración septembrina y de la invasión peruana dirigida por el general La Mar. ¡Cuánta habilidad debió de necesitar O'Leary para mantenerse en un ambiente sereno y severo, capaz de no producir el más mínimo rozamiento! Representaba López lo que empezó a denominarse “partido liberal”, en contraposición al anterior, llamado “conservador”. Y uno de sus actos primeros fue la expulsión de los jesuitas, admitidos seis años hacía. Se llegó, en un avance espectacular reformista, inspirado en lo que sucedía en Francia (la revolución llamada del 48), a dictar una ley de instrucción pública que rezaba: “Es libre en toda la república la enseñanza en todos los ramos. Suprímese el grado de bachiller; suprimense las universidades; para optar grados no es necesario haber estudiado en los colegios nacionales o provinciales o en los seminarios”.

Se dictó el decreto de supresión de la esclavitud (dos años antes que en Venezuela). Las palabras utilizadas por la juventud eran: libertad, igualdad, fraternidad, democracia, soberanía del pueblo, sufragio universal... Naturalmente, la inseguridad se alzó por todas partes; hubo un intento de revolución. En la parte constructiva, Codazzi inició sus labores corográficas, llegado de Venezuela y contratado por el Gobierno de López. O'Leary observaba, anotaba, informaba a su gobierno, y seguía firme en su magna empresa. Por entonces, Bogotá no pasaba de los treinta mil habitantes, según el censo que se hizo en 1851 (*Memorias* de Camacho Roldán); una sirvienta ganaba sesenta centavos mensuales, una cocinera un peso veinte centavos; predominaban el vals y la contradanza en los bailes, y el agua se distribuía a domicilio por medio de mujeres de pueblo que se llamaban aguateras.

En esta capital nacieron los tres hijos últimos de O'Leary: Arturo, Daniel y Oscar. Quedó así un hermosísimo grupo de nueve vástagos que no produjeron en ese hogar, severamente disciplinado y profundamente moral, ningún trastorno. Fue prole limpia, digna, como lo requerían los antecedentes de los padres.

O'Leary mantuvo correspondencia constante con su cuñado, mientras éste estuvo en Venezuela. Había terminado su período presidencial turbulentamente; incluso había tenido que ahogar una revuelta preparada por Antonio Leocadio Guzmán, que aspiraba al poder desde hacía años. Enseguida, tan pobre como antes, se retiró a su menguado ható de Chaguaramas, hasta que al año siguiente —el memorable día 24 de enero de 1848— el Congreso fue disuelto a balazos por las fuerzas del presidente José Tadeo Monagas, a quien se había pretendido acusar. Aquello significó el destierro de Soubllette, quien se refugió en Colombia, donde el gobierno le asignó renta de general para que pudiese subsistir. El destierro de Soubllette duró diez años. Así, por fuerza de las circunstancias, doña Soledad su hermana y la familia de O'Leary tuvieron en Colombia una unión que debió sentir extraordinariamente el historiador de Bolívar, en punto a minucias y detalles que su cuñado, hombre trece años mayor, que había vivido la revolución íntegra, conocía muy a fondo.

En una de esas cartas dirigidas de Bogotá, al saber que había muerto el general Urdaneta en París, cuando iba de paso a Madrid como ministro plenipotenciario, y cuando se había acordado ya para él la presidencia de la república, O’Leary escribió con toda la fragua de su alma:

Muchas lágrimas he derramado por el pobre Urdaneta, a quien siempre he estimado y querido. Que descanse en paz y que Dios alivie a su afligida familia [...] ¡Pobre Urdaneta! ¡Colóquenlo ustedes al lado del Libertador!⁶

La “enfermedad de nervios” que padecía O’Leary, según propia opinión, fue acentuándose. Quizá se trataba de algo estomacal. Le recetaron sangrías y una dieta rigidísima, que, lejos de aliviarle, iba debilitándole cada día más. Hasta que se decidió a viajar a Europa, en busca de salud. Había que defender un hogar y una obra. El doctor Cheyne, quizá el de mayor fama entonces, no hallaba ruta de acierto para dominar el mal. ¿A quién acudir?

En julio de 1852 partió rumbo a Londres, llevándose consigo a sus hijas Anita y Carolina, con el objeto de internarlas en algún establecimiento europeo; quería educarlas con esmero. En Inglaterra se hallaba desde hacía tiempo, preparándose para la vida, su hijo Simón. Juntos fueron en la capital británica a la consulta médica del facultativo de inmenso prestigio, doctor Juan Forbes. Declaró que no había lesión orgánica alguna; que la relativa gravedad se debía a un tratamiento equivocado; una dieta diferente, distracciones, gradual acentuación de alimentos, jiras, vida social y consagración exclusiva a cuidarse; he ahí lo que recetó el facultativo y lo que puso en práctica el irlandés al pie de la letra, en un recorrido de más de un año por diferentes ciudades europeas. Al final, hallábase tan robusto y fuerte, que “casi no se le reconocía”. Sin embargo, la muerte le acechaba trai-

⁶ Urdaneta, poco antes de expirar, pidió que se devolviesen las sumas que le habían anticipado para su misión, y declaró: “No dejo en el mundo sino una viuda y once hijos en la mayor pobreza”.

doramente, como casi siempre. Por viajar con sólo medio sueldo, en uso de licencia, habiendo dejado encargado de la Legación al cónsul general en Bogotá, señor Eduardo W. Mark, limitó sus gastos con una rigidez excesiva, que se tradujo en una serie de cartas a su esposa minuciosas y mortificantes.

Anita y Carolina fueron internadas en el Colegio de Madame Claire, en París (Campos Elíseos). Aparte de los amigos con quienes tenía que encontrarse naturalmente el ex edecán del Libertador, Wilson y Miranda, el hijo del Precursor, se vio con el general Santa Cruz, que vivía en París con lujo. En Niza su hijo Simón sufrió un ataque de asma. Una de las preocupaciones del viajero es su hermana menor, Catarina, a quien piensa trasladar para que esté cerca de Anita y Carolina, o bien llevar a Bogotá. No hizo ni lo uno ni lo otro. Para la pequeña propiedad campestre “La Merced”, que posee cerca de Fusagasugá, envía unos cuantos artículos, incluidas camas y mesas. Para sus hijos Simón y Carlos busca empleo, a través del propio personal oficial y amistoso en Londres, sin éxito.

Me vuelvo loco pensando modos de poner en carrera a estos varones [...] Los hijos míos, en quienes se gastó tanto dinero, viven todavía como menores.

Otro médico, Gully, coincide con el de Londres; el tratamiento continúa por el sistema hidroterápico, con fajas húmedas en el estómago, en cuya colocación se halla muy perito el criado que viaja con él.

Esto, una suma de pequeñeces donde ha desaparecido el hombre de ayer —el edecán, el general, el diplomático ardiente del Vaticano— es lo que ha quedado de O'Leary. Con una llaneza franca expresa así sus únicas ilusiones vitales:

Crea usted [a su esposa le trata ahora de usted] que mucho, mucho deseo regresar y comenzar una vida tranquila y doméstica, con mis antiguos y fieles amigos que tengo

en ese país que también es el país de nuestros hijos [...] Mi única ambición es de colocar ventajosamente a los varones grandes y tener con qué dar una brillante educación a los tres menores; no tengo otra por ahora.

Los horizontes se han reducido, casi estrepitosamente, como en los crepúsculos rápidos del trópico.

En Washington, ya de regreso, se encuentra con Páez —desterrado—, Mosquera, Julio Arboleda y el doctor Vargas. “Él (Vargas) no me reconoció, por estar yo tan robusto; ni hubiera reconocido yo a él, por lo flaco y acabado que se halla el pobre”. Vargas confirmó las opiniones de los médicos europeos respecto de la dolencia del “enfermo de nervios”.

O’Leary, más que calculador, más que previsor, fue hombre de fuertes intuiciones. Cuando sus misiones diplomáticas, casi siempre advirtió el final desde el principio. Quizá era ese el secreto de sus aciertos ante el Libertador y la razón de que éste le apreciase tanto. La mente agilísima de Bolívar requería otra mente, de gran penetración, que se adelantase, que se apresurase y viese los acontecimientos con anticipación. En este viaje obró la intuición con un vigor extraordinario. No sólo hizo el irlandés su testamento antes de embarcarse, sino que, al despedirse en París de sus dos hijas, que se quedan estudiando, escribe sin que le tiemble el pulso: “¡Tal vez no las volveré a ver!”. Su salud está en condiciones perfectas; le aguarda una vida apacible; en la cancillería de Londres ha recibido toda suerte de atenciones y hasta homenajes. Sin embargo...

Poco después —y no falta sino un mes y días para su llegada a Bogotá— escribe sin titubeos, casi cruelmente:

Anoche soñé que se decía misa de muerto por mí, y que asistieron todos los Mosqueras y la familia de Herrera, y que Mosquera no cesó llorando.

Por añadidura, ya en territorio neogranadino, su compañero de viaje, Antonio Malo, cuando navegaban por el Magdalena aguas arriba, sintió un dolor fuerte de cabeza; se le acentuó, creció, presionó hasta desorbitarse, y Malo murió a las tres y cuarto de la madrugada, cuando las silentes selvas de los lados del río dormitaban plácidamente sobre el limo.

Por esta circunstancia el arribo a Bogotá tuvo un matiz de tristeza, cuando debió ser todo alegría. El negro crespón comenzaba a levantarse en el horizonte de esa vida, cuya elipse había venido cerrándose desde dos años atrás.

¡Sólo tres meses y medio más logró vivir! Un día prodújose en su organismo una congestión violenta, que le derribó y le llevó a la cama. Apenas si hubo tiempo para que un sacerdote —el obispo electo de Antioquia— le confesase. A la congestión sucedió un ataque cerebral, que cortó esa vida grande de un solo golpe. Monseñor Barilli, Nuncio Apostólico, allí presente, bendijo esa agonía fugaz (24 de febrero de 1854).⁷ El creyente tuvo sacerdotes junto a sí a la hora final, de la misma manera que el militar, Simón Bolívar, tuvo en torno suyo en Santa Marta, generales y coroneles. A veces el destino permite lógica en el instante final.

⁷ ARBOLEDA, GUSTAVO. *Op. cit.* T. IV: 13.

III

Dichoso serás y sabio habrías sido, si cuando la muerte venga no te quitaré sino la vida.

FRANCISCO DE QUEVEDO. *La cuna y la sepultura*. Cap. III.

Haber abandonado el hogar a los quince años en busca del destino y para trocar la vida en una realización; haber tomado una ruta áspera, donde se vislumbraba la gloria a fuerza de intenso y pertinaz sacrificio; no haber desmayado nunca en el empeño, perseverando en él hasta el heroísmo, sin dejar de ascender constantemente, grandeza es de alma que tiene que registrar, ya de por sí, la historia. Pero haber ido aún más lejos, convirtiendo esa existencia en una obra magna, escrita para todas las generaciones, revela un sentido de inmortalidad que sólo se encuentra en las conciencias de excepción de cada época. O'Leary fue todo eso, realizó en sí la gran pirámide de la existencia que atribuía Goethe a los pocos privilegiados de cada tiempo; cumplió, como inflexible y grande, lo que se había propuesto, sin tomar en cuenta ni la diversidad de origen ni el abismo que había entre las costumbres de los dos pueblos, el nativo y el americano; se adaptó con gran energía, trató de comprender, y cuando comprendió, amó intensamente el derrotero que se había trazado. Asumió, así, un sentido no nacionalista, sino profundamente humano, universal, para su trayectoria; sirvió los sagrados intereses de la libertad y el derecho, como si se hubiese tratado de su propia Irlanda. Tuvo delante un ideal, un anhelo profundamente espiritual, para no pasar por la vida ni envuelto en superficialidad ni ahogado por lo mediocre. Carácter e inteligencia, fe y fervor le condujeron por el difícil rumbo, junto al genio, a cuyo lado le correspondió pasar lo mejor de sus días.

Bien hubiese podido vivir muchos años más; pero casi todos los jefes que tantas penalidades padecieron durante la guerra libertaria cayeron muy pronto en la tumba. Su cuerpo había resistido dema-

siado, el esfuerzo había sido titánico, sobrehumano. El propio Bolívar no vivió sino cuarenta y siete años. No pudo terminar su *Narración o Memorias*, cuyo tercer volumen carece de la redacción de los dos anteriores para la plena inteligencia del relato. Y, además, su familia necesitaba todavía su presencia. De los nueve hijos, la mayor, Mimí, estaba casada con el doctor José María Malo; los dos varones mayores, Simón y Carlos, habían terminado su educación; pero quedaban cinco menores, en cuya alma caía la soledad demasiado pronto.

En el testamento contiene dos puntos de capital significación. En la cláusula novena les dice a sus hijos:

[...] Me avanzo a aconsejarles que, siguiendo el ejemplo que yo les he dado, de deber a mis propios esfuerzos mi posición y los bienes que poseo [...]

Esta frase debió haberla escrito O'Leary con un gran orgullo. Cuando un hombre ve lo que ha construido, alza la frente y se exalta; es como si saboreara el mayor de sus triunfos. La otra cláusula, la décima, se refiere a su obra:

Entre mis papeles se encuentran correspondencia y documentos muy importantes relativos a la historia de la República de Colombia, Perú y Bolivia, y manuscritos trabajados por mí, sobre los hechos del Libertador Bolívar. Encomiendo la custodia de todos estos papeles, de acuerdo con su madre, mientras viva, a mis hijos Simón y Carlos; les prohíbo que los publiquen o lean a nadie antes del año mil ochocientos sesenta [¡otra intuición de su muerte!], y el valor que ellos puedan tener será un legado que les dejo si verificaren la renuncia de que hablo en la cláusula anterior. En caso de no hacerlo [...]

¿Por qué fijó O'Leary ese año de 1860? Bien porque presumía que iba a morir antes, bien porque calculaba hacer un nuevo testamento para aquella fecha. De todos modos, lo sustancial era la prohibición de que se diese aquello a conocer antes, en realidad, de su fallecimiento; porque las verdades que ahí había estampado y la crudeza con que había exhibido la verdad, con nombres propios, sin tuteos ni circunloquios, lejos de todo propósito de adulación a nadie, no podían ponerse en manos del público sino desaparecido el autor. Así, el gran irlandés hizo el sacrificio supremo a que puede llegar un escritor: el de que su obra quede inédita por propia determinación. En eso hay otra muestra de alma vigorosa ejemplar. Pudo haber suavizado escenas, callar nombres, ser cauto, prudente, condescendiente y político; ninguna de esas consideraciones, que hubieran halagado su vanidad, al aparecer sus volúmenes, influyó en su ánimo. Miraba hacia el futuro, hacia los siglos. Los ojos de su espíritu eran así.

Sus hijos cumplieron con la disposición del padre estrictamente. No sólo se aguardó hasta 1860, sino que no vino a iniciarse la publicación antes de 1879, año en que el presidente de Venezuela, general Antonio Guzmán Blanco, compró a nombre del Estado los derechos respectivos. Hizo la negociación Simón Bolívar O'Leary, a nombre propio y de su hermano Carlos, que era ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en Bogotá. ¡Vivía todavía doña Soledad, la madre! La edición no se terminó sino en 1888, con la excepción del volumen tercero de las *Memorias* o *Narración* que se consideró como eliminado; no se imprimieron sino unos cuantos pliegos y el trabajo fue abandonado por orden de Guzmán Blanco, quien consideró que había en el texto alusiones contra su padre, Antonio Leocadio Guzmán. Ese volumen inédito fue encontrado y salvado, treinta y un años más tarde, por el eminente historiador Vicente Lecuna.

Los treinta y dos volúmenes de esta obra inmortal están distribuidos así: los doce primeros tomos, Correspondencia de hombres notables con el Libertador; los catorce siguientes, Documentos; luego los tres tomos de *Memorias* o *Narración*, y, por último, tres volúmenes de Cartas del Libertador. En estas cartas quedaron salvadas 787 pie-

zas. Sin esta titánica obra de O'Leary hubiérase perdido mucho, muchísimo de lo que hoy sabemos acerca de la guerra de independencia, y nadie hubiese podido darnos jamás el relato vivo, exacto, pleno de color y vida, que sólo entrega el testigo. Este testigo presencial, actor eminentísimo a la vez, era, por esta causa, irremplazable, extraordinario. Y los personajes aparecen puros, intactos, principalmente Bolívar, porque nadie revisó aquellos escritos, como sí revisaba su “diario” minuciosamente Napoleón sobre lo que redactaba el conde de Las Casas. Además —y esto ha de tomarse como punto principalísimo— en las *Memorias* apenas si aparece O'Leary en alguna rarísima vez, tan rara que se hace difícil descubrirle. Las *Memorias* de los otros generales de la independencia y las “autobiografías” escritas fueron para entregar al público un disfraz más que una realidad; había un propósito preconcebido. O'Leary, al no hablar de sí, dejó un ejemplo de altura, desinterés e imparcialidad inmensamente respetables. No hizo su retrato, sino que trazó el de los demás a través del período más trascendente de la historia continental.

Editándose estaban los volúmenes de la gigantesca obra, cuando llegó la hora de la apoteosis para el leal edecán del Libertador. El 19 de mayo de 1881 el presidente Guzmán Blanco, hombre culto y justiciero, decretó que los restos de O'Leary fuesen trasladados de Bogotá a Caracas para colocarlos en el Panteón Nacional, cerca de los de Bolívar, que era donde debían reposar para siempre con más derecho que ninguno. El propio Simón Bolívar O'Leary fue comisionado por el Gobierno de Venezuela para el traslado, y desde Bogotá vinieron con la urna Oscar O'Leary, Manuel Hernáiz y Julián Santamaría. Hicieron el mismo trayecto que los restos del Libertador cuarenta años atrás; reprodujéronse las solemnidades; Caracas se movilizó toda, ferviente y llorosa, para acompañar los despojos del más leal y más agradecido de los compañeros de Bolívar, cuya devoción por el grande hombre había llegado hasta el punto de ir recogiendo, día a día, durante más de dos lustros, sus palabras y sus actos, para encomendarlos a la memoria de los siglos. Delante iba la caballería, pausada, majestuosa, por entre banderas enlutadas de Venezuela

y de la Gran Bretaña; luego la infantería, el caballo solitario, sin jinete, y junto a la urna, Guzmán Blanco, sus ministros, los generales y oficiales que sobrevivían de aquellos tiempos inmortales de la liberación. Era casi como si fuese caminando, de la Comandancia de Armas hasta el Panteón Nacional, el propio féretro del Libertador.

Lejos de esta escena grandiosa, con que Venezuela honró al escritor-soldado que tan desinteresada e hidalgamente le había servido, lloraba doña Soledad, venerable anciana de setenta y seis años, ausente del acto y presente sólo al torrente de sus lágrimas de dicha profunda, infinita.

Bibliografía

ARBOLEDA, GUSTAVO. *Historia contemporánea de Colombia*. Archivo Santander, 1928.

BLANCO LEDESMA, ADÁN. *Hablillas, tópicos y semblanzas*. Caracas, 1952.

Boletín de la Academia Nacional de Historia. Caracas (varios tomos).

BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras Completas*. Compilación de Vicente Lecuna, 1950.

_____. *Síntesis panorámica*. Recopilación de F. R. Fragachán, Caracas, 1954.

CARBONELL, DIEGO. *El general O'Leary, íntimo*, 1937.

Correo del Orinoco. Angostura 1818-1821. (Reedición de 1939, París). *Academia Nacional de Historia* (Caracas).

CHIRIBOGA, ÁNGEL ISAAC. *Tarqui documentado*. Quito.

DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Guzmán*. Caracas, 1953.

ENCINA, FRANCISCO A. *Bolívar y la independencia de la América española*. Santiago de Chile, 1954.

EGUIGUREN, L. A. *El proceso de Berindoaga*. Buenos Aires, 1953.

GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas, 1942 (tres volúmenes).

GODRE, L. NEMOURS. *Biografía del Libertador en Irlanda*.

GONZÁLEZ, FLORENTINO. *Memorias*. Buenos Aires: José Camacho Carreño editor, 1933.

GRISANTI, ÁNGEL. *Vida galante del gran mariscal de Ayacucho*.

HENAO, JESÚS MARÍA y ARRUBLA, GERARDO. *Historia de Colombia*. Bogotá, 1952.

JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *El gran mariscal José de La Mar*. Quito, 1941.

LACROIX, L. PÉROU DE. *Diario de Bucaramanga*. Madrid, 1924.

LECUNA, VICENTE. *Bolívar y el arte militar*. Nueva York, 1955 (obra póstuma).

_____. *Crónicas razonadas de las guerras de Bolívar*. Nueva York, 1950 (tres volúmenes).

_____. *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*. Caracas, 1954 (obra póstuma).

LLAMOZAS, SALVADOR N. *Sucre, magistrado*.

MÉNDEZ, JOSÉ IGNACIO. *El caso de Bolívar*. Bogotá, 1951.

NAVARRO, NICOLÁS E. *Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O'Leary en Europa*. Caracas, 1939.

_____. "Páginas de L. Pérou de Lacroix". *Boletín de la Academia Nacional de Historia* (Caracas), (1936).

O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. Caracas, 1952 (tres tomos).

_____. *Documentos, 1879-1888* (29 volúmenes).

PÁEZ, JOSÉ ANTONIO. *Autobiografía*. Nueva York, 1946.

Papeles de Sucre.

PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Historia del Ecuador*. Quito, 1954 (cuatro tomos).

PARRA PÉREZ, C. *La cartera del coronel Conde de Adlercreutz*.

POSADA, EDUARDO. *Biografía de Córdoba*. Bogotá, 1914.

POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Memorias histórico-políticas*. Segunda edición.

Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, vol. XVI.

RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Simón Bolívar*. Madrid-Caracas: Editorial Mediterráneo, 1954.

_____. *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*. Madrid-Caracas: Editorial Mediterráneo, 15ª edición.

UNAMUNO, MIGUEL DE. *El espíritu castellano*. Madrid, 1945.

VARGAS, PEDRO JOSÉ. *Carlos Soublette*. Caracas, 1947.

ZALDUMBIDE, GONZALO. *El nuevo libro de Tovar Donoso*. Quito, 1954.

Índice

Preliminar (de la primera edición).....	5
Primera Parte	
LA AVENTURA	7
Segunda Parte	
EL MILITAR	69
Tercera Parte	
PRUEBA DE FUEGO	143
Cuarta Parte	
EXILIO	233
Quinta Parte	
LA OBRA	279
Bibliografía	305

Se termino de imprimir
este libro en Caracas
en los talleres

.....